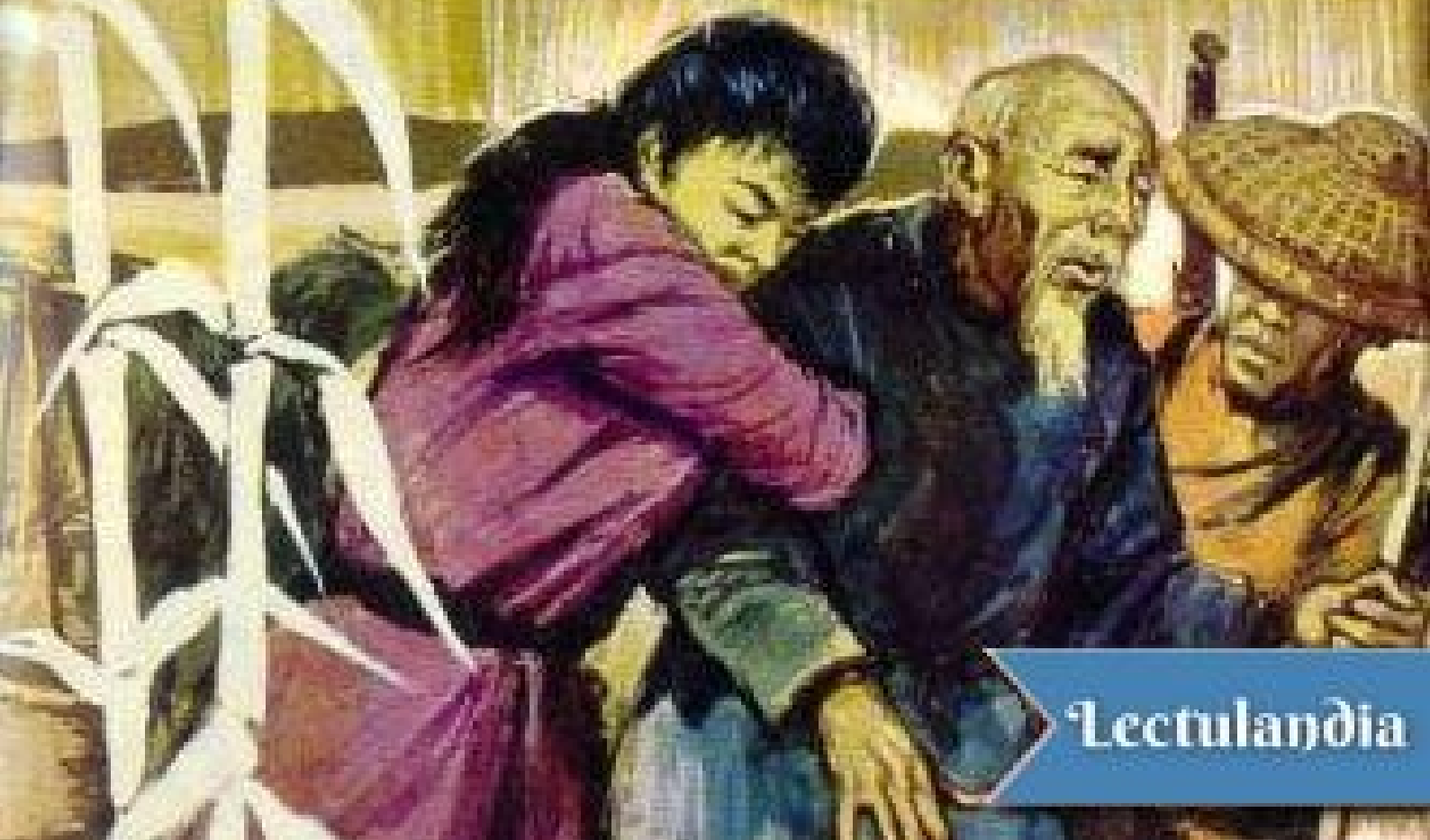




PEARL S. BUCK

LA ESTIRPE DEL DRAGON



Lectulandia

Una novela sobre la invasión japonesa en China. Escrita con la misma intensidad que *La buena tierra*, *La estirpe del dragón* nos habla de los míseros campesinos chinos, aferrados al terruño, hollado esta vez por el invasor japonés. Una oleada de fuego y de terror avanza por los campos, destruyendo vidas y haciendas. Pueblos enteros han de huir o someterse a la bestial dictadura del conquistador. Surgen guerrillas en la retaguardia invadida, como signo de un espíritu indomable que no se aviene a sucumbir sin lucha. Esta es la novela de la China eterna, de sus hombres y mujeres que por la vida arrostran la muerte en la guerra.

Lectulandia

Pearl S. Buck

La estirpe del dragón

ePUB v1.0

victordg 03.02.12

más libros en lectulandia.com

EDICIONES ORBIS, S.A.

Título original: DRAGON'S SEED (1941)

Traducción: Juan G. de Luaces

De la traducción española: Plaza & Janés Editores S.A.

Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A, 1988

Apartado de Correos, 35432 - 08080 Barcelona

ISBN: 84-402-0403-5

D.L.B. 22.712-1988

Los chinos no consideran al dragón un ser malévolo, sino un dios y un amigo de quienes le adoran. Él "tiene en su mano la prosperidad y la paz". Governa las aguas y los vientos, envía la lluvia benéfica y es símbolo de la fecundidad. Se cuenta que antaño dos dragones mantuvieron un gran combate hasta que entrambos desaparecieron, dejando sólo una fértil espuma de la que nacieron los descendientes de la dinastía Hsia. Así los dragones han venido a ser mirados como los antecesores de una raza de héroes.

CAPÍTULO UNO

Ling Tan alzó la cabeza. Hasta el arrozal en que se hallaba sumergido en agua hasta las rodillas, le llegaba la fuerte voz de su mujer. ¿Por qué le llamaría a media tarde, esto es, cuando no era hora de comer ni de dormir? En el rincón más lejano del campo, los dos hijos de Ling Tan se inclinaban sobre el agua, moviendo los brazos derechos al unísono mientras plantaban las semillas del arroz.

—¡Eh! —les gritó—.

Los dos, como un solo hombre, se detuvieron al oír la voz de su padre.

—¿No llama vuestra madre? —les preguntó—.

Escucharon. Eran dos jóvenes recios. Mirándolos, Ling Tan sintió íntimo orgullo. Los dos estaban casados ya, y el mayor, Lao Ta, tenía dos hijos, el último de un mes. Lao Er, el segundogénito, se había casado hacía cuatro meses y su mujer empezaba a mostrar mal carácter. Ling Tan tenía aún un hijo más pequeño, Lao San, quien en aquel momento vigilaba al búfalo que debía pastar en algún lugar cercano, al pie de las redondeadas y herbosas alturas del valle. Dos hijas habían nacido también en el hogar de Ling Tan y sólo una de ellas faltaba por casar. La mayor era esposa de un comerciante de la ciudad cuyos muros se veían claramente desde la morada de Ling.

En aquel momento la voz de su mujer sonó de tal modo que hacía imposible toda confusión, llamando a gritos a su marido, sobre los campos.

—¿Dónde estás? ¿Te has vuelto sordomudo?

—Si, es nuestra madre —exclamó Lao Ta—. Los tres hombres sonrieron. Ling Tan posó en el agua la gavilla de simientes de arroz que tenía en la mano izquierda.

—Suspender el trabajo en plena tarde es tirar dinero —dijo—. No os detengáis.

—Tranquiliza tu corazón sobre ese punto —repuso su primogénito—.

Los dos jóvenes volvieron a encorvarse. A cada movimiento de sus manos plantaban una verde semilla en el agua tibia y fangosa. Sus pies se hundían en el fértil lodo del fondo y el sol caldeaba sus espaldas desnudas. Los dos hablaban bajo los anchos sombreros de bambú tejido que cubrían sus cabezas.

Aquellos dos mozos eran buenos amigos y lo habían sido desde que tenían uso de razón. Se llevaban menos de un año. Jamás se habían ocultado cosa alguna. Ni siquiera el casarse con mujeres de distinta familia les había separado. De sus mujeres trataban precisamente cuando su padre fue llamado, y de ellas volvieron a tratar cuando Ling Tan se alejó.

Eran los dos tan jóvenes aún que todo, incluso su propio cuerpo, y lo que comían y bebían, y las incidencias del día y de la noche, les suministraban motivo de reflexión y plática. Para ellos el mundo quedaba limitado por las montañas del valle donde radicaban las tierras paternas, y el centro de ese mundo estaba en el pueblo de Ling, todos cuyos habitantes eran parientes suyos, como lo vinieron siendo entre si

hacia centenares de años Incluso la gran ciudad cercana no era para ellos más que su mercado Cuando se recogía la cosecha de grano, legumbres o fruta, se llevaba a la ciudad y se vendía. Y a eso se reducía todo lo que sabían o les importaba de la ciudad. Como su hermana, nacida después de ellos, estaba casada con un mercader de la población, los dos jóvenes a veces se censuraban a si mismos y pensaban que debían ir a ver a su cuñado con más frecuencia, pero rara vez lo hacían. La tierra los mantenía muy atareados.

Seguían hablando bajo sus sombreros, sin disminuir la celeridad con que plantaban en el lodo. Tras ellos se extendía el vacío campo cubierto de agua y delante aparecían las erguidas semillas verdes.

—¿Puede el hombre que planta su simiente en una mujer estar cierto de que arraigará? —preguntó Lao Er—.

—Es plantar a ciegas —rió Lao Ta—, y por ello ha de repetirse muchas veces. No es como plantar a la luz del sol, según hacemos aquí. ¿No se te resiste tu mujer?

—Al principio, si; pero, ahora, nunca.

—No la toques en tres días y luego obra como si plantaras por primera vez —dijo Lao Ta, hablando con la suficiencia propia del hermano mayor— Cuando uno planta su simiente, debe preparar el terreno. O sea, que no debe lanzarse la semilla de cualquier modo Las cosas deben disponerse de modo que la semilla cuaje. Tampoco se ha de dispersar la simiente al viento, sino plantarla profunda en la tierra, así, así, así...

Y a cada palabra hundía su fuerte brazo desnudo en el lodo y plantaba una sólida semilla

Lao Er le escuchaba con atención

—Yo soy impaciente —dijo, semiavergonzado—.

—Entonces tuya será la culpa si no tienes hijos —replicó el hermano mayor, mirando ladinamente a su hermano y contrayendo la boca entera en una sonrisa— Cuando lles un año de casado verás que el hijo tiene más importancia que la mujer.

—¡Cómo se irrita la mía! —observó Lao Er— ¡Si la oyeras maldecir cuando ve que sigue teniendo los periodos...!

Los dos rieron, pensando en la muchacha de vivo carácter que era esposa de Lao Er. En cambio, la del mayor, joven gruesa y reposada, no tenía carácter alguno, o al menos lo escondía. La mujer de Lao Er era como un viento de poniente. Doquiera que se hallaba, lo ponía todo en movimiento. Lao Er la había amado desde que la conoció.

Lao Ta amaba también a su esposa, pero no, como bien le constaba, con todo su corazón. O sea, que dilatava el ir a acostarse hasta que los demás hombres más viejos habían bostezado y desperezado sus músculos en la casa de té de la aldea o en la explanada que había ante el pequeño templo. Y si al volver a casa Lao Ta encontraba

despierto a su padre, se entretenía platicando con él en el umbral. Quería a su mujer, pero sin precipitaciones. Ella estaría ya dormida en el lecho, al que se retiraba temprano, cuando su marido llegase.

La mujer de Lao Er, al revés, era inquieta y nunca su esposo sabía dónde ella podría estar, hasta no verla a su lado. Todas las noches se sentía torturado por el temor de que los demás jóvenes se burlasen si lo veían levantarse el primero, y a la vez por el ansia de ir en busca de Jade. El nombre verdadero de la muchacha era más largo, pero él la llamaba así y tal palabra pronunciaba al entrar en su dormitorio. A veces ella se encontraba allí, pero otras, y más frecuentes, no. Sólo en raras ocasiones la encontraba él dos veces seguidas en un mismo lugar de la casa, y desde luego nunca le esperaba en el lecho. Ansiaba saber si ella le quería, mas no osaba preguntárselo, por no verla reír, porque Jade tenía la risa tan pronta como el enojo.

Lao Er guardó silencio, preguntándose si Jade estaría entonces en la casa. Por la mañana ella le había ayudado a plantar en el arrozal, pero después de comer no quiso salir

—Voy a dormir —le había dicho—.

Y tendiéndose en el lecho se durmió ante los propios ojos de su marido. Con gusto él se hubiera tendido también a su lado, mas no lo hizo, temeroso de la reprensión de su padre si éste le veía acostarse en pleno día cuando había que plantar simiente. Salió, pues, dejando dormida a su mujer, lindas como las de una niña sus mejillas prominentes. Mas, ¿cuánto tiempo habría dormido Jade y qué habría hecho después?

Lao Er miró al sol. Aún estaba muy alto. Suspiró y prosiguió plantando.

Bajo la estera con que siempre entoldaba su patio, Ling Tan escuchaba a un forastero. Era éste un mercader de sedas de Chantung y de telas floreadas, y vivía viajando al Sur en primavera y vendiendo su mercancía a los meridionales. Luego regresaba a principios de verano, cargado de finas telas del Sur, tales como no saben hacerlas en el Norte. Ahora del septentrión sólo traía unas piezas de tela tan basta que sabía que únicamente la mujer de un labrador podría comprárselas. Y por eso, dejando la ciudad, andaba por los poblados. Viendo aquella casa, mayor que las otras moradas rústicas, y a su puerta una mujer bonita y ociosa, se había acercado allí.

La moza parecía sola, pero no lo estaba. Apenas el mercader la abordó, salió la madre, Ling Sao, diciendo con voz regañona:

—Si quieres hablar con una mujer, háblame a mí y no a la esposa de mi segundo hijo.

—Sólo iba a preguntarle donde se hallaba la madre de su marido —dijo, presuroso, el vendedor, notando que aquella mujer de edad era enérgica y sin duda quien regía la casa— Vuelvo del Norte y sólo me quedan unos cuantos palmos de

buena tela floreada para ropas de verano. En la aldea me contaron que tú eras la mujer más entendida en este contorno.

—Saca la tela y cierra la boca —ordenó la mujer—.

El hombre se dio prisa en obedecerla, aunque rió cortésmente cuando ella dijo tal frase. A los pocos minutos ya discutían los dos el precio de la tela

—Pongo un precio de regalo —afirmaba él— a causa de que este verano hay guerra en el Norte.

—¿Qué guerra es ésa? —preguntó Ling Sao, soltando la tela—.

—No es por culpa nuestra —replicó el hombre—, sino de esos enanos del océano oriental, que siempre tienen ganas de pelea.

—¿Llegarán hasta aquí?

—¡Quién sabe!

Entonces fue cuando ella, saliendo a la puerta, llamó a su marido.

Ling Tan escuchaba al mercader, sentados ambos a la mesa, bajo el toldo de estera del patio. Ling Tan sentía las piedras frescas bajo los pies. Era aquél un patio agradable, soleado en invierno y fresco en verano. Un antepasado de Ling Tan había cavado en el centro un estanque y plantado, dentro, un loto en un recipiente. Ahora el loto tenía seis flores, de un intenso rojo en su parte central. La mesa estaba puesta en el patio y en verano la familia comía siempre allí, aunque lloviese, ya que la estera les libraba del agua.

La mujer de Ling Tan les sirvió té y luego se sentó a un lado, en una banqueta. Estaba haciendo zapatos. La suela era gruesa, pero ella usaba una larga aguja de hierro. La clavaba con fuerza en el cuero y con sus firmes dientes blancos tiraba del cabo. Siempre que su mujer hacía esto, Ling Tan apartaba los ojos, sintiendo que se le ponía de punta su propia dentadura, si bien desconocía el motivo y por ello nunca había hablado a su esposa de tal sensación.

—¿De modo que dices que los enanos del océano oriental han matado a algunos de los nuestros? —preguntó al vendedor—.

—En el Norte han matado hombres, mujeres y niños

El mercader alzó su taza y vació el té. Se incorporó.

—Mañana he de llegar a Pengpu —declaró— Por tanto, me despido de ti.

Era un hombre de aspecto común, como casi todos los mercaderes, y tenía un hablar suavizado a fuerza de usarlo en tantos lugares.

“¿Qué pasará?”, se preguntó Ling Tan.

Pero no dirigía la pregunta a nadie, y nadie, en consecuencia, le respondió. El vendedor se echó su fardo al hombro, hizo una reverencia y salió. Ling Tan quedó solo en el patio con su mujer. Ella seguía cosiendo. Ling Tan miró a su alrededor. Los muros de la casa eran de antiguo ladrillo y las techumbres bajas y con tejas. Los tabiques interiores, de ladrillo también, tenían revestimientos de madera cubiertos a

su vez de tierra blanqueada con cal. Allí habían vivido y muerto los antepasados de Ling Tan, allí había nacido él, hijo único, y allí residían sus tres hijos y su nieto.

La tarde era plácida y calurosa. Temblaban las corolas de las flores de loto. En el silencio se oyó llorar al nieto. Ling Sao, levantándose, entró en la casa. Ling Tan quedó solo. Pensó que su vida era grata. Tenía la suerte de que sus tierras estuviesen cerca de una gran ciudad y un gran río, en un valle por cuyas laderas bajaba agua en la estación seca. Cuanto deseaba Ling Tan lo tenía. No era rico ni pobre, y sólo se le había muerto una hija. Él nunca había estado enfermo. A los cincuenta y seis años seguía teniendo su cuerpo tan delgado y fuerte como en su mocedad. De haber podido su mujer continuar concibiendo hijos, él estaba en condiciones de engendrarlos. Una vieja del pueblo le instaba a que comprase por su mediación una concubina joven, pero él no había querido. Precisamente el día antes había dicho a la ávida vieja.

—Ya tengo hijos

—En estos tiempos —respondió la mediadora— nunca hay hijos suficientes. Con tantas guerras, y tantos cañones, y tantas cosas extranjeras, ¿quién puede creer que tiene bastantes hijos?

Él se había limitado a reír. Fuera de no poder dar hijos a luz, su mujer era tan buena como siempre, y aún mejor, porque ahora conocía a su marido hasta la médula de los huesos. Ling Tan se sentía satisfecho y no deseaba empezar de nuevo con una joven. Además, la paz huye de la casa donde penetra una segunda mujer.

Dio una manotada en la mesa, bebió el té que quedaba en su taza y, levantándose, se ajustó a la cintura su faja azul.

—¡Me vuelvo al trabajo! —gritó—.

No le contestaron ni esperaba respuesta, puesto que sólo mujeres le habían oído. Se puso en marcha.

En el campo, le compungió ver lo cerca que sus hijos estaban del lugar donde él había trabajado. Otra hora larga, y al ponerse el sol el campo quedaría concluso. Era el último ya, y con todos los sembrados su familia tendría arroz suficiente para alimentarse por otro año.

Inclinó la cabeza y vio su rostro en el agua oscura. Era una faz flaca, cuadrada en las mandíbulas y las mejillas. Su barbilla, cuadrada también, sostenía siempre firmemente las cintas del sombrero. Había en el pueblo hombres que necesitaban sujetar entre los dientes las cintas del sombrero, a causa de lo puntiagudo de sus barbillas. Él no era de éstos. Además, podía cerrar la boca debidamente y no necesitaba mantenerla siempre abierta, como su primo tercero, aquel que, fuera de eso, era un buen hombre, poseedor de alguna ilustración y con el buen sentido suficiente para leer los edictos que los magistrados fijaban en los muros de la ciudad.

Ling Tan no sabía leer, ni le había importado nunca. Afirmaba que más pronto o más tarde uno se entera por oídas de todas las cosas. Las buenas noticias llegaban

pronto y las malas, cuanto más tarde, mejor. Tampoco había enviado a sus hijos a la escuela ni lo sentía, a pesar de que a veces llegaban jóvenes estudiantes de ambos sexos, procedentes de las escuelas de la ciudad, y discurseaban en las aldeas, diciendo que todas las gentes debían aprender a leer y escribir. Mirando la traza de aquellos pálidos estudiantes, Ling Tan no veía razón alguna para seguir sus consejos. Él tenía sus métodos y a ellos se aferraba.

No habló a sus hijos ni ellos a él, hasta que los tres se encontraron en el punto donde plantaban la postrera semilla. Entonces los tres se irguieron y, echándose los sombreros hacia atrás, los dejaron pendiendo sobre las espaldas.

—¿Qué quería nuestra madre? —inquirió Lao Ta—.

—Había en casa un mercader del Norte, que traía noticias de una guerra —dijo el padre—.

Había transcurrido una hora desde que reflexionara en el asunto y éste, a la sazón, no le parecía que tuviera importancia alguna. El Norte estaba lejos Midió con agudos ojos las líneas de simiente, verdes sobre el agua pardusca. Las sombras de las semillas formaban una recta fila negra. Las manos de sus hijos eran tan diestras como las suyas. Se enjugó la faz con el extremo de su faja y dijo al hijo segundo.

—Vete y compra un poco de cerdo en la tienda de tu octavo primo. Tomaremos esta noche la carne con la berza.

—Déjame que vaya yo —repuso, significativo, su primogénito—.

Ling Tan, mirando a sus dos hijos, notó que la cara del menor se había tornado carmesí.

—¿Qué os traéis entre vosotros? —inquirió—.

Lao Ta rió sin hablar y el más joven hizo una mueca cual la de un chiquillo de pocos alcances. El padre sonrió ¡Sus hijos eran aún unos niños!

—Guardaos vuestros condenados secretos —exclamó— ¿Qué me importan?

Se volvió hacia la casa, muy satisfecho, y un momento después vio a su segundo hijo anticipársele en cruzar la puerta del patio. Fuese lo que fuera lo que le acuciaba, al menos era una cosa que estaba en el hogar, pensó Ling Tan. No se le ocurrió pensar que la prisa de su hijo fuese motivada por su propia mujer.

Lao Er entró en el cuarto que compartía con Jade. La joven no estaba allí.

—¡Jade! —llamó Lao Er— ¡Jade! —repitió al no encontrar respuesta—.

Bajó la voz. Acaso ella se hubiese escondido. A veces se ocultaba y sólo salía cuando le veía descompuesto, para burlarse de él. Mas ahora no apareció. La alcoba se hallaba vacía.

Sintió el temor que siempre le embargaba cuando no podía hallar a su mujer ¿Habría huido de su lado? Lao Er fue al patio, en busca de su madre. No viéndola, pasó a la cocina. Bajo la tapa de madera del caldero humeaba el arroz de la noche. El

joven miró tras el vasto fogón de tierra. Su madre, acurrucada allí, echaba hierba seca en el hornillo. Habló, pues, con voz agria.

—¿Por qué atiendes tú al fuego, madre? Es mi indigna mujer quien debiera hacerlo.

—Bien dicho lo de indigna —replicó Ling Sao— No he visto a tu mujer desde que el sol estaba en medio del cielo ¡Estas jóvenes! La casamentera nos engañó. Todo esto viene de que las mujeres tienen ahora los pies sueltos. Cuando yo era muchacha, todas andábamos con los pies ligados, de manera que no salíamos de casa. Pero ahora las mozas corren por todas partes como cabras.

—Voy a buscarla, a traerla y a darle unos golpes —repuso él—.

Tan enojado se sentía que, de tener a Jade delante, la hubiese golpeado, en efecto.

—Hazlo —contestó su madre, llenos de risa los ojos— Pero piensa primero si podrás hacerlo ¡No es tan fácil pegar a las mujeres en estos tiempos!

Emitió una risa seca y apagada y esparció sobre las llamas la hierba. Ling Tan no era un labrador pobre y el padre de ella misma había labrado también ricas tierras, pero a Ling Sao le habían enseñado que en ninguna casa, rica o pobre, deben malgastarse los alimentos, las telas ni el combustible.

Cuando Ling Sao tejía una pieza de tela y se cortaba con ella un vestido, los retazos sobrantes le cabían en la palma de una mano. La casamentera había garantizado esto, y era verdad. Pero ahora resultaba difícil encontrar mozas así. Orquídea, la esposa del hijo mayor, había tenido los pies ligados en la niñez, pero llegó la revolución antes de que la cosa se completase y su padre mandó librar de ligaduras los pies de su hija. El mismo Ling Tan se había negado a que a sus hijas les fuesen ligados los pies.

La madre prosiguió alimentando el fuego, hoja a hoja, brizna a brizna, ramita a ramita, tallo a tallo, mientras meditaba en sus nueras. Buenas o malas, son las mujeres de los hijos las que hacen la dicha o la desgracia de una casa, y de ellas han de depender los viejos. En los hijos no cabe confiar, porque dentro de las casas las mujeres son más poderosas que los hombres ¿Era, pues, verosímil que Lao Er pegase a Jade cuando la encontrara?

—No le pegaré —murmuró Ling Sao—.

Su marido le había pegado dos veces en su juventud, una vez por enfado y otra por celos; pero él era más fuerte que sus hijos. Además, Ling Sao no había soportado los golpes con calma. Por el contrario, aporreó a su marido, le arañó las mejillas y le mordió el lóbulo de la oreja derecha de tal modo, que aún persistían las señales.

—¿Quién te mordió? —le preguntaba la gente—.

—Un tigre de las montañas —reía él. Porque su mujer procedía de un pueblo de los montes—.

Mas, ¿qué hombre podría pegar a Jade? Suspirando, Ling Sao dejó el fuego crecer

y bajar alternamente. Le dolían las piernas, pero no reparaba en ello. Alzó la tapa del caldero para oler el arroz. El aroma era bueno y el arroz se hallaba casi a punto. Ajustó la tapa. No hacía falta más fuego. Bastaba con el vapor para concluir la cocción. Bostezando, alcanzó las escudillas alineadas en un anaquel de la chimenea de tierra. Mezclaría con el arroz la col que quedara al mediodía, y el pescado que había quedado también haría las veces de carne. Nada costaba el pescado, porque había peces en el estanque de la casa y bastaba meter la red en él.

Puso las escudillas en la mesa del patio y luego se dirigió a la alcoba que compartía con su marido. Allí estaba él, lavándose en un recipiente lleno de agua fría. No hablaron, pero los rostros de los dos expresaban intensa placidez. Sentándose, la mujer retiró de su peinado su mondadientes de plata y principió a limpiarse la dentadura, mirando a su esposo mientras se lavaba y pensando que el cuerpo de aquel hombre seguía igual que cuando ella lo vio por primera vez: recio, moreno y delgado. Ling Tan se movía ágilmente y con vigor, se mojaba, retorció la toalla que su mujer tejiera, como tejía casi todas las ropas de la casa, y se secaba después. Era un hombre limpio; nunca olía. Cuando abría la boca para reír, sus dientes aparecían fuertes y su aliento grato. En cambio, el aliento de su primo tercero hedía como el de un camello.

—¿Cómo puedes dormir a su lado? —había preguntado un día Ling Sao a la mujer del primo—.

—¿No huelen todos los hombres? —había replicado la mujer—.

—El mío, no —había dicho Ling Sao con orgullo—.

—Quiero cenar —dijo Ling Tan de pronto, subiéndose los anchos calzones de algodón azul y envolviéndose con una limpia faja la cintura. Luego recordando al cerdo, añadió— He mandado al mayor a buscar puerco.

Su mujer abrió mucho los ojos

—Tenemos pescado que quedó del mediodía

—Quiero comer cerdo —replicó él con voz recia—.

—Pues cómelo —replicó ella, levantándose para prepararlo—.

Entrando en la cocina, vio el cerdo ya encima de la mesa, sobre una hoja seca de loto. Cogió la carne para examinarla, temerosa, como siempre, de ser engañada por su octavo primo, el carnicero, aunque en realidad no lo había sido nunca. El hombre la temía y estimaba a Ling Tan, de manera que, aun cuando tenía carnes malas, como todos los carniceros, nunca se las vendía a ellos. Aquella libra de puerco era tan buena como la mejor. Ling Sao no pudo hallar defecto alguno en las capas blancas y encarnadas que se extendían bajo la blanca piel, blanda y espesa. Aderezó la carne con ajo y sal, la cortó, la hizo albóndigas y las echó en agua hirviente. Era buena cocinera, y por tanto su marido no había fumado más que dos pipas cuando el guisado se halló dispuesto.

Saliendo a la puerta de la cocina, la mujer gritó a su hijo mayor:

—¡Tu padre espera ya para comer!

Lao Ta salió de su alcoba, lavado y limpio, con su niño en brazos.

—Aquí estamos —dijo—.

Ling Tan, desde la puerta, dio voces al hijo segundo.

—¡No te oirás! —gritó su esposa en la cocina— ¡Está buscando a su mujer!

Y mezcló la col fría al arroz hirviente.

En el patio sonaron risas, las risas de dos hombres cuyas mujeres no desaparecen nunca. La madre sirvió el arroz en las escudillas y se unió a la algazara. La esposa del hijo mayor apareció y se detuvo en el umbral, abotonándose la chaquetilla.

—Déjame servir a mí, madre —dijo—.

Pero hablaba por mera cortesía, porque no se movió. Luego, viendo que todos reían, rió también aunque sin saber el motivo. Mas como en aquella casa se reía siempre y por cualquier cosa, Orquídea, que era una mujer amable, creía natural reírse sin detenerse a pensar en el porqué.

Mientras los hombres se sentaban, llegó el tercer hijo, conduciendo al búfalo por una cuerda prendida al hocico. El muchacho, alto y taciturno, aún no contaba dieciséis años. Nadie le habló al verle entrar, ni él esperaba que le hablasen. Pero advirtió la expresión de la rápida ojeada de su madre y de la mirada de su padre. Ambos le examinaban para ver si nada malo le ocurría. A Lao San le constaba lo que no a sus padres: que él era el más querido de los hijos y el que más inquietudes despertaba a causa de su carácter. En muchos minúsculos aspectos él aprovechaba su posición privilegiada de menor con respecto a los dos hermanos de más edad, y ellos se lo consentían, limitándose a aporrear su pelada cabeza si les enojaba en exceso. En cambio, con sus padres era a menudo antojadizo y propenso a la furia, y por ello Ling Tan, deliberadamente, enviaba el búfalo a las montañas, a fin de apartar de la casa a aquel hijo rebelde. De este modo evitaba la necesidad de reprender las terquedades del muchacho.

Y todo radicaba en la belleza del rostro de Lao San. Tan hermoso era, en efecto, que sus padres, desde que nació, vivieron temiendo su muerte, ya que ¿cómo no habían los dioses de sentir celos de aquella belleza? Tenía los ojos alargados, con pupilas negras como el ónice bajo el agua y lípidos blancos en las órbitas. Su rostro era cuadrado y sus labios llenos y bien cortados como los de un dios. Su falta capital consistía en su soñadora indolencia, pero se la perdonaban como le perdonaban todo. En los dos últimos años, el muchacho había crecido tan de prisa como en los cuatro anteriores. A la sazón vertía el agua de un jarro en un balde de madera y se lavaba junto al patio, entre los bambúes. Luego, acercándose, ocupó su lugar en la mesa.

El padre pensaba que el mirar a sus hijos daba alientos al corazón. Aún seguía vacío el puesto de Lao Er, pero más pronto o más tarde él llegaría y la mesa quedaría

completa. Lao Ta mantenía sobre sus rodillas a su hijo y de vez en cuando le ponía en la boca, rosada como un capullo de loto, una masa de arroz previamente masticada y ablandada. El aire del anochecer iba refrescando y se cerraban ya los lotos. Reinaba completo silencio, sólo interrumpido por el son del telar en el cuarto donde la hija de Lao Tan tejía y seguirla tejiendo hasta que le llegase su hora de comer.

La madre puso al búfalo un puñado de paja. Llegó el perro amarillo, caricioso y humilde, en espera de algún bocado. Era un animal fiero como un lobo ante los desconocidos, de quienes no aguardaba nada, pero ante su dueño aparecía manso como un gatito. Acurrucóse bajo la mesa, anheloso de alguna sobra. Ling Tan apoyó los pies en el perro, como en un escabel, y sintió los pelos cerdosos de la bestia rozándole la piel desnuda de la pierna, y el calor de su cuerpo traspasando la suela del zapato. Se inclinó y ofreció al can un buen trozo de pescado con repentina ternura hacia aquel ser que era también parte de la familia.

En los campos próximos a la casa Lao Er continuaba buscando a Jade. El sol no se había puesto aún, y sus largos rayos amarillos descansaban como una capa de miel sobre el verdor. Si la joven andaba cerca sería fácil divisar su vestido azul. El trigo había sido segado y el arroz no había medrado aún. Jade no tenía dónde esconderse. Pero, pues no estaba allí, era menester que se hallase en el pueblo. Lao Er pensó rápidamente en qué lugares podría encontrarla. No en la casa de té, adonde sólo iban los hombres. Tampoco con la familia del primo tercero, porque el hijo del primo era de la misma edad que Lao Er y había deseado a Jade por esposa cuando la casamentera andaba buscando buen marido para la joven. Aquel cuarto primo había visto a Jade en la puerta de la casa de su padre, en otro pueblo, y la había amado. Pero Lao Er la había visto antes y amándola también, y de tal suerte nació entre los dos mozos un gran odio, que les conducía a buscar todo pretexto de querrela. El caso llegó a ser conocido por toda la aldea y no había quien no tuviese los ojos sobre los dos, a fin de separarlos si se enzarzaban.

La propia Jade no había sabido a cuál de los dos prefería. Cuando su madre le hablaba de ellos, la muchacha, encogiendo sus finos hombros, respondía:

—Puesto que los dos tienen piernas y brazos, y dedos en las manos y en los pies, y puesto que no son bizcos ni sarnosos, ¿qué diferencia hay entre ellos?

De manera que su padre resolvió elegir al joven cuyo padre diera el mejor precio por Jade, y entonces ambos muchachos instaron a sus respectivos progenitores, amenazando con suicidarse si no se casaban con la muchacha. De tal manera conturbó esto la paz de la familia, que Ling Tan, buscando un día a su primo tercero en la casa de té, le dijo:

—Puesto que soy más rico que tú, déjame que te dé treinta pesos de plata a cambio de que anuncies a tu hijo que es el mío el que va a casarse con la moza. Si no, nunca viviremos en paz.

El primo accedió, porque treinta pesos eran tanto como ganaba con su profesión en medio año, y la cosa quedó convenida. Lao Er se comprometió con Jade y se casó con ella tan pronto como pudo. Pero lo singular era que el muchacho, en el fondo de su corazón, no lograba perdonar a su mujer el que no le hubiese escogido ella misma, aunque no se atrevía a preguntarle por qué no lo había hecho. A veces, por la noche, tendido a su lado, planeaba interrogar así a su esposa, cuando la conociese mejor.

—¿Por qué no me elegiste a mí cuando te dieron a escoger?

Mas aún no se lo había preguntado. Conocía muy bien el cuerpo de su esposa, pero no su alma, y de este modo su amor por ella era un amor inquieto y lleno de dolores latentes.

Se dirigió, presuroso, hacia el pueblo. Sin demostrarlo exteriormente, sus ojos escudriñaban con ansia en busca de una mocita con chaquetilla y pantalones de algodón azul y con el cabello cortado a la altura de la nuca. Menos de veinte días antes, Lao Er se había enfurecido cuando, al regresar a su casa, vio que Jade se había cortado su largo cabello negro.

—Me daba calor —respondió ella a las furibundas miradas de su marido—.

—Tu cabello era mío —contestó él— y no tenías derecho a cortártelo.

Mas ella no respondió y Lao Er le insistió.

—¿Qué has hecho de tu cabello?

Jade, sin una palabra, fue a su cuarto y volvió con su larga trenza, Había anudado su extremo con una cinta roja. Él, tomando la trenza, la puso sobre sus rodillas. Allí estaba, recta, suave y negra, aquella cosa que ella, arteramente, le había quitado. Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, como por un ser viviente que él hubiera poseído y no existiese ya.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó en voz baja— No podemos tirarlo.

—Véndelo —dijo ella— y me compraré con el dinero unos pendientes.

—¿Pendientes? ¡Si no tienes agujeros en las orejas!

—Puedes hacérmelos.

—Te compraré los pendientes —dijo él—, pero no vendiendo tu pelo.

Y lo guardó en su maleta de piel de cerdo, donde ponía sus ropas de fiesta y la cadenita de plata que llevara de niño y un par de cosas propias más. Cuando ella fuese vieja y tuviera el cabello blanco y él, viejo también, hubiese olvidado el aspecto que su mujer presentaba de joven, sacaría aquella trenza y lo recordaría.

Todavía no había tenido tiempo de comprar los pendientes. Hasta aquel momento la plantación del arroz le había mantenido atareado de mañana a noche. A la sazón, entrando en el pueblo como si fuera de paseo y mirando por doquier en busca de su esposa, pensaba que, si no la hallaba haciendo nada malo, al día siguiente iría a comprarle los pendientes a la ciudad. Esta noche le preguntaría cómo le gustaban.

Pero no la veía. Comenzó a asustarse y recordó a aquel joven no casado todavía

con ninguna mujer, en su enojo al no tener por esposa a la que deseaba. Fue hacia la casa de su primo y vio a la esposa de éste en la puerta. Era una mujer corpulenta, con hechuras de cerda, y en la mano tenía una escudilla en la que comía como en una gamella. Lao Er no se proponía mencionar en su presencia el nombre de Jade.

—¿Estás comiendo, prima hermana? —le preguntó cortésmente—.

—Ven y come también —contestó ella, retirándose la escudilla de la boca—.

—No, gracias —contestó él— ¿Estás sola en casa?

—Tu primo y señor mío está comiendo, pero tu primo e hijo mío no ha vuelto a casa aún.

—¿Pues por dónde anda?

—Fue hasta la ciudad, o dijo que iba allí, cuando el sol pendía sobre este sauce. No sé dónde está ahora.

Y, acercándose la escudilla a la cara, siguió comiendo. El corazón de Lao Er latía con fuerza. Si Jade estaba con aquel primo suyo, él mataría a los dos y pondría sus cadáveres en la calle, para que todos los vieran. La sangre afluía a las venas de su garganta, hinchaba sus mejillas y sus ojos y crispaba su mano derecha.

En aquel momento llegaba a la explanada, ante la casa de té. Allí se congregaba una multitud, como sucedía a menudo cuando pasaba alguna compañía de actores o prestidigitadores, o algún viajante de comercio con mercancías extranjeras. Mas entonces no había ninguna de ambas cosas, sino un grupo de cuatro o cinco jóvenes de ambos sexos, gente de la ciudad sin duda alguna, que exhibían mágicas imágenes sobre un lienzo blanco que habían tendido entre dos bambúes. Lao Er no veía las imágenes, porque sólo tenía ojos para su primo, sentado en un banco de madera. Tan seguro estaba Lao Er de que Jade se hallaba con el joven, que miró repetidamente, contando ver. Pero no la vio. Por un momento se sintió desconcertado. Su ardiente sangre se enfrió, y se notó todo él cansado y hambriento. Pensó que cuando encontrase a su mujer la golpearía aunque no estuviese haciendo nada malo, porque no permanecía en el lugar de una esposa, que es su casa, esperando a su marido.

Sonó la voz de un joven que llevaba un rato hablando, mas a quien Lao Er no había oído hasta entonces.

— Y hemos de quemar nuestras casas y campos, sin dejar ni un bocado para el enemigo, a fin de que perezca de hambre ¿Estáis dispuestos a eso?

Nadie en la turba habló ni se movió. No comprendían el significado de aquellas palabras. No hacían más que mirar las imágenes sobre el lienzo blanco. Lao Er miró también. Se veía una ciudad con muchas casas de las que salían grandes llamas y negro humo.

Todos callaban, mirando. De pronto alguien saltó era Jade. La muchacha se sacudió el negro cabello.

—¡Estamos dispuestos! —gritó—.

Lao Er se sintió temeroso ¡Su mujer gritando ante toda aquella gente! ¿Qué significaban sus palabras? ¿Qué derecho tenía ella a vociferar no estando presente él?

—¡Vamos a casa! —la llamó— Tengo hambre.

La joven, volviéndose, le dirigió la vista sin parecer verle. Pero el grito de Lao Er había devuelto a la gente el sentido de su pueblo y de su vida monótona.

Todos se desperezaron, y bostezaron, y los hombres, levantándose, mascullaron que también ellos sentían hambre y lo habían olvidado. Uno a uno se dirigieron a sus moradas y Lao Er saludó a su primo con un ademán de cabeza, aunque se sentía furioso de no poder reprocharle nada. Esperó por Jade. No sería suave con ella, pensó mientras la contemplaba con el rabillo del ojo, para no tener la vergüenza de mirar a su mujer en presencia ajena.

—¡No olvidéis que he estado mostrándoos cosas reales! —clamaba el joven de la exhibición—.

Pero nadie le atendía. Lao Er aguardó a que Jade se le acercase, y luego empezó a caminar, mirando a hurtadillas para cerciorarse de que la muchacha le seguía. No le habló hasta que estuvieron lejos del pueblo, y entonces lo hizo con voz fosca.

—¿Por qué me haces pasar la vergüenza de mostrarme ante todos?

Ella no contestó. Lao Er oyó su paso igual sobre el polvoriento sendero, a espaldas suyas. Continuó, con voz tan fuerte como pudo.

—Fui a casa con el vientre rugiéndome como un león hambriento.

—¿Pues por qué no comiste?

La voz de la joven sonaba clara y benigna.

—¿Cómo voy a comer cuando tú no estás donde debes? —gritó él sin volver la cabeza— ¿Y cómo voy a preguntar dónde estás? Me avergüenza verme ante mis padres y no saber por dónde andas.

La joven no contestó. Él, incapaz de continuar sin saber lo que ella pensaba, volvió la cabeza, a despecho suyo, y halló que los rientes ojos de Jade esperaban aquel movimiento de su marido. Cuando los ojos de ambos se encontraron, Jade rompió a reír y todo el enojo de Lao Er se disipó como el viento. Dando dos pasos hacia delante, ella le cogió la mano, y él no supo libertarse del apretón, aunque no quería perdonar a su esposa.

—Me tratas muy mal —dijo con voz débil—.

—Por eso estás tan flaco y tan pálido y con tanta cara de sufrimiento —rió ella— ¡Cuánta lástima mereces! ¡Si estás orondo como un nabo!

Lao Er no sabía qué pensar. Ni tampoco lo que deseaba, pero estaba cierto de no desear aquella risa burlona. La luna, que hasta entonces pareciera una nube blanca, se había tornado áurea en la oscuridad y las aguas estaban colmadas de croar de ranas. La mano de Jade yacía en la de él como un pequeño y palpitante corazón. El joven se llevó aquella mano a su garganta. Ansiaba una cosa grande, grande, y no acertaba a

definirla en palabras. Siempre encontraba pocas expresiones para lo que sentía. Le bastaba para la vida cotidiana, pero no para momentos como éstos.

—Quisiera —dijo con dificultad— ser un hombre instruido y encontrar palabras —.

—¿Palabras? ¿Para qué?

—Para poder explicarte lo que siento.

—¿Qué sientes?

—Lo sé, pero no acierto a decirlo.

Permanecían mirándose mutuamente, en el angosto camino entre los arrozales, lejos por el momento de cualquier casa. Un alto sauce inclinaba sus grandes ramas sobre ellos. Lao Er pasó la mano por el hombro de su mujer y la atrajo hacia sí. La sostuvo un momento, sin que ella se moviera. Estaban solos en la noche quieta, más próximos que nunca.

—Tampoco yo soy muy instruida —cuchicheó ella—.

—¿Y por eso me hablas tan pocas veces?

—¿Cómo voy a hablarte si tú nunca me dices nada? Sin embargo, hablando se entiende la gente.

Él meditó esto un instante, y sus brazos aflojaron la presión que hacían sobre su mujer. Los dos esperaban que el otro hablase primero, sin saber qué decir entretanto.

—¿Me contarás todo lo que hay en ti si yo te cuento todo lo mío? —preguntó Lao Er—.

—Sí.

Lao Er dejó caer los brazos. No tocaba a Jade, pero se sentía más cercano a ella que nunca.

—Pues esta noche hablaremos —dijo—.

—Sí —repuso la muchacha—.

Su voz, por suave, no parecía la suya, mas Lao Er la oyó. Ella pasó su brazo por el de su marido y los dos anduvieron hacia la casa. Cerca de la puerta ella recobró su lugar, a espaldas del joven.

En el patio, los hombres habían concluido de comer, y a la mesa estaban la madre, la esposa del hermano mayor y la hermanita.

—Habéis tardado mucho —dijo la madre— No era cosa de esperar más.

—No hacía falta que me esperaseis —replicó Lao Er. Y dijo a su esposa, hablando con rudeza para que los demás no le creyesen vergonzosamente enamorado — Ponme la comida en una escudilla y la tomaré ahí donde están mis padres y mi hermano.

Jade, como buena esposa, le llenó la escudilla y se la entregó antes de ocupar su puesto entre las mujeres. Ya había olvidado lo que dijera en la explanada el joven de las imágenes, aunque mientras le oía le hubiera parecido imposible olvidar sus

palabras jamás. Alzó su escudilla meditando y sintiendo el corazón harto agitado para permitirse sentir apetito. ¿Conocería aquella noche cómo era el hombre con quien estaba casada?

Ling Sao habló a Jade al levantarse.

—Ya que no has hecho la comida, bien puedes limpiar la mesa.

Jade se alzó a la voz de su suegra.

—Lo haré, madre.

Tan raro era en ella obedecer así, tan suave sonaba su voz, que la madre la miró en la media luz. Pero nada dijo y se encaminó a la puerta del patio.

"Me parece que al fin y al cabo mi hijo le ha pegado", pensaba al cruzar el umbral.

Ling Tan se sentaba junto a la puerta, en un banco, y sus hijos le rodeaban, instalados en la dura y resuelta tierra. El más pequeño dormía, hecho un ovillo, sobre un montón de paja de trigo. Ling Sao miró fijamente a su segundo hijo, que comía con satisfacción, sin exteriorizar otra cosa que alegría.

"Le ha pegado", se repitió, contenta de que lo hubiese hecho. El mejor matrimonio es aquel en que el hombre golpea a la mujer. Se sentía orgullosa de su hijo.

"¿Quién hubiera creído —se preguntaba Lao Er— que una mujer y un hombre pudieran adquirir más intimidad hablando que mediante la carne?" Y, sin embargo, eso les sucedía aquella noche a ambos.

Al principio de su matrimonio se había sentido tan extraño a su mujer que le producía vergüenza tenderse a su lado. "Es Jade", se decía a si mismo, para calmarse, pero, sin embargo, seguía pareciéndole más extraña que lo fuera el día de su boda. Veía y comprendía su cuerpo, mas ¿qué se escondía detrás de su lindo rostro y su suave cutis? No lo sabía. Y ahora no deseaba tocarla, sino escucharla, oírla. Esperaba y yacía silencioso.

—¿También tú esperas? —dijo al fin—.

—Sí.

—¿Quién habla primero de los dos?

—Tú. Pregúntame lo que quieras.

¿Qué diría? La cosa estaba en su mente y fluyó a la punta de la lengua.

—¿Piensas alguna vez en ese primo mío que quería casarse contigo? —profirió —.

—¿Eso es lo que querías saber? —exclamó ella, sentándose en el lecho y cruzando los brazos sobre las piernas—. ¡Oh, qué necio! ¿Y eso te preocupaba? Pues no, no y no. Por mucho que me preguntes siempre te diré "No".

Lao Er sintió que la cabeza le giraba como si un remolino de agua se agitase en ella.

—Entonces, ¿en qué piensas durante todo el día, cuando estás callada, y qué piensas durante la noche, que no hablas tampoco? —interrogó—.

—Pienso a la vez en veinte o treinta cosas —dijo Jade—. Mis pensamientos son como una cadena y se enlazan unos a otros. Si empiezo a pensar en un pájaro, pienso en cómo vuela, y en por qué podrá levantarse del suelo y yo no. Y después pienso en los barcos voladores extranjeros, y en si habrá algo mágico en ellos o si será que los extranjeros saben más cosas que nosotros, y ahora al pensar en esto pienso en lo que dijo aquel joven ante la casa de té acerca de esos barcos que vuelan en el Norte y lo destrozan todo y hacen a la gente correr y esconderse.

Él interrumpió aquella concatenación de meditaciones. Las ciudades del Norte estaban muy lejanas.

—¿Por qué fuiste hoy allí?

—Me senté a coser tu blusa azul. Pero se me acabó el hilo, y tu madre no lo tenía más que blanco. Así que fui a comprar hilo azul. Y en el pueblo vi a aquella gente, y...

Él la interrumpió otra vez.

—No me gusta que salgas sola.

—¿Por qué?

—Porque pueden verte otros hombres.

—Yo no les miro.

—Pero no quiero que te miren a ti. Eres bonita y eres mi mujer.

—¿Voy a estar siempre en el patio? Éstos no son los tiempos antiguos.

—Quisiera que lo fuesen. Así te encerraría.

—Pues si me encerraran no querría comer y me moriría.

—No te dejarla morir.

—De todos modos estamos en los nuevos tiempos y yo puedo entrar y salir —dijo Jade, riendo—.

—¿Te había alguna vez algún hombre?

—Lo mismo que a cualquier otra conocida y no más.

Guardaron silencio. Luego él comenzó:

—Dime qué pensaste de mí la primera vez que me viste.

Ella manoseó la colcha de algodón, blanca y azul.

—No me acuerdo.

—Quiero decir... después que nos casamos.

Jade volvió la cabeza. A la luz lunar él veía su frente su naricilla, su barbilla llana, su labio inferior, algo recogido respecto al de arriba.

—Me alegré de que fueras más alto que yo. Para mujer soy alta.

—No lo eres.

Jade dejó pasar aquel aserto sin rechazarlo.

—¿Y luego qué pensaste? —insistió Lao Er—.

Ella inclinó la cabeza.

—Me pregunté qué pensarías tú de mi.

—Ya sabías que te quería.

Jade alzó la cabeza.

—Después pensé si alguna vez hablaríamos en confianza o si iríamos a ser lo que son los demás casados. Y pensé si te ocuparías de lo que yo soy o sólo de que fuese la madre de tus hijos. Y si sería tuya o sólo pertenecería a tu casa. Y si aprenderías a leer..., porque en los libros pueden saberse muchas cosas. ¿Me comprarás un libro? Ése..., ése es mi secreto. En vez de pendientes, cómprame un libro. Por eso me corté el pelo; para venderlo y comprar un libro. Luego tuve miedo y te dije lo de los pendientes. Pero era un libro lo que quería.

Y se inclinó hacia él, anhelosa de que la oyese.

—¡Un libro! —exclamó Lao Er—. ¿Y qué pueden personas como nosotros hacer con un libro?

—Yo quiero un libro.

—¡Si no sabes leer!

—Te engañas. Se leer.

Si Jade hubiera dicho que sabía volar como un ave, no hubiera sido mayor el pasmo de su marido.

—¿Cómo que sabes leer? Las mujeres como tú no saben leer.

—Aprendí algo hace tiempo —dijo ella—. Mi padre envió a la escuela a uno de mis hermanos y él me enseñó algunas cosas. Pero no tengo ningún libro mío.

Lao Er reflexionó un momento.

—Si es eso lo que quieres —repuso con voz despaciosa—, te lo compraré. Pero nunca creía ver leer a una mujer en esta casa.

Y así siguieron hablando la mitad de la noche, hasta que se sintieron soñolientos y cansados.

—Es hora de dormir —dijo él al fin—. Mañana hay que trabajar. Y si, además, he de ir a la ciudad a comprar el libro...

Se detuvo y refrenó el aliento. Porque mientras él hablaba, Jade se había hecho una rosca a su lado, acercándose como no se le acercara nunca. Tan dulce era aquel movimiento, tan afectuoso, que el joven no acertó a decir palabra. Fue el mejor instante de su vida, mucho mejor que la noche de sus bodas, porque era la primera vez que Jade se le aproximaba por su propia voluntad. Se preguntó cómo habría sido tan necio que no había acertado a comprender lo que era el corazón femenino. Pero nadie se lo había explicado. Había tropezado casualmente con aquel conocimiento, y ello merced a su disgusto de ver que ni siquiera el matrimonio le había dado íntegramente a la muchacha. Ahora la poseía en realidad, porque ella se le ofrecía.

Cuando se durmió, Lao Er sabía con tanta certeza como si un dios se lo dijese en su interior, que aquella noche Jade concebiría un hijo. Sí; de aquella noche le nacería un hijo a Lao Er.

CAPÍTULO DOS

Lao Er iba a menudo a comprar cosas para su padre, porque de los tres hijos era el que mejor se desenvolvía en la ciudad. El padre nunca iba a ella si le era dable evitarlo, alegando que no podía respirar bien allí, y la madre tampoco menudeaba sus visitas a la ciudad, diciendo que las gentes de la población hedían.

En esto no concordaba del todo Ling Tan, quien afirmaba que cada clase de humana carne tiene su propio olor, mas su esposa reargüíale que ella prefería estar cerca de su propia clase de carne, la de quienes comían viandas y hortalizas frescas y no estropeadas por una larga estancia en los mercados urbanos. El primogénito, por lo muy confiado, no era persona apropiada para la ciudad, y el más pequeño, por lo muy joven, no debía ir a la ciudad a menudo, a fin de impedir que aprendiera maldades. En resumen, Lao Er era quien realizaba las gestiones de la familia en la capital, quien llevaba los huevos a la tienda del Puente de la Puerta del Sur y quien vendía en las tiendas de arroz el que les sobraba de la cosecha.

Años hacía que se ocupaba de ello, y por lo tanto cuando cruzó la gran puerta de la urbe no se sentía amedrentado ni humillado, ni tropezaba por pararse a mirar cosas, como les ocurría a casi todos los campesinos. Iba con la cabeza alta, tenía lavada la cara, y vestía una decente blusa y calzones de algodón. No usaba calcetines por el calor, pero si unas sandalias que él y sus hermanos tejían con la paja del arroz en las largas veladas del invierno. Cuando entró en una atareada calle de la ciudad se alisó su corto cabello negro. Sabía adónde ir para sus asuntos, y si hablaba a la gente de la ciudad lo hacía con un sereno sentido común unido a la buena cortesía campesina. Si el huevero le daba un penique falso, nada decía Lao Er, la próxima vez llevaba al comerciante tres huevos podridos. Tres huevos valían en todas partes un penique, y así el huevero, al hallar las piezas podridas, sabía que estaban allí y comprendía que Lao Er sabía distinguir un penique falso tan bien como un huevo podrido. De esta manera ambos se entendían como si hubieran hablado y no necesitaban tener disputas. Con medios análogos, Lao Er se había ganado el aprecio de la gente con quien trataba en la ciudad, y él a su vez se apreciaba a sí mismo por su conducta allí.

Mas hoy, al ir a comprar un libro, iba tan desorientado como un niño. Se dirigió a cierta calle donde los libreros exponían sus tomos sobre tableros apoyados en caballetes. Salvo por su tamaño, todos los libros parecían iguales. Viendo al joven pararse largo tiempo, un librero tras otro le preguntaban qué obra deseaba y él contestaba siempre que no sabía. Le avergonzaba decir que quería un libro para su mujer, porque ello haría parecer a su esposa rara y desemejante a otras mujeres, de modo que fingía querer el libro para sí mismo.

Todos los libreros, sin excepción, eran hombres viejos, gastados y menudos, que antaño habían sido estudiantes o profesores de pequeñas escuelas y que no habiendo

tenido éxito en la vida, habían terminado dedicándose al comercio de los libros. Pero ninguno pensaba que Lao Er no sabía leer. Uno a uno le mostraban las obras diciendo: "Éste es un libro bueno, de mucha risa, y habla de los diablos extranjeros." O bien: "Ésta es una historia sucia, muy divertida, sobre una monja y su amante." O: "Éstos son *Los tres reinos*. ¿Quién no los ha leído?" Y le alargaban los volúmenes, que a Lao Er le parecían iguales. El joven, eligiendo al azar uno de brillante cubierta rosa, dijo:

—¿Qué libro es éste?

—Ahí está el título —respondió el librero—.

Lao Er rió, abochornado.

—La verdad es que no sé leer.

—Entonces, ¿para qué quieres un libro? —exclamó, incrédulo, el vendedor—. ¿Por qué no compras dulces o juguetes, o una pieza de tela para hacerte un traje, o un hurgaoídos de plata, o cualquier otra cosa..., menos un libro?

Aquella voz despectiva enojó a Lao Er.

—Compraré un libro —repuso—, pero no a ti.

Y se apartó. Iría a casa de su hermana y preguntaría a su cuñado qué libro le recomendaba. Luego, volviendo, lo compraría en el puesto inmediato al del librero despectivo, ante los propios ojos de éste.

Salió de la atrafagada calle, cruzó otras tres más y fue a la tienda que poseía el marido de su hermana. Era un establecimiento de géneros extranjeros, lleno de extranjeras linternas, zapatos de suela de goma, botellas de todas clases, dulces y vituallas de lata, prendas de punto de todos los colores, plumas, lápices, platos y retratos, con marco, de rollizas mujeres blancas de ojos azules y redondos. Únicamente Lao Er pasaba todo su tiempo libre mirando aquellas cosas en las vitrinas, pero esta vez fue en derechura, atravesando las tiendas, a las habitaciones que su hermana ocupaba detrás de un patio. Los dos dependientes, que le conocían, le dejaron pasar.

Halló a su cuñado con su último hijo sobre las rodillas, mientras, reclinado en un asiento, se daba aire con un abanico. Era un hombre grueso para su edad y, desnudo a la sazón hasta la cintura, exhibía un cuerpo fofo y pálido como el de una mujer. Había verdaderos anillos de carne en sus pálidas muñecas y sus dedos eran gordos y puntiagudos. Todos sus amigos afirmaban que, puesto que comía y bebía tan bien, debía de ser que estaba enriqueciéndose; y él, riendo, dejaba que lo pensasen así.

—¡Hola, hermano de mi mujer! —dijo al ver entrar al joven—. Siéntate, siéntate.

Se incorporó un rato, pero sólo lo necesario para acoger al segundo hermano de su esposa, y luego dio voces llamándola.

—¡Aquí está tu segundo hermano, madre de mi hijo! —clamó—.

Llegó ella corriendo, floja su blusa por la garganta, animada su faz, como

siempre.

—¿De manera que has venido, hermano? —saludó a Lao Er, dando grandes voces, aunque el joven estaba sólo a unos pies de ella—. ¿Y cómo siguen los demás? ¿Por qué no viene nunca a verme mi cuñada? ¿No está embarazada aún? ¿No? ¡No vales nada!

Hablaba rápidamente, lanzando las palabras como pompas de jabón, fuera de su boca roja y gordezuela, y riendo a la vez, de manera que mezclaba palabras y risas. Luego, saliendo, volvió con dulces extranjeros traídos de la tienda y sirvió a su hermano té recién hecho.

Lao Er dio todas las noticias de la familia, jugó con el niño y oyó a su cuñado contarle que los negocios irían muy bien si no fuera porque los estudiantes predicaban día y noche contra la compra y venta de artículos extranjeros. ¿Qué tenían los negocios que ver con los estudiantes y con el patriotismo?

Dicho todo, Lao Er sometió a su cuñado el asunto del libro. Su cuñado, Wu Lien, sabía leer, porque era un hombre de ciudad, como su padre y su abuelo lo habían sido. Pero todos habían tomado por esposas mujeres nacidas fuera de la ciudad, a causa de que, como es sabido, las mujeres ciudadanas, después de una o dos generaciones, se vuelven perezosas y duermen hasta muy tarde, y entretienen las veladas jugando con piezas de bambú, y no amamantan a sus hijos y toleran con harta complacencia que sus maridos tomen concubinas. Wu Lien, en resumen, había leído muchos libros en su juventud y aún los leía a menudo, en los cálidos días del verano o cuando, en invierno, hacía demasiado frío en la tienda y ningún lugar era tan grato como su propio cuarto junto a un fuego de carbón.

Posó al niño en el suelo y habló con gravedad, cual debe hacerlo quien trata de letras.

—Hay libros para todas las necesidades —dijo—. Primero ha de saberse qué libro se quiere y quién ha de leerlo. Hay libros para ser leídos secretamente, de manera que produzcan placer. También hay libros para quien, estando atado a su casa, no puede viajar y desea hacerlo. Y asimismo hay libros para quien gusta de envenenamientos y asesinatos y no se atreve a cometerlos él. ¿Para qué quieres el libro?

Lao Er, sonriendo avergonzado, dijo la verdad.

—Verás, hermano —repuso—. Me casé con mi mujer creyendo que era como todas, y ahora resulta que sabe leer y ansía un libro. Incluso se cortó el cabello para comprar una obra, aunque no me dijo por qué lo había hecho. Así, en vez de unos pendientes que le había prometido, le dije que le compraría un libro, y he venido a buscarlo. Pero ¿cómo distinguir un libro de otro?

—Debiste preguntar a tu mujer qué obra deseaba —dijo Wu Lien—.

—No creí que hubiera tanta diferencia en los libros.

Wu Lien meditó un momento y luego se volvió a su esposa, que oía todo aquello

con la boca abierta.

—Tú eres sólo una mujer, madre de mi hijo —dijo el comerciante—, pero, si supieras leer, ¿qué leerías con más gusto?

La idea de saber leer hizo a la joven romper a reír poniéndose la mano ante la boca, como siempre hacía, para no exhibir sus dientes, muy negros.

—Nunca he pensado en eso —contestó—.

Luego, viendo que su marido la miraba con una expresión de impaciencia en el rollizo rostro, se apartó la mano de la boca, se puso seria y reflexionó.

—Cuando yo era niña —dijo— solía oír en la aldea, al viejo tuerto, historias sobre unos ladrones que vivían a orillas de un lago. Siempre que el viejo las contaba, todos, hombres, mujeres o niños, se inclinaban hacia delante para escucharle, y cuando se detenía en un punto donde un hombre era apresado en una emboscada, o donde iba a reñirse una batalla, él pasaba su cesto en espera de moneditas, y éstas llovían como en granizo en un arrozal maduro.

Wu Lien la miró con orgullo.

—Estás en lo justo —dijo—. Ése es el libro que te conviene, hermano. Porque ya sé cuál es. En él hay de todo, las mujeres que engañan a sus maridos son castigadas y los buenos prevalecen. A veces el libro parece malo, pero los malos acaban castigados siempre y pierden en sus combates contra los buenos. Esa obra se llama *Shui Hu Chuan*, y hay en ella muchos ladrones buenos. Si, yo lo leí siendo pequeño, y me gustaría volver a leerlo.

Se pellizcó el labio inferior, sonriendo al recordar el placer que aquella obra le había producido. Lao Er se levantó, repitió el nombre del libro, dio las gracias a su cuñado y les dijo adiós. Cruzaba la tienda, llena de parroquianos, cuando le detuvo un son de voces airadas. De tal modo aclamaban aquellas voces, que todos los clientes suspendieron sus compras y volvieron las cabezas hacia la ancha puerta del establecimiento. Lao Er se halló ante una hueste de jóvenes armados de piedras y palos.

Les dirigía un mozo alto, sin sombrero, con el largo cabello cayéndole sobre los ojos. Echóse hacia atrás y gritó a un dependiente que abriera una vitrina. El dependiente se retardaba y entonces el joven rompió con una piedra el cristal.

—¡Son mercancías enemigas! —gritó—.

Y cogiendo un puñado de plumas, relojes y chucherías, lo arrojó a la calle.

En el mismo momento, todos los jóvenes, entrando, empezaron a romper vitrinas y tirar objetos. Se elevó un gran gruñido entre los parroquianos, viendo echar a perder tan buenos géneros, y algunos, cargando con lo que pudieron, se lo llevaron. A cada cosa arrojada a la calle, un grupo caía sobre ella. Viendo esto, se redobló la ira de los jóvenes, los cuales apalearon a la gente y golpearon sus cabezas con piedras. Unos

cuantos rodearon el montón de géneros y le prendieron fuego, ardiendo prendas de punto, sombreros, camisas, blusas, mantas y zapatos. La multitud rodeaba la hoguera, abriendo mucho los ojos ante tal destrozo inútil, pero nadie se atrevió a decir una palabra. Lao Er, con la boca abierta ante lo que veía, no osaba hablar. Su cuñado no apareció; en la tienda no se veían ya ni vestigios de los dependientes, y ¿quién era él, un hombre solo, para hablar si no lo hacen los interesados? Miró hasta que sintió el corazón abatido, y entonces se alejó.

A mitad de camino de la puerta de la ciudad recordó que no había comprado su libro. Volvió, pues, a la calle de los librereros y, acercándose al puesto contiguo al del hombre que le hablara con dureza, pidió la obra. El librero se la tendió. Era un tomo viejo y grueso, manchado por el mucho uso.

—Un libro tan sucio debe de ser barato —dijo Lao Er, mirando las manchas de grasa y mugre—.

—Hace pocos días, si —repuso el librero—, pero últimamente muchos estudiantes que nunca leían esta obra han venido a comprarla. No sé por qué. Ni tampoco sé por qué hacen esos jóvenes las cosas que hacen. Parecen borrachos, y en cuanto a las mujeres que estudian...

Escupió en la losa en que estaba de pie y frotó el salivazo con la suela del calzado.

—¿Cuánto vale este libro? —preguntó Lao Er—.

—Tres monedas pequeñas de plata.

—¿Tanto por un libro? —exclamó Lao Er, horrorizado—.

—Sí, por un libro —repuso el librero—. ¿Por qué no? Lo mismo te cuesta un trozo de carne de cerdo que desaparece en cuanto se come y sólo deja basura. En cambio, un libro se te fija en la mente, y puedes volver a leerlo cuando se te olvida, y reflexionar en él. ¿Quién sabe lo que podrás sacar de esas reflexiones? Incluso te cabría hacer tu fortuna con ellas...

Lao Er buscó en su faja, sacó el dinero, lo pagó y se enojó viendo que el viejo inmediato, que no había dejado de mirarle, sonreía aviesamente, comentando:

—Sí sabías el nombre del libro, ¿por qué no lo dijiste? Yo lo tengo.

Y lo mostró, nuevo e impoluto, en su tablero.

A pesar de su ira, Lao Er, que en realidad hubiera preferido llevarse el libro nuevo, se limitó a decir, mientras se alejaba:

—Después de tus palabras de esta mañana prefiero comprar el libro sucio a este hombre y no a ti el limpio, ¡oh, huevo de tortuga que tú eres!

Antes de salir de la calle pensó que debía volver a la tienda de su cuñado y ver lo que pasaba, y si los asaltantes se habían ido o no. Al llegar al establecimiento, lo vio cerrado. En la calle había un montón de cenizas. Algunos pordioseros y niños revolvían las cenizas buscando botones y trozos de metal, mientras la gente iba y

venía de sus ocupaciones sin preocuparse, como si hubieran contemplado muchas veces el mismo espectáculo.

Se preguntó si debía entrar y ver si sus parientes se hallaban bien o no, más luego meditó que ante todo procedía pensar en sus padres y en su disgusto si le supieran mezclado en aquel enredo. Vaciló, en especial, porque advirtió que en las tablas que cerraban la puerta habían sido trazados grandes signos de intimidadora apariencia. Miró los signos largo rato, pero nada descifraba, y entonces se volvió a un hombre de edad, y de aspecto instruido, que, vistiendo una larga túnica negra, pasaba en aquel instante.

—Señor —dijo el joven—, ¿quieres explicarme lo que anuncian estos signos?

El hombre, deteniéndose, sacó unas antiparras y, plegando los labios, leyó los signos varias veces para sí. Luego manifestó:

—Esos caracteres dicen que lo que le ha sucedido a esta casa le ocurrirá a todas las de la ciudad si venden géneros enemigos. Además, añade que, si esto no basta, se arrancará hasta la vida a quienes compren o vendan artículos enemigos.

—Gracias, señor —repuso Lao Er, alarmado—.

Las palabras, en verdad, eran amedrentadoras como parecían, y el joven pensó que su deber era volver en seguida a la seguridad de su casa y no mostrar que tenía parentesco alguno con los de la tienda. Se alejó, pues, sosteniendo bajo el brazo el libro de Jade, envuelto en un lienzo azul que ordinariamente llevaba Lao Er al cuello, para secarse la cara cuando sentía calor. Pensó que eran muy singulares aquellos tiempos en que en una sola mañana podía verse lo que él viera. Se apresuró a salir de la ciudad donde tales cosas ocurrían y, camino de casa, se sintió contento de la paz de los campos y del cielo despejado y claro.

Ya en su morada, dio el libro a Jade, pero hasta del libro se olvidó en el interés de las cosas que Lao Er tenía que contar a todos. Reunidos en el patio, le escuchaban, e incluso Pansiao, la hermana menor, detuvo su telar y salió a oírle. Cuando Ling Tan se hubo informado de todo, chupó su pipa un rato y dijo luego:

—¿Preguntaste el nombre de esos enemigos?

Lao Er puso una expresión embobada.

—¡Repréndeme por necio! ¡No lo pregunté!

Y quedó atónito ante su propia estupidez.

Pero lo que sucedía en la ciudad quedaba muy lejos de los que vivían en aquella casa. La noche cayó como siempre y todos cenaron y se dispusieron a retirarse, pensando que en el campo nada cambiaría, fuesen las que fueran las locuras de la gente de la ciudad. Ling Tan y su esposa hablaron algo antes de dormirse, inquietos por lo que pudiera acaecerle a su hija mayor, y Ling Tan dijo que deploraba no haber casado a su hija con un labrador, aunque éste sólo hubiese hecho la mitad de las

promesas que Wu Lien. Pero en esto su mujer no concordó.

—Nuestra hija no vive en nuestra casa —dijo—y lo que le pase es cosa de su marido, al que ha dado dos hijos ya. Si mañana les sucede algo encontrarán medio de avisarnos y veremos si debemos disgustarnos o no.

Él, oyendo esto, prescindió de su desasosiego. Pronto descendió sobre los dos la quietud de la casa en que habían vivido tantos años y la calma de los campos que les daban el sustento y cubrían sus demás necesidades. Ocurriese lo que ocurriera, la tierra era suya y siempre les proporcionaría alimento.

Lao Ta, en su cuarto, dijo a su mujer, mientras amamantaba al niño, lo que pensaba de lo que le sucediera a su cuñado.

—Todo esto es cosa de la instrucción extranjera —afirmó—. Los estudiantes de la ciudad, ahora, no conocen la equidad antigua y no tienen medida con que medirse a sí mismos. Hoy les parece justa una cosa y mañana otra, y no saben que ningún hombre conoce lo que es verdaderamente justo. Orgullosos de su poca instrucción, se dedican a hacer maldades como ésa.

—Así, nuestros hijos no irán nunca a la escuela... —murmuró su mujer—.

Y se durmió, con el niño aún prendido a su pecho.

—No —dijo él—.

Y prosiguió pensando. Pensaba lentamente y con dificultad y sudaba al hacerlo como si anduviese tras el búfalo arando una tierra difícil. Al fin, llegando a un pensamiento concreto, habló alto, para que su mujer lo oyese.

—El hombre debe estar en su casa —declaró—, y si hace el trabajo que sabe hacer y no se ocupa más que de sí mismo, ¿quién puede destruirle? Y si todos los hombres se portan así, ¿qué enemigo podrá prevalecer contra la nación?

Aguardó a que su mujer abundara en su criterio, pero nada oyó, salvo silencio, primero, y después el suave ronquido de la joven. Le enojó un tanto haber malgastado así su sabiduría, pero tenía hartos buen corazón para despertar a su mujer, como otros hubieran hecho viendo que ella se había dormido mientras su esposo hablaba. Dejó sus intensas meditaciones y pronto la quietud de la casa le invadió también, haciéndole dormir.

Pansiao, que pasaba sus días ante el telar, no iba nunca a la ciudad, y lo que oyera le parecía tan extraño, que se disipó de su mente como un sueño que hubiera oído contar. Viviendo en la casa segura siendo una niña. Era la última de los hijos, habiendo nacido tan tarde que su madre había sentido vergüenza de darla a luz. Todos habían sonreído sabiendo que Ling Sao, a los cuarenta y tantos años, estaba embarazada, y en la aldea las mujeres la interpelaban siempre, advirtiéndole la hinchazón de su vientre, con estas palabras:

—¡Qué vigor, mujer! Una buena cerda nunca es vieja mientras tiene cría.

Aquel bochorno había puesto como una nube sobre la niña. En la aldea no se

podía ocultar nada, y por tanto, Pansiao sabía que su nacimiento había producido vergüenza a su madre. Hasta su mismo nombre implicaba mofa, aunque no se le hubiera puesto con ese objeto. El primo tercero de Ling Tan había elegido el nombre de Pansiao, que significaba Semisonrisa, el cual era bonito, aunque demasiado pretencioso para la hija de un labriego. El primo no quiso negarse el placer de tal nombre, y Ling Tan consintió pensando que lo mismo daba, ya que se trataba sólo de una muchacha. Pero los aldeanos, al oír el nombre, le daban un significado burlón y, entre carcajadas, decían "Semisonrisa, Semisonrisa" Con esto ya no hubo modo de cambiar de nombre.

Pansiao, al crecer, había ido amoldándose a su apelativo y era una joven gentil, semisonriente y semimelancólica, que nunca se sentía totalmente bien acogida en ningún sitio, y por lo tanto hacía todo lo posible para que la recibieran bien. A menudo se sentía cansada, porque no era tan fuerte como los otros hijos de su madre; y así aquella noche, a pesar de que había escuchado con asombro lo que su hermano contara, se durmió en cuanto se acostó.

También Lao Er y Jade habían olvidado el episodio. Jade, abriendo el libro, empezó, a la débil luz de la lámpara de grasa vegetal, a leer lentamente los caracteres en alta voz. Lao Er la escuchaba, mirándole los lindos labios. Le parecía mágico que Jade pudiera leer aquellos signos que para él eran como patas de pájaros en el papel y que los ojos de su mujer transmitieran a su voz lo que leían y que su voz hablase de manera que él pudiera comprender perfectamente la lectura.

Y aunque la comprendía, lo que colmaba su mente era su delicia en mirar a Jade y en contemplar sus párpados moviéndose arriba y abajo de la página, y el dedito con que señalaba un signo tras otro. Ella leía despacio, con acento cantarín, como los narradores de cuentos, y él, sofocado de orgullo y amor, creyó menester explicarle sus sentimientos, temeroso de estallar si los callaba.

—Espero —dijo— que no me pase ningún mal, a pesar de que soy tan malvado que te amo más que a mis padres. Tanto que si no hubiese comida más que para ellos o para ti, yo te la daría a ti y dejaría que ellos muriesen de hambre. Los dioses me perdonen, porque no hablo más que la verdad.

Ella alzó la cabeza, con la faz ruborizada y pálida.

—No puedo leer mientras me miras —dijo, con una sonrisa temblando en sus labios—.

—Puesto que no puedo mirar al libro y entenderlo, ¿qué voy a hacer más que mirarte a ti? —respondió él—.

Ella, para entretener la mente de su marido y hacer que no la avergonzase y la sonrojara con su amor, exclamó:

—Olvidaba que quiero también enseñarte a leer.

Hizo que el joven se inclinase sobre la mesa, con su cabeza junto a la de ella,

y le mandó repetir los caracteres que le señalaba con el dedo. Él, obediente, hacía cuanto le decía Jade, pero su ánimo estaba lejos de su cuerpo y sólo pensaba en ella, con lo cual no aprendía nada. Cuando se acostaron, él había olvidado todo lo del día y le parecía que aquella casa en que nació era todo su mundo.

De todos los de la casa, sólo Lao San, el hijo menor, pensaba en lo que viera su hermano. Su lecho era una yacija de bambú en la sala de la casa, porque no había cuarto que dar al mozo, si bien su padre le había prometido hacer añadir una habitación cuando Lao San se casase. El muchacho se revolvía inquieto en su lecho, sin poder dormir, imaginándose los jóvenes que habían asaltado aquella hermosa tienda. ¿Quiénes serían y quiénes los enemigos contra los que clamaban? Se le ocurrió que había en el mundo muchas cosas que ignoraba y se preguntó, como lo hacía con frecuencia, de qué manera podría llegar a saberlas si continuaba en casa de su padre.

Al cabo, harto de dar vueltas, se levantó, y, como hacía en ocasiones cuando no conciliaba el sueño, fue al cobertizo donde estaba atado el búfalo. La grande y silenciosa bestia se había tendido en tierra para reposar y el muchacho, sacando de debajo del búfalo un poco de paja, se acomodó junto al cuerpo caliente y peludo. Aquella presencia tosca y familiar le calmó, y a poco, se quedó dormido.

Cuando la penumbra del largo atardecer de verano se convirtió en tiniebla, la casa, en medio de los campos, estaba tan silenciosa como las tumbas de los antecesores de quienes la habitaban. Mas no era un sepulcro, porque rebosaba vida, eterna aunque durmiente. Una luna vieja y ganchuda brillaba sobre el agua en los campos y sobre la casa silente, como siglos tras siglos había brillado aquella luna, tanto cuando era joven como cuando era decrepita.

CAPÍTULO TRES

Ling Tan vivía una existencia amplia y profunda, aunque rara vez saliese de sus tierras. No necesitaba hacerlo, porque en ellas encontraba cuanto quería. Bajo la piel de la tierra que cultivaba como lo hicieran sus padres, estaba el cuerpo de la tierra misma. No era como otros, que sólo poseen la superficie de la tierra. No; a su familia y a él les pertenecía la tierra que se hallaba bajo el suelo. Ling Tan solía reflexionar sobre tal posesión. ¿Qué habría, se preguntaba en los largos días de lento y solitario arar, o en las aún más largas jornadas destinadas a quitar los hierbajos de entre las cosechas, qué habría bajo la blanda y morena piel en que arraigaban sus semillas?

Una vez, siendo joven, había cavado un pozo para su padre y entonces vio por primera vez lo que había bajo los campos. Primero la profunda y espesa capa de tierra, fértil y suelta merced al repetido laboreo de sus antecesores y a sus propios excrementos, con que ellos abonaban el campo año tras año. Tan rica era aquella tierra que en primavera fructificaba casi sola. Alimentada, por el desarrollo de las plantas, nutrida por la cosecha, estaba ávida de semilla, como una mujer lo está, ansiosa de verse ocupada en lo que le corresponde.

Esta tierra la conocía Ling Tan. Pero bajo ella seguía una dura costra de amarillenta arcilla, casi tan dura cual el fondo de una cazuela. ¿Cómo estaría tal arcilla allí? Ling Tan no lo sabía, ni su padre tampoco, pero lo cierto era que allá estaba la arcilla dura, pronta a retener la lluvia para las raíces que la necesitaban. Bajo aquel fondo amarillento seguía un lecho de roca, no sólida, sino partida en pequeños fragmentos, entre los que se veía parda arena. Bajo aquella capa había otra, la más recia de todas. Se hallaban en ella tejas rotas, restos de cerámica azul y hasta una rara moneda de plata tal como Ling Tan no viera nunca. Tras esto halló una vasija blanca y, al fin, un jarrón profundo y oscuro, esmaltado y lleno de un polvo pardo. Ling Tan había llevado esas cosas a su padre y los dos las examinaron largamente.

—Son objetos que usaron nuestros antepasados —había dicho el padre—. Pongámoslos en las tumbas de los abuelos.

Se hizo así y Ling Tan continuó cavando, y de aquellas honduras salió una mañana agua como si de una fuente se tratara. Desde entonces, nunca faltó líquido en el pozo.

Pero, como a menudo meditaba él, bajo aquel río la tierra seguía siendo suya. Otros la habían poseído y vivido en ella y convertido en parte de ella misma. Los viejos de la aldea decían de ordinario, que si un hombre cavaba lo bastante profundamente en su tierra o en cualquier otra, encontraría cinco veces consecutivas las ruinas y restos de lo que antaño fueran grandes ciudades, templos y palacios. El abuelo de Ling Tan, abriendo una vez una tumba para su padre, halló un pequeño dragón de oro, que al parecer debía haber decorado la techumbre de un palacio

imperial, y vendiéndolo pudo comprar con su importe una joven concubina que anhelaba. Pero ello fue una aciaga suerte, como se sabía de generación en generación, porque la concubina era mala y privó a la familia de paz y de bienes, sin que el abuelo se opusiera. Tanto la amaba, que a causa de ese amor hubiera perdido cuando poseía, incluso la tierra, si no fuese porque la abuela, viendo lo que les esperaba, envenenó a tiempo a la concubina. La suerte adversa persistió, puesto que el hombre, viendo muerta a su manceba, se suicidó. Pero la tierra, al menos, quedó para su hijo. Desde entonces se dijo que la concubina era un duende y el dragón, no un dragón, sino un espíritu avieso que se había infiltrado en el cuerpo de aquella mujer.

Fuese ello verdad o no, la tierra estaba allí y persistía profunda, más allá del manantial, el río y las rocas. Toda pertenecía a Ling Tan, por mucho que descendiese, y después pertenecería a sus hijos.

Ling Tan había oído decir que la tierra era redonda. Tal fue lo que afirmó cierto joven, que un día de verano llegó a la aldea, diciendo cosas muy singulares. Aseguraba que venía a ayudar a la gente común y a beneficiarlos con lo que él llamaba instrucción. Las gentes de la aldea de Ling eran corteses y amables, y por ello escucharon al joven, tanto más cuanto que era día de fiesta y no trabajaban. Así oyeron noticias sobre la redondez de la tierra, y sobre lo nocivas que eran las moscas. El joven exhibía imágenes de moscas grandes como tigres, que sostenía en alto para que todos las vieses. Las mujeres gritaban ante tales moscas, pero Ling Tan las tranquilizó diciéndoles después que bichos así sólo los había en países extranjeros. En cambio, aquí no eran sino seres minúsculos, que el hombre podía aplastar entre los dedos si gustaba, aunque no se ocupaba de ellos porque no tenían agujijón ni dañaban a nadie.

Parecía difícil creer que la tierra fuera redonda, y a menudo Ling Tan pensaba en aquel joven, mozo bondadoso que debía de ser peregrino de alguna religión e ir de poblado en poblado predicando su ciencia. Y cuando Ling Tan halló entre sus melones uno redondo, se dijo: "La tierra es así." Mas no comprendía cómo, si la tierra era redonda, podían andar los hombres del lado inferior. Habló de ello una tarde en la casa de té, y su tercer primo le adujo que debía de ser verdad, porque él había oído decir que las gentes de al otro lado de la tierra hacían todo al revés de como debe hacerse. Sus hijos nacían con un cabello claro que se volvía oscuro según crecían, empujaban las sierras hacia fuera en vez de atraerlas hacia sí, cubrían el suelo de telas en vez de cubrir sus lechos, y todo lo ejecutaban, en fin, de manera irrazonable y loca. De manera que podía ser cierto que anduviesen con la cabeza vuelta hacia abajo y se complugiesen en ello.

Ling Tan, meditando estas cosas mientras araba, reía pensando que, abajo, muy lejos, al extremo de aquel mismo lugar, sobre la opuesta superficie de la tierra que era posesión suya, habría otros hombres que indudablemente sembrarían y recogerían la

cosecha, convencidos de que lo hacían en tierras de su propiedad.

—Debiera pedirles la renta —comentaba, riendo—.

Sus hijos le preguntaban el porqué de la risa que llenaba su rostro bajo el sombrero de bambú, y Ling Tan contestaba:

—Estaba pensando que, en el fondo de mi tierra, habrá algún extranjero que recoja su grano sin permiso mío, y se me ocurre que podría reclamarle apelando a la ley, si supiera cómo.

Sus ojillos negros chispeaban y sus hijos se unían a su risa. Ninguno de ellos había visto de cerca a un extranjero, aunque en la ciudad había veintenas de ellos, que vivían tranquilamente, ocupados en sus negocios. Una vez, Ling Tan preguntó al sirviente de un extranjero, que venía a buscar huevos frescos de gallina, si su señor andaba cabeza abajo o cabeza arriba, y al saber que andaba cabeza arriba, como él mismo, le estimó por haber aprendido a obrar con buen criterio en este país. Pero el extranjero de la otra cara de sus tierras se convirtió en tema de risa en casa de Ling Tan, y si había sequía se decía fingidamente que el extranjero se había llevado toda el agua, o también, si los nabos salían pequeños, que el extranjero tiraba de sus raíces. De tal suerte, la familia había acabado concibiendo sentimientos amistosos hacia los extranjeros de todas partes, aunque en rigor no conocía ninguno. A causa de aquella disposición afectuosa, si algún extranjero hubiese ido a la casa, Ling Tan le hubiera invitado a comer y tomar el té con él.

Además de poseer cuanta tierra había bajo sus pies, Ling Tan poseía todo el aire que ascendía sobre su tierra. Las estrellas de encima de su tierra eran suyas y lo que más allá de ellas hubiese, también. Nada sabía de los astros, porque nadie sabía lo que eran los cielos. Tenía las estrellas por un puñado de luces, faroles o acaso joyas, juguetes y adornos y, en resumen, cosas de embellecimiento y no de utilidad, como los pendientes de las mujeres. Las estrellas no hacían ningún mal, y el bien que hiciesen no podía él decirlo, salvo que le satisfacía verlas en el cielo, en vez de una negrura sobre su cabeza.

En ocasiones pensaba que podían ser como un séquito de la luna, o quizá fragmentos desprendidos del sol. Que existía enemistad entre el sol y la luna, nadie lo ignoraba. Dos o tres veces, en la vida de Ling, la enemistad se había trocado en batalla, y ambos astros habían procurado devorarse. Toda la gente se asustó y salieron dando gritos y batiendo gongs, tambores, calderos y cuanto tenían a mano susceptible de hacer ruido. Cuando éste fue lo suficientemente estruendoso, la luna y el sol se separaron al fin y, lentamente, reanudaron sus caminos respectivos. Pero, de no oír la conmoción en la tierra, hubiesen proseguido peleando hasta vencer uno u otro y con esto la mitad de la luz del cielo habría perecido. Lo peor hubiese sido que, perdiendo el sol, lo hubiera devorado la luna.

Fuesen lo que las estrellas fueran, eran suyas, decía Ling Tan, puesto que

estaban encima de su tierra. Con frecuencia pensaba si en la otra vida podría tener una estrella en la mano y si le quemaría o no.

Tales eran las meditaciones de Ling Tan, mezcladas con otras concernientes al precio del trigo, a las posibilidades de su cosecha y a si, cuando le llegase su hora, debería dividir la tierra entre sus tres hijos o dársela al mayor, para que el segundo le ayudara. En este caso, ¿habría alimentos bastantes el día que se casase el tercero y tuviera sus propios hijos? ¿No nacerían querellas entre los hermanos si escaseaban las provisiones? Porque la sabiduría rústica de Ling Tan le decía que los hombres, cuando tienen tierra suficiente para nutrirlos, no pelean no siendo sobre cosas cuyos recuerdos se disipan en una noche. Pero si se disputa por tierra, los hombres son capaces de matarse entre sí.

Un día habló de ello a su primogénito, no porque se sintiese viejo e incapaz de trabajar, sino porque a todo hombre le llega su tiempo, y hay ocasiones en la vida para todo, y ésta era la de arreglar aquel asunto, mientras todavía la mente y el cuerpo de Ling Tan eran vigorosos.

—¿Podrá esta tierra sostener a tres hombres, con sus mujeres e hijos, cuando yo falte? —preguntó al hijo mayor—.

Lao Ta sacaba en aquel momento agua del pozo. Tomó el cubo, bebió, y vertió el liquido sobrante sobre sus desnudos brazos y hombros.

—Si, podrá, si me das la tierra con esa condición —repuso—, porque yo comeré menos carne si mis hermanos quieren, y así viviremos los tres en paz.

Ling Tan no preguntó más, satisfecho de la respuesta y de la sinceridad que percibía en su hijo. Le dejaría la tierra a él, seguro de que repartiría los productos por igual entre todos. Y si a los demás no les agradaba aquello, las cenizas de Ling Tan no se conmostrarían en su sueño, puesto que había hecho oportunamente lo que era justo.

Ling Sao no pensaba jamás en asuntos como el sol o las estrellas. ¿Qué tenía eso que ver con ella?, hubiera dicho. La casa abundaba en cosas de que ella tenía que ocuparse, porque había sobradas materias que atender y que arreglar y las vidas de todos dependían de ella. Su nieto menor iba creciendo y aún no distinguía si era su verdadera madre la que lo amamantaba o la fuerte y corpulenta mujer que a menudo le llevaba a caballo sobre sus caderas, mientras trabajaba, y le daba arroz bien reblandecido con sus propios labios. Para él, madre y abuela eran lo mismo. Y respecto a sus hijos, aunque Ling Sao deseaba verlos casados, y pronto, a fin de que no hubiese tropiezos en la casa, no dejaba de pensar que nunca sus mujeres serían para ellos lo que ella había sido, y le gustaba oír sus voces, ahora voces hombrunas, llamándola, como en los balbuceos de la infancia: "Ma...má".

—Voy, tortita mía de carne —contestaba ella—.

Y a nadie le extrañaba que dijese cosas así cuando Lao Ta, padre ya a su vez, acudía a pedirle que le cosiese un botón de la blusa o le afirmase la tira de una sandalia. Porque Orquídea era una de esas mujeres que en cuanto dan a luz quedan atónitas de lo que han hecho y no piensan en nada más que en su último hijo, y pasan el tiempo embobadas mirándole y escuchándole respirar mientras duerme, y creen que lo muy ocupadas que están les impide limpiar sus habitaciones, o coser la ropa de su marido, o hacer una suela. Por cuya causa la madre maldecía a Orquídea en secreto y se quejaba de ella a Ling Tan.

—Esta Orquídea —le dijo una noche, en el lecho—, desde que ha dado a luz su último niño, no tiene tiempo para nada, ni siquiera para el mayor. Si no fuera por mí, nuestro hijo moriría de hambre, y andaría andrajoso como un mendigo. Ella se pasa el tiempo sentada mirando al niño, aunque es tan pequeño que puede dejársele en cualquier sitio sin que se mueva. ¿Qué pasará cuando empiece a gatear y a andar luego, y qué cuando ella tenga tres hijos o cuatro? Yo nunca he dado importancia a tener un hijo. ¿Recuerdas que, ya con dos, atendía los campos, y segaba el grano, y llevaba al más pequeño encima, y ponía a los dos en una tina para poder trabajar? ¿Venía algún mal de eso? Pero Orquídea imagina que el hijo se le va a morir si no está todo el día atendiéndole. ¡Ni que fuera a tragarse una mota de polvo de las que flotan en un rayo de sol!

—Es que hay pocas mujeres como tú —concordaba Ling Tan, medio dormido.—

—Pues ¿y Jade? —se quejaba Ling Sao—. ¿De qué me vale Jade? No piensa más que en ese libro que le trajo nuestro hijo. Y cuando tenga el niño...

—¿Va Jade a tener un niño? —exclamó Ling Tan, despertando.

Ling Sao plegó los labios en la oscuridad.

—Hace diez días que se le retrasa la regla.

Hablaba con solemnidad, porque, como buena madre, creía su deber preguntar a sus nueras sobre aquellos extremos.

—No sé —prosiguió— lo que pasará si cuando venga el niño no ha terminado de leer su libro. Estoy segura de que seguirá con el tomo en la mano y dejará que el niño se las entienda como pueda. ¡Mal haya el día que vino ese libro a nuestra casa! Nada es peor para una mujer que la lectura. Preferiría que tomase opio.

—Opio, no —rechazó él—. He visto lo que le pasó a mi madre por tomar opio, y no permitiré que entre nunca un grano de opio en esta casa.

—Tienes razón: opio tampoco —convino ella—.

Sabía bien el mal que había caído sobre la familia cuando la madre de Ling Tan, a los cuarenta y seis años, había empezado a fumar opio para mitigar un dolor que sentía en el vientre. No le importaba carecer de ropas y alimentos, pero exigía opio por encima de todo y pasaba noche y día con los ojos entornados, soñando y durmiendo y no despertando más que si intentaban curarle aquel hábito. Tampoco

tenían ánimos para intentarlo a fondo, porque el dolor se hacía intenso y sólo gracias al opio podía la mujer respirar. Siete años había durado aquello y se había gastado más en comprar opio que cuanto se invirtiera en ropas y comida. Lo peor era que el opio había sido entonces prohibido por los magistrados, y quien lo compraba, usaba o vendía, corría riesgo de vida. El padre de Ling Tan, sabiéndolo, vedó a su hijo que lo adquiriera, y él mismo iba a buscarlo en lugares secretos, sin decirlo a nadie. Tan peligroso llegó a ser el caso, que cuando el padre de Ling Tan salía a comprar el opio, cada mes poco más o menos, dejaba arreglados todos sus asuntos y advertía que, de no volver, nadie fuera a buscarle, porque estaría preso sin posibilidades de ayuda, y Ling Tan debía conducirse como si su padre se hallara muerto, y recordar que su deber era continuar viviendo.

Siempre padre e hijo se miraban sabiendo que podrían hacerlo por última vez. Nunca mientras viviera olvidaría Ling Tan aquella valerosa faz arrugada mirándole cada vez que el padre volvía a arriesgarse por su vieja esposa. Ling Tan se alegró cuando, en tres días, el cólera se llevó a sus progenitores, y primero a su madre, con lo que el padre pudo morir en paz, sabedor de que su hijo no tendría que proseguir tan arriesgada aventura. Así, el opio era, para Ling Tan, cosa destructora de toda paz, y le satisfacía ver que iba convirtiéndose en cosa cada vez más rara, peligrosa y prohibida, al punto de que ya era excepcional oír que nadie, excepto los muy ricos, pudieran fumar una pipa de opio.

Si Ling Sao empezaba a hablar de sus hijos, no prescindía del tema con facilidad. Y sus palabras fluían en la paz de las tinieblas.

—Cuando Pansiao se case —dijo—, ¿quién tejerá? Pansiao tiene ya quince años y es tiempo de pensar en buscarle marido. Jade debe aprender a manejar el telar. Tu deber es indicárselo a tu segundo hijo. Y al primero has de decirle que su mujer debe ayudarme más en la casa, porque el día que yo falte ella tendrá que sustituirme mientras Jade trabaja en el telar. Y cuando hayamos de casar a nuestro tercer hijo, tenemos que encontrarle una mujer fuerte, para que ayude a la labranza. De este modo, todas las cosas de nuestra vida estarán atendidas cuando nosotros faltemos.

Ling Tan no contestó porque se había dormido. Nada le arrullaba mejor que oír la voz de su mujer hablando de la casa y de los hijos. Ling Sao prosiguió, estimulada por el silencio:

—Y aunque he dicho que no debemos preocuparnos de nuestra hija mayor, porque no es ya de nuestra casa, no obstante me preocupo, porque yo, al fin y al cabo, le he dado la vida y la he criado a mis pechos y quiero saber cómo está y si su marido tiene bien otra vez la tienda y cómo anda todo. Hago mal, pero no puedo dejar de pensar en mi hija...

Un ronquido de Ling Tan hizo comprender a su esposa que no debía esperar respuesta de él. Calló y se dijo que, siempre que se llegaba a lo esencial de cualquier

cosa, era ella quien tenía que hacerla. Los hombres, a pesar de todas sus baladronadas, eran niños durante toda su vida. Cuando en la casa había que realizar algo, a la mujer le correspondía. Por tanto, Ling Sao, al día siguiente, aunque los demás padeciesen hambre, iría a la ciudad y vería cómo estaba su hija y, sobre todo, los dos niños.

"Y si encuentro algún estudiante de estos de ahora haciendo daños en la tienda de mi yerno, no temeré. Iré tras ellos y les golpearé las narices. ¿Qué pueden hacerme a mí, que soy una vieja? "

Y así reflexionando, sintióse confortada y se durmió pacíficamente.

Cuando Ling Sao despertó, se acordó de lo que había resuelto hacer y, por tanto, se levantó antes de que los otros despertaran, empezó a disponer la casa para su ausencia de aquel día. Por ninguna ventana entraba un solo hilo de claridad y las estrellas brillaban en el cielo negro, tan grandes y suaves como si fuese medianoche, aunque Ling Sao sabía calcular bien la hora que era. Luego de que se hallase vestida, barrida la casa y lavado el arroz, faltaría poco para cantar el gallo.

En efecto, al tercer lavado del arroz, mientras lo ponía en el caldero y lo cubría de agua, oyó los gallos repitiendo su llamada de aldea en aldea. Ling Tan se movió al ruido. De ordinario, al cantar el gallo, si bien no despertaba, Ling Tan ya no dormía con igual intensidad, conociendo, en su sueño, que pronto había de levantarse.

Era hartamente temprano para encender el fuego. Ling Sao volvió a su cuarto y buscó la caja de sus peines. Púsole junto a una vela en la mesa del patio, frotó el espejito y empezó a peinarse y engrasarse el cabello para entrar con decoro en casa de su hija. Casi no necesitaba espejo, porque toda su vida había llevado el mismo peinado, dejándose, cuando era muchacha, un fleco sobre la frente, y luego haciéndose con el fleco un moñito a partir de la víspera de su boda, como su madre le mandó. El cabello, pues se mantenía en su lugar espontáneamente, y apenas requería engrasado alguno. No obstante, Ling Sao se lo anudó con una cuerda fuerte antes de peinarlo y lo embadurnó a conciencia con un aceite preparado por ella misma empleando las aserraduras de un olmo metido en agua. Después se enroscó el moño en torno al largo alfiler de plata rematado en dos azules cabezas esmaltadas. Aquel alfiler era el mismo que figuraba entre sus dones nupciales, con dos anillos, unos pendientes y un mondadientes de plata que terminaba en un hurgaoídos por el otro lado. El mondadientes lo llevaba siempre en el moño, listo para uso.

Después de peinarse, lavarse la cara y enjuagarse la boca, ya no necesitaba bujía. Era tiempo de cocinar el arroz del mediodía y sacar las zanahorias y el pescado salado que lo había de acompañar. Uno a uno iban levantándose los de la casa, Jade y su marido eran los últimos siempre. Ling Sao permitiría esto algún tiempo más, porque el primer año de casados aún no había concluido, pero después les diría que había de levantarse cuando los otros, para trabajar.

Todos, al mirar a la madre, comprendían que estaba preparada para algo insólito. Llevaba su mejor camisola de algodón blanco, sus zapatos más nuevos y sus pendientes de oro.

Ling Tan la miró con sorpresa.

—¿Qué pasa, madre de mis hijos?

—He pensado por la noche —repuso ella— y me parece que debo ir a ver a mi hija y saber cómo siguen ella, su marido y sus pequeños...

—¿Vas a ir sola a la ciudad?

Ling Sao movió la cabeza.

—¿Temo yo a algún hombre?

Comió y, llamando a su hija y a sus nueras, les dijo lo que habrían de hacer en ausencia suya.

—Tú, Orquídea, te atarás a la espalda al niño pequeño y de ese modo tendrás las manos libres para guisar la comida. Tú, Jade, te ocuparás de preparar la lumbre, para que el humo no dañe los ojos de mi nieto. Tú, Pansiao, tejerás como siempre, pero si tu padre llama, irás a ver lo que quiere, porque las otras dos tienen que atender a sus maridos. Tú, hijo mío menor, pide a tu hermana lo que necesites. Mantened el té caliente en el cuévano y no me guardéis comida, porque en casa de mi hija comeré bastante. Siempre me compra algún extraordinario de carne, y dulces o tortas. Comeré lo suficiente para dos días.

Todos la escucharon. Ling Tan, entrando en su cuarto, sacó algún dinero que su mujer rechazó con muchos aspavientos.

—¿Por qué voy a gastar nuestra buena plata? Te aseguro que no la quiero. Guárdala para comprar simientes en otoño. Además, no necesito nada. Si me ofrecieras un regalo, no sabría qué pedirte.

Riendo, Ling Tan insistió hasta que ella tomó el dinero, como se proponía hacer desde el principio, según a él le constaba. De no habérselo dado, ella se lo hubiera pedido, pero puesto que su esposo había sido tan cortés, era natural corresponder con igual cortesía.

Al fin hallóse lista para marchar y todos la acompañaron hasta la puerta, deseándole un buen día. Salió Ling Sao, llevando envueltos en su pañuelo albrichigos y varias frutas secas.

Cuando inició su caminata, a paso regular, el sol se había alzado bastante sobre la montaña, mas no tanto que hubiese caldeado el cielo aún. Pero luego haría calor, porque no se veía una nube, ni había alguna brisa que rizara el agua de los arrozales. Ling Sao iba animada, hiciera el día que hiciese, porque le gustaba la novedad de vez en cuando, y visitar a su hija, oír noticias, y notar el respeto que las dos sirvientas dedicaban a la madre de su señora. Aquel respeto no se parecía en nada al que prodigaban a su suegra, pero aún así era lo suficiente para hacer comprender a Ling

Sao que no la acogían como a una visitante común.

En la hora matutina pasaba a veces algún vecino llevando hortalizas o paja a los mercados de la ciudad, y le preguntaba a voces cómo estaban ella y su marido y adónde iba. La mujer respondía con jovialidad, preguntando a su vez a sus interpelantes cosas que ella conocía relativas a sus casas. Con esto, resultaba corto el paseo hasta la capital. Mas ya el sol calentaba mucho cuando Ling Sao alcanzó la sombra de las puertas de la población, y por tanto le agradó la frescura que allí había. Se sentó en la banqueta de un vendedor de melones y comió un melón temprano. Luego lo lamentó, al notar que no le había sentado bien. Pero tomó té caliente en una tiendecilla y, sintiendo ya bien el estómago, llegó finalmente a casa de su hija.

La puerta estaba abierta y dentro los dos dependientes, pero no todas las vitrinas se hallaban llenas ni todos los cristales reparados. Mirando lo que allí solía haber, advirtió Ling Sao que faltaban muchas cosas. Lo que quedaban eran telas y cosillas como las que pueden hallarse en cualquier establecimiento de aldea. Las raras y atrayentes mercancías extranjeras, como lámparas, linternas, juguetes, sombreros de paja, zapatos de goma, tazas, vasijas y platos con flores pintadas de un color extranjero, habían desaparecido. Ling Sao comprendió que la pérdida había sido muy grande y que el marido de su hija no había osado reponerla aún porque temía nuevas complicaciones.

Con los carnosos labios muy apretados, pasó a las habitaciones y lo halló todo peor que esperaba. Su yerno, derregado sobre una silla, había perdido tantas carnes que su piel parecía un vestido que le viniera demasiado grande. Nunca había visto su suegra pender de unas mejillas tan flácidas bolsas, ni hallado un vientre tan repentinamente deshinchado, como un saco vacío. Cuando Ling Sao entró, su yerno dormía y su esposa le abanicaba. Viendo la joven a su madre, le recomendó silencio con un signo, sin atreverse a dejar de abanicar a su marido.

Ling Sao cuchicheó al oído de su hija:

—¿Cómo tiene tu esposo tan mala traza? ¿Está enfermo?

—Enfermo de mala suerte —respondió la muchacha—. No come nada.

Ling Sao sabía bien que cuando un ser, hombre, mujer o animal, no come, está en camino de la tumba. Asustada al pensamiento de que su hija quedase viuda tan joven, penetró en la casa y, sin detenerse a mirar a los niños ni a buscar a su consuegra, fue a la cocina y apartó a la criada que se hallaba ante el hornillo.

—Hazme el fuego —dijo con tal imperio que la mujer no osó replicar, ni saludar siquiera—. Empieza por hacerlo menudo, luego déjalo alzarse durante cien alientos y después hazlo pequeño otra vez.

Con los huevos que traía, unidos a algunos trozos de carne y cebolla que halló en una escudilla inmediata, compuso un plato que despedía un grato aroma. Wu Lien, que medio despertaba para espantar una mosca, percibió la fragancia y abrió los ojos.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó—.

—Mi madre ha traído del campo huevos frescos y está preparándolos —dijo su mujer—.

—Los comeré —repuso Wu Lien—.

Su mujer, al oírle, corrió a la cocina y cogió el recipiente en que Ling Sao estaba poniendo los huevos.

—¡Los quiere! —exclamó la joven—.

Y se los llevó.

Wu Lien no había comido nada desde el día de la ruina de su tienda, y como era hombre que de ordinario se atiborraba tres veces diarias, su hambre crecía en su interior sin que él se diera cuenta. Ahora tenía ante la nariz una buena comida con huevos tan frescos como un hombre de la ciudad no prueba desde que nace hasta que muere, y por tanto se acercó la escudilla al rostro y no la retiró hasta que estuvo vacía. Ling Sao y su hija le contemplaban, cambiando miradas de placer. Cuando Wu Lien apartó la escudilla vacía, las dos rieron. Wu Lien lanzó un gran eructo y las dos volvieron a reír.

Ling Sao exclamó:

—¡Ya sé por qué adiviné que tenía que venir aquí! Mi vieja gallina negra, que sólo pone un huevo una o dos veces al mes, ha estado últimamente poniendo un huevo cada cuatro días, y la amarilla un huevo dos días seguidos. De este modo mostraron los dioses su voluntad. Ahora estás bien, yerno. Tú, hija, tráete un té tan caliente como lo pueda tomar y tu esposo quedará tan bueno como el día en que nació.

Mientras su hija le obedecía, Ling Sao gritó que le trajesen el niño pequeño, porque la buena mujer nunca se sentía a sus anchas si no tenía un chiquillo en el regazo o sobre sus caderas. Con el niño en las rodillas, completamente desnudo aparte de la empapadera que ella mantenía bajo él, Ling Sao miraba a Wu Lien apurar el té. El comerciante soltó un último eructo, y Ling Sao comenzó a hacerle recomendaciones útiles.

—Te pase lo que te pase, nunca debes dejar de comer, porque si lo haces te echarás a perder el cuerpo. Recuerda que tienes padres e hijos y que un hombre no se debe más que a sus antecesores y a sus sucesores. Si él se mata o se deja morir, se perjudicará la parentela y se hundirá la nación.

Wu Lien la contempló y dijo con tristeza:

—La nación se hundirá de todos modos, madre.

Ling Sao, sin comprender, miró a su hija.

—Siempre está diciendo que la nación va a hundirse —declaró la joven—.

Ling Sao se abanicó con fuerza.

—La nación son las gentes, y las gentes somos nosotros —repuso—. Tú, Wu

Lien, no debes amilanarte por un día de mala suerte, compra más géneros extranjeros, pide a los magistrados que te protejan y anímate.

—Tengo malas noticias que dar —gruñó Wu Lien—. Tres días las he callado, cuatro con mañana, y...

Ling Sao le interrumpió:

—Has hecho mal en callártelas. Guardarse malas noticias daña el hígado y seca la bilis. Los disgustos y las malas noticias deben decirse, para la salud del cuerpo.

—No son malas noticias para mí solo, sino para la nación —dijo Wu Lien—. Los enemigos del océano oriental han enviado sus barcos a la costa cercana, sus soldados han desembarcado en nuestra tierra y los nuestros, aunque han querido rechazarlos, no han sido lo bastante fuertes para ello.

Wu Lien, mientras hablaba, sabía que las dos mujeres no le entenderían. No habían salido nunca de aquella ciudad o de los contornos, y para ellas las doscientas millas que aproximadamente había hasta la costa, eran como dos mil. Nunca habían viajado en un tren o en un vehículo extranjero de motor, ni siquiera bajado las siete millas que había hasta el puerto del río, para ver un barco extranjero. No sabían sino que, algunos años atrás, las naves extranjeras habían cañoneado a un ejército que estaba en la ciudad y que había apresado a algunos extranjeros. Desde el campo se oían las detonaciones y en casa de Ling Tan dieron mucho que hablar, pero luego todos se olvidaron de ello.

—¿Recuerdas aquella vez que oísteis cañonazos? —preguntó Wu Lien—. Pues ahora hay en la costa cañones de ésos, destruyendo la ciudad que está allí.

—Ya me acuerdo —dijo Ling Sao con calma—. Yo estaba fregando con arena el caldero del arroz, y sentí que me saltaba en la mano y producía un eco. Grité a mi marido que había un temblor de tierra; pero luego no nos pasó ningún mal.

—Pues ahora si ocurrirá —dijo Wu Lien, rezongando—.

Él era un mercader y dos veces al año bajaba a la ciudad a comprar mercancías. Conocía muy bien la ciudad y sabía lo que se preparaba. Los estudiantes que destruyeron sus géneros sólo eran una avanzada de otros males inminentes. No volvería a atreverse a comprar mercancías extranjeras y, en tal caso, ¿qué podría tener en su tienda que no pudiera adquirirse en cualquier sitio?

—Tranquilízate —le dijo Ling Sao—. El mar está muy lejos, y el mismo río está bastante lejos también. ¿Qué pueden hacernos?

—Tienen barcos voladores —repuso él con acritud—.

Le enojaba ver que aquellas mujeres no temían. Hubiera querido hacerles compartir sus inquietudes. Prosiguió, con voz tan lúgubre como pudo articular:

—Esos barcos voladores llegarán desde el mar en dos horas y soltarán sus huevos sobre nosotros, destruyendo nuestra casa. ¿Qué podremos hacer contra eso?

—Vendréis todos a nuestra aldea —contestó, obstinada, Ling Sao—. Siempre he

dicho que en las ciudades no hay más que peligros. Si vivierais en nuestra casa yo vería a diario esta tortita de carne... ¡Oh, cielos! ¡Que me muero!

Le arrancó tales alaridos el hecho de que en aquel momento el pequeño se orinó y ella, hablando con Wu Lien, olvidó protegerse con la empapadera, y todo el líquido fue a dar sobre sus ropas de fiesta. La hija saltó hacia ella y quiso tomar al niño. Ling Sao se negó a soltarlo y las dos forcejearon.

—¡No, maldita sea! —exclamó, riendo—. ¿Qué importa un poquito de agua? No es el primer niño que me orina. En un par de alientos quedaré seca.

En medio del tumulto salió la madre de Wu Lien del cuarto en que había estado durmiendo, y entonces Ling Sao hubo de levantarse, porque Wu Sao, como madre de Wu Lien, tenía más categoría que ella y era menester saludarla.

—Aquí me tienes incomodándoos otra vez —empezó—, pero he oído lo de la tienda y quise informarme. He dicho a tu hijo que no se disguste. El hombre debe comer, acordándose de sus padres, y puesto que no tiene padre, tu hijo debe pensar en ti, hermana mayor, y ocuparse de tu bien, porque su carne es tuya y no suya.

La madre de Wu Lien era una mujer tan obesa que no podía andar más de tres o cuatro pasos de un lugar a otro. La gordura le impedía hablar también, convirtiendo su voz en un cuchicheo, y por tanto se limitó a sonreír, asentir y sentarse. Y cuanto se hubo sentado comenzó a toser, más no con una tos normal, sino con una tos que le sacudía todo el cuerpo, tomando saltones sus ojos y empurpurándole la cara. La hija de Ling Sao corrió en busca de azúcar moreno y Wu Lien sirvió té a su madre, mientras la criada llegaba a la carrera desde la cocina, para frotar la espalda y el cuello de la anciana. Así, entre el niño y la vieja, cuando se restableció la quietud ya se había olvidado lo que dijera Wu Lien, y éste no quiso repetirlo en presencia de su madre.

Lejos de ello, se excusó diciendo que tenía que salir a la tienda. En realidad lo que le pasaba era que había notado de pronto una invencible aversión a la presencia de aquellas mujeres. Wu Lien no era un necio, ni mucho menos. Leía un periódico una o dos veces al mes, frecuentaba la casa de té mayor de la ciudad y allí oía cuanto se comentaba de lo que sucedía en todas partes. De manera que le constaba el significado de las cosas que había oído, si eran ciertas. Su temor crecía por el hecho de que no odiaba a los hombres del océano oriental y porque la guerra sería la ruina para su negocio y para otros muchos. En la guerra todo se pierde y sólo en la paz hay prosperidad. Su país no era como otros, donde, según él oyera, únicamente la guerra daba ocupación a todos. A menudo, en la casa de té, atendía a lo que contaban los que viajaran por tierras extranjeras, y él había sacado en limpio que en el extranjero la guerra era un buen negocio, mientras en China nunca lo había sido.

Súbitamente harto de tanto ajetreo de mujeres en su casa, resolvió pasar un rato en la casa de té adonde la vergüenza le había impedido ir desde el día de la ruina de

su tienda. Se vistió en su cuarto, viendo con disgusto lo flojos que sus calzones quedaban en torno a su vientre y cuán largo era ahora el colgante de su faja. No salió por el cuarto donde estaban las mujeres, ni tampoco siguió la calle principal, sino una más retirada. En la casa de té ocupó una mesita en un rincón en vez de la grande y central donde solía instalarse con sus amigos. Sabía que todos estarían informados de lo de su tienda, y puesto que ninguno le había visitado, no sabía si debía considerarse como un honrado mercader o como un traidor a su patria. Esperó, pues, a saber lo que era.

Poco tiempo necesitó para ello. Durante un rato agradóle hallarse allí, donde todos eran hombres y no había niños ni mujeres que perturbasen las pláticas. Pero hoy no era como de costumbre. El lugar, aunque lleno de hombres, estaba callado. Los clientes bebían silenciosamente su té, y si hablaban algunas palabras no tardaban en recaer en su mutismo. Se comía muy poca carne y no había en las mesas hombres sudorosos inclinados sobre las viandas y apurando tazas de vino. Todos iban vestidos con cuidado y ninguno se quitaba la blusa o chaqueta para calmarse el sudor. Todos parecían, lejos de ardorosos, helados de miedo.

Esperó a ver si alguien le saludaba. Pidió té verde y cuando un descuidado camarero llegó y limpió la vasija con un paño sucio, Wu Lien no encontró ánimos para reprenderle. Sopló el líquido, bebió lentamente y aguardó que hubiese un rostro que le mirara. Si le saludaban, todo iría bien. Si no, debía entender que le consideraban mal patriota. Porque los estudiantes no sólo destruían, sino que en las puertas de la ciudad, en las paredes y en los periódicos anunciaban los nombres de los mercaderes cuyos artículos habían destruido, y los calificaban de traidores.

En el momento de llenar su vasija por segunda vez, vio a un conocido suyo, de su mismo gremio, con quien bebiera té y comiera a menudo en aquel mismo sitio. Si no había novedad, el hombre le daría una voz y Wu Lien le invitaría a ir a su mesa. Pero el ojo de su conocido pasó sobre Wu Lien como sobre una piedra.

"Soy un mal patriota", pensó Wu Lien. Tan de prisa había cambiado el mundo que lo que pocas semanas antes fuera negocio honrado, hoy se convertía en traición.

El té súpole a salmuera. Dejó en la mesa sus monedas de cobre, levantóse y salió. En la misma calle donde Lao Er adquiriera su libro, Wu Lien compró un periódico y se paró allí mismo a leerlo. La ciudad de la costa estaba, según las noticias, ardiendo y entre las llamas combatían los dos ejércitos. Wu Lien rezongó al leer nombre tras nombre de buenos establecimientos arruinados. No tenía la menor idea de por qué había ello de ser así. Un mes escaso antes habían surgido pequeñas complicaciones en el Norte. Cierto que los estudiantes llevaban años de prédicas contra la gente del océano oriental, pero ¿qué hombre de negocios les escuchaba? Wu Lien y los de su clase prosperaban y si, una vez al año, conocían a algún mercader del océano oriental, le hallaban lleno de amabilidad y cortesía, aunque su lengua fuera torpe cuando

hablaba un idioma distinto al suyo. Por cortesía también Wu Lien había aprendido algo del lenguaje de aquellos hombres con quienes negociaba. No tenía con ellos querrela alguna, ni ¿cuál podían ellos tener con él?

Tal aspecto presentaba Wu Lien mientras leía, que el librero le preguntó si le dolía el vientre o tenía algún otro mal interno. Wu Lien denegó con la cabeza, dobló el periódico y, siguiendo calles excusadas, entró en su casa por donde saliera.

A través de la ventana abierta oyó la cháchara de las mujeres. Dio una voz a su esposa y le mandó que le llevase la comida allí, para poder tomarla en paz. Luego de comer haría inventario de los géneros que le quedaban.

"No compraré más mercancías —pensó con tristeza—. Mi casa y yo estamos arruinados, sin que yo sepa jamás el motivo, ni por qué se convierte en crimen lo que he hecho honradamente durante toda mi vida."

Ling Sao no conocía nada de todo esto. Comió con apetito las viandas de su hija, examinó a los niños de pies a cabeza y cuando su consuegra se volvió a dormir y ella quedó a solas con su hija, preguntó por todas sus cosas para poder juzgar la felicidad de la joven y cómo marchaba su hogar.

—¿Sigues gustando lo mismo a tu marido? —preguntó—.

—Si acaso, más —contestó la joven, riendo—. Siempre me llama a mí cuando necesita algo y yo soy quien le sirvo. Antes de que la tienda fuera asaltada, me regaló una pieza de seda para un vestido y ahora dice que siente no haberme dado muchas más cosas del establecimiento. Dice siempre que soy una mujer tal como a él le agradan.

—¿Sale por la noche? —preguntó Ling Sao, plegando los labios—.

Sabía, aunque no lo transmitió a su hija, que la mujer muy mimada por su marido debe andar con cuidado, porque los mimos y los elogios pueden provenir de una conciencia culpable.

—Nunca —respondió la muchacha con orgullo—.

El corazón de su madre se tranquilizó. Nunca olvidaba que en la ciudad había mujeres muy diferentes a su hija. Esta hija era una mujer honrada que no se pintaba nunca sin ponerse la pintura al través, para que lo notasen todos, y que ya estaba engordando y tenía los pechos pletóricos para el sustento de su último hijo. En cambio, las mujeres de la ciudad, según Ling Sao sabía, se conservaban delgadas como serpientes, no tenían pecho y tan hábilmente se daban pintura y polvos que parecían haber nacido así, si no fuera porque todos conocían que no hay en ningún sitio mujeres tales.

El día concluyó muy gratamente para Ling Sao, que se dispuso a regresar a su casa. Ató en su pañuelo varios dulces que le dio su hija, tomó un último sorbo de té, olfateó las mejillas de los dos niños, estrechó en sus brazos sus cuerpecillos y se despidió de Wu Sao, la cual sólo había hablado dos veces en todo el día, una para

pedir comida y otra té. Hizo luego un ademán de adiós a su hija y cruzó la tienda donde estaba Wu Lien. Pero como había otros hombres allí, Ling Sao se limitó a inclinarse, para hacer ver que tenía buenas maneras, y salió a la calle.

Nunca le había parecido la ciudad tan próspera como aquella vez. Las tiendas estaban llenas y en las calles pululaban transeúntes que reían y hablaban. Había cesado el viento y hacía más calor que durante el día. En las calles muchas gentes habían sacado sus lechos para dormir al fresco y estaban cenando fuera a fin de ver cuanto pasaba. Por doquier había risas y saludos en alta voz, sin que nadie se parase a observar si conocía al otro. Ling Sao díjose que todos estaban contentos como si perteneciesen a una sola familia.

"Todos somos de la misma sangre —pensó, satisfecha—. Todos somos gentes de Han, y aunque los de la ciudad tienen cierto olor, también tenemos el nuestro los que vivimos en el campo. Pero todos somos de la misma sangre."

Mientras caminaba sonriente, recordó que había oído decir que los extranjeros tenían diverso color de cabello y ojos. Cada uno nacía con un color distinto.

"Les compadezco —reflexionó—. Si fuera yo y no estuviera segura de que un hijo mío había de tener el pelo y los ojos negros, como todos los seres humanos, creo que la desazón me haría dar a luz demasiado pronto."

De regreso a casa reparó en la fertilidad de los campos. En los arrozales secos, el arroz primicial prometía buena cosecha. La tierra iba bien, y si la tierra iba bien nada podía marchar mal.

En casa todos la esperaban y todos habían cumplido sus órdenes. El día pasado fuera hacía a Ling Sao hallarse contenta de regresar al hogar. Mirando una cara tras otra, parecían más hermosos que antes. Hasta Jade se le antojó más bonita, y pensó: "No me extraña que mi segundo hijo la quiera tanto." De Orquídea se dijo: "Tiene un corazón bueno y dulce y no debo ser dura con ella." Y viendo los callos que el tejer producía en las manecitas de su hija, le anunció:

—Mañana no tejas. Descansa un día y ponte aceite en esos callos.

Cuando Ling Sao se mostraba blanda y amable, la casa respiraba júbilo y todos gozaban de él como de un fuego tibio de un sol no caluroso en exceso o de un viento no frío en demasía. Sentados mientras cenaban, invadía una sensación de beatitud. Escuchaban cuanto tenía que contar, y ella hablaba y hablaba y en medio de tanto hablar olvidó lo que había dicho Wu Lien.

Uno a uno todos se retiraron al lecho, dejando solos a Ling Tan y a su esposa. Éstos arreglaron las últimas cosas, dejaron al perro fuera de la puerta, al búfalo atado y a su tercer hijo durmiendo en su lecho, y entonces se acostaron también. De la tierra no se elevaba otro sonido que el croar de las ranas en los charcales. Juntos los dos, y pensando que su mujer había estado separada de él todo el día, Ling Tan se sintió afectuoso hacia ella y le alargó los brazos.

—Vieja mía —murmuró—, eres la mejor vieja del mundo.
Y así, hasta a su marido olvidó Ling Sao hablar de la guerra.

CAPÍTULO CUATRO

¿Cómo, pues, podía Ling Tan estar preparado para lo del siguiente día? Era un día como otro cualquiera. Ling Tan se durmió hasta más tarde que de costumbre, y al advertirlo saltó de la cama. Su mujer estaba levantada ya y en el patio se oía lavarse y enjuagarse la boca al hijo mayor, mientras la madre llamaba a los otros.

Sí parecía un día como los demás. Todos se sentaron a desayunar y Ling dio a sus hijos órdenes para las tareas de la jornada. La única diferencia consistió en que Ling Tan quería que el búfalo arase en vez de pastar la hierba de las montañas, y por eso dijo a su hijo menor:

—Cuando acabes de comer, ata la bestia al arado. Ya es hora de plantar la segunda tanda de coles.

Ésa fue la novedad del día. El cielo estaba despejado y sin nubes. Había llovido tres días atrás y hubiera sido prematuro esperar más lluvia ahora. Araría hoy, plantaría mañana y quizá llovería al tercer día...

Fuese al trabajo, y sus hijos con él, mientras en la casa las mujeres se aplicaban a sus faenas. Oyó a Ling Sao decir a Jade:

—Siéntate un rato al telar y yo te enseñaré. Tú, Pansiao, ocúpate de mi nieto mayor.

Tales fueron las únicas diferencias. Mientras ascendía el sol, Ling Tan empujaba por detrás el arado, su tercer hijo tiraba del terco búfalo, y el trabajo progresaba. En el arrozal contiguo, sus hijos arrancaban cizañas y azadonaban la casi seca tierra. Mirando valle arriba y valle abajo, Ling Tan veía por doquier hombres como él y sus hijos. Eran sus vecinos y amigos, todos en pleno laboreo. El año era bueno. La lluvia y el sol se equilibraban y la cosecha ofrecía una buena promesa. Ling Tan tenía lo que necesitaba y no podía quejarse de que le faltase nada precioso.

No estaba, pues, preparado para lo que vio. A media mañana oyó ruido de barcos voladores. Conocía el ruido por haberlo percibido alguna vez, aunque nunca tan intenso como ésta. Mirando hacia arriba, divisó el sol brillar sobre los plateados seres del cielo, no solitarios, como los viera siempre, sino muy numerosos y moviéndose con tanta gracia como sólo hallara él en los gansos silvestres cuando vuelan al Sur en el cielo de otoño. Por un momento pensó si no serían aves de aquéllas volando a destiempo. Pero no iban de Norte a Sur, sino de Este a Oeste, y eran harto rápidos para gansos.

En un momento, se hallaron sobre su cabeza. Al verlos Ling Tan había interrumpido su trabajo, y como él los demás. Todos miraban al cielo, no con temor, sino con asombro de tanta velocidad y tanta belleza. Que eran aparatos extranjeros, nadie lo ignoraba, porque sólo los extranjeros eran capaces de hacer cosas como aquéllas. Sin envidia y con cordial admiración, Ling Tan y sus vecinos contemplaban

los pájaros argentados, pequeños y altos en el cielo.

Mientras los barcos pasaban, vieron desprenderse de uno un plateado fragmento. El fragmento, desviándose algo hacia el Este, cayó con fragor en un arrozal, levantando un surtidor de oscura tierra. Sin miedo y sin conciencia de lo que era, todos corrieron para ver lo que podía ser el objeto. Ling Tan y sus hijos iban con los otros. Mas no vieron nada más que un trozo o dos de metal y un agujero, que el dueño del campo miró con risa.

—Diez años llevaba deseando un estanque en mis tierras, sin cavarlo nunca por falta de tiempo, y ya lo tengo aquí—dijo alegremente—.

Y todos concordaron en que el objeto de aquellas máquinas voladoras debía ser cavar pozos, albercas y canales donde hiciera falta. El hoyo medía treinta pasos por un lado y algo más por el otro, como advirtieron todos, midiéndolo para cerciorarse y envidiaron al hombre en cuyo campo se había producido el agujero.

Ocupados en esto, sólo después de disiparse su primer pasmo se les ocurrió mirar y atender a lo demás que pudiera pasar. Un hombre oyó sobre la ciudad los mismos sonidos que cuando se produjera aquel hoyo y mirando vio, a unas tres millas, sobre los muros de la población, elevarse humaredas como de grandes incendios. Una a una se alzaban columnas de humo en el aire quieto, enroscándose hacia arriba como negras nubes de tormenta.

—¿Qué ocurrirá ahora? —dijo Ling Tan—.

Nadie le contestó, porque nadie lo sabía. Permanecieron juntos, mirando, todos parecidísimos bajo sus uniformes blusas azules. Contaron ocho incendios dentro de los muros de la ciudad, y uno al lado. Los barcos voladores parecían haberse perdido en las llamas, pero en esto salieron zumbadores del humo oscuro, tan altos ahora que parecían, relampagueantes bajo el sol, estrellas en la bóveda del cielo. Luego se volvieron hacia el sol y desaparecieron.

Los hombres, asombrados ante aquel humo cuyo motivo no conocían, tornaron a sus faenas. No era día de mercado y como el buen tiempo se mantenía y procedía plantar coles antes de que lloviese, nadie podía ir a la ciudad para saber la causa de la humareda, la cual, al ponerse el sol, había palidecido ya. Todos, pues, fueron a cenar y descansar de su día de trabajo.

—Si la cosa merece la pena, oiremos hablar de ella antes de que muramos, y por tanto, no es menester ir a la ciudad —dijo Ling Tan a sus hijos mientras volvían a la casa—.

Todos rieron y mientras cenaban envidiaban al hombre que con tanta facilidad había conseguido ver cavado un estanque en sus tierras.

A esa hora de la noche en que se desvanece la luna nueva y reina la negrura hasta que raya el alba, Ling Tan oyó al perro gruñir. Por profundamente que durmiera, Ling Tan despertaba en cuanto el perro gruñía, porque el animal habla sido acostumbrado a

dar la alarma si llegaba alguien a robar. Ling Tan oyó un par de fuertes ladridos y luego una mano golpeando la cerrada puerta. Meditó un momento. Si fuese un desconocido, el perro ladraría aún. En consecuencia, o habían matado al perro, o no se trataba de un desconocido.

No hay hombre en sus cabales que abra la puerta en una noche oscura sin saber lo que le aguarda más allá. Ling Tan despertó a su mujer y la sujetó para impedirle que saliera corriendo a ver. Porque ella era una mujer impetuosa y, pues siempre afirmaba no temer a ningún hombre, al oír llamar a la puerta era fácil que no se le ocurriera otra cosa que abrir.

—Por esas prisas, muchas personas rebosantes de salud han sido muertas en un abrir y cerrar de ojos —dijo Ling Tan, aferrando fuertemente los brazos de su mujer—.

Tras un momento de plática, y mientras el ruido en la puerta crecía, los dos hermanos se levantaron juntos. Ya los tres hijos, saltando de sus lechos, iban a la puerta también. Ling Tan llevaba, encendida, la lámpara de aceite. Lo inmediato era decidir si se hablaba o no. Él resolvió no hablar, sino atender. Y lo que oyó fue al perro ladrando débilmente con alegría y no con furia.

—Puede que le hayan dado algún buen bocado —cuchicheó Lao Ta—.

Percibieron una voz y advirtieron, con sorpresa, que era voz de mujer.

—¿Estarán muertos mis padres, que no me oyen?

Tales fueron las palabras que sonaban con claridad más allá del muro de tierra. Todos conocieron quién hablaba y Ling Sao corrió a la puerta.

—Es nuestra hija mayor —dijo—. Pero ¿por qué se habrá levantado de su buena cama a esta hora?

Abrió y vieron algo que nunca esperaban ver. Allí estaba la hija mayor y Wu Lien, cada uno con un niño en brazos y también la vieja Wu Sao en pie y tan atónita como si no supiese dónde se hallaba ni qué le ocurría. Llevaban varios paquetes de ropas, una tetera, prendas de lecho, un cesto con platos, un par de candeleros y el dios de su cocina.

Cuando la hija mayor vio a sus padres rompió en sollozos.

—Poco nos ha faltado para morir —clamó—. De estar diez pies más cerca de la calle, todos hubiéramos muerto. Las dos criadas y los dependientes están enterrados entre las ruinas. La tienda ha quedado medio destrozada. Nada tenemos sino nuestras vidas.

Mientras hablaban, los tres refugiados avanzaban hacia la puerta y Ling Tan, mirando por encima de sus hombros, pensaba que la ciudad debía de haber sido asaltada por bandidos. Hacía cien años que no sucedía, pero en tiempos antiguos los bandidos, a veces, bajando de la montañas irrumpían en la ciudad.

—¿No estaban las puertas cerradas? —preguntó Ling Tan—.

—¿Cerradas al cielo? —repuso Wu Lien—.

Posó al pequeño en el suelo y se miró. Por el camino el niño le había orinado de arriba abajo, haciéndole parecer humedecido por un aguacero. Contemplábase con disgusto, porque de ordinario era hombre circunspecto e incluso temía ponerse a un niño sobre las rodillas mientras no aprendía sus costumbres.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Ling Tan, alzando la lámpara y mirándole.

—¿No has oído que la ciudad ha sido bombardeada?

—¿Bombardeada? —repitió Ling Tan, que escuchaba aquella palabra por primera vez—.

La hija habló:

—Los barcos voladores pasaron sobre la ciudad esta mañana. No nos ocupamos de ellos, porque todos estábamos en nuestras cosas, y recuerdo que uno de los dependientes gritó desde la puerta que era digno de ver los muchos barcos volantes que había. El cielo me guarde como es verdad que sólo dejé de salir porque estaba dando de mamar al niño, mientras el otro jugaba en el suelo y la madre de mi marido dormía. Las dos criaturas corrieron a mirar y entonces hubo un ruido terrible: ¡bom! Di tal salto que retiré el pecho de la boca del niño. La tierra tembló y por todas partes sonaron gritos, y yo grité también. La cal cayó de las paredes y una viga fue a dar sobre la mesa. Pero todo no fue ruido. La tierra, padre y madre míos, se estremeció, y toda la pared del Norte se vino abajo, enterrando la mitad de nuestros géneros y también a los dos dependientes. Uno estaba recién casado y el otro era un joven tan honrado que nunca encontraremos otro igual.

—¿De qué sirve un hombre honrado, si no hay tienda donde ponerle a trabajar? —rezongó Wu Lien—.

Ling Sao pensaba en lo que oía, mas sin comprenderlo. Dejó, pues, de pensar y se dijo que sólo había una cosa cierta: que su hija, sus nietos, el padre de sus nietos y la vieja estaba allí, en la oscuridad de la noche, cansados, asustados y hambrientos.

—Ahora os prepararemos cama a todos —dijo—. Tú, Jade, enciende el fuego para hacer té, y tú, Orquídea, haz unos puches de trigo para que nuestros deudos coman y beban. Por la mañana veremos qué es lo que sucede.

Meditaba para sí que todo debía de ser otra mala pasada de los estudiantes que habían arruinado antes la tienda de Wu Lien, porque juzgaba que aquella era la única tienda de la ciudad que había sido destrozada desde el cielo.

Jade estaba mejor informada. Sin una palabra, fue a la cocina y Lao Er, que la había seguido, se acurrucó con ella tras el fregón. La joven preguntó, alzando las cejas:

—Son "ellos", ¿verdad?

—¿Quiénes pueden ser sino "ellos"?

Mucho después de que toda la comida hubo sido despachada, cuando los niños y

todos dormían tranquilos, Jade y su esposo seguían hablando en el lecho:

—Nuestra tierra está perdida y nuestras ciudades serán tomadas —decía Jade—.

—Y todos moriremos —respondía él—.

Y, horrorizado a la idea de Jade muerta, se inclinó hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

Yacían juntos, sin pasión, porque sus corazones no sentían mutuo amor en aquel momento, sino odio hacia lo que preveían y rabia al ver su impotencia para evitarlo.

—¿Por qué no tendremos lo que todo el mundo tiene? —exclamó Jade, en la oscuridad—. ¿Por qué no tendremos cañones, y barcos voladores, y fortalezas?

—Todas esas cosas las hemos mirado siempre como juguetes —respondió su marido—. ¿De qué valen a gentes como nosotros, que sólo pensamos en vivir?

Jade no contestó. Meditaba con tristeza en lo dulce que era su vida ahora que se sabía embarazada. Vivir y tener hijos, gozar de cada día según viniera, ver crecer nuestras vidas y poner otras en el mundo. Todo ello era bueno. ¡Qué locura destrozarse lo que ocupaba la vida!

—Si todos saben jugar con esos juguetes diabólicos —dijo, al fin—, también debiéramos nosotros aprender a manejarlos.

—También eso es insensatez —respondió él, obstinado—.

Durante largo rato permanecieron insomnes, pensando en lo que deberían hacer. Se durmieron sin haber resuelto nada.

Al día siguiente a nadie se le ocurrió trabajar. Antes de que todos desayunasen había transcurrido media mañana, y luego pasaron horas oyendo cuanto Wu Lien y su esposa tenían que decir. Incluso la vieja Wu Sao murmuraba, secándose los ojos:

—Era un ruido horrible..., horrible...

Ling Sao comprendió al fin lo sucedido en la ciudad. No se trataba de una cosa pequeña como la ruina de una tienda. Doquiera que los huevos de plata caían, todo quedaba reducido a polvo.

—¿Y la gente? —preguntó Ling Tan—.

—La gente —dijo Wu Lien— queda hecha pedazos, como muñecos de barro. Aquí un brazo, allí una cabeza, allá un trozo de pie, una pierna, entrañas, un corazón, sangre y restos de huesos.

Todos se miraron en silencio, sin creer plenamente lo que no habían visto.

—¿Y por qué? —exclamó Jade, diciendo lo que todos sentían—.

—¿Quién sabe? —repuso Wu Lien—. El cielo está sobre todos nosotros.

Su mujer lloraba otra vez, y lo mismo hacían Orquídea y Pansiao. Por las senectas mejillas de Wu Sao corrían lágrimas. Nadie osaba consolar a los demás, porque todos ignoraban de qué lado podría venir la muerte ahora. La muerte todos la conocían, pero una muerte tranquila, plácida, abatiéndose como un sueño sobre los viejos o como la curación de los enfermos. Esa muerte dejaba el cuerpo intacto y convertido

en una cosa merecedora de cuidados y atenciones, quieta primero en el lecho y honrada más tarde en la tumba. Pero esta nueva muerte era monstruosa y destructora hasta más allá de cuanto podía imaginar el hombre.

Al fin, todos se levantaron, callados, y se fueron a sus tareas. Las mujeres se ocuparon de los niños y de la comida y Ling Tan y sus hijos de los campos. Sólo Wu Lien quedó solo, porque nada entendía de labranza, ni de animales. Era un mercader y a falta de mercancías se hallaba ocioso, con una ociosidad peor que cuanto de malo conociera hasta entonces, puesto que era una ociosidad a la que no se veía el Límite.

Lao Er y Jade habían elegido como punto de reunión el sauce, grande y encorvado, que se alzaba al extremo más apartado de la alberca. Repararon en él por la casualidad el día en que Lao Er buscaba a Jade ante la casa de té, y habían vuelto allí una vez y otra. De la mañana a la noche aquellos dos enamorados no tenían dónde encontrarse. En la casa había siempre gente en todas partes, menos en la alcoba, y a los dos les avergonzaba entrar en la alcoba por el día. Los demás lo hubieran juzgado afrentoso, y en la aldea se habrían burlado si supieran que dos casados no podían esperar a la noche. Pero Lao Er había reparado en que las frondosas hojas del sauce pendían como protectoras cortinas, y a veces decía a Jade que le esperase allí. Entonces se hablaban o permanecían mirándose y sonriendo, sin presencias ajenas. Él tomaba la mano de ella entre las suyas, y así la jornada parecía menos larga.

Cuando aquel día salió Lao Er con su padre, hizo un signo a Jade y ella comprendió que al mediodía debía esperarle bajo el sauce. Así lo hizo y se sentó aguardando a su marido. Reinaba gran quietud y sólo se oía una rana saltando en la alberca y el zumbar, alternadamente fuerte y bajo, de una cigarra.

Era difícil creer que la vida en aquel valle hubiese dejado de ser lo que siempre fuera, y sin embargo, Jade sabía que había dejado de serlo. Por extraña casualidad, el libro que su marido le comprara hablaba de cómo se rompía la paz entre los hombres y de cómo éstos peleaban entre sí. En la guerra había luchas, matanzas, violencias, torturas y las demás cosas atroces que los hombres hacen cuando se pierde la paz.

"¿Cómo nos salvaremos de esto —pensaba Jade— y cómo salvaremos a nuestro hijo? "

Y luego pensó en el joven que en la casa de té había preguntado a la gente si todos estaban dispuestos a quemar casas y cosechas para que el enemigo no las aprovechara, y recordó que ella había dicho: "¡Estamos dispuestos!"

"Pero entonces no estaba embarazada", reflexionó.

Y, meditando en ello, se dijo que la vida le parecía preciosa ahora, porque era una mujer y estaba creando una nueva existencia. Esta tarea tenía que llegar a su fin y ser cumplida por encima de todo.

En aquel momento, Lao Er separó las verdes frondas del sauce y, sentándose junto a su esposa, se secó el sudor de su cuerpo y su rostro.

—Estaba pensando —declaró ella— en el cambio que siento en mí. No me ocupo nada más que de la vida de nuestro hijo.

—Si no fuéramos así—respondió él— la vida humana terminaría. Mientras trabajaba he reflexionado y ahora sé lo que debemos hacer. No nos quedaremos aquí. Iremos a donde el enemigo no pueda alcanzarnos, hasta que des a luz.

—¿Y qué dirá tu padre si abandonamos su casa?

—No le hablaré hasta que encuentre una contestación a lo que me diga —repuso Lao Er—.

Tomó la mano de la joven y la retuvo un rato, meditando en lo dulce que era ver a su mujer tan amable como estaba desde que sabía que iba a dar a luz. A su vez, ella se decía que, cuando su misión estuviera cumplida, sería grato saber que su marido se hallaba allí para atenderla. Su antigua caprichosidad se había disipado a la sazón.

—Yo haré lo que tú creas mejor —dijo—.

—Y yo lo haré contigo.

Por el momento les bastaba. Él, incorporándose, volvió al trabajo y ella fue a seguir aprendiendo a tejer. Quizá fuese un aprendizaje inútil si había de partir, pero acaso alguna vez le resultase inútil saber hacer ropa.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ling Sao, viéndola llegar.

—Había ido a buscar a mi marido —dijo Jade con calma—.

Ling Sao; mirando ir al telar a la joven, se sintió extrañada de que le hubiera contestado sin rubor. Y se aplicó de nuevo a sus faenas.

Cuando los barcos volantes volvieron, Ling Tan estaba en la ciudad. Cierto que, en su ignorancia, él y sus hijos, y el mismo Wu Lien, pensaban que los barcos habían concluido su obra y no volverían más. Mucha gente de la ciudad pensaba lo mismo, y por tanto todos comenzaron a reparar sus ruinas. Nadie esperaba que aquel desastre pudiera repetirse, como no se repiten un terremoto o una tormenta, o cualquier otro mal enviado por los cielos.

Aquella mañana, Ling Tan dijo a sus hijos que trabajasen solos, porque él iba a la ciudad a ver lo que fuera digno de verse. Nadie le acompañaría, porque no era menester que abandonasen todos las labores. Mas cuando salió de la casa oyó pisadas sobre el polvo y, volviéndose, vio a su hijo menor.

—¿Qué pasa? —gritó Ling Tan—.

—Déjame ir contigo —jadeó el muchacho—.

—¿Por qué? —preguntó Ling Tan—. Que yo sepa, no es fiesta hoy.

Su hijo, con la punta del pie, trazó un círculo en el polvo y lo miró.

—Quiero ir —dijo, sombrío—.

Ling Tan, contemplándole, pensó si sería o no discreto entablar una disputa con aquel hombre a medio crear. El día era alegre y brillante y Ling Tan decidió consentir. No le gustaban las disputas ni siquiera en días malos, y además evitaba, siempre que

podía, toda querella.

—¡Ven, pues, maldito seas! —dijo, riendo—.

Su hijo alzó la cabeza y los dos avanzaron por los caminos enguijarrados, andando con facilidad sobre sus sandalias. El día anterior había sido plomizo y aunque no lloviera, las nubes habían pendido casi al nivel de los techos de los templos y pagodas. Mas hoy el aire parecía de otoño y no de verano, y Ling Tan y su hijo advirtieron pronto cómo sus corazones se levantaban, alegres bajo el cielo azul, en medio de las espléndidas cosechas que por doquier les rodeaban. En ambiente tal le era imposible el ánimo de sentirse triste, como se lo es a una burbuja permanecer bajo el agua.

Cruzaron la puerta del Sur. Nada delataba lo que ocurriera, salvo el aspecto grave de los transeúntes. Aquella ciudad, empero, era famosa por la jovialidad de sus habitantes. Tratábase de una población vieja que había sido durante siglos residencia de reyes, emperadores y de todos aquellos que pueden vivir ociosos, comiendo bien y gastando dinero ajeno, por lo cual lo prodigaban con liberalidad a los mismos a quienes se lo quitan. Día y noche resonaban allí risas y músicas, y había mujeres hermosas para los ricos y otras bastante buenas para los pobres. En el lago bogaban barcas de placer, hechas de esculpida madera y en la ciudad existían grandes templos y varias bellas pagodas. Aquéllas eran las cosas que quedaban de los tiempos viejos.

Desde la revolución había dejado de haber reyes y emperadores, pero, en cambio, regían gobernantes que también construían buenos palacios y casas de un nuevo estilo, en las cuales brotaba agua de los muros y donde a un simple contacto se encendía el fuego que esperaba en las lámparas. Estos gobernantes tomaban también el dinero del pueblo y lo gastaban luego con esplendidez en festejos y placeres. De manera que había alegría y buena vida, y grandes tiendas nuevas abiertas por todas partes, y posibilidad de comprar cosas que pocos años atrás no se habían visto ni se sabía que existiesen. Hasta la gente común que empujaba carritos o llevaba fardos al hombro podía ahora usar luces que ardían solas por la noche, sin que ningún viento las apagara, en lugar de bujías en faroles de papel. Y semejantes novedades alegraban a la gente, porque ¿quién sabía qué otra cosa insólita podía aparecer mañana? Todos estaban enterados de que aquellos objetos venían del otro lado del mar, y por tanto admiraban y creían buenos a los extranjeros que las fabricaban. Mas esto sucedía antes de que los barcos volantes pasasen sobre la ciudad.

En la calle y en una casa de té donde pararon a refrescar, Ling Tan y su hijo oyeron a los hombres decir hoscamente que preferían pasarse sin tales cosas si en cambio evitaban males como el último, que podían arruinar la ciudad.

—¿Dónde están las ruinas? —preguntó Ling Tan al camarero—.

El hombre rompió a llorar.

—Yo tenía una casita de tierra y paja junto al muro de la de un rico, en la calle del

Puente de la Puerta Norte —dijo—, y la casa del rico y la mía han desaparecido. No se quién ha muerto en la casa de él, pero en la mía ya no queda nadie y yo tampoco quedaría de no haber estado aquí. ¡Así no hubiera estado! Yo tenía dos hijitos, nacidos en dos años...

Ling Tan le dio una moneda de más, para consolarle, pero él y el mozo fueron hacia aquella calle. Al llegar vio algo que no esperaba ver a pesar de cuanto había oído. Veinte hombres trabajando durante cien días no hubieran hecho lo que pasara allí en el espacio de un solo aliento. La calle estaba llena de ladrillos, argamasa, vigas y polvo, y sobre aquellos informes montones, gentes enlutadas cavaban con las manos, con trozos de hierro y algunos con azadas. Una mujer dio un grito al descubrir el pie de su marido entre los escombros revueltos.

—¡Conozco su pie! —sollozó—.

Y era lo único que podía reconocer la pobre viuda, porque ello y un trozo de pierna era cuanto quedaba de su esposo.

El corazón de Ling Tan le batía en el pecho con tal fuerza que le conmovía todo el cuerpo. Oyó un ruido y, volviéndose, vio a su hijo vomitando.

—No me extraña, porque esto es insoportable —declaró Ling Tan—. Échalo todo, hijo, que si no te emponzoñará.

Esperó hasta que el muchacho hubo devuelto cuanto comiera, y después le llevó otra vez a la casa de té, a fin de que se lavara la boca y tomase un poco de bebida caliente. Notando que el orgulloso muchacho estaba abochornado de su flaqueza, Ling Tan fue amable con él, y le afirmó:

—No es una vergüenza que cosas así den náuseas. Deben dárselas, y también ira, a todo hombre honrado. Sólo bestias feroces no se horrorizan viendo lo que se ha hecho a personas inocentes.

Los dos permanecían callados y abatidos. Ling Tan padecía más, porque no lograba dejar de preguntarse cuál sería el motivo de aquella destrucción. Mientras reflexionaba, entró en la sala de té uno de los jóvenes estudiantes que en aquellos días andaban siempre mezclados con la gente, y, viendo una veintena de hombres en la casa de té, se puso sobre un banco y los arengó.

—Los que améis a vuestro país —dijo—, escuchadme. Ayer el enemigo voló sobre la ciudad y arrojó bombas que destruyeron tiendas y casas y mataron mujeres y niños. La guerra ha comenzado. Tenemos que prepararnos a ella y luchar contra el enemigo. Hemos de resistir hasta la muerte, y luego nuestros hijos continuarán peleando. Escuchad, valientes: el enemigo va ganando al principio, pero no ganará al fin. Ha avanzado cien millas en nuestra tierra, mas no le permitiremos que avance otras cien. Si las avanza, debemos resistir en las cien siguientes.

—¡Bien! —gritó el hijo de Ling Tan—.

Otro joven hizo lo mismo. Pero Ling Tan, mirándose las manos vacías, comentó:

—¿Luchar con qué?

El joven estudiante, saltando al suelo, se había alejado ya. Nadie pudo responder a Ling Tan, porque todos tenían las manos tan vacías como las suyas.

Y después, como para burlarse de aquellas manos inermes, se percibió el sonido que la gente conocía ahora tan bien como el latir de sus propios corazones.

—¡Los barcos, los barcos volantes! —gritaron—.

Huyeron todos y sólo quedaron en la sala Ling Tan, su hijo y el camarero.

—Más vale que te escondas, señor —dijo el sirviente—.

—¿Dónde puedo esconderme de semejante mal? ¿Y por qué no te escondes tú?.

—No necesito esconderme —repuso el camarero—, porque he perdido cuanto tenía.

Y mientras el aborrecible zumbido se acercaba, el camarero recorrió la sala vacía, secando las mesas, vertiendo el té en las vasijas que los clientes habían dejado a medio consumir y poniendo los bancos en su lugar.

El ruido se acercó tanto que Ling Tan, al hablar a su hijo, no oía ni su propia voz. Quería hablar, porque viendo al muchacho pasmado de horror, se proponía decirle que ningún hombre muere hasta que le llega su hora. Pero como su voz no se oía, apoyó la mano en el hombro de su hijo. El camarero llegó y les hizo señas de que se ocultaran bajo las mesas, para no ser golpeados por las tejas que pudieran caer. Bajo la mesa, pues, se agazaparon, mientras el camarero iba y venía por la estancia, limpiando y preparándola para cuando volvieran los clientes. Ling Tan se asombró de que el hombre hiciera aquella labor cuando el techo podía desplomarse sobre él de un momento a otro, cubriéndole de escombros a él y a las mesas. Y reconoció que él, por su parte, estaba asustado y deseaba más que cualquier cosa el verse de nuevo en casa.

Se percibían grandes y atronadores ruidos. Ling Tan, recordando lo que viera y oyera caer en el campo de su vecino, comprendió lo que estaba ocurriendo. Se cubrió la faz con las manos, no sólo por su temor de morir en cualquier instante, sino porque le constaba que a cada estruendo perecían algunas personas. Le temblaban y dolían los tímpanos, se le hinchaban los ojos y el aliento se negaba a salir de su pecho.

Miró a su hijo. El muchacho tenía la cabeza entre las piernas, se apretaba las orejas con las rodillas y rodeaba con sus brazos su propio cuerpo.

Así soportaron instante tras instante, hasta que el mal, pasando sobre sus cabezas, se alejó. Parecía haber transcurrido la mitad del día cuando se restableció el silencio. Otros ruidos se oían ahora: el crepitar de los fuegos.

—Salgamos de aquí y vayamos a casa —dijo Ling Tan a su hijo—.

Emergieron de debajo de las mesas y, con la manos juntas, salieron. Pero, aunque Ling Tan pensara irse, ¿cómo podía hacerlo dejando incendios atrás, y gritos de gente sepultada entre las ruinas, y lloros de quienes veían quemadas sus casas y muertos los seres amados?

—Tendremos que ver qué se hace —expuso a su hijo—.

Y así, contradiciendo toda la sabiduría tradicional, que le aconsejaba no intervenir en el infortunio para no hacerse responsable de las vidas salvadas o perdidas, avanzó hacia el incendio. Pero ¿qué podía hacer un mortal ante tal ruina? Unos cuantos hombres con cubos arrojaban agua, mas las llamas burlonas saltaban hacia ellos. Al fin, desesperadas, las gentes se limitaron a mirar quietamente el incendio, el cual prosiguió hasta que, llegando a una ancha calle nueva, se extinguió al cabo, entre gruñidos y silbidos, resolviéndose en humo.

Mucho enojo habían causado a la gente aquellas calles nuevas, planeadas y construidas por los gobernantes de la revolución, porque para hacerlas rectas y anchas había sido menester arrasar casas y tiendas, e incluso templos. También aquello era una ruina, y de ella se habían lamentado los ciudadanos amargamente, sin poder hacer nada, como ahora, porque tampoco tenían armas en las manos. Pero hoy se sentían contentos de la calle ancha, porque ella había detenido el fuego, con sus ruinas subsiguientes, que eran peores que las otras, por estar causadas por el enemigo.

Al fin, Ling Tan se alejó y su hijo con él. Nunca había mirado con más placer los campos y la tierra. Ninguno de los dos hablaba, sino que andaban sin cesar, el joven en pos del viejo. Ya atardecía cuando llegaron a la aldea. En la calle, los hombres preguntaban a Ling Tan qué había visto. Él se detuvo en medio de la angosta rúa empedrada de guijarros y lo contó todo al grupo que lo rodeaba. Mientras estuvo hablando, nadie dijo nada, y el mutismo persistió un rato después de que Ling Tan concluyó su relato. Luego habló el más viejo del pueblo, un hombre que el próximo año cumplida noventa, y declaró:

—Mejores eran las antiguas cosas y los antiguos tiempos, cuando nosotros estábamos en nuestras tierras y los extranjeros en las suyas. Hay quienes dicen que los extranjeros tienen cosas buenas, pero yo veo que este mal que ahora nos viene es mayor que todo lo bueno de los extranjeros. Quisiera no haber visto una cosa extranjera nunca y que los extranjeros se hubiesen quedado al otro lado del mar, donde los pusieron los dioses. Los mares tienen su objeto y los extranjeros, al cruzarlo, han quebrantado la voluntad de los dioses.

Todos escucharon, en consideración a su ancianidad, y tristemente se volvieron a sus casas. En la de Ling Tan parecía aquella noche, por los muchos duelos y suspiros, que le hubiera pasado algo a un miembro de la familia. Finalmente, creyó Ling Tan que era preciso imponer su autoridad sobre aquellos jóvenes, mujeres y niños, y les mandó callar y oír lo que iba a decirles.

Se sentaron, y por esta vez no se separaron hombres y mujeres, porque todos anhelaban estar juntos. Se hallaban en el patio. Sobre la mesa había vituallas, pero apenas se comió, porque, ¿quién podía probar bocado? En torno a ellos, cielo y campo se sumergían en la calma del verano, y la noche era serena y caliente. Mas

ninguno pensaba sino en el mal que sobre ellos se abatía sin tener culpa alguna.

Mirando a los suyos, Ling Tan sentía enternecido el corazón al ver todos los ojos vueltos hacia él: "¿Qué puedo hacer para salvarlos?", pensaba. Podría haberlos salvado de otros males, como de hambres o inundaciones, incluso de enfermedad, de la pobreza y de los males de la usura, de los magistrados crueles y de los demás daños que pesan sobre los hombres. Pero ¿qué cabía hacer ahora?

—En esta nueva calamidad que ha descendido sobre nosotros —dijo— no puedo salvaros, porque no me puedo salvar a mí mismo. Hoy he visto con mis propios ojos lo que tú, Wu Lien, nos expusiste antes. Ahora sé que lo que ha pasado ayer y hoy se repetirá. Nada tenemos más que nuestros cuerpos sin armas contra esos mecanismos extranjeros. Los dioses nos han creado seres humanos, hechos de carne blanda y fácilmente lesionable, porque nos imaginaban buenos y no malos. Si hubiesen previsto lo que los hombres se harían entre sí, nos hubieran dotado de concha, como las tortugas, para esconder nuestras cabezas y partes débiles. Pero no somos así, ni podemos cambiarnos y dejar de ser tales como los dioses nos hicieron. Hemos de soportar lo que venga, sobrevivir si podemos y morir si es menester.

Hablando, miraba a todos, que le devolvían su mirada. Continuó:

—Vosotros, mis dos hijos mayores, sois hombres, y tú, Wu Lien, eres de más edad que ellos. Si algo tenéis que decir, decidlo.

Sus dos hijos contemplaron a Wu Lien, esperando que hablase primero. El cuñado tosió y dijo:

—Yo, en verdad, no tengo tampoco manera de salvarme a mí mismo, y debo pedir tu perdón por haber venido a tu casa con mi familia. Soy un hombre que sólo sé comerciar, pero, en esta hora, ¿con quién puedo hacerlo? En tiempo de guerra, hombres como yo han de vivir donde puedan y como puedan, en espera de la paz.

Lao Ta tomó la palabra.

—Dos cosas cabe hacer cuando baja fuego del cielo: o huir o aguantarlo. Yo, padre, digo que haré lo que tú hagas.

—Yo —dijo el segundo— huiré.

Luego de oír los pareceres, Ling Tan expuso:

—Si yo fuese un hombre sin tierras, huida. Si fuera joven, quizás huyera también. Nada, pues, diré a quien se vaya. Pase lo que pase, caiga la ciudad o no, y hasta si toda la nación cae, como hoy decían algunos por las calles, yo me quedaré aquí. Quienes quieran, que se queden conmigo, y quienes no, que se vayan.

—¡Me reprochas, padre mío!

—No te reprocho —dijo Ling Tan con voz suave—. Me parece bien que te marches. Si todos los que nos quedemos morimos, tú harás perdurar nuestro nombre en otra parte. Sólo te pido que vuelvas a ver si estamos vivos o muertos cuando la

guerra termine. Y si hemos muerto, quema incienso en honor nuestro y reclama la tierra.

—Lo prometo —dijo el hijo segundo—.

—Las mujeres no hablaron, porque no era ocasión de que alzasen su voz las mujeres. Cada una comprendió cuál era su deber y se preparó a cumplirlo. Cuando todos se separaron, cada mujer dijo a su marido lo que pensaba. La esposa de Wu Lien le alabó por no haber propuesto nada y haber hablado tan bien. A la joven, en efecto, le agradaba estar en la casa donde había nacido y donde se sentía segura con tal de no hallarse en la ciudad. Jade elogió a su marido por su firmeza. Sólo Orquídea suspiró y dijo que le hubiera gustado ir a algún sitio donde sus hijos y ella estuviesen libres de los barcos volantes. Mas su marido le adujo:

—Si todos los del Este nos vamos al Oeste, ¿no será tanto como dejar la tierra al enemigo? Mi padre tiene razón: debemos quedarnos, por la tierra.

—Por lo menos se irá Jade... —murmuró Orquídea—.

No queda a Jade, porque ésta hablaba poco con ella y siempre que tenía tiempo de sobra iba a su cuarto, a leer su libro. Además, tenía celos de Jade ahora que la veía embarazada, a causa de que hasta entonces Orquídea había sido la única joven con hijos que vivía en la casa y albergaba la secreta esperanza de que Jade fuera estéril.

—Las mujeres que gustan de leer son siempre estériles —había dicho a menudo. Y lo pensaba así, pero Jade había desmentido su aserto—.

Ling Sao, por su parte, felicitó calurosamente a su marido por su decisión de quedarse en su casa y tierras.

—Si nos fuéramos, pronto vendrían a quitarnos lo nuestro —dijo—. Y puede que el enemigo no fuese más lejos que de nuestra aldea. La mujer de ese apuesto primo tercero tuyo, que siempre anda a vueltas con los signos de la escritura como quien anda con granos de trigo, se alegra mucho de venir a nuestra buena casa, con el pretexto de cuidárnosla. Y prefiero ser saqueada por ladrones, a los que puedo maldecir y castigarlos con la ley, que no por parientes, de los que siempre debo hablar bien y no declarar lo odiosos que en verdad me son.

Nadie preguntó lo que pensaba el tercer hijo, y nada habló él, en consecuencia. Recordando lo que viera en la ciudad, volvía a revolvérsele el estómago, mas no con miedo, sino con ira. Su loca fantasía juvenil planeaba medios de vengarse del enemigo. Pasó la noche insomne, llorando y mordiéndose las uñas al verse tan inútil y joven. Pero nadie lo supo.

La hija menor no pensaba nada, porque nada sabía que pensar. Comprendía muy poco de cuanto se había dicho y nadie la tenía en mucha más cuenta que el perro, con quien todos eran buenos, pero sin atenderle gran cosa.

Al día siguiente volvieron los barcos voladores, y al otro día también, y al otro, y al otro; y a diario era la ciudad flagelada por el fuego y la muerte. Ling Tan no tornó

a la ciudad, ni ninguno de su familia. Permanecieron donde estaban, ocupándose de las cosechas y de almacenar víveres para el invierno, como todos los años. El único cambio perceptible era que cuando llegaban los barcos aéreos, todos se escondían entre los bambúes, suspendiendo el trabajo. Porque un día un barco volante había llegado casi a ras de tierra y hecho volar la cabeza de un labrador que lo miraba. Luego el aparato se alejó como si no hubiera ejecutado más que un juego.

CAPÍTULO CINCO

Cuando se hizo palmario que todos los días, menos los lluviosos, llegaba la muerte, los habitantes de la ciudad hicieron dos cosas. Primero llenar los templos y orar a los dioses para que lloviese. Oraron hasta que dejaron de hacerlo temiendo que, si sus súplicas se escuchaban, sobreviniese una inundación. Lo segundo que efectuaron fue alquilar habitaciones en pequeñas posadas campesinas o en rincones de casas de labradores. Algunos incluso dormían en los cementerios o al pie de un árbol.

Nunca viera Ling Tan tan calamitosas escenas como las de ahora. Llegaban mujeres, niños y viejos cargados con cuanto habían podido recoger. La mayor parte iban a pie, porque en aquellos días sólo muy escasos ricos podían usar otros medios. Ling Tan había visto emigraciones de gentes del Norte en tiempos de hambre, pero esas gentes eran sólo pobres y pequeños terratenientes a quienes sus campos no habían rendido nada. Mas todos los años no había de pasar lo mismo, y siempre volvían los emigrados a sus heredades.

Ahora los huidos eran a la par ricos y pobres y ninguno sabia si podría volver. A veces, Ling Tan compadecía más a los ricos, porque eran gente más delicada e inútil y apenas sabían el modo de encontrar comida. Durante todas sus vidas les habían servido los demás, sin que ellos preguntaran nunca dónde se buscaban los alimentos ni cómo se hacían.

Los pobres, acostumbrados a poco, salían adelante con más facilidad que los opulentos. Y nadie lo pasaba mejor que los pobres audaces que, arriesgando su vida al quedarse en la ciudad, entraban en las abandonadas casas de los ricos y se llevaban de ellas lo que querían.

La gente afluía desde la ciudad al campo como un río fuera de madre. Al torrente de los que salían de la ciudad se juntaba el de los que venían del Este. Según el enemigo avanzaba palmo a palmo, las gentes huían ante él, uniéndose a otras, y el enorme río de refugiados en movimiento progresaba hacia el Oeste, sin saber adónde iban, sólo seguros de morir si se quedaban.

Al principio, Ling Tan abría su casa a los fugitivos y las mujeres cocinaban cosas para ellos y se condolían de sus males. Los heridos y los niños pequeños no podían continuar y había que dejarles con quien quisiera recogerlos. Muchos morían. Pero una cosa salvaba a Ling Tan, y era que los huidos no creían que aquella casa estuviese bastante alejada del enemigo. No paraban, pues, y proseguían más allá de los dos, lagos y montes, en busca del interior, tras las altas cordilleras, donde el enemigo no osaría penetrar, por temor a ser copado.

Lao Er y Jade iban a partir también, y sólo esperaban que llegasen gentes con las que cupiera compartir la peregrinación, esto es, no heridos, ni viejos, ni personas

cargadas con demasiados niños pequeños. Tras aguardar días y días llegó un grupo de unos cuarenta jóvenes, entre hombres y mujeres. Las mujeres no habían tenido nunca los pies ligados y, por tanto, eran tan ligeras como los hombres. Jade simpatizó con ellas en cuanto las vio. Todas usaban el cabello cortado, como el suyo, y guardaban libros en sus paquetes.

—Somos estudiantes de una escuela —le dijeron— y tenemos los ojos puestos en las montañas que hay a mil millas de aquí. A ellas han ido ya nuestros profesores y nosotros continuaremos nuestros estudios en las grutas de los montes, y cuando la guerra acabe volveremos para hacer una paz buena.

Ninguno de aquellos jóvenes hablaba de sacrificarse inútilmente yendo a la guerra, lo que complujo mucho a Ling Tan. No pasaron la noche en la casa, sino que sólo se detuvieron a mediodía para beber té con el pan que llevaban. Él, oyéndolos hablar, los alabó así:

—Los que carecen de instrucción sólo poseen sus cuerpos y por eso son los que deben pelear si hay lucha. Pero vosotros, que acumuláis sabiduría en vuestros cráneos, poseéis un tesoro que no debe derramarse como la sangre, sino guardarlo para el día en que nosotros necesitemos que los sabios nos digan cómo hemos de vivir. En tiempos como éstos, la ciencia es inútil, porque nada puede salvarnos, no siendo la casualidad. Pero en terminando la locura de la guerra, será necesaria la sabiduría.

A la sombra de los sauces que había junto a su puerta, Ling Tan hizo muchas preguntas a los jóvenes e incluso a las muchachas, y con gran sorpresa suya advirtió que unos y otras le respondían igualmente bien, tanto que acabó olvidando cuándo hablaba con hombres y cuándo con mujeres. Entonces supo por primera vez lo que había ocurrido en la costa, y por qué el enemigo había atacado y por qué aquellos jóvenes huían juntos.

Ling Tan, aunque vivía lo mismo que vivieran sus antepasados en aquel valle, era hombre despejado. La vida, solía decir a sus hijos, no cambiaba. Los hombres modifican, de tiempo en tiempo, los útiles con que comen, pero la comida sigue siendo comida. Podrá la gente dormir en diferentes lechos, pero el sueño sigue siendo el mismo. Por tanto, creía ahora que eran los tiempos los que habían cambiado, y no los hombres. Cuando hablaba con aquellos estudiantes, les inquirió qué armas tenía el enemigo y no quiénes eran los enemigos. Y cuando los muchachos le dijeron que el enemigo codiciaba la tierra del país, Ling Tan comprendió en el acto la guerra y su causa.

—En el fondo de todo lo que el hombre quiere —dijo, llenando su pipa mientras hablaba— está la tierra. Si uno posee muchas tierras y otro pocas, habrá guerras, porque la tierra es lo que da alimento y albergue. Si la tierra es pequeña, la comida será poca y el albergue angosto, y cuando esto pasa, también los ánimos y los

corazones de los hombres se tornan mezquinos.

Los jóvenes le escuchaban con respeto, pero sin credulidad, porque para ellos Ling Tan era un simple campesino viejo, que no sabía leer ni escribir e ignoraba todo lo que ellos habían aprendido en los libros. Mas, como no habían perdido toda la cortesía que les enseñaron sus padres, se apresuraron a parecer acordes con él.

—Es verdad, abuelo —le dijeron sin convicción—.

Él estaba satisfecho le creyeran o no, y así, cuando su segundo hijo fue a verle a media tarde y le manifestó que él y Jade deseaban partir con los estudiantes, que eran fuertes de piernas y llenos de resolución, Ling Tan reflexionó un rato y luego habló con su mujer, como tenía por costumbre antes de decidir algo.

A la madre no le había complacido nunca la idea de que Lao Er y su esposa se fuesen de casa, y por tanto expuso su descontento mientras lavaba las ropas en la alberca a cuyo borde la encontró Ling Tan. Tenía plegados sobre una piedra húmeda y lisa unos calzones azules de su marido y los sacudía con un palo, para quitarles la mugre.

—No veo por qué ha de irse Jade —dijo ella—. ¿Quién la atenderá cuando dé a luz y por qué ha de nacer nuestro nieto en un campo, como una liebre? Si nuestro hijo quiere irse, que se vaya, pero su mujer debiera quedarse aquí y dar a luz a su hijo decorosamente.

Ling Tan contestó con graves palabras.

—Quizá sea mejor que haya pocas jóvenes en nuestra casa. Sí: cuantas menos, mejor. Jade es demasiado linda para lo que puede esperarnos.

Porque se sentía turbado por lo que le dijera un joven que, tomándole aparte, le explicó lo que el enemigo hacía con algunas mujeres. Así, deseaba tener lejos a todas, excepto a su esposa, en cuya faz morena y arrugada ningún hombre veía, salvo él, la muchacha que había sido años atrás.

Ella suspendió un momento su faena y miró a su esposo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Hay sitio más seguro para una casada que la casa de su marido? ¿Puede nadie vigilar a las muchachas mejor que yo? Cuando nuestro hijo se vaya, yo no dejaré a Jade mover un pie fuera de la puerta. Te digo que él es quien la estimula a desobedecerme y a hacer lo que se le antoja, por lo cual no hablo a Jade la mitad de lo que le hablaría si él no estuviese aquí. Que se marche él y verás entonces si yo advierto a la moza que no pondrá el pie fuera de casa hasta que los de su marido no entren de nuevo.

—Puede ocurrir que entren también pies forasteros —alegó Ling Tan—.

Ella siguió sacudiendo los calzones.

—No temo a ningún hombre —dijo—. Que pise un extraño el umbral y veremos quién le acomete antes: el perro o yo.

—La mujer debe acompañar a su marido. ¿Quién atenderá a nuestro hijo si se va

solo?

—Yo sería la primera en juzgarlo así —repuso Ling Sao— si no fuera porque Jade tiene en el seno un nieto tuyo, y su deber contigo es lo primero.

—No lo creo —dijo él con suavidad—.

Y se alejó para evitar que su mujer quisiera convencerle de lo que él no deseaba. Ella, sabiendo por qué su esposo se alejaba, siguió golpeando sus calzones y lo hizo tanto tiempo y tan inconscientemente que, cuando los miró, los había llenado de agujeros a fuerza de batirlos. Entonces, puso el grito en el cielo, haciendo testigos a los dioses de que la culpa no era suya, sino de aquellos tiempos, que trastornaban a cualquiera.

Ling Tan entró en la casa y dijo a su hijo que podía marcharse con Jade, puesto que sabía, por los jóvenes, que el enemigo había avanzado otras cien millas. Y en el espacio de las cien siguientes se encontraba la casa de Ling Tan.

—Avísame cuando el niño nazca —añadió—. Si es niño, me mandas un cordoncito rojo en un sobre, y si es niña, azul.

Ahora lamentaba no haber enseñado a leer y escribir a su segundo hijo. De no ser por eso, Lao Er podría escribirle y él llevaría la carta a su primo tercero, para que se la leyera. Mas ¿quién podía haber soñado que alguna vez un hijo dejara la casa de su padre?

—Haré una cosa mejor —repuso Lao Er con orgullo—. Jade te escribirá diciéndotelo.

Ling Tan, muy sorprendido, exclamó:

—¿Sabe leer? La casamentera no nos lo dijo.

—Creería que eso no agregaba valor a Jade —sonrió Lao Er—.

—Nunca hubiera creído necesario que las mujeres supieran leer y escribir —dijo Ling Tan—, pero el que ahora convenga que lo sepan demuestra lo extraños que son estos tiempos.

Y se sentó en el patio, fumando y reflexionando, mientras su hijo iba a avisar a Jade.

Ésta había sido la primera en decir que convenía irse con aquellos jóvenes, y por eso había anudado en dos envoltorios las pocas cosas que ella y su marido pensaban llevarse. Permanecía sentada al borde del lecho, aguardando a Lao Er, y le miró con sus grandes ojos al verle entrar.

—¿Nos vamos? —preguntó—.

—Sí —dijo él, sentándose a su lado y pasándole el brazo por el hombro—. Y ahora pienso si no será demasiado dura la caminata para ti. Quisiera poder llevar yo el niño y no tú.

—No tardarás en poder llevarlo —contestó ella—.

Se levantó y su marido vio que la joven se había preparado para el viaje. Sobre

sus chinelas se había puesto unas fuertes sandalias de paja, como las que él usaba en el campo, y vestía sus ropas más sencillas, esto es, calzones y blusa azul, como los de las campesinas, y no el traje largo de los días de fiesta, hecho según la moda de la ciudad.

—Estoy pronta —dijo, cogiendo su fardo—.

Él titubeaba.

—Nunca creí que un hijo mío hubiera de nacer fuera de la casa donde nací —comentó con tristeza—.

—Ya encontrará un lugar apropiado de nacer.

—Pero hemos de señalar el sitio —dijo él—. Para un hombre es muy importante el punto en que nace. Es preciso que recordemos si ha sido entre montes, o en un valle, o en una ciudad, y si es de día o de noche, y si hay agua cerca, y qué provincia es, y cómo habla la gente. Así podremos explicárselo todo.

—¡Oh! —exclamó ella, impaciente—. Si nos vamos, vayámonos ya.

Él seguía retardándose.

—Me parece recordar el día que nací en esta casa —dijo—. Me acuerdo de una oscuridad tal como no he vuelto a encontrar después, y luego de una claridad que me causaba dolor. Así que lloré. Y entonces sentí unos brazos que me rodeaban.

—¿Vienes o no? —exclamó ella—. No me gusta decir que me voy y luego no irme.

En la voz de Jade, él leyó el temor de una mujer ansiosa de buscar seguridad para su hijo. Salió, pues, se inclinó ante su padre y su hermano mayor, y dijo adiós a los demás. Pero no encontraron a la madre en ningún sitio, y como los estudiantes querían partir para pernoctar en otro lugar, Lao Er y Jade hubieron de marchar sin despedirse de Ling Sao.

—Decid a mi madre que la hemos buscado por todas partes —murmuró Lao Er—. Decidle que hemos tenido la mala suerte de no hallarla.

—Lo haré —repuso su padre—.

No quería explicar a su hijo lo que sentía viéndole salir de la casa camino de un lugar desconocido, acaso para no volver. ¿Quién sabe lo que pudiera pasar antes de que tornaran a verse, si alguna vez se veían?

Siguió a su hijo y a Jade hasta fuera de la puerta y se paró en el umbral para verlos irse. Toda la familia le acompañaba, excepto la madre de su hijo. Era una tarde como cualquier otra de verano, caliente y serena bajo un cielo azul y despejado, salvo allí donde argentinas nubes de tormenta se apilaban sobre las verdes montañas. No podía decirse si aquellas nubes se resolverían en tormenta o no. Unas veces pasaba así y otras al contrario.

Ling Tan, viendo que todo persistía igual que siempre, como si no hubiera guerra, se preguntó si no sería locura dejar a su hijo abandonar la seguridad de la casa,

llevándose a su juvenil mujer, preciosa ahora para todos por lo que llevaba en su seno. ¿Habrían los estudiantes dicho la verdad en sus palabras? Parecía increíble que a menos de cien millas se hallase un ejército enemigo avanzando. Cantó un pájaro en un árbol cercano, donde los albérchigos maduraban; y el trigo permanecía inmóvil bajo el cálido sol. El intenso verdor de las espigas iba transformándose en un tono más pálido y pronto aquella palidez se volvería amarilla.

Cuando recolectase el arroz, Ling Tan echaría de menos a aquel hijo vigoroso, que ahora le parecía mejor que los demás. Era más vivo que el mayor, más despejado en sus pensamientos, más discreto en su risa, que guardaba para las ocasiones oportunas, sin reír por cortesía o como recurso conciliatorio, cual lo hacía el primogénito. Y comparado con Lao Er, el hijo menor no servía para nada, no siendo para apacentar al búfalo.

Además, y a despecho de cuanto dijera Ling Sao, Ling Tan sabía que Jade era la mejor de las jóvenes de su casa, desde que ella viniera a la casa, porque Ling Tan, hombre de dignidad, seguía los usos relativos al trato entre diversas generaciones. La primera vez le habló para saludarla cuando llegó como desposada, y ahora le hablaba para despedirla.

—Cumple tu deber, hija —dijo—. Recuerda que tu marido es mi hijo y su hijo mi nieto y que todo depende de ti. Cuando la mujer es fiel, no puede haber ningún mal. La mujer es la raíz y el hombre el árbol. Los árboles sólo medran si la raíz es fuerte.

Ella no contestó, pero su boca, siempre firme y grave, dibujó una sonrisa. Aquella sonrisa no indicaba si Jade creía o no las palabras del viejo.

Les dejó, pues, irse, y largo tiempo estuvo contemplándolos. Al fin, sus dos figuras se perdieron entre el gentío.

Entrando en la casa, notó humo en la cocina. Su mujer, acurrucada tras el fogón, lo alimentaba con hierba seca.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ling Tan—. Te hemos buscado por todas partes.

—No he querido verlos marchar.

—Has estado llorando —dijo él, mirándola—.

Los ojos de Ling Sao aparecían enrojecidos y sus lágrimas, al secarse en sus mejillas, habían dejado surcos argentinos en la piel morena.

—No —repuso ella—. Es el humo, que me irrita los ojos.

Ling Tan calló viendo nuevas lágrimas en las pupilas de su mujer, y permaneció ante ella sin saber qué decir. Siempre que ella lloraba, lo que hacía muy pocas veces, él se sentía convertido en piedra, con la lengua trabada.

Parecía raro que una familia echase a dos de sus miembros tan de menos como Ling Tan y su esposa echaban de menos a Lao Er y a Jade. Todos los demás estaban allí; los mismos niños había persiguiendo en el patio a los pollos y patos y tirando al

perro de la cola hasta que le hacían aullar de dolor; era mejor la acomodación de todos, porque Wu Lien, con su mujer e hijos, habitaban el cuarto vacío, mientras la madre de Wu Lien ocupaba el lecho del hijo tercero y éste dormía en el patio, sobre una yacija de bambú; y, sin embargo, se notaba mucho la ausencia de los dos jóvenes, tal que si su partida hubiese privado a la casa de cierto vigor. Al hijo mayor, ahora falto de su hermano, se le notaba más suave y dócil y más pronto a obedecer cuanto sus padres decían. Pensaba Ling Tan que en tiempos de calamidad aquel mozo hacía bien cuanto se le dijera, pero no sabía qué hacer por iniciativa propia, de manera que toda la responsabilidad recaía sobre el viejo. Obvio era que el hijo segundo se asemejaba a su padre, así como Jade, aunque antojadiza, era mujer capaz de ejecutar las cosas necesarias sin preguntarlas.

La misma Ling Sao lamentaba la ausencia de Jade, y como era una vieja justa, a los pocos días, entre risas de vergüenza, habló así a su marido:

—Yo pensaba que sólo tendríamos paz aquí cuando Jade se marchara, y no digo que la mandada volver si no fuera por nuestro hijo. Pero estoy harta de esa Orquídea, que no hace nada si no se le dice, y de nuestra hija mayor, que de la mañana a la noche se pasa gritando: "¿Qué hago ahora, mamá?" Yo le contesto que vea si el suelo está limpio, o si hay que quitar el polvo del patio, o si tenemos bastante combustible para la comida, o si las ropas están lavadas, o si el pescado en salazón necesita una vuelta; y si no hay que hacer nada de eso le mando que ponga zanahorias en sal para el invierno. Y entonces me dice: "¿Qué hago primero, mamá? "

Los ojuelos de Ling Tan miraron, con un guiño a su mujer, que estaba peinándose su largo cabello.

—Es tu hija —dijo—, y te pregunta las cosas porque está acostumbrada a que se las ordenes. Jade, en cambio, no ha crecido junto a ti y está acostumbrada a ver las cosas con sus propios ojos y no con los tuyos.

—¿Tengo la culpa yo? —preguntó Ling Sao, peine en mano, dispuesta a ofenderse—.

Tan unidos vivían después de tantos años de existencia común, que ella no soportaba que su marido la acusase de no hallarse en lo justo. Que cualquiera la maldijese a ella y a su madre y llamase a su padre galápago viejo, la dejaba indiferente. Se limitaba a reír o a enfurecerse y devolver la ofensa multiplicándola. Pero en cuanto su marido decía que ella podía haber hecho las cosas de otro modo, las palabras de él, aunque sólo fuesen dos o tres, se hundían en su corazón como puñales y así continuaban varios días. Por lo cual, Ling Tan nunca censuraba a su mujer si no era necesario, y le consentía muchas cosas menudas, sabiendo la impetuosidad de su esposa y el afán con que, en el fondo, deseaba hacer lo que él quisiese, por más que dijera lo contrario y proclamara, como tenía por hábito, que no temía a ningún hombre, ni siquiera a él.

—Tú eres la mejor madre de la provincia —declaró—, y ¿dónde se hallaría otra como tú allende el mar? No me gustaría que tuvieras el ánimo frío y apocado. Me gusta que seas viva y acalorada, y me satisface lo suelta que tienes la lengua, incluso cuando se vuelve contra mí.

Rió mientras hablaba. Ella, enrojeciendo de placer, volvió a peinarse, y para ocultar su contento procuró mostrarse adusta, aunque al hacerlo sonreía.

—Cállate, nabo viejo —dijo, mirando en qué podía serle útil—, y ven aquí, que yo vea qué mancha es esa que tienes en la mejilla. ¿Si te irá a salir un divieso a tus años?

Él se acercó y se inclinó, para seguir la corriente de su mujer, sabiendo bien por qué ella deseaba tocarle y hacer alguna cosa en su favor.

—Es una picadura de pulga —aclaró—.

—No lo creo. ¿Acaso no lo veo?

Tocó la mancha, advirtió que no era nada y dio un golpecito afectuoso en el hombro de su amado marido.

—¿Ya te has olvidado de cómo coger pulgas, viejo? —le dijo—. ¿Necesitas que te cuiden como un rapaz?

Los dos rieron, y Ling Tan pensó que incluso si su esposa muriera antes que él, nunca él se casaría con otra. Cualquiera mujer, después de Ling Sao, le parecería una zanahoria seca y sin sal.

—¿Sabes por qué no simpatizas con Jade? —preguntó Ling Tan—.

—Sé lo que me hace falta saber —contestó ella, huraña—.

—Por lo mucho que se parece a ti.

—¡Bah! ¡Jade! —exclamó ella, esforzándose en mostrar disgusto—.

Pero en el fondo se alegraba, sabiendo lo bella que era Jade y reconociendo, contra su deseo, que no se trataba de una muchacha como las demás.

—Las dos sois caprichosas y tercas, y éstas son las mujeres que me gustan —dijo él—.

Le puso la mano en el cuello y ella sintió lo mismo que sintiera cuando ambos eran jóvenes. Pero, puesto que tenía bastante más de cuarenta años, constábase que a los demás les hubiera parecido bochornoso que dos personas de aquella edad obrasen como si fueran jóvenes, y por tanto movió y apartó la cabeza. Él rió, sabedor de lo que su mujer pensaba, y cuando ella vio su faz morena y sus dientes blancos junto a su rostro, olvidó que él era el padre de sus hijos, y el hombre con quien tantos años viviera. Le rodeó, pues, la cintura con los brazos, lo oprimió contra ella y notó latir contra su mejilla aquel corazón tan recio que hacía circular la sangre de la mujer a su mismo ritmo.

—¿Por qué no hemos de comprender a nuestro hijo y a Jade, si son como

nosotros? —dijo Ling Tan—.

—Siempre he creído que tu segundo hijo se te parecía más que los otros dos —repuso ella—.

Soltó a su marido y siguió peinándose. Así pasó aquel momento, que les hizo sentirse más dichosos que antes.

Según pasaban los días, fueron acostumbrándose a la falta de los dos ausentes y el trabajo recobró su marcha habitual. Ling Tan permitió a su tercer hijo que trabajara en los campos con él en vez de apacentar el búfalo, y le substituyó con un rapaz al que pagaba un penique diario por la tarea de sentarse sobre el lomo del búfalo, vigilándolo, los días en que el animal no había de trabajar.

Orquídea era feliz con la ausencia de Jade, porque ahora no había nadie que le reprochara el poco trabajo hecho, ni nadie tampoco que tuviera el cabello peinado mientras Orquídea andaba con él revuelto por falta de tiempo para peinárselo o porque creyera que existía tal falta. Mantenía con facilidad el primer puesto entre las mujeres merced a que no estaba Jade para hacer las cosas mejor que ella.

Pansiao, en cambio, deploraba la falta de Jade porque ésta, últimamente, había dedicado algunos ratos a enseñarle a descifrar los caracteres escritos. Los demás juzgaban aquello un juego, pero Jade sabía bien lo que significaba para la silenciosa jovencita que, por lo suavemente que se movía en casa, hacía olvidar a todos su presencia. Sólo Jade había reparado en lo poco que la niña hablaba, porque también ella, antes, había sido una muchacha silente en la propia casa de su madre y una de tantas en las reuniones de las mujeres. Su padre había sido más rico que la mayoría, tenía tierras que labraba y tierras que arrendaba, poseía una concubina, por lo que Jade creció entre diecisiete hijos de dos distintas madres. Entretanto, se sentía sola y siempre se inclinaba más a los callados que a los bullangueros. En la casa de su marido, donde Ling Tan, y Ling Sao, y Lao Ta, y Lao Er, y Orquídea hablaban con tanta facilidad como respiraban, mientras el tercer hijo estaba fuera todo el día, Jade, reparando en la niña menor, se preguntaba si no se sentiría muy sola. Y en esta idea, no sabiendo qué decir a Pansiao, la interrogo un día:

—¿Te gustaría aprender estos signos? Así podrías leer mi libro en vez de estar sola.

—No podré —dijo Pansiao en seguida—. ¿Cómo voy a recordar esos signos cuando olvido tan fácilmente lo que mi madre me manda?

—Es fácil recordar estos caracteres, porque cuentan cosas que te gustará conocer —repuso Jade—.

Y así fue, y Pansiao no olvidaba nunca los signos que le hablaban por sí solos.

Al irse Jade, todo ello concluyó. Pansiao leía los signos que le eran conocidos, y de vez en cuando preguntaba el significado de otros a las estudiantes que pasaban por allí a menudo. De esta manera aprendió a leer un poco. Un día, una amable estudiante

sacó uno de sus pocos libros y se lo dio.

—Cuídalo —dijo—, porque en estos tiempos los libros van más caros que la comida.

Pansiao le dio las gracias y tomó el volumen. Aún no podía comprender cuanto decía, pero era un objetivo que podría ser alcanzado alguna vez. Marcó en el libro con un carbón todos los signos que conocía, mas no eran suficientes para desvelarle los arcanos de las páginas.

Lo que más asombraba a Ling Tan era lo de prisa que todos se habían acostumbrado a su nueva existencia cotidiana. Día tras día pasaban los barcos volantes, pero ya la familia se había hecho a su presencia y estaba resuelta a continuar en la casa aunque el enemigo tomase la ciudad. La mitad de los ciudadanos habían huido y luego se marchó un tercio de los que quedaban. Sólo prosiguieron allí los que no tenían adónde ir, más los que no tenían una sola moneda y los que no se preocupaban de quiénes gobernasen la capital, siempre que acabara la guerra y el ataque de los barcos voladores.

Todos sabían que se acercaba un desenlace, porque el enemigo estaba cada vez más cerca, apresando en sus garras ciudad tras ciudad. De lo que en ellas pasaba nada se sabía porque los que las abandonaban lo hacían antes de que fueran tomadas, y en cuanto una población caía en manos del enemigo, se establecía sobre ella un intenso silencio. Nadie conocía si el enemigo era cruel o benigno, y todos esperaban.

Ling Tan esperaba también, pero en el intervalo el trabajo había de ejecutarse, y así no siempre corría a refugiarse en los bambúes cuando pasaban barcos aéreos, a pesar de que no le gustaba arriesgar su cabeza quedándose solo en medio de los campos, expuesto a que los enemigos le viesan.

Cierta noche fue a la casa de té de la aldea, a esa hora en que los hombres gustan de dejar solas a sus esposas y reunirse en paz, sin ruido de mujeres regañonas y de niños que alborotan al acostarse. Y Ling Tan, levantándose, dijo:

—Mis hermanos mayores, vosotros y yo somos gente labradora. Haya guerra o no, necesitamos sacar producto de la tierra. ¿Y cómo lo haremos si nos refugiamos entre los bambúes y pasamos allí, ociosos, una buena parte del día, cuando no estamos fatigados aún?

—No eres tú más enemigo de la ociosidad que nosotros —dijo una voz—.

Un murmullo circuló entre todos. Alguien añadió:

—Yo he visto a un hombre muerto por quedarse quieto mirando a un barco volador, y no hay mayor ociosidad que la muerte.

Esto produjo una risa ladina. Ling Tan rió también y continuó:

—Yo digo que ninguno debemos refugiarnos entre los bambúes. Sigamos trabajando y finjamos no ver a los pájaros volantes. Notando lo muchos que somos, pensarán que no vale la pena ir matándonos a todos, uno a uno.

Hubo un clamor de aquiescencia, y desde entonces los labriegos trabajaban los campos sin alzar la vista cuando pasaban los barcos aéreos. Lo único que hacían, hacia media mañana, era ponerse ramas sobre los sombreros, de manera, que si alguien miraba desde lo alto sólo viera verdor, ya que los anchos sombreros ocultaban los calzones azules y las morenas espaldas de los labradores.

La aldea y las casas que la rodeaban eran como una isla en el continuo torrente de fugitivos. Los de la ciudad habían huido ya, pero a diario llegaban centenares de otros refugiados. Ling Tan les preguntaba de dónde venían y notaba que cada vez procedían de lugares más cercanos y de ciudades conocidas por él, lo que indicaba que los enemigos obtenían la victoria.

—¿No resisten nuestros ejércitos? —inquiría—.

La respuesta solía ser descorazonadora. Hombre tras hombre contestaban:

—Nuestros ejércitos se retiran preparándose a dar una gran batalla.

Pero nadie sabía dónde.

Pronto comprendió Ling Tan que la gran batalla sería más allá de su pueblo, porque nadie queda quedarse allí, sino que pensaban en puntos muy distantes. Empezó, pues, a disponerse para cuando él y los suyos hubieran de vivir, de un modo u otro, bajo el Gobierno del enemigo.

¿Era ese enemigo bueno o malo? Imposible descubrirlo, porque los relatos que escuchaba no coincidían unos con otros. Wu Lien decía que los comerciantes del océano oriental a quienes él compraba su género eran corteses y amables. Pero otros contaban que una multitud que huía de la costa en un tren, con banderas blancas, había sido atacada por los barcos aéreos, que causaron cientos de muertos y heridos. De un enemigo así, ¿qué podía esperarse sino mal?

Ling Tan reflexionaba hora tras hora en tales cosas, mientras trabajaba bajo su sombrero cubierto de hojarasca. Sobre su cabeza iban y venían los buques volantes.

"Seguiré con mis labores como siempre", pensaba. Y le parecía que lo más que un hombre podían hacer en tales tiempos era vivir y hacer vivir a los suyos. Así el verano se trocó en otoño y aquel año las cosechas fueron lo que prometían. El arroz había medrado más que cuanto Ling Tan viera desde hacía diez años, y tal era la cosecha que todos los moradores del valle se veían en apuros para recolectarla. No pensaban más que en la siega, y cuando llegaron los soldados que iban a defender la ciudad y pidieron paja para sus lechos y ayuda para cavar trincheras en torno a la población, los campesinos respondieron adustamente:

—Ya estamos hartos de todos los soldados, que no ganan nada y que se alimentan a nuestra costa. Haced vosotros vuestro trabajo, que nosotros tenemos que hacer el nuestro.

Oyendo Ling Tan aquella respuesta dada a los soldados, se congratuló, porque también él despreciaba a todo el que combatía en la guerra. No obstante, un día

vaciló, al menos por un momento, al ver que uno de los soldados rechazados así rompía de pronto a llorar y, mirando a su alrededor los semisegados campos y los saludables campesinos que los cultivaban, decía:

—Si no fuera porque nosotros defendemos esta tierra, no quiero pensar en lo que sería de vosotros. Hemos visto con nuestros propios ojos los sufrimientos de nuestros compatriotas en las comarcas de la costa ocupadas por el enemigo.

Pero los demás no entendieron al soldado, y éste y sus compañeros se fueron y la recolección continuó.

Mientras hubo de segarse y agavillarse el grano, Ling Tan estimulaba al trabajo a todos los de la casa, excepto a Wu Lien, que parecía incapaz de aprender a manejar una hoz. Mas la hija mayor, recordando su niñez allí, rió viendo a todos tan satisfechos con la cosecha, y dijo:

—Dejad a mi marido en casa, cuidando de los niños, y yo iré al campo como antiguamente.

Así lo hizo y era un placer para ella sentir entre sus manos las espigas firmes y suaves. Segaba tan bien como cualquier hombre y estaba orgullosa de sí misma.

Esto produjo durante uno o dos días dificultades en la casa, porque la hija mayor, al volver de noche, halló muy enojado a su marido. Le preguntó el porqué, y él la envió a su cuarto y, siguiéndola allí, le dijo:

—¿Eres mi mujer o eres la hija del viejo? ¿He de hacer yo tu trabajo? No me falta sino que me mandes dar de mamar a los chiquillos.

La joven soltó una gran carcajada, porque Wu Lien estaba muy obeso y le avergonzaba andar con el torso desnudo, aun en verano, a causa de que siempre los hombres se burlaban, comentando que tenía formas de mujer. Nunca faltaba alguno que hablase de un varón al que había visto amamantando a un chiquillo. En cuanto Wu Lien dijo aquello, deploró sus palabras, y en su ira dio tal golpe a su mujer, que la bañó toda la boca en sangre. Y lo peor fue que la puñada hizo que los dientes de la joven se le incrustaran en la mano, hiriéndosela.

—¡Encima me muerdes! —clamó—.

Tal era su injusticia, que su mujer, casi siempre humilde, se enojó como él no la viera nunca y, envalentonada por estar en la casa paterna, gritó tan alto como pudo:

—¿Acaso no estás viviendo a costa de mi padre? ¿Por qué no he de ayudarle un poco en la siega?

Y le acometió, esgrimiendo las uñas, y mientras él, atemorizado, retrocedía, le llenó de arañazos, en tanto que aún le sangraba a ella la boca. Ling Sao, oyendo las voces, abrió la puerta, saltó entre ambos y arrastró a su hija fuera de allí.

—¿No te da vergüenza? —exclamó—. ¿Quién te ha enseñado a hacer eso con tu marido? Reniego de mi hija, Wu Lien, y si tú la alejas de ti no lo censuraré. Te he engañado sin quererlo, dándote una mujer indigna de ti.

Así Ling Sao calmó al atónito comerciante. Reprendió a su hija, sacó del cuarto a Wu Lien, le puso un abanico en la mano, le sirvió una escudilla de té y dijo a Pansiao que se ocupase ella de los niños. Fue luego a la habitación donde su hija mayor se lavaba la boca y se peinaba, y le preguntó lo sucedido. Cuando lo supo, no pudo reprimir la risa, puesto que Wu Lien no estaba presente.

—Te doy la razón —dijo a su hija— porque nunca he visto hombre más inútil que tu esposo, aunque también es verdad que tiene buen carácter. Pero, en fin, es un hombre de la ciudad, y fuera de ella está como un gato en una charca. Sólo que no puedes censurarle por eso. Cuando tenía su casa te alimentaba bien y era bueno contigo, y día vendrá en que tenga otra. La mujer ha de seguir la suerte de su marido y pensar que nunca sabe lo que le espera. Recuerda que es muy duro para él comer nuestro pan, y que está avergonzado. Por lo tanto, debes respetarle mucho y no despreciarle. Peores maridos hay que el tuyo.

Así adoctrinó a su hija y al fin la envió a pedir perdón a su marido. Éste lo otorgó con tal gravedad como si fuera una cosa que no le afectase en nada.

Luego, Ling Sao dijo a su esposo toda la historia, complaciéndose en ella, y los dos se burlaron, durante la noche, de aquel hombre de la ciudad que era hijo político suyo, y celebraron que su hija hubiese clavado en la rolliza faz de su marido sus uñas, dejándole en cada lado de la cara cinco rojas estrías. No aborrecían a Wu Lien, pero, viéndole allí, tan fuera de su lugar, les parecía ridículo, y en aquellos tiempos era una gran satisfacción encontrar algo de que reír.

Empero, Ling Tan sabía que han de evitarse choques entre marido y mujer, y por tanto prohibió a su hija mayor ir al campo. De tal modo se aplacó Wu Lien. Ling Sao le dio sebo de carnero para curarse los rasguños, y éstos a los siete días quedaron cicatrizados. Mientras ello no fuese así, Wu Lien no salió al patio.

El arroz estaba segado y todo el día resonaba en el valle el estrépito de los mayales vareando el grano en los umbrales. Se derramaba el grano en la tierra golpeada, y los bueyes y búfalos lo trillaban bajo grandes piedras que arrastraban sobre él. El campesino que no tenía ganado trillaba el grano él mismo y las mujeres lo aventaban bajo las brisas ligeras del temprano otoño.

A diario, excepto cuando llovía, las naves aéreas, llegando de las montañas del Oeste, volaban sobre la ciudad. Los días de lluvia eran pocos.

—Tanto hemos orado a los dioses pidiéndoles buen tiempo para la siega, que ahora nos envían días claros en este noveno mes —sentenciaba el viejo de noventa años—.

Luego añadía:

—¿Cómo censurar a los dioses si no saben qué hacer? ¿Qué puede pedirse en estos días en que el buen tiempo atrae a los barcos volantes y la lluvia echa a perder la cosecha?

Ling Tan, oyéndole decir esto un día en que el anciano vino a ver cómo iba la recolección, dijo decididamente:

—Yo oraré por lo que siempre heorado, esto es, porque la cosecha madure y el sol brille, a fin de que yo pueda trillar mi grano y almacenarlo en las arcas para el invierno.

—Cierto que es bueno rogar para que ocurra lo que se sabe conviene —dijo el viejo—.

Pero ningún labrador que poseyera tanta tierra como Ling Tan podían presumir todo su gasto, sino que había de vender una parte. Además, los que quedaban en la ciudad necesitaban alimentos. Algunos cavaban silos subterráneos donde pensaban proteger contra el fuego y la destrucción sus provisiones de invierno.

Por lo tanto, Ling Tan, contra su deseo, hubo de ir a la ciudad a vender una porción de su cosecha. Entonces añoró más a su hijo segundo, viéndose obligado a hacer él mismo lo que, si no, hubiera encargado a Lao Er.

Esperó a que llegase un buen día de lluvia y, amparándose bajo su cobertura de juncos por los que resbalaba el agua como por las plumas de un pato, fue a las arrocías de la ciudad a vender su grano. La caminata fue doble que la usual, porque había de andar sobre lodo, pero salvar la vida merecería la pena de tomarse tal incomodidad.

Hacía un día triston. Desde que Ling Tan estuviera por última vez en la ciudad, las ruinas se habían multiplicado mucho, y los ricos y gentes que alegraban la población habían partido de ella. Los que quedaban tenían una traza lamentable.

No obstante, se respiraba allí un ambiente de valor. Los que quedaban no proferían quejas ni hablaban de fuga. Aunque la mitad de los almacenes de arroz estaban cerrados, los tratantes hicieron sus ajustes con Ling Tan y sólo comentaron que, pasase lo que pasara, ellos continuarían allí. ¿No tenía la gente, en todo caso, qué comer? ¿Y qué iba a comer sino arroz? Ling Tan pidió un precio más alto que nunca y se lo pagaron, de manera que algo bueno representaban aquellos malos tiempos. Volvió a casa satisfecho, lleno el bolsillo de la plata que los mercaderes le habían dado.

Pero no oyó buenas noticias, y la peor de todas era que incluso los extranjeros blancos iban a evacuar la ciudad. Ling Tan no conocía a ninguno de aquellos extranjeros, más habían vivido allí en tiempos muy malos y sabía que cuando los extranjeros dejaban la ciudad era como cuando las ratas abandonan un buque. Si los extranjeros se iban, debía esperarse lo peor.

—No se irán todos —dijo Wu Lien al saberlo—. Siempre hay dos o tres, o diez, que se quedan, porque no tienen casa en otros sitios. Pero si los demás se marchan, mala noticia es ésa, porque los blancos tienen siempre manera de saber lo que pasa en el mundo. Cuando nosotros no sabemos nada, ellos sí.

—Es una cosa mágica —repuso Orquídea—. Pero ¿cómo lo saben?

—Cogen noticias que vienen por el aire y envían palabras por alambres —explicó Wu Lien, mientras Orquídea le oía con la boca abierta.

—¡Deseo no ver nunca a un extranjero! —exclamó—. Si le viese, me moriría del susto.

Wu Lien, desdeñoso con la ignorancia de la mujer, manifestó:

—Dos o tres veces han visitado los blancos mi tienda, comprando cosas extranjeras y pagándolas como cualquier otro. Tienen dos piernas igual que nosotros y todas las cosas iguales. Sólo que su color y su olor son raros.

—¿Saben hablar? —preguntó Orquídea—.

—Sí, aunque mal, como los niños —dijo Wu Lien, condescendiente por la candidez femenina—.

—De todos modos, prefiero no verlos —declaró Orquídea—.

—Ni te es necesario —repuso Wu Lien—.

Y, volviéndose a Ling Tan, le dijo:

—Pase lo que pase, cuanto antes mejor. Creo que si la ciudad cae ya no habrá más barcos voladores y yo podré abrir otra vez mi tienda.

Ling Tan no contestó lo que se le ocurría. Lo que el viejo pensaba era: "Puesto que otros tienen tiendas ahora, ¿por qué no vuelves tú a la ciudad?" Sabía que hay hombres de mucho valor físico y otros de poco. Acaso Wu Lien hubiera nacido con poco, mas ello era cosa que no podía discernirse en nadie hasta que el peligro lo pusiera a prueba.

—No pienso que falta mucho para eso —dijo con cortesía—. Estate aquí hasta que suceda.

En aquellos días, Ling Tan decía a cuantos pasaban por su casa:

—Tengo un hijo, con su mujer, en los países a donde vais. Es un joven alto al que conoceréis porque tiene los ojos muy negros y brillantes. Su mujer es casi tan alta como él y está muy próxima a dar a luz. Si les veis, avisadles que todos vivimos y que las cosas siguen como antes.

Muchos prometían a Ling Tan buscar a su hijo y su nuera, y Ling Tan anhelaba que alguno regresase con noticias, pero ninguno regresó.

Llegó el décimo mes del año. Difícil era decir si aquel mes era o no mejor que el pasado. Los gansos blancos cruzaban los campos, como siempre en otoño, en busca del grano que quedaba tras la siega. El cielo era azul y en las montañas la verde hierba rojeaba y se secaba, pronta a la guadaña. Ling Tan y la gente de su casa salieron a cortar la hierba para el invierno. Todos fueron, excepto Wu Lien, que no sabía segar. Ling Tan mandó a su hija mayor que se quedase en casa, sustituyendo a su madre, puesto que Ling Sao, hoz en mano, era tan hábil como él mismo.

Día tras día trabajaron juntos en las laderas, cortando y agavillando la larga hierba. Por la noche todos regresaban ocultos bajo los fardos, bajo los que sólo se les veían las piernas, y los apilaban contra el muro de la casa. Ya tenían vituallas y ahora reunían combustible, y Ling Tan pensaba: "Pase lo que pase, mi familia dispondrá de lo suficiente."

El décimo día del décimo mes se tomaron un descanso, porque era fiesta. Aquel día llegaron al campo unos cuantos estudiantes, numerosos como la langosta, se esparcían por la campiña, discursando en las calles y casas de té de las aldeas y diciendo a los labriegos lo que debían hacer, y que debían lavarse a diario, y matar las moscas y mosquitos, y no acercarse a los enfermos de viruela.

—Entonces ¿dejaremos que se mueran? —había preguntado un día Ling Sao, oyendo aquello—.

Los campesinos escuchaban a los estudiantes, reían de sus palabras y las creían o no, porque los estudiantes eran jóvenes, y ¿qué aprendían que no hubiese sido ya ensayado de padres a hijos?

Pero el décimo día del décimo mes de aquel año fueron pocos los estudiantes que vinieron. En la aldea de Ling sólo se presentaron dos jóvenes, y esta vez no predicaron lo que todos los demás años.

Eran flacos, estaban amarillentos de tanto leer, tenían el pelo largo, llevaban gafas extranjeras, vestían la ropa azul de los estudiantes y parecían presurosos por irse.

—Hombres de la aldea y hermanos mayores nuestros —dijeron—, escuchad lo que os anunciamos. El enemigo se acerca y todos debéis saber lo que ocurrirá cuando llegue. No esperéis paz, porque no la habrá. El enemigo os regirá y os hará esclavos, os debilitará con el opio y os quitará cuanto tenéis. Doquiera que van, saquean las casas, roban las provisiones y violan muchas mujeres.

Ling Tan, no teniendo que hacer y viendo el día sereno y el aire fresco, había ido a la sala de té en espera de hallar actores ambulantes, como solía haber los otros años. Pero esta vez no había ninguno, sino sólo los jóvenes pálidos. Se sentó, pues, a escucharlos con la demás gente, entre la cual estaban su primo tercero, su esposa y el único hijo de ambos, el que había amado a Jade.

Cuando los jóvenes se hubieron expresado así, Ling Tan dijo a todos:

—Los soldados siempre hacen cosas así, y en cuanto al opio, en tiempo de mi padre los magistrados de nuestra propia ciudad obligaban a plantarlo para poder cobrar los impuestos.

Los jóvenes, enojándose, respondieron:

—Esas cosas son peores si las hace el enemigo.

Entonces el primo tercero de Ling Tan habló a la gente.

—Yo vi a un enemigo hace mucho y tenía los ojos, el pelo y la piel del mismo color que el nuestro. Aparte de ser bajo y zambo, se parecía a nosotros mucho, y si

hubiera sabido hablar como nosotros hubiera podido pasar por uno de los nuestros mucho mejor que uno de esos extranjeros blancos que tienen traza de demonios.

Por alguna incomprensible razón, aquello enojó a los dos jóvenes aún más. Se miraron mutuamente.

—¿Por qué perderemos saliva en rústicos como éstos? —preguntó el uno al otro—. No saben lo que es el amor patrio. Con tal de comer y dormir, nada les importa, ni se ocupan de quién los gobierna.

Esta vez fueron los aldeanos los airados, y el primero Ling Tan.

—¿Acaso se han portado bien con nosotros nuestros gobernantes? —gritó—. Nos han puesto contribuciones y nos han devorado vivos. ¿Qué más da, si uno ha de ser devorado, serlo por un tigre o un león?

Mientras hablaba, se encorvó, tomó una pella de barro y la lanzó contra los estudiantes. Los demás campesinos hicieron lo mismo y los jóvenes, de este modo hostigados, corrieron tan de prisa como les fue posible. Eran los últimos estudiantes que había de ver Ling Tan durante muchos días y meses. Y así transcurrió la fiesta.

Por la noche, Ling Sao mató una gallina para conmemorar el día, la desangró, hizo con la sangre, espesándola, un pastel, y los niños comieron tanto que dos se indigestaron. Al siguiente día, Ling Tan despertó satisfecho de que fuese una fecha corriente y hubiera que trabajar y no que andar holgazaneando.

Pero pensó mucho en la acusación de los dos estudiantes respecto a que él no amaba a su patria. Mientras araba la tierra, preparando la cosecha de trigo de invierno, reflexionaba, mirando los oscuros repliegues del suelo: "¿No amo esta tierra yo? ¿Y no es esta tierra mi patria? Los estudiantes dejan la tierra y se ponen a salvo, como Jade y mi hijo: pero yo amo mi tierra demasiado para abandonarla. Aun si muero, seguiré aquí. ¿Puede un hombre amar a su país más que esto?"

Pero no podía decir a nadie lo que pensaba, porque ni siquiera su mujer era capaz de comprender tales cosas. De lo que ella sabía, podía su marido hablarle, más no de las profundas ideas que se le ocurrían de vez en cuando. Él las meditaba, las ponderaba, reservábalas para sí y no olvidaba nunca lo que había pensado.

Todos los días de lluvia, Ling Tan llevaba una carga de arroz a la ciudad, según su promesa, y un día sus hijos fueron con él, para transportar más, y oyeron la mala noticia de que el enemigo, vencedor por todas partes, marchaba directamente sobre aquella región. Quienes se lo dijeron fueron los mercaderes a quienes habían vendido su arroz.

Aquellos mercaderes eran seis hermanos, cuyo padre y tíos habían poseído ya la tienda, y por ser gente buena y grave merecerían que se les creyera.

—No sé quién comerá este arroz —dijo el de más edad, mientras pesaba la carga—, acaso el enemigo esté aquí antes que lo vendamos. Hemos sido derrotados en la costa y todos debemos prepararnos a nuestro destino. Los gobernantes se han ido y la

capital ya no está aquí, sino que ha sido trasladada al interior.

En la tienda reinaba aquel día gran confusión. Los seis mercaderes habían decidido no quedarse todos en el establecimiento por fidelidad a sus antecesores, ya que, si lo hacían y morían todos, no sobreviviría ninguno que llevase su nombre. Dos, escogidos por sorteo, debían irse al Oeste, dos al Sur, y dos, el mayor y el joven, permanecerían en la ciudad. La tienda aparecía llena de paquetes, de mujeres anhelosas y niños llorando. ¿Quién sabía si los hermanos volverían a verse? En tiempos como aquéllos nadie podía conocer lo que les esperaba. Ling Tan y sus hijos esperaban que el arroz fuese pesado y pagado, y mientras tanto sentían en sus corazones más temor que nunca. ¿Cómo sería aquel enemigo? ¿Valdría más quedarse o huir? ¿Y qué les pasaría a los que se quedarán?

Nada dijeron hasta que el arroz estuvo medido y el importe en sus manos. Luego, Ling Tan preguntó:

—¿Cuándo podrá llegar el enemigo?

—En menos de un mes, si no se le contiene —replicó el más viejo de los comerciantes—.

—¿Y no pueden los gobernantes rechazarlo?

—El enemigo tiene cañones que a nosotros nos faltan —replicó el mercader—. Mientras nosotros hacíamos nuevas escuelas por todas partes y nuevos caminos, el enemigo construía grandes cañones, buques y naves aéreas. ¿Cómo vamos a resistirle con las manos vacías?

Ling Tan no respondió. Guió a sus hijos bajo el aire frío de finales de año, reflexionando sin cesar en lo que el comerciante le dijera. Los antiguos habían enseñado que los hombres buenos no debían dedicarse a la milicia y el hombre de guerra era el que menos derecho tenía a ser respetado. Sin duda los antiguos tenían razón.

"Sigo creyéndolo así —pensaba Ling Tan—. Más vale vivir que morir y la paz es mejor que la guerra. Si bien algunos lo niegan, porque son bandidos, la verdad sigue siendo verdad."

Mas aquel día empezó a examinar la solidez de su puerta y la seguridad de sus goznes. Tapó los agujeros del muro, condenó una ventanita de la cocina que miraba hacia fuera, y resolvió que, si el enemigo llegaba, él pondría dentro a toda la familia y saldría solo a la puerta. Sentía un temor nuevo y profundo de las cosas desconocidas que amenazaban. Nunca hubo días tan valiosos como los pocos que faltaban hasta que el enemigo se presentase. Contaba cada hora de aquellos días como puede un hombre contar las últimas horas de su vida, y veía más claramente que nunca la belleza de las montañas y la atracción de su tierra. Incluso los rostros de los de su casa le eran más queridos que nunca, y así compró a Pansiao un vestido nuevo, de seda azul, y a Ling Sao una pieza de fino algodón blanco tal como no podía urdirse

en el telar casero. Dio a cada uno de sus hijos diez dólares de plata, una monedita del mismo metal a cada nieto, y una buena tela de lino a su hija mayor. Ninguno sabía qué hacer con aquellos insólitos regalos, pero él deseaba que experimentasen su buena voluntad hacia ellos y hacia todo en los postreros días de la paz.

Viendo sorprendidos a sus deudos, dijo:

—Ahora puedo hacer esto por vosotros, y no sé si más adelante me será posible.

Tomaron las dádivas con alegría y se sintieron desasosegados, como si Ling Tan creyese que iba a morir.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su mujer, inquieta, cuando estuvieron en el lecho—. Te noto diferente. No comes como antes.

—No he cambiado ni cambiaré nunca — dijo él con gravedad—. Seré el que soy ahora hasta que muera, y no moriré pronto.

De tal modo habló, que ella le miró y fue a hablar, mas en seguida cerró la boca. Le constaba que su esposo era un hombre que sabía lo que hacía, y por qué lo hacía, y ante un hombre así la mujer debe callar, porque le conviene.

CAPÍTULO SEIS

En el undécimo mes del año, el enemigo se acercó a la ciudad.

El día era sereno y Ling Tan, alzando la cabeza mientras trabajaba en el campo, oía como un distante gruñido el fragor de la batalla. De vez en cuando un ruido atronador se percibía al Este y nadie sabía lo que ello fuera hasta que algunos que salían de la ciudad dijeron que eran los cañones grandes del enemigo.

Había cesado el torrente de fugitivos. Cuantos habían de irse se habían ido y sólo quedaban quienes creían que debían quedarse pasase lo que pasara. Ling Tan se había atareado todo el día con las labores de invierno y por la noche veló largo rato fabricando sandalias de fuerte paja de arroz. Había caído una ligera nevada que dio verdor al trigo invernal, pero pronto se disipó la nieve y los días, trayendo cada uno malas noticias.

El séptimo día del mes, el último de los gobernantes huyó de la ciudad. En ésta quedaba un ejército, pero ¿qué ejército puede ser valeroso cuando los dirigentes huyen? La gente rezongaba al saberlo, y en veinte millas a la redonda de la ciudad los campesinos se armaban con cuchillos, antiguas espadas heredadas de sus antecesores, horquillas de labranza y escopetas viejas que compraran hacía largo tiempo, cuando abundaban los bandoleros, en mercados clandestinos.

Se armaban en primer término contra sus propios compatriotas en retirada, porque sabido es que un ejército en fuga, cualquiera que sea su bandera, carga con cuanto puede, conociendo que no volverá a pasar por allí y que sus desmanes serán atribuidos a otros. El mismo Ling Tan se proveyó de un viejo sable de su bisabuelo. El arma yacía en el fondo de un baúl de piel de cerdo hacia varias generaciones, pero Ling Tan lo sacó y su mujer lo bruñó con ceniza. Lo blandió Ling Tan varias veces, vio que cabía usarlo como una hoz y lo colgó en un clavo, junto a la puerta, para usarlo en caso preciso.

Así transcurrió medio mes. A todos les constaba que cada día podía ser el último de su libertad. Aprendieron a medir el ritmo del avance del enemigo por el acercamiento del estruendo de la batalla. Los cañones pesados sonaban tan cerca ahora, que hacían saltar los platos en la mesa y gritar a los niños.

En los últimos días llegaron peores noticias que nunca, procedentes de los labriegos cercanos a la ciudad. Ling Tan tenía la suerte de que su casa estuviera a algo más de tres millas de la capital. En un radio de dos millas largas los soldados quemaron las aldeas, para impedir que fueran saqueadas y aprovechadas por el enemigo. Bandadas de familias labriegas llegaban cargadas de objetos a las espaldas, y con niños metidos en cestos colgados de palos, como en un año de hambre. Todos huían hacia el interior. Ling Tan les preguntaba el motivo de su fuga, y replicaban:

—Nuestras casas y mieses han sido quemadas. Nuestros campos están calcinados.

¿Para qué vamos a quedarnos y ser muertos por el enemigo?

Y se apresuraban a alejarse.

Aquel día, mientras los sonos de la batalla retumbaban con violencia en sus oídos, Ling Tan examinó sus tierras. ¿Debería quemar sus sembrados? Pero ¿adónde iría con su familia, tan abundosa en mujeres y niños, y cómo alimentaría a todos si quemaba su arroz y su hierba? Pero lo que más arraigado estaba en él era su repugnancia a abandonar sus tierras.

—Si pudiese enrollar mis campos y llevármelos conmigo —dijo por la noche a su mujer—, me iría. Mas mi tierra llega hasta las entrañas del mundo y no la abandonaré. Me quedaré, pase lo que pase, custodiando esta tierra mía.

—Entonces me quedaré contigo —dijo Ling Sao—.

Pasaban los días. Huidos los gobernantes, la gente sabía que había de resistir por sí sola. Lo que pasara dependía de cada uno. Ya otras veces había sucedido lo mismo: los que mandaban eran los primeros en escapar, mientras la gente común había de quedar atrás, resistiendo. Y el rumor de la batalla se tornaba más intenso hora a hora.

El día diez corrió, como un huracán a través de la campiña, la noticia de que el enemigo llegaba en tres días más. Ling Tan tenía la suerte de que su casa quedaba al lado opuesto de aquel por donde debía entrar en la ciudad el enemigo, pero en cambio experimentó otro infortunio, porque el ejército defensor se desbandó y los soldados, corriendo sin orden ni disciplina, pasaban por las aldeas llevándose cuanto podían. Eran una horda espantada y feroz, sólo ansiosa de huir pronto. Ahora que sus jefes los habían abandonado, no les importaba mostrarse cobardes ante el enemigo y corrían en confusión.

Contra ellos había Ling Tan reforzado su puerta. Y si bien algunos soldados la aporreaban, ninguno, en su premura, se entretenía en echar la puerta abajo. Viendo que no era fácil abrir, iban a otro sitio, y así la casa de Ling Tan quedaba a salvo. Pero la ruina que dejaron en la aldea y en todas las aldeas de por allí fue tremenda, y muchos gritaban que el enemigo no podía ser peor. Algunos incluso decían francamente que deseaban la llegada del enemigo, porque, al menos, impondría orden. Por todas partes surgían bandidos como malas hierbas. En cuanto un campesino vendía su cosecha, los forajidos acudían cual si lo oliesen y, llegando por la noche, se llevaban el dinero que quedaba. A las demás calamidades se agregaba esta calamidad tradicional.

Wu Lien era partidario acérrimo del orden. Cuando el último soldado de los vencidos ejércitos pasó, el mercader fue a la calle de la aldea y rezongó viendo vacías todas las tiendecitas, privada la tahona de su postrera hogaza, todo perdido y ni un penique en manos de nadie.

—Nadie puede decir que haya cosa peor que lo que nos han hecho los nuestros —murmuró—.

Y de regreso en la casa, se expresó así:

—En cuanto llegue el enemigo, volveré a la ciudad y abriré mi tienda, porque creo que con la llegada de ellos estaremos mejor que ahora.

—Si aciertas, lo confesaré y acataré su Gobierno —respondió Ling Tan—.

Porque mientras los soldados huían, se había subido a un ángulo del tejado y, oculto allí, pudo ver tales cosas y tan implacable brutalidad, que le costó trabajo mantenerse quieto y no acometer a los desbandados, aunque ya sabía que cuando el hombre se hace militar deja de ser hombre para convertirse en la bestia que ha sido en otra vida.

Al fin terminó la retirada de aquellos vencidos. En el intervalo de calma que medió entre la retirada del ejército defensor y la llegada del enemigo, Ling Tan convocó a los aldeanos en la casa de té y allí celebraron todos Consejo para decidir cómo debía acogerse al enemigo. Sabían que el tiempo apremiaba.

—Seguramente verán que somos una aldea indefensa —dijo Ling Tan—, y no creo que ni siquiera los enemigos ataquen a quienes han esperado de buen grado su llegada. Pensemos en el modo de acoger a nuestros vencedores con cortesía. No hablo que festejemos falsamente su llegada, sino de que les expliquemos que somos hombres razonables, capaces de aceptar lo que nos trae la vida.

Todos concordaron en esto y algunos preguntaron:

—¿Cuándo y por dónde vendrá el enemigo, y en qué dirección saldremos a recibirle?

Otros decían:

—¿Cómo los recibiremos?

Ninguno de ellos había visto nunca a un vencedor extranjero, y aunque todos esperaban lo mejor y se transmitían unos a otros noticias de las cosas buenas que habían oído de los invasores, no sabían qué conducta observar ni qué palabras decir a las tropas triunfadoras.

Entonces el más anciano de todos habló, con su larga sabiduría:

—¿Qué sabemos sino atenernos a nuestras costumbres? Hagamos con ellos como si fueran nuevos señores llegados a la aldea.

Por consideración a su mucha edad, todos le atendían cuando hablaba, y convinieron en que lo que había dicho era lo mejor. Se acordó, pues, que en cuanto se oyera acercarse al enemigo, saldrían en bloque, llevando primero al más anciano. Se prepararían té, bollitos y frutas, y de este modo la conquista se produciría con honor y decoro. Y mientras ello se planeaba, no faltaron quienes en alta voz dijeron que esperaban tener al menos orden y paz, y que costaría poco trabajo a los vencedores obrar mejor que algunos de los magistrados propios.

Esto decidido, se mandó salir al dueño de la casa de té y se le ordenó que tuviese, durante los siguientes días, té y bollos preparados. Él contestó que haría una cantidad

de sus bollitos de ajonjolí, y con esto todos se separaron, esperando.

Durante los días inmediatos hubo quienes fueron a la ciudad y compraron banderitas del enemigo, a fin de salir con ellas a recibir a los vencedores. Para confortarse, los aldeanos se decían unos a otros que, según oyeran en la ciudad, los extranjeros eran siempre mejores que los propios compatriotas, y que en los países extranjeros había más orden y ley que en éste. Y todos, entre esperanzados y temerosos, aguardaron el día de la llegada del enemigo.

Alboreó el día trece del mes undécimo. Al levantarse Ling Tan aquella mañana, conoció que éste era el "día". Todo sonido de lucha había cesado. El aire estaba tan sereno como en los años anteriores al desembarco del enemigo. Sobre la tierra, en la tranquila mañana invernal, se cuajaba la primera helada intensa del año. Ling Tan se había levantado temprano, porque ahora dormía mal todas las noches, y saliendo solo a la puerta miró los campos blanquecinos. El trigo de invierno, verde bajo la escarcha, le hizo pensar: "¿Cortaré yo este trigo o será otro el que lo siegue?" Sobre los techos de paja de la aldea principiaba a deshelarse la escarcha según iban las mujeres encendiendo los hogares. Ling Tan, sin responder a su pregunta, entró en la cocina, donde Ling Sao había encendido la lumbre también.

Halló a su esposa tras el fogón donde la encontrara tan a menudo.

—Éste es el día que temíamos —dijo Ling Tan—.

—Ya lo sé —repuso ella, mirándole con expresión firme. Y alzando los ojos anunció—: No temo a ningún hombre.

Las antiguas palabras tenían ahora un significado nuevo. Ling Tan lo advirtió.

—Tampoco yo temeré —dijo en el acto—.

Se lavó, en silencio, y se enjuagó la boca. Toda la familia, también en silencio, ocupó su puesto a la mesa. Hasta los niños, que los demás días reían, lloraban y producían barullo, callaban hoy.

Conclusa la colación, Ling Tan, en su calidad de jefe de la casa, habló a sus deudos:

—La quietud que impera en la tierra me dice que la batalla ha terminado. Nuestro ejército se ha retirado y acaso a estas horas el enemigo haya tomado la ciudad. Todos hemos de permanecer dentro de casa. Ninguno saldrá sin consultármelo, los niños y mujeres en especial no saldrán por motivo alguno. Yo por mi parte sólo trabajaré en lugares desde donde pueda ver todos los caminos. Si algún extraño viene, únicamente yo le hablaré. Ninguno de vosotros sacará la cara, salvo mi hijo mayor si me ve en apuros, y sobre todo ninguna mujer asomará el rostro por ninguna razón.

Todos asintieron cuando Ling Tan hubo hablado, y así principió dentro de aquellos muros el largo día. Las mujeres se ocuparon de sus faenas, Wu Lien se retiró a su cuarto y los hijos comenzaron la tarea invernal de tejer sandalias y trenzar cuerdas. Ling Tan, sentado, fumaba su pipa. Su mente permanecía paralizada, y

pasado un rato reparó en que ello se debía a que todas sus facultades se concentraban en escuchar. Pero no se oía nada.

Mucho tiempo esperó, y al fin le pareció que convenía saber lo que pasaba y por qué existía aquel gran silencio. Era media mañana cuando entreabrió la puerta. El sol calentaba y la escarcha se había disipado en los campos. El perro, a quien había dejado fuera de la puerta para que anunciase la llegada de cualquier desconocido, le recibió con saltos y halagos, ansioso de comida. No se veía otro ser viviente. Todos los labriegos se habían encerrado en su casas, como Ling Tan, y nadie iba ni venía de la ciudad. Los caminos hasta donde alcanzaba la vista estaban desiertos.

Salió de la puerta y un rato se mantuvo inmóvil, con la pipa en la mano. Mirando a la ciudad no descubría signos de ningún fuego. Tras el alto muro de la capital se ocultaba lo que pudieran estar sufriendo sus moradores.

Mientras así permanecía Ling Tan, otros que también habían entreabierto la puerta le vieron. Primero uno o dos, y luego otros, se acercaron con cautela, y al fin hubo doce o trece hombres reunidos, mirándose. Avanzaron hacia Ling Tan.

—¿Habéis oído algo? —les preguntó él—.

—Nada —respondieron algunos, mientras otros negaban con la cabeza—.

—¿No vamos a ver lo que ocurre? —preguntó el hijo del primo tercero de Ling Tan—.

—¿Y cómo? ¿Tienes tú el valor de ir a la ciudad a ver lo que sucede? Tú eres el único de los que aquí estamos que no tiene mujer, ni hijos, ni nietos.

—Iré —repuso el joven—. No tengo miedo.

Y se echó hacia atrás un negro mechón que le caía sobre los ojos.

—Consulta primero a tu padre —dijo Ling Tan—. No quiero ser responsable si algo te ocurre.

—Mi padre me deja hacer lo que quiero —respondió el joven, con petulancia—.

Y para probarlo se puso en camino sin demora. Los demás le miraban según su solitaria figura avanzaba hacia la ciudad.

—Celebro que no sea mi hijo —declaró uno, obteniendo la aprobación de los demás—.

Y como no había nada que decir, se separaron y cada uno volvió a su casa y volvió a cerrar la puerta. Ling Tan hizo lo mismo. De este modo llegó el mediodía y después la tarde. Sólo interrumpía el silencio algún cañonazo esporádico y distante.

A media tarde, Ling Sao se sintió cansada de la situación. Los niños, que se mantuvieron quietos hasta entonces, dejaron de estarlo y pidieron que se les dejase jugar en el patio. Wu Lien, que se había enterado de que el hijo del primo tercero de Ling Tan había ido a la ciudad, quiso salir a la puerta, aunque su suegra temía esto, porque Wu Lien tenía trazas de hombre acomodado y ello podía hacer pensar al enemigo que había vituallas y cosas de valor en la morada de que saliera un hombre

semejante.

—Si pasamos muchos días como éste, vamos a hacer estallar la casa con tanto estar dentro —manifestó Ling Sao—.

Ling Tan abrió un tanto la puerta. En otras casas habían hecho lo mismo y en la calle había unos pocos niños jugando. Varias puertas permanecían entornadas y una o dos tiendas habían abierto. Viendo Ling Tan la paz que reinaba en todas partes, habló a la familia.

—El que quiera, que salga aquí, pero que no se aleje más de donde yo le vea, a fin de poder llamarlo con presteza si es menester cerrar la puerta.

Salieron todos, satisfechos, y quedaron asombrados advirtiendo que todo continuaba lo mismo.

—Os juro que yo pensaba incluso ver cambiado el color del suelo —rió Orquídea—.

Ling Tan escrutaba el contorno sin descubrir nada singular ni nuevo. En vista de la tranquilidad de la tarde, Ling Tan resolvió ir a casa de su tercer primo y saber si había noticias del hijo de su pariente. Bajando la calle, algunos hombres le decían desde las puertas, riendo:

—Si todo lo que nos hace el enemigo es esto, podemos soportarlo.

Y uno añadió:

—Parece que el enemigo nos deja en paz.

Ling Tan concordó, por decir algo, y llegó a casa de su primo. Halló a la mujer excitada porque su hijo no había vuelto aún y porque ella tenía la comida caliente y le enojaba malgastar combustible. Pero si el muchacho no venía, ¿qué hacer sino esperar? Parecía que ningún mal la horrorizaba tanto como dilapidar su combustible. Ling Tan le dijo que se calmase, pues acaso el muchacho volviera de noche. Su primo había comido ya y se ocupaba en limpiarse los dientes y en leer un periódico atrasado que poseía.

—Aquí dice —declaró— que los enemigos han tirado escritos desde sus barcos volantes aconsejándonos que no nos asustemos, porque vienen a traernos paz y orden.

—Si es verdad, son buenos —repuso Ling Tan—. Hoy, por lo menos, ha sido un día tranquilo.

Tales palabras parecían confortarle. Mientras las profería bostezó, sintiéndose fatigado y recordó lo mal que había dormido. El día que tanto temiera había pasado; todos estaban vivos, no se había visto ni la sombra de un adversario, y su corazón se relajó.

—Me voy a casa, a dormir —dijo a su primo—. Si tu hijo vuelve, avísame.

—Lo haré —prometió su primo—.

Y se levantó un momento, por cortesía, cuando Ling Tan salió; pero sin apartar del periódico los ojos, porque era hombre que daba más valor a la letra impresa que a

cuanto la boca humana pudiera decir.

Al anochecer, Ling Tan se asomó a su puerta otra vez. Él y todos habían cenado y los niños estaban en la cama. Él mismo pensaba acostarse ya, pero antes de hacerlo dijo a Ling Sao que quería echar fuera una ojeada. Al abrir la puerta le pareció oír un gemido. Escuchó, se repitió el gemir, y el temor invadió su corazón.

Ya iba a cerrar, incierto sobre si aquello procedía de un espíritu o de un ser humano, cuando una voz débil llamó:

—¡Tío!

Ling Tan abrió la puerta otra vez, gritó a Ling Sao que trajese la lámpara y vio llegar a su mujer en seguida. En el suelo yacía el hijo de su primo, aquel joven que petulantemente se pusiera por la mañana en camino de la ciudad.

Ling Tan no le hubiera conocido de no ser porque el muchacho usaba una prenda única en la aldea: una blusa corta de satén encarnada que comprara hacía más de un año en una ropavejería de la ciudad y que usaba continuamente, porque le agradaba mucho. Ling Tan advirtió que el color de la prenda era más oscuro que de costumbre.

—¡Oh, madre mía, cómo sangra! —exclamó Ling Sao—.

Entregó la lámpara a su marido y fue a inclinarse sobre el mozo, pero Ling Tan la contuvo.

—No lo toques, para que no digan sus padres que le hemos puesto peor. Corro a llamarlos.

Devolvió la lámpara a su mujer y se lanzó a la carrera por la oscura calle hacia la casa de su primo tercero. Golpeó con ambas manos la puerta cerrada. El perro, dentro, le ayudó con sus ladridos. A poco la voz de la esposa de su primo preguntaba quién había allí.

—Soy Ling Tan —repuso—. Vuestro hijo ha vuelto herido, no sabemos cómo. Ha caído a nuestra puerta, que es la primera que encontró, y allí está. No le hemos tocado.

La mujer lanzó un alarido y llamó a su esposo. Llegó éste tambaleante de sueño, ajustándose la ropa. Abrió la puerta, cosa que la mujer había omitido en su disgusto, y todos, seguidos del perro, corrieron por la calle hacia el lugar en que Ling Sao mantenía encendida la lámpara.

A la sazón el ruido había despertado a los hijos de Ling Tan y también a otras personas, que ya habían salido de sus casas. Por tanto, un grupo rodeaba al joven, pero ninguno le había tocado, en espera de su familia. Su padre se aterró al verle, mientras su madre se inclinaba sobre él y, juzgándole muerto, rompió a gritar.

La faz atrevida del mozo yacía quieta y pálida bajo la oscilante luz de la lámpara.

—¿Quién te ha herido, hijo mío? —gritaba la madre junto a su oído, sin que él la oyese—. ¡Qué disgusto se llevará cuando vea estropeada su blusa roja!

Dio una manotada al perro, que se acercaba a oler la sangre y se disponía a

lamerla. El padre, enojado con el perro, le asestó un gran puntapié.

—¡De modo que yo te doy de comer —gritó al animal—, y ahora vienes a beber la sangre de mi hijo!

Pero gritos y maldiciones no hacían recobrar el sentido al muchacho.

—Debemos acostarle —intervino Ling Tan— y llamar a un médico para que vea si la herida es muy profunda.

Había hablado suavemente, movido de la afabilidad de su corazón, mas la madre del mozo se volvió y le maldijo con acritud.

—¡Tú fuiste quien envió esta mañana al rapaz a la ciudad! Salió de casa sin pensar en tal cosa y no se le hubiera ocurrido hacerla, pero tú...

Ling Tan se apresuró a defenderse. Miró a sus hijos y vecinos y apeló a los que por la mañana habían estado presentes.

—¿No dije al hijo de mi primo que yo no le pedía que fuera, y no le pregunté si iba por su propia voluntad o no?

—Sí—aseguraron los demás, respaldándole—.

La mujer calló.

Ling Tan la perdonó, comprendiendo que era el temor lo que la hacía hiriente, y así, inclinándose, alzó la cabeza del joven y exhortó a su primo a que le levantase por los pies. La madre le sostuvo por la cintura y de este modo le llevaron a su lecho y le arroparon. Pero, ¿cómo encontrar un doctor? Sólo podía haberlos en la ciudad, si no habían huido, y ¿quién iba a la ciudad viendo cómo volvía de ella el muchacho? Nadie se atrevió y todos regresaron a sus casas, salvo Ling Tan, que permaneció junto al lecho del herido, con su primo y la mujer de éste.

Ling Tan pensaba que su sobrino no estaba muerto, sino herido y desmayado por la pérdida de sangre. Si bien el joven tenía fríos los pies y las manos, el cuerpo, por el lado del corazón, estaba tibio aún. Ling Tan pidió, pues, a su primo un poco de vino caliente y lo deslizó en la boca del muchacho. No oyó que lo tragara, pero poco a poco el vino ya no estaba en la boca, y entonces Ling Tan le echó más vino y vio que desaparecía también.

Entretanto la mujer del primo no cesaba de gemir y reprocharse a sí misma y a todos, con una acritud que nunca Ling Tan hubiera creído que existiese en ella.

—El rapaz nunca ha vuelto a ser el que era desde que nos diste dinero para que renunciara a Jade —se quejaba la mujer—. Desde entonces le ha sido igual vivir o morir. Nosotros somos más pobres que tú y es duro para nosotros rechazar dinero.

Esto enojó a Ling Tan, que siempre había hecho no poco por aquel su primo que leía libros en lugar de ganarse el pan. Muchos inviernos Ling Tan había enviado a esta casa a uno de sus hijos con un haz de paja para combustible, o con una medida entera de arroz, o con una o dos coles. Puso el vaso de vino en la mesa y dijo:

—Maldición sea sobre mí si vuelvo a ayudar a nadie, porque el modo más seguro

de verse odiado es dar de comer al hambriento y prestar al pobre. Pero ni os pregunto ni me importa saber por qué estáis irritados con quien hizo lo posible por favoreceros.

Su primo se inquietó, porque no era hombre al que gustase preguntar de dónde venía su comida o su combustible, mientras le dejasen leer, y así interpeló a su mujer:

—¿Por qué vituperar a un pariente bueno como éste?

Entonces la esposa se volvió contra él, diciéndole que no era un hombre y que ella deploraba no estar viuda. Porque si lo estuviera, mientras él se pudriese en la tumba no le faltaría a ella otro marido mejor.

El joven, despertando con el tumulto, abrió los ojos.

—¡Padre! —murmuró—.

Cesó la querrela y todos olvidaron su enojo viendo vivo al muchacho.

—Dinos cómo te hirieron, hijo —rogó la madre, corriendo a su lado—.

El joven habló, pero fue menester que ella se inclinase sobre él y reuniera sus palabras sueltas. El mozo había sido apresado con otros, y a todos, apoyándolos en un paredón, les habían hecho una descarga, dejándoles por muertos. Pero él no lo estaba y por la noche se arrastró calle adelante hasta hallar un budista rico que era de los últimos en huir de la ciudad y que, compadecido, le llevó en su vehículo hasta cerca de la aldea. El joven logró luego llegar hasta casa de Ling Tan y allí perdió el sentido y no recordaba más.

—¿Por qué querían matarte? —preguntó Ling Tan, atónito—.

—Porque tuvimos miedo y corrimos —jadeó el joven—. A todos los que huían los mataban.

Ninguno de los presentes comprendía que se matase a hombres honrados sólo por sentir miedo.

La primera luz de la aurora entraba ya en el cuarto y el herido gimió diciendo que le dolía el pecho. Le tocaron allí y él gritó y perdió el sentido. No había más que cubrirle y dejarle reposar.

Ling Tan juzgó que era hora de regresar a casa y se despidió de su primo, afirmándole que volvería luego.

El amanecer era extrañamente gris, y lo hacía más extraño para Ling Tan lo que veía, de retorno a su morada. A lo lejos, hacia la ciudad, la tierra parda parecía moverse. Se paró a mirar y divisó mucha gente dirigiéndose desde la ciudad a la aldea. Entró en su casa y cerró la puerta.

Llamó a su mujer, que acudió corriendo. Ling Sao estaba peinándose y sostenía entre los dientes su gruesa trenza mientras anudaba la roja cinta que sujetaba su moño. De manera que no podía hablar.

—¡El enemigo viene! Que todos se levanten y se vistan. Hay que estar preparados a lo que ocurra.

Por su parte salió de la casa, muy dudoso, y sin saber qué hacer, no siendo lo que

habían planeado. Despertó a los hombres de la aldea y aconsejó al anciano de noventa años que se vistiese sus mejores ropas. Dijo también a su tercer primo que se pusiera su túnica de intelectual, y ordenó al posadero que hirviese calderos de té y preparara bollos en las mesas. A los pocos minutos los hombres se hallaban en la calle, temblando por el temor y por el frío de la mañana de invierno. Sin saber por qué, Ling Tan lloró viendo al grupo de lugareños ataviados con sus mejores prendas y al encorvado viejo que iba delante. Todos, provistos de banderitas enemigas, se dirigieron al encuentro de aquellos vencedores desconocidos para ellos.

En la bruma del camino divisaron extrañas formas. Ling Tan les exhortó a avanzar, y lo hizo por su parte al lado del anciano, pisando los guijarros del camino. Más allá de la última casa, en el punto donde comenzaban los campos, se pararon agitando las banderas.

Pero las formas gigantescas pasaron junto a ellos, como enormes hormigas, y los aldeanos tuvieron que apartarse para no ser aplastados. Era claro que se trataba de máquinas, y ¿cómo hablar a máquinas? Todos, con la boca abierta, vieron aquellos aparatos cruzar la aldea y seguir.

—¿Será ése el enemigo? —se preguntaron unos a otros—.

Jamás habían visto cosas semejantes, caminando, solas al parecer, sobre sus rechinantes ruedas.

En la fría niebla que les rodeaba esperaron, discutiendo si debían regresar a sus casas o no. En esto oyeron rumor de pisadas y, viendo vagas formas humanas, comprendieron que aquél era el verdadero enemigo. Aguardaron en silencio y, cuando distinguieron llegar a los que iban a la cabeza de las filas, se inclinaron. El anciano se descubrió y el frío invernal heló su cráneo calvo. Con su voz vacilante empezó a pronunciar las palabras de bienvenida que aprendiera de memoria.

—Amigos y vencedores...

Se interrumpió, sintiendo un vuelco en el corazón. Las caras de aquellos hombres eran aviesas, fieras y salvajes. Sonreían de un modo extraño.

Ling Tan, advirtiendo que el viejo callaba, habló en su lugar.

—Señores —dijo—, somos los labradores de esta aldea. Hay entre nosotros uno o dos mercaderes y mi primo, que es hombre de letras. Somos gente pacífica y razonable y acogemos con alegría la ley y el orden. No tenemos armas, señores, mas sí hemos preparado para vosotros bollos y té...

—¿Dónde está vuestra taberna? —interrumpió un enemigo, con palabras tan guturales y entrecortadas que Ling Tan apenas le comprendió—.

—En el centro de la calle de nuestra aldea, que es una pobre aldea, porque nosotros mismos somos pobres.

—Llévanos allí—dijo el enemigo—.

A Ling Tan no le gustaban nada las trazas de los soldados, según los veía salir de

la neblina. Pero ¿qué cabía hacer sino conducirlos como pedían? A su lado el anciano avanzaba tan de prisa como podía, más aun así iba despacio y un soldado le pinchó con la bayoneta de su fusil. El viejo sollozó de dolor y sorpresa. No estaba acostumbrado a que nadie fuese rudo con él. Se volvió a Ling Tan.

—¡Me han herido! —exclamó con voz quejosa—.

Ling Tan volvióse para protestar, pero notó tal expresión en los rostros enemigos que se le apagaron las palabras en la boca. Pasó el brazo por el torso del anciano y al llegar ante la puerta del herido le hizo entrar y mandó al hijo de la casa que le atendiera. Los demás lugareños se dirigieron a la posada, donde el dueño esperaba con bollos calientes y té. Sus dos hijos estaban prontos a ayudarles, todos con una sonrisa obsequiosa en el rostro.

Los enemigos irrumpieron en el local como una horda, sentándose a las mesas. Ling Tan y sus compoblanos sabían ya que estaban ante mala gente y por eso se situaron junto a la puerta de escape mientras el posadero y sus hijos servían té. Cuando los enemigos vieron llenas sus escudillas, elevaron un clamor del que Ling Tan y sus amigos no entendieron nada. El que sabía entenderse con los lugareños dijo:

—No queremos té: queremos vino.

Los aldeanos se miraron unos a otros. ¿Dónde podían encontrar vino bastante para tantos hombres y tan ávidos? En la aldea sólo se bebía vino el día de la fiesta de Año Nuevo, y una o dos veces más cuando vendían bien en la ciudad una cosecha. Pero ahora no había vino alguno.

—¡Ay, no tenemos vino! —tartamudeó Ling Tan, acercándose a la puerta posterior—.

El intérprete enemigo transmitió el informe a los demás. Todos parecieron ensombrecidos y hablaron con animación. El intérprete inquirió:

—¿Qué mujeres hay en el pueblo?

Incapaz de creer lo que oía, Ling Tan, atónito, pensó que su interlocutor había confundido los términos. Murmuró:

—¿Mujeres?

El hombre con ademán torvo amenazó a Ling Tan. Éste no dudó ya. Balbuceó una mentira para salvarse y, al mismo tiempo, salvar a todos.

—Vamos a buscaros mujeres —declaró—.

Los aldeanos salieron con mucha prisa, sin detenerse más que para decir a las mujeres que había en la cocina.

—¡Corred y escondeos! El enemigo busca mozas.

Cada hombre, luego, se precipitó hacia su casa. Ling Tan, cuando entró en la suya, atrancó la puerta y mandó a Ling Sao que convocara a la familia, mientras él

empuñaba su ancho espadón. Por una vez, Ling Sao no replicó. Hizo acudir a los hijos, las nueras y los nietos.

Ling Tan vigilaba junto a la puerta.

Pronto oyó gran rumor de pies en el camino. Tras escuchar durante un rato insoportable, entornó el batiente y miró. Más le hubiera valido no ceder a su ansiedad y no hacerlo, porque se halló ante negros ojos que, bajo soldadescas gorras, relucían de ira y de lujuria. Estaban enrojecidos y como ebrios. Se lanzaron sobre Ling Tan, con un gran griterío. Él se echó hacia atrás y cerró la puerta. Las armas golpearon la madera. El fiel perro, que había estado ladrando y gruñendo a los enemigos, aulló y luego calló del todo.

Pero no era ocasión de defender a una bestia. Sabía que pronto su puerta cedería. Mas aún le quedaban unos instantes. Dio gracias a su suerte que le había hecho ver otras guerras y saber inferir cosas por el aspecto de los hombres en una acción. El hombre en batalla —ello le constaba bien—, no es un ser humano ya, sino un loco en quien sólo permanece sensible la parte inferior de su cuerpo. Por eso sus primeros pensamientos en una casa son las mujeres.

Mientras la puerta resistía los golpes, él corrió a la sala. Las mujeres tenían a sus hijos en brazos y los rostros de los hombres se hallaban lívidos.

—¡Estamos perdidos! —vociferó el hijo mayor—.

Ling Tan le hizo callar alzando la mano. Hacía tiempo que tenía concebido su plan para un momento así.

—Todos saldréis por esa puertecilla de atrás que no usamos hace años y que está casi oculta por las trepadoras. Esparciós por en campo escondiéndoos detrás de los montículos y los bambúes. Cada casado habrá de saber dónde se oculta su mujer y sus hijos, y mi hijo menor se ocupará de su hermana y su madre.

—Yo me quedaré contigo —dijo Ling Sao—.

—No puedes. Yo voy a trepar al techo y esconderme entre la paja.

No había tiempo para discusiones. Por tanto, Ling Tan corrió a la puerta trasera oculta por las trepadoras y descorrió el mohoso cerrojo. Tan angosta era la puertecilla que él y Wu Lien vieron en el acto la imposibilidad de que la madre de Wu Lien saliese por allí. Por tanto, la hicieron quedarse mientras los demás huían. Luego Ling Tan y Wu Lien se esforzaron en hacerla pasar, pero era imposible sin causarle daño. Ling Tan, pues, la mandó retroceder y dijo a Wu Lien:

—Si tú te ocupas de los demás, yo haré lo que pueda por tu madre.

Mientras los demás se iban, Ling Tan procuró ocultar a la sollozante vieja entre las trepadoras de la abierta puerta. Ansiaba que la buena mujer se salvase, pero no se quedó con ella, porque no era su madre, al fin y al cabo. Ya la puerta principal cedía y sonaban aullidos triunfales.

Subió a la mesa de la sala, se aferró a la viga maestra y subió al hueco que había

entre las vigas y la techumbre. Ling Sao le siguió, como una gata vieja, y él, dándole la mano, tiró de ella. Se ocultaron en el hueco, abriéndose un espacio entre la espesa paja que allí acumularon sus antecesores y que cada diez u once años se renovaba. Estaban junto a una viga lateral. Les sofocaba la paja y el polvo, pero aún podían respirar mal o bien.

Apenas se hubieron ocultado, cedió la puerta y se oyó un enojado griterío de hombres, primero en el patio y luego en la sala sobre la que el matrimonio se escondía. Ni Ling Tan ni su mujer veían ni osaban moverse. Los dos se aferraban con fuerza el uno al otro, y él impetraba a sus antepasados, que le ayudaran a no toser ni estornudar. Por suerte, la paja, en tantos años, habíase hecho compacta como un colchón y abundaba en telarañas y en humedad, con todo lo cual, más la viga, el escondrijo era bastante seguro. Pero no les cabía moverse, porque, si caía paja, ello delatada su presencia allí.

Los hombres sólo estuvieron un instante abajo. Viendo el cuarto vacío, se precipitaron, sucesivamente, entre aullidos, por las ocho estancias de la casa, incluso la cocina. Ling Tan y su mujer oyeron quebrarse sus platos y sintieron desfondar y arruinar sus muebles, y temieron que la casa fuese incendiada y los dos perecieran con ella.

Ya Ling Tan planeaba cómo, en tal caso, él y su esposa debían saltar al suelo. Pero no percibieron el crepitar de llamas, sino un chillido, que al principio creyeron procedente de los cerdos. Era, en efecto, igual al chillar de un cerdo sacrificado. Y conocieron lo que sucedía. El enemigo había encontrado a la anciana madre de Wu Lien entre las trepadoras. Ling Tan se movió para bajar en ayuda de la vieja, pero su mujer le rodeó con sus brazos como con un aro de hierro.

—No —cuchicheó—, no. Ya está muerta. Piensa en todos nosotros. Ella era vieja y has de ocuparte de los jóvenes.

Ling Sao tenía razón. Su esposo permaneció quieto.

Al fin el feroz enemigo se alejó, mas Ling Tan y su mujer no osaron asomarse hasta que hubo transcurrido un largo rato de silencio. Aguardaron tanto, que sentían en los miembros un dolor intolerable, y sus pulmones, llenos de polvillo, les ponían en la necesidad forzosa de escupir o toser. Tenían los cuerpos sudorosos a pesar del frío invernal.

—Voy a bajar —murmuró él al oído de Ling Sao—. Pudiera venir alguno de nuestros hijos y creernos muertos.

Ling Sao, oyéndole hablar de los hijos, no le retuvo, aunque hubiera querido hacerlo. Le soltó y le siguió. Los dos descendieron a lo que fuera su ordenada y buena casa.

El orden ya no existía. En pie sobre el suelo de baldosas de la sala, miraron en torno. No había quedado cosa sana: ni una silla, ni la mesa, que se derrumbó al

apoyarse en ella para bajar, ni el lecho de bambú del hijo menor. Fueron de cuarto en cuarto, con las manos juntas, sin proferir una palabra ante la ruina de su hogar. Cuando lo hubieron recorrido todo, Ling Tan dijo:

—No se han llevado nada más que el arroz. Lo que teníamos no les era útil y por vengarse lo han destrozado.

El enemigo había incluso desgarrado las ropas, y acuchillado los colchones. Era raro que no hubiesen prendido fuego a la casa. Sin duda preferían ver ruinas a cenizas, se dijo Ling Tan.

—¡Ay, mis maletas encarnadas de piel de cerdo, que yo traje cuando me casé! —gimió Ling Sao al entrar en su dormitorio y verlas abiertas y rajadas—.

Entre las prendas rotas y las maletas despanzurradas había una mata de cabello humano.

—¿Qué es esto? —dijo Ling Tan, inclinándose para mirar—.

—El pelo que Jade se cortó hace días —repuso su mujer—.

—Es suerte que no lo tuviera ahora en la cabeza —gruñó Ling Tan—.

Sabían que les esperaba algo peor en la puertecilla trasera. Avanzaron hacia ella lentamente, temerosos de lo que iban a hallar.

—Hemos de quitarla de ahí—murmuró Ling Tan—. Debemos impedir que los hijos la vean primero.

Atravesando la cocina salieron al patio. La vieja yacía muerta a sus pies. Pero que estuviera muerta no era todo. Le habían hecho algo peor que matarla. Estaba desnuda y llena de lesiones. No cabía duda de que aquellos salvajes enfurecidos la habían utilizado como si fuese una joven hermosa.

Ling Tan se escandalizó. Si ello le sucedía a una pobre anciana cargada de años y medio chocha, ¿qué no les sucedería a las muchachas de la casa e incluso a su propia mujer? Se volvió a Ling Sao, con el rostro pálido como un cadáver.

—Lo primero que hemos de ver es el modo de esconderos a todas vosotras —dijo—. Los demás hombres y yo podemos librarnos, pero con un enemigo así, ¿qué va a ser de las mujeres?

Por primera vez en su vida, Ling Sao no acertó a replicar, porque lo que le había ocurrido a la vieja podía con más facilidad ocurrirle a ella misma, y contra eso, ¿qué cabía contestar? Avergonzada ante su propio marido, recogió las ropas de la muerta y la cubrió. No pudieron levantarla entre los dos, ya que el cadáver era demasiado pesado y hubiese dado trabajo a varios hombres robustos. La dejaron donde se hallaba. Ling Tan, saltando sobre ella, miró por la puerta posterior. No se veía a nadie y el sol brillaba como siempre sobre la tierra. El hombre maldijo la inexorabilidad de los cielos. Luego dijo a Ling Sao que debían apartarse de la muerta.

Pasaron solos el día en la arruinada casa, sin pensar en hacer comida ni fuego. Esperaba que alguno de sus hijos llegase por la noche diciendo el paradero de los

otros. El matrimonio estaba seguro de que los demás de la aldea habían salido tan malparados como ellos, pero no se atrevían a comprobarlo. En estas ocasiones cada uno está mejor solo en su casa.

Llegó al fin la noche de aquel día —el más interminable que conocieran— y entonces se presentaron el hijo mayor y el menor. En la oscuridad, Ling Tan percibió sus ligeras pisadas y el ruido de un tropezón en los restos de un mueble. Se oyó cuchichear al hijo mayor:

—¡Se han ido!

—No nos hemos ido —repuso Ling Tan en las sombras—.

Extendiendo la mano, tocó a su hijo. No osaron encender luz.

—¿Y los niños? —preguntó Ling Sao, que había estado todo el día temiendo que los chiquillos hubieran sido torturados por aquellos crueles extranjeros—.

—Todos están en la ciudad —bisbiseó el hijo mayor—.

—¡En la ciudad! —exclamó Ling Tan—.

Aquello le parecía el colmo de los males. Su hijo se explicó:

—Hemos dado un largo rodeo acercándonos a la ciudad y llegamos a la puertecilla del Agua. Allí algunas personas nos dijeron que aunque en la ciudad no había más que muertes y horrores, existía un sitio seguro para las mujeres y los niños. Sabe, ¡oh, padre!, que nos hemos informado de que el enemigo es más peligroso para las mujeres que para nadie, así que no nos hemos atrevido a traer a las nuestras aquí, pues, ¿qué podríamos hacer, para defenderlas, con las manos vacías? Ese lugar que te digo está junto a la puerta del Agua, que es sitio desierto y tranquilo y a donde aseguran que el enemigo no ha ido porque no ha visto allí nada que robar. Así que esperamos hasta que oscureció, y entonces, escondiéndonos entre los árboles y detrás de las casas cuando veíamos un enemigo, nos acercamos a la puerta del Agua y llevamos nuestros hijos y nuestras mujeres a una escuela extranjera que hay allí y donde manda una mujer extranjera. La vi de cerca y sé que tiene cara de bondad, aunque se ha educado en otra religión que en la nuestra. Alrededor de la escuela hay un gran muro y una verja grande, y cuando llamamos la mujer blanca salió y viendo a las mujeres y a los pequeños abrió y los hizo pasar.

—¿Por qué no os quedásteis vosotros? —inquirió Ling Tan—.

—Porque sólo admiten mujeres y niños.

—¿Están verdaderamente a salvo?

—Tan a salvo como puede estarse cuando andan los diablos sueltos —repuso su hijo con tristeza—.

Ling Tan se resolvió.

—Tengo que daros una orden —dijo a sus hijos—. Si las mujeres ahí están seguras, habéis de llevar a vuestra madre, y ello ahora, mientras todavía sea de noche.

Ellos miraron a su madre, y ésta bajó la cabeza, avergonzada. Porque ellos eran hombres y ella sólo una mujer y no podía protestar, como lo hiciera tantos años, de que no temía a nadie, ni a un hombre siquiera. Calló, pues.

—Pero... —empezó el mayor—.

El padre les dijo lo que había sucedido a la madre de Wu Lien y ellos le escucharon sin interrumpirle hasta que acabó. Luego el primogénito dijo:

—Yo te llevaré, madre. Mi hermano se quedará aquí. Cuando tú estés a salvo, retornaré y nuestro padre y nosotros viviremos juntos y estaremos tranquilos sabiéndoos a vosotras seguras.

Los dos jóvenes volvieron la cabeza mientras sus padres se despedían. Jamás desde que Ling Sao entrara en aquella casa teniendo dieciocho años habían ella y su marido dormido separados ni una sola noche. Cuando sus hijos se volvieron, los esposos se abrazaron como nunca soñarían hacerlo en presencia de nadie y la mujer gimió:

—Pero ¿es forzoso que me vaya?

—Sí —dijo él—, y por una razón que nunca creí que pudiera sobrevenirte a tu edad, madre de mis hijos.

Había visto guerras y soldados lascivos entre sus compatriotas, mas nunca conoció a ninguno capaz de tocar a una mujer de aquellos años y estado. Que el enemigo hiciese tales cosas demostraba que sus tropas se componían de salvajes, de locos, de bestias... Apretó un momento más la mano de su mujer y luego llamó a su hijo mayor.

—Llévala y vela porque no le ocurra ningún daño.

—Velaré.

Así salió de la casa la mujer de Ling Tan. Él pasó toda la noche sin dormir, en espera de que su hijo volviese. Veinte veces deploró no haberlos acompañado, aunque, ¿de qué podía haberles servido? Dos se mueven mejor que tres, cuatro hubiera sido de más embarazo aún, y, por otra parte, ¿iba a dejar solo a su hijo menor? Dijo a éste:

—Busca un sitio cualquiera para acostarte.

El muchacho eligió un lugar, lo limpió de cosas caídas y rotas y, a pesar de su disgusto, era tan joven y estaba tan cansado que pronto se durmió sobre el suelo.

Ling Tan no pudo hacer igual. Sentado entre las ruinas de su casa, aguardó. Pasado largo tiempo volvió el primogénito, sin daño alguno. No había encontrado al enemigo.

—Yo mismo vi entrar a mi madre —anunció— y la mujer blanca la llevó a la casa, diciendo que estaba tan segura como el que más pudiera estarlo en estos tiempos.

Ling Tan suspiró sin responder. A salvo su mujer, él no sentía ya necesidad de

hablar, de reposar, ni de moverse. El hijo mayor, en cambio, se dejó caer a tierra y durmió algún rato. Ling Tan, sentado junto a sus hijos dormidos, no advirtió el transcurso de las horas hasta que oyó cantar un gallo.

"¿Es posible que los gallos canten aún?", pensó.

Sí, cantaban. Ling Tan siguió despierto y vio nacer el alba que iluminaba a sus hijos dormidos entre las ruinas de su hogar.

CAPÍTULO SIETE

Ling Sao, en la sombra de la noche, miró a la mujer blanca. La verja se había cerrado a sus espaldas y su hijo había partido. Estaba encerrada ahora en aquel lugar desconocido, con una mujer extranjera. Esta mujer tenía el cabello amarillo como el pelo de un gato y en vez de peinárselo liso, según debe ser, lo llevaba suelto, como los vellones de una oveja. Los ojos de su cara blanca eran casi amarillos también, o al menos lo parecían a la luz de la linterna que la extranjera llevaba en la mano.

—Ven y te enseñaré dónde están tus hijas —dijo la mujer, mientras Ling Sao, asustada, se asombraba de entender las palabras de una extranjera—.

—¿Qué brujería me has hecho para que te entienda?

La mujer blanca dejó escapar una risita.

—Llevo veinte años en esta ciudad —dijo—, y he estudiado a diario para comprender vuestro lenguaje. De este modo puedo hablaros de la verdadera religión. ¿Te extraña ahora que me exprese como tú?

Llevó a Ling Sao a lo largo de un muro de ladrillo. A ambos lados del sendero crecía hierba. No lejos, grandes árboles inclinaban sus ramajes sobre la tierra. Nunca había visto Ling Sao un sitio como aquél. La mujer hizo entrar a Ling Sao en una vasta casa. Pasaron a un salón largo y ancho, lleno de gente. Ardía en el techo una luz baja. Se veían muchas personas tendidas en el suelo sobre camastros.

—Todos son niños y mujeres —expresó la mujer blanca—. Tu familia está en aquel rincón.

Se abrió camino entre los durmientes. En un ángulo, junto a una alta mesa, Ling Sao encontró a Orquídea, a sus dos hijas y a todos los nietos. Los niños no despertaron y Orquídea al principio tampoco, pero Pansiao estaba despierta y sollozaba. Viendo a Ling Sao, se incorporó, tendió los brazos e hizo los gestos de un chiquillo pequeño al encontrar a su madre.

—¿Has venido, mamá? —cuchicheó—.

—Aquí estoy, tortita mía de carne —dijo Ling Sao, sentándose en el suelo junto a su hija—.

Ésta no se había oído llamar así desde que era pequeña, y se alborozó. Tal expresión era la más cariñosa de Ling Sao.

—¿Y mi padre? —preguntó la muchacha, cogiendo la mano de su progenitora—.

—En casa con tus dos hermanos —respondió en voz baja Ling Sao—. ¿No os ha pasado nada a ninguno?

—No —dijo la muchacha—. Pero yo estaba tan asustada que no pude comer y ahora siento mucha debilidad.

—Acuéstate —respondió Ling Sao—, y ya te buscaré comida mañana.

—Aquí nos dan de comer —explicó Pansiao, acostándose—.

La hija mayor levantó la cabeza.

—¿Dónde está la madre de mi esposo, mamá? ¿No ha venido contigo?

Es justo que una mujer pregunte ante todo por su suegra, puesto que la madre del marido ha de ser, para una casada, más madre que la que le puso en el mundo; pero por esta vez Ling Sao hubiera preferido que su hija faltase a su deber. En efecto, ¿cómo explicar lo que le había pasado a la pobre vieja? Ling Sao resolvió mentir y contestó:

—Está bien. Se ha quedado en casa. ¿Y dónde está el padre de tus hijos, niña?

—Nos trajo aquí —repuso la joven— y luego dijo que se iba a su tienda. Aseguré que ya no temía nada, ahora que la ciudad ha caído, porque tendremos paz. Esperaré a ver cómo andan las cosas y después vendrá a buscarnos para llevarnos a casa.

Aquella plática a media voz había desvelado a las durmientes cercanas y algunas se incorporaron para saber si la recién llegada traía noticias. La mujer que dormía al lado era joven y tan hermosa que Ling Sao, viéndola, pensó en el acto que una mujer así no podía ser una esposa fiel y buena y todo lo demás que una esposa debe ser. Para comprobarlo, preguntó:

—¿Hemos despertado a tu hijo, buena mujer?

—No tengo hijos —contestó serenamente la muchacha—.

—¿Estás sola aquí? —inquirió Ling Sao, siempre para informarse—.

—Estoy con otras seis como yo —repuso la bella joven—.

Esto hizo comprender a Ling Sao que la mujer era una cortesana, y como ella por su parte era una mujer honrada, no convenía que hablase más con la otra. Se puso, pues, entre ella y sus hijas, de manera que si algún daño se desprendía de las malas mujeres la alcanzase a ella antes que a sus hijas y nietos.

La joven no se había acostado aún.

—Abuela —dijo, con una voz que maravilló a Ling Sao por lo dulce—, puesto que has venido después que nosotras, ¿quieres contarme lo que pasa en la ciudad?

—No vengo de la ciudad —repuso Ling Sao, concisa—.

—Entonces, ¿eres del campo, abuela?

—Sí—contestó Ling Sao, más concisa aún—.

—¡Oh! —suspiró la voz dulce—. Entonces no sabes lo que ha pasado en la ciudad hoy.

Se dejó caer en la yacija, murmurando:

—¡Oh, qué día!

Antes de que Ling Sao pudiera pedir explicaciones, Orquídea, despertando, vio a Ling Sao y se incorporó, ofuscada de sueño.

—¿Has venido, madre? —exclamó—. ¿Cómo has llegado, y qué ocurre en la casa, y qué es de los que se quedaron allí?

Habló tan alto que despertó a otras, y varios niños empezaron a llorar. Ling Sao, para mostrar que se ponía de parte de la gente contra aquella torpe de su nuera, la reprendió, con voz más fuerte aún:

—¡Oh, cielos, ayudadme, pues tengo por esposa de mi hijo mayor una mujer tan descortés que habla a gritos en plena noche cuando me ve y molesta a todos los demás! No vuelvas a hablar, chiquilla necia.

Orquídea se acostó y se restableció el silencio. Todos dormían tras las tribulaciones de la jornada.

Mas Ling Sao sólo había reposado durante su vida en dos lechos: uno, el angosto que ocupara, siendo niña, en la casa paterna; y el otro, el muy ancho que compartiera con su marido. Además, no podía conciliar el sueño con aquella desconocida a un lado y su propia hija respirando junto a su oído al opuesto. Por ende, en todo el local había durmientes que suspiraban, roncaban o gemían. Ling Sao, pues, permaneció despierta, pensando en aquel día que así terminaba. ¿Cuántos más, semejantes a éste, vendrían después? ¿Y qué estaba haciendo su marido ahora? Muchas veces durante la noche se propuso, a la siguiente mañana, enhollinarse el rostro y desgarrar sus ropas, a fin de parecer vieja y fea y volver a casa de nuevo. Pero cuando amaneció no lo hizo, pensando que, por vieja y fea que pareciese, no lograría parecerlo más que Wu Sao.

Se levantó temprano y ayudó a atender a sus nietos. En toda la casa se oían gritos de mujeres y lloriqueos de niños, y pronto Ling Sao empezó a auxiliar también a otras mujeres. La joven hermosa que había a su lado no se movió. Envuelta en un cobertor de seda roja, dormía, o parecía dormir, y varias que la rodeaban hacían lo mismo.

"Están acostumbradas a levantarse tarde —pensó con desprecio Ling Sao—. Claro: trabajan de noche y duermen de día."

Y cuando Orquídea y su hija mayor se hubieron levantado, Ling Sao les dijo lo que aquellas mozas eran y les prohibió que les hablasen. Tampoco debían hacerlo los niños. Y a Pansiao le mandó:

—Si una de éstas te había, no le contestes; y si quiere tocarte, no se lo permitas. Hay mujeres honradas con las que puedes hablar. Aunque más vale que estés a mi lado sin tratar con desconocidas.

De este modo se ocupó de los suyos Ling Sao. Y con el rabillo del ojo no dejaba de mirar a las durmientes.

Ya estaba bastante alto el sol cuando llegaron criadas y llevando arroz en grandes recipientes, así como legumbres y pescado en salazón, y escudillas para todos. Ling Sao exclamó:

—¿Cómo vamos a comer si no tenemos dinero para pagar?

Acababa de recordar que, en su zozobra, el día anterior había olvidado pedir

dinero a su marido. Y comer sin pagarlo es afrentoso.

—Come, buena mujer, que otros lo pagan, y comiendo haces provecho a nuestra señora extranjera, que así irá a los cielos.

—Entonces, ¿por eso se porta bien con nosotras? —repuso Ling Sao, reflexionando—.

Comió con las demás y cuando tuvo el estómago lleno, no se sintió mejor.

Ya habían terminado el desayuno los demás refugiados cuando se levantaron las siete durmientes. Se peinaron sus perfumados cabellos, y se lavaron en jofainas que había en una mesa, llenándolas con el agua de jarros que junto a ellas se veían. Y por la forma en que se lavaban se podían ver lo que eran, porque ninguna mujer honrada se hubiese aseado tanto. Luego recogieron su arroz y comieron separadas de las demás mujeres. Todas éstas, buenas y honestas madres y esposas, miraban a aquellas mozas para ver cómo eran, mas ellas no miraban a las demás. Cuando alguna de las siete se acercaba por casualidad a uno de los niños, la madre se apresuraba a retirarlo.

Así principió aquel extraño día, en el que no pasó nada malo. Había en la casa no menos de cien mujeres, sin contar los niños, y rodeaba el edificio mucha hierba, blanda a los pies. No estaba verde ya, pero sí suave aún; y por ello, cuando el sol empezó a calentar, todas las mujeres salieron con sus hijos y hablaron unas con otras. Con muchas platicó Ling Sao, porque tenía una cara regordeta y amable, y unos ojos vivos, y un cabello negro entreverado de canas, de manera que era la clase de persona a quien todos interpelaban con naturalidad llamándola "Madre" o "Buena mujer".

Sus interlocutoras contaron a Ling Sao cosas como ella no oyera en su vida. Cuanto más oía, más se amedrentaba. Muchos en la ciudad habían anhelado que el enemigo llegase pronto, si su llegada significaba la paz, pero el enemigo era tan loco, tan cruel, tan salvaje y tan feroz, que no había habitante de la ciudad que no estuviese atónito y casi fuera de seso. Al parecer, en aquella rica ciudad que era el centro de la nación, el enemigo había irrumpido como una manada de fieras. O peor, porque las fieras devoran a los hombres y a las mujeres, mientras el enemigo mataba a los hombres y deshonoraba a las mujeres. Nada les importaba que fuesen jóvenes o viejas. Primero buscaban las mozas; luego, las de edad.

Una muchacha, con los ojos hinchados de tanto llorar, dijo:

—El hijo pequeño de mi hermana tenía cinco meses. Como estaba muy fuerte y sano, empezó a llorar muy alto cuando le arrancaron del pecho de su madre, y entonces un enemigo le estranguló con las ropas de ella misma. Luego, él y otros treinta abusaron de mi hermana. Al fin ella también fue muerta por los soldados.

—¿Viste tú eso? —preguntó Ling Sao—.

—No; pero me lo ha dicho mi padre. Él me trajo aquí en seguida, porque como soy soltera... Mas ¿quién hubiera pensado que a una casada podía pasarle una cosa así?

En efecto, ya se sabe lo que sucede cuando un ejército triunfante toma una ciudad, y nadie ignora que hay que esconder a las jóvenes durante unos días hasta que se restablecen la calma y el orden. Pero de un caso como el de ahora nadie había oído hablar jamás. Otros soldados habían tomado la misma ciudad anteriormente, mas no eran extranjeros. A la gente se le había dicho que estos extranjeros eran mejores y por eso nadie había tomado tantas precauciones como solían adoptarse en otras guerras.

Habían muerto asimismo muchos miles de hombres inocentes, porque, según explicaron las refugiadas a Ling Sao, todo el que, viendo el enemigo, volvía la espalda y corría, era fusilado. Cuantos habían sido o eran soldados chinos —e incluso quienes sin serlo lo parecían—, eran fusilados también; y había muchos en tal circunstancia. De igual manera, cuando a alguien le encargaban de algún trabajo y lo hacía con lentitud, o no podía hacerlo por demasiado viejo, demasiado joven o demasiado poco acostumbrado, también lo fusilaban; y de esta suerte habían sucumbido en un día varios millares de hombres más.

Durante toda la mañana, Ling Sao oyó tales cosas que, al mediodía, aunque el arroz que les sirvieron era excelente y bien cocido, apenas pudo pasarlo. Por la noche les dieron otra vez arroz y coles cocinadas con aceite de habas. Todo era casi tan bueno como la misma Ling Sao lo hubiera podido hacer, mas no logró probar bocado pensando que lo que les pasara a ella y a su marido, y que les pareciera tan horrible, se achicaba por comparación a otros infinitos males harto mayores. Muchas de las refugiadas habían visto a sus deudos muertos, apaleados o víctimas de violaciones ante sus propios ojos; y había otras que no decían nada porque habían sufrido cosas inexpresables.

Por la noche, Ling Sao estaba abrumada de repelencia y náuseas, y sobre todo de un temor como no conociera jamás. ¿Qué les esperaba si el país había de ser regido por aquellos seres que no parecían hombres? Todos los pueblos tienen que padecer a veces malos gobernantes, pero éstos no eran sólo malos, sino que carecían de corazón humano.

Aquella noche, segunda que Ling Sao pasaba fuera de su hogar, se acordó con disgusto de que, ocupada con lo que oyera por el día, apenas había pensado en su marido. Luego de que sus hijas y nietos se acostaron, ella se acostó a su vez, junto a las siete cortesanas. Por la mañana había resuelto cambiar de sitio, pero durante el día se le olvidó. Y a la sazón, apartándose cuanto pudo de la cortesana, le dijo con acritud:

—¿Por qué habéis venido? Mujeres como vosotras no debieran estar aquí.

—No obstante, somos mujeres también —dijo la joven, con triste sonrisa y voz suave—, y tememos igualmente a las fieras.

Y se separó a la vez de Ling Sao, como si, reconociendo quién era, procurase no contaminarla. No habló más con Ling Sao, sino con sus compañeras, que estaban al

otro lado. No se las entendía, porque las siete muchachas procedían de otra ciudad y entre sí hablaban en su dialecto, aunque sabían expresarse en muchos idiomas para agradar a los hombres. Y entre esos idiomas los había extranjeros, a fin de que las comprendieran los hombres que venían en barcos. Ling Sao no lo ignoraba, porque esas cosas no hay quien no las sepa.

"Deben de ser de Suchow", pensó. Y para saber si acertaba inquirió de la joven:

—¿Sois de Suchow?

—Sí—dijo la cortesana—.

—¿Pues por qué estáis en esta ciudad? —siguió Ling Sao, extrañada de que, si habían venido a la población para ganar dinero con los soldados, no estuvieran fuera del refugio ejerciendo su oficio, y de este modo haciendo las cosas menos peligrosas para las buenas madres y las mujeres honradas—.

—Estábamos en Suchow cuando cayó —repuso la joven—, y de las veintitrés cortesanas que vivíamos en la casa sólo nosotras siete nos salvamos y huimos. Vinimos a esta ciudad, horrorizadas de lo que habíamos visto, y no pudimos continuar porque no teníamos dinero. Cuando supimos que los blancos daban refugio a las mujeres aquí, acudimos a pedirlo, pues odiamos al enemigo. Los enemigos no son hombres. Con los hombres se puede tratar, pero con esos...

Se volvió de espaldas y no dijo más. A poco, Ling Sao la oyó llorar silenciosamente, tan silenciosamente que sólo un oído finísimo como el de Ling Sao lo podía percibir. Su buen corazón la inclinaba a confortar a la joven; pero la aversión que le producía su oficio hizo que Ling Sao no se moviera. Sabía que Ling Tan no había mirado a una cortesana en su vida, y ella, por su parte, si bien temía y despreciaba a aquellas mujeres, nunca había visto a una. Dejó, por tanto, llorar a la joven; y al fin el llanto se calló y Ling Sao, rendida, terminó durmiéndose.

A medianoche despertó y a todas las pasó lo mismo. Se oía gran estrépito en las puertas y sonaban disparos de fusil. Las mujeres, en la oscuridad, se estremecían con el temor de lo que podía suceder. Se oyeron voces fuertes en idioma extranjero y las refugiadas comprendieron que el enemigo estaba en la puerta.

De vez en cuando, se levantaba una mujer y, cubriéndose con cualquier prenda de las que se quitara al acostarse, intentaba escuchar sin hablar palabra. Los niños que lloraban eran reducidos al silencio en seguida. A poco apareció la mujer blanca en el umbral. Sostenía, alta en la mano, una linterna, de modo que la luz cayera sobre los rostros de las refugiadas.

—Traigo malas noticias —dijo—. El enemigo está a las puertas. Son cien hombres con armas y están resueltos a entrar. Yo no tengo medios para impedirselo. Carezco de armas y sólo poseo la ayuda de mi Dios y mi país, que me respalda. A Dios no lo temen los enemigos, pero sí tienen bastante temor de mi país, que es una gran nación. Por eso no han entrado todavía, y he podido sobornarlos... a cierto

precio.

Las mujeres vieron temblar la estrecha boca de la mujer blanca.

—Tal precio es —prosiguió—, que me avergüenza decíroslo, y, sin embargo, con él tenéis vuestra salvación en la mano. El enemigo ofrece no entrar si cinco o seis mujeres de las que hay aquí se van con ellos...

Calló. Las demás callaban también. ¿Dónde había mujeres capaces de ir con tales hombres, ni siquiera para salvar a las otras? Ninguna habló.

La mujer blanca esperaba. Se repitieron en la verja los golpes y los gritos. La mujer blanca, tras un rato, salió, y las demás guardaron silencio. Cada mujer pensaba para sí: No; yo no puedo ser la que vaya."

Y tras un espacio tan largo como el necesario para contar doscientas moneditas, la mujer blanca reapareció, linterna en mano, y habló con premura:

—No puedo contenerlos más. Dicen que si no les damos mujeres ahora mismo, entrarán aquí. ¡Oh, hermanas mías...!

Interrumpióse un momento, mirándolas desde el peldaño de la puerta en cuyo umbral estaba.

—¿Quién soy yo, oh hermanas, para decir a ninguna de vosotras que salga... a eso? Y, sin embargo, quizá Dios haya puesto aquí a quienes..., a quienes pueden salvar a las mujeres honradas. No pido que se sientan capaces..., acaso sea mejor que...

No logró seguir hablando. Se mordió los labios. Temblaba en su mano la linterna.

Entonces, Ling Sao vio una cosa que jamás se le olvidaría mientras viviese. Aquella cosa hizo que su corazón se sintiese tierno y afable hacia todas las mujeres malas. A su lado, la bella cortesana se levantó, alisándose el cabello y ajustándose las ropas.

—Venid, hermanitas —dijo con voz abatida y apagada—. Venid, peinaos y sonreíd. Tenemos que volver a nuestro trabajo.

Las demás cortesanas se levantaron. Había un intenso silencio. Ni una sola refugiada habló mientras las siete jóvenes se encaminaban hacia la puerta, por entre las yacijas.

La que había llamado a las otras se detuvo ante la mujer blanca.

—Estamos dispuestas —dijo con su dulce voz—.

—Dios te bendiga —repuso la mujer blanca—. ¡Dios te recompense con el cielo!

La cortesana movió la cabeza.

—Tu Dios no nos conoce —manifestó—.

Y, silenciosa y muy erguida, precedió a sus compañeras hacia el pasillo. La mujer extranjera, llevando en alto la linterna, las alumbraba.

En el local, ahora oscuro, no hablaba nadie. Pero todas las demás mujeres no pensaban más que en lo sucedido por la noche, sin hablar, empero, una sola palabra

sobre ello. Cada madre daba de comer y atendía a sus hijos. Hubo mucho silencio por el día. La mujer blanca no hizo acto de presencia. Y sobrevino la noche.

CAPÍTULO OCHO

Solo en su tienda, Wu Lien trabajaba. Durante los tres primeros días ni salió a la calle, pero sí retiró las tablas de la puerta y procuró remediar la confusión que reinaba en el establecimiento. Mas ante todo hizo otra cosa. Luego de dejar a su mujer e hijos en la institución de la mujer blanca, apresuróse —incluso antes de buscarse comida— a recoger hollín en la chimenea de la cocina. Mezclándolo con agua, buscó un pincel. Pero no halló ninguno, en el caos de sus mercaderías, y entonces ató un trapo a un palo, lo mojó en la tinta que había confeccionado y trazó estas palabras, en negros caracteres, sobre las encaladas paredes externas de su establecimiento:

"Aquí se venden géneros del océano oriental."

Por primera vez desde que los estudiantes asaltaron su tienda, sintióse tranquilizado. ¿Qué era de los estudiantes ahora? Sin duda unos habían huido y otros habían muerto. Pero él seguía viejo y había recubierto su tienda y dentro de pocos días, si las cosas marchaban bien, se llevaría a su casa a su mujer e hijos y otra vez volvería la prosperidad.

"¿Es amar a la patria —pensaba— destruir buenas mercancías en las tiendas? ¿Es así como deben comportarse mutuamente las personas razonables?"

Y parecía que él era mejor patriota que los estudiantes, puesto que sobrevivía y no había destruido nada, ni dañado a nadie, además de lo cual pronto ofrecería al prójimo mercaderías y ocupación.

Aunque antes no hiciera cosa semejante en su vida, ahora se complacía arreglando bien la tienda hasta tanto como era posible allí donde, en la ruina general, incluso una pared se había venido abajo. Le satisfacía pensar que quizá lo tuviese reparado todo antes de que su mujer volviera. No estaba decidido sobre cuándo la iría a buscar, porque no podía cerrar los ojos al hecho de que en la calle abundaban los cadáveres, y por las noches, a veces hasta por el día, gritos cercanos delataban que alguna mujer pasaba un mal rato a manos del enemigo. Wu Lien seguía trabajando en su tienda, y se decía: "Eso que pasa no es cosa mía." No tenía él la culpa de que los soldados fuesen así. Por su parte, se jactaba de ser hombre de paz.

Empero reflexionaba que, antes de llamar a su familia, le convendría tener algún documento de los vencedores, documento que le protegiera y acreditara que él era un buen ciudadano, capaz de comprender que todos los tiempos no son iguales, que los gobernantes cambian por la voluntad del cielo y que cuanto el cielo envía ha de aceptarse sin interrumpir cada uno sus ocupaciones. Mas no sabía dónde ni a quién solicitar tal documento.

A poco de poner su letrero, entraron cuatro soldados enemigos, uno de ellos un desmedrado oficial. Querían saber si podía venderles algunos víveres, o al menos tal entendió Wu Lien en las no muy claras palabras del oficial. A los demás no les

comprendió nada. Los hombres querían pescado salado, pero Wu Lien no tenía más que pesca menuda en lata y con aceite. Sacó las latas, exhibiéndolas a los hombres y el oficial aprobó, añadiendo, con un ademán:

—¿Cuánto?

La pregunta sorprendió y satisfizo a Wu Lien, porque estaba acostumbrado a los soldados que entraban y se llevaban lo que querían sin decir palabra. Repuso, pues, encogiendo sus rollizos hombros y sonriendo:

—Nada: es un regalo.

Entonces el sorprendido fue el oficial. Sonrió a su vez, mostrando sus dientes blancos y limpios.

—¡Ah! —dijo—. ¿De manera que usted no nos aborrece?

—No aborrezco a nadie —repuso Wu Lien, acrecentando su sonrisa—.

El oficial se inclinó y habló a los soldados. Éstos se inclinaron también.

—Ha de cobrarnos algo por las latas —insistió el oficial—.

—No —repuso Wu Lien—. Yo las compré a sus compatriotas y ahora las devuelvo.

E hizo una reverencia por su parte.

El oficial, sentándose en un taburete junto al mostrador, hizo un movimiento con la mano hacia la calle.

—Sentimos mucho todo esto. Nuestros soldados son muy valientes y están enfurecidos.

—También nosotros tenemos soldados —explicó Wu Lien, inclinando la cabeza—, y sé lo que son. Pero ahora debemos anhelar la paz. Sólo en la paz florecen los negocios.

Y después, en palabras sencillas, para que el oficial le comprendiera, le contó lo que le habían hecho los estudiantes, y añadió:

—Últimamente los tiempos aquí han sido malos. Quizás ahora sean mejores.

—Podemos prometer que lo serán —dijo el oficial—, si hay muchos hombres como usted.

—Hay muchos —repuso Wu Lien, modesto—.

Y, alentado, buscó en sus anaqueles algunas latas de dulces. Dio una a cada soldado, con gran contento de todos.

—Dispensen que no les ofrezca té —disculpóse Wu Lien—, pero no tengo en casa a la familia. Estoy solo.

—¿Por qué? —preguntó el oficial—.

Wu Lien, tapándose la boca con la mano, tosió.

—Mi mujer está de visita en casa de su madre y volverá dentro de pocos días... —repuso—.

El oficial entendió muy bien el motivo de la ausencia de la esposa del

comerciante, pero le complujo que éste no lo dijera. Pidió, pues, recado de escribir. Wu Lien lo trajo a toda prisa y entonces el oficial escribió unos caracteres grandes y rotundos que Wu Lien no comprendió. Luego el militar añadió, ahora en caracteres comprensibles, su dirección y nombre y entregó el papel a Wu Lien.

—Si le molestan en algo, exhiba este documento —expuso el oficial—.

—¿Cómo agradecerélo? —exclamó Wu Lien—. ¿Qué puedo decir no siendo que en cualquier cosa en que pueda servirle lo haré?

—Bueno. Yo le enviaré desde el cuartel general una señal que usted pondrá en la puerta para estar a salvo. Y si esto no bastase, le enviaré una guardia.

Wu Lien se alegró de lo de la insignia, pero tembló a la idea de una guardia a la puerta. ¿Quién, en efecto, no sabe que un hombre de guardia come y bebe por diez y pide la mejor silla y todo lo demás que se le ocurre? Apresuróse a contestar:

—Diez millones de gracias por lo de la señal, pero soy hombre demasiado humilde para merecer una guardia. Cuanto tengo aquí no vale la mitad de lo que cuesta. Preferible es que yo acuda a usted si lo necesito, y a mí mándeme en lo que quiera, si en algo puede serle útil un hombre llano y honrado. Me llamo Wu Lien, mercader, y esta tienda fue ya de mis padres, como pienso, si ustedes amablemente lo consienten, que sea de mis hijos.

—Cierto que sí—declaró el oficial, con gran dosis de jactancia—.

—No hacemos daño alguno a quien no resiste.

—¿Cómo puede resistirse a la gentileza? —repuso Wu Lien—.

Y con ostensible buena voluntad mutua se despidieron. Wu Lien, al quedar solo, se sentó y se enjugó la frente, a pesar de que hacía frío. Notó con cierto asombro que tenía todo el cuerpo, bajo la ropa, anegado en sudor y ahora comprendió que en su interior había temido aquel rato al enemigo como nunca temiera ni volvería a temer. El sudor, por suerte, se secó. Wu Lien se dijo: Ya veo que no tendré más remedio que no resistir, cosa fácil para un hombre como yo."

Se sintió más animado que hacía muchos meses. Por la tarde, un soldado le llevó una caja de bandera enemiga a la que iba fija un pedazo de tela con algunos caracteres. Wu Lien pensó que había ganado su particular batalla. Dio algún dinero al hombre y luego se apresuró a fijar aquel distintivo sobre su puerta. Mientras lo hacía, oyó el grito de una muchacha en una calle próxima. Escuchando por un momento, comprendió por la expresión del grito de la mujer lo que sucedía.

—¿Es posible —se preguntó— que el mismo soldado que me ha traído esto sea quien...?

Escuchó hasta que se hubo restablecido el silencio. No quiso ir a comprobar lo que aquel silencio significaba porque ¿cómo acusar al que le había hecho un servicio un momento antes?

"Así es la guerra", pensó con tristeza mientras calentaba té. Y en tanto que lo

tomaba se sintió irritado contra el padre de la joven.

"¿Por qué tiene aquí a una muchacha cuando la paz aún no se ha restablecido?", se dijo. Y se felicitó a sí mismo por la prudencia con que había organizado sus cosas.

Pero todo no iba tan bien como él pensaba. Cuando, al oscurecer, fue a cerrar la puerta, descubrió que el distintivo salvaguardador había desaparecido. Parecía mentira, él mismo lo había clavado y ahora sólo pendían de los clavos unos cuantos jirones de la bandera adversaria. Mirándolo, sintió temor. ¿Andaría por allí algún estudiante?

"Esto lo ha hecho un enemigo mío y sin duda un enemigo cercano", meditó. Atrancó la puerta y se acostó en su lecho. No pudo dormir. "Un centinela...— pensaba, rezongando—. Es posible que necesite un centinela para librarme de mis enemigos..."

En su casa, Ling Tan y sus amigos se ocupaban en fabricar un ataúd para la madre de Wu Lien. En aquellos días todos los carpinteros y constructores de ataúdes estaban ocupadísimos y no había ninguno al que pudieran hacérsele encargos. Los profesionales de esta fabricación, sabiendo lo provechosa que para ellos es una buena guerra, habían pasado meses enteros almacenando féretros en sus casas, en los templos y en donde podían, mas ni aun esto bastaba, dado los muchos muertos que había en la ciudad y fuera de ella. Muchos eran enterrados sin ataúd, y el enemigo, por su parte, cavaba fosas y apilaba dentro los cadáveres, pero tan superficialmente que los perros se dedicaban a rascar el suelo y desenterrarlos. Por fortuna para todos, corría el invierno, porque, si no, el hedor de la ciudad hubiera llegado a las mismas narices de los dioses.

Ling Tan sabía la inutilidad de buscar un carpintero, y por ello él y sus hijos tomaron tablas de los lechos, ahora desocupados, y con esto y con dos puertas interiores construyeron el ataúd. Con cuerdas y palos izaron e introdujeron en el féretro el pesado cadáver y luego cerraron la tapa. Tirando el búfalo y empujando ellos, el ataúd fue llevado a un campo, donde se le enterró, levantando encima un montículo para enseñar a Wu Lien dónde dormía su madre y decirle que se había echo por ella cuanto era dable hacer.

De regreso a su casa empezaron a tirar lo que no servía entre las cosas arruinadas, a reparar las demás y a poner el edificio habitable. Lo mismo hubo que hacer en todos los hogares de la aldea, porque ninguno habían escapado sin ruina, salvo la casa del primo tercero de Ling Tan, donde, por la pobreza del mobiliario, el enemigo no había perdido el tiempo destruzándolo. El primo y su mujer se libraron al llegar el enemigo, metiéndose en un enorme recipiente de excrementos, que tenía casi la altura de un hombre y la anchura de cinco. Este recipiente estaba al borde de un campo y en él guardaban los de la casa sus excrementos para enriquecer la tierra. Allí estuvo el matrimonio sin asomar más que las narices para respirar, y de tal suerte se salvaron,

si bien conservaban un olor que persistía después de muchas lavaduras, haciendo a los lugareños reír, a pesar del general disgusto. También el hijo de la pareja había escapado gracias a que su madre le cubrió con brazadas de combustible tomadas en la cocina, ocultándole de este modo mientras él yacía desmayado.

Sólo aquella casa había salido incólume entre las del pueblo, y la mujer del primo decía, virtuosa, que ello se debía a la protección de los dioses. Nadie sabía si el herido curaría o no, puesto que aún no lograba hablar ni comer. Salía de un desmayo para recaer en otro, y sangraba a cada movimiento. Pero por lo menos vivía y cada lugareño se presentaba a decir lo que haría con el joven de ser hijo suyo. La madre lo probaba todo y, por tanto, no faltaban esperanzas de que al cabo el muchacho sanase.

Salvo aquel hogar, los demás habían salido tan mal como el de Ling Tan, y algunos peor, porque no habían tenido la misma prontitud que él en esconder o hacer huir a las mujeres. En aquella aldea de menos de cien almas habían resultado muertas cuatro mujeres y siete jovencitas y nadie sabía cuántas otras habían sido atropelladas, porque ningún hombre quería confesar el daño que hubiesen sufrido su mujer o sus hijas. Entre los muertos también figuraba el más anciano del lugar. Se había metido en cama el mismo día en que el enemigo le había dado el bayonetazo, sin que nadie se ocupara del buen hombre a causa de la insignificancia de la herida y de los horrores de la jornada. Cuando por la noche fueron a verle, le hallaron muerto. Ling Tan sintió al anciano mucho más de lo natural en quien sólo era lejano pariente del difunto, y pensó con tristeza: "Este pinchazo fue muy hondo. El pobre comprendió que los días de nuestra libertad y felicidad se habían desvanecido y no quiso seguir viviendo."

Viendo Ling Tan lo que la aldea había padecido, él y los demás hombres de edad acordaron poner en seguridad a sus mujeres y él les habló del refugio en que tenía a las de su familia. A partir de entonces, cada vez que el portero de aquella casa oía el suave roce de una rama de sauce en la puerta, abría y hallaba alguna mujer o muchacha de la que se hacía cargo la extranjera.

De este modo pronto en el lugar no quedaron más que los hombres y una o dos abuelas, así como la mujer del primo tercero de Ling Tan, la cual no quería separarse de su hijo y alegaba:

—Ahí tenemos el recipiente de basura y lo que una vez se ha hecho puede hacerse otra.

La única dificultad que produjo aquel depósito de excrementos fue de estilo cómico. El primo de Ling Tan tenía una barba que había conseguido hacer crecer tras largos años de esfuerzos, porque no era un hombre velludo, y, sin embargo, ya se sabe que todo hombre de letras debe usar barba. Al fin había llegado a poseer una barbita, más ahora, hiciese lo que hiciera, no lograba quitar de ella la fetidez de los excrementos. La mujer del primo, que todos aquellos años había soportado el hedor

del aliento de su esposo, afirmaba que ahora debía afeitarse la barba. Pero él no notaba el olor y se negaba a quitársela, lo que causó una querrela entre los esposos, no sin diversión de los aldeanos, que por entonces tenían muy pocos más motivos de risa. Es desagradable para hombres solos vivir en una aldea, y todos los moradores añoraban a sus respectivas mujeres, por lo que aún embromaban más al único que la conservaba, diciéndole:

—¿Qué prefieres, viejo? ¿Tu mujer o tu barba?

Por la mañana, mirándole, alguno exclamaba:

—¡Ah, todavía sigues con tu barba! Por eso tu mujer no quiere nada contigo. Yo prefiero tener a la mía entre cuatro paredes que en la cama y rechazándome.

Porque la mujer del primo de Ling Tan había puesto en vergüenza a su marido diciendo a cuantos querían oírla que mientras él no se cortase la barba ella no le otorgada sus favores, lo cual hacía que la barba fuese motivo de risa para todos menos para su poseedor.

Sin acercarse a la ciudad, Ling Tan enviaba a Ling Sao algunas cosas por intermedio de quienes iban a llevar al refugio a alguna mujer de su familia. La gallina negra, a pesar de los malos tiempos, había puesto un puñado de huevos que fueron enviados, envueltos en un pañuelo, a Ling Sao. Ling Tan, otras veces, pescaba un pez en la alberca y lo mandaba en una hoja seca de loto, con una capa de sal; o bien arrancaba dos coles pequeñas, que cualquiera podía esconder bajo la blusa. Lamentaba Ling Tan no saber escribir y que su esposa no supiera leer, y había de conformarse confiando sus recados a bocas y oídos de terceros.

—Decidle que hemos puesto en orden la casa y que nos arreglamos sin las mujeres, aunque mal... Decidle que hemos enterrado a la vieja y que le hemos hecho un ataúd... Decidle que no tenga prisa de volver; porque hemos oído que, ahora la ciudad está saqueada, el enemigo viene todos los días a alguna aldea, aunque nosotros no tememos, puesto que ya no hay ninguna mujer entre nosotros.

Jamás había creído Ling Tan añorar a nadie como añoraba a su esposa, y no porque la echase de menos como mujer, sino porque era parte de sí mismo y, sin la presencia de ella, nada le parecía ni le sabía bien. Algo le extrañaba no añorarla en otro sentido, pero su cuerpo permanecía insensible como el de un eunuco. Ello le era incomprendible, ya que significaba prescindir de una cosa a que estaba acostumbrado desde que llegara a la edad viril. Un día en que el hijo menor estaba apartado, Ling Tan consultó a su hijo mayor sobre el caso, sin referirse a sí mismo, por decoro de la diferencia de edades:

—¿No te encuentras a disgusto con tan larga falta de la madre de tus hijos?

El joven respondió, sorprendido de su misma respuesta:

—No, y es extraño; pero creo que se debe a que hemos oído tantas cosas de lujuria y abusos contra las mujeres, que hemos perdido el gusto por cualquier mujer

Me parece que lo mismo debe ocurrirles a todos los hombres buenos y a todos los esposos decentes.

A Ling Tan no se le había ocurrido eso, y ahora cuanto más lo pensaba, más posible le parecía que fuese así. Ponderando las cosas, se dijo que había dos clases de hombres: unos como su hijo y como él, y otros de aquellos a quienes los tiempos calamitosos les inducen a lascivia. De manera que, se dijera lo que se dijese, los hombres se dividían en buenos o malos de corazón, aunque sólo en tiempos de congoja se advirtiese.

Pero otro mal había de sucederle a Ling Tan. Un mal que no hubiera creído posible de no verlo con sus propios ojos y a costa de la persona de su hijo menor.

En la ciudad iba habiendo más calma según pasaban los días, porque el horror de lo sucedido allí clamaba al cielo y, llegando a oídos de los hombres de otros países, hizo escandalizarse a éstos y pensar que jamás desde los tiempos del primer hombre habían sucedido tales bestialidades. Cuando los jefes enemigos advirtieron lo que sus propios soldados hacían, sintieron cierto bochorno, y dieron órdenes, medio a regañadientes, de que no sucedieran en las calles cosas que pudieran horrorizar al mundo si se sabía. Así, el enemigo, para sus fechorías, empezó a espaciarse por las aldeas; y un día, Ling Tan vio llegar a su puerta cuatro soldados enemigos. Ling Tan estaba lavando el arroz para la cena, mientras sus hijos trabajaban en el telar, donde el menor clasificaba los hilos. El telar era el único mueble que no había sufrido daño, porque se hallaba en un cuarto oscuro donde era menester una lámpara para ver algo, y además quien no entendiese el oficio no podía descifrar la utilidad de aquel amasijo de cuerdas y lanzaderas.

Ling Tan, dejando su cesto, fue a la puerta. Fingir que no estaba en casa hubiese sido inútil, porque le hubieran vuelto a echar abajo la recompuesta puerta. Abrió y a la claridad del crepúsculo vio los rostros encendidos de cuatro soldados jóvenes. Le dieron voces y él, creyendo que le pedían comida, señaló su arroz invitándoles a cogerlo. Ellos gritaron con más furia, agitaron las cabezas, se señalaron a sí mismos y empezaron a desabrocharse las ropas, hasta hacerle entender que querían las mujeres de la casa. Ling Tan, en el fondo de su alma, dio gracias a sus antepasados, que le habían inspirado la idea de alejar a sus mujeres, y dijo en su lengua, puesto que no conocía otra:

—No hay mujeres en mi casa.

Pero ellos no le comprendieron y entonces, empujándole, pasaron dentro y registraron todos los cuartos sin hallar vestigio de mujeres, no siendo algunas ropas abandonadas. Esto les hizo irritarse más y dirigir a Ling Tan exclamaciones que él no comprendía. Mas sí comprendía bien el enojo de los enemigos.

—Puesto que no hay mujeres, ¿creéis que soy un dios capaz de crearlas? —les interpeló—.

En aquel momento sonó el telar en el cuarto cercano y los jóvenes corrieron hacia allí, profiriendo malévolos aullidos cuando descubrieron que no había al telar mujer alguna. Ling Tan los había seguido, temeroso de lo que pudiera suceder. Deteniéndose tras de los soldados, los vio registrar todos los rincones. El hijo mayor paró el telar y los miró, mientras el menor, soltando los hilos, miraba también.

Cuando los enfurecidos soldados comprobaron que, en efecto, no había mujeres, su lujuria no conoció límites. Desbordando de ellos como una llama perversa, les hizo ejecutar lo que jamás Ling Tan hubiera creído ver. Cayeron, en efecto, sobre el hijo menor, aquel muchacho que había sido siempre tan hermoso, y probaron que era un mal para él ser bello, porque lo usaron como mujer. Ling Tan, incapaz de contenerse, se lanzó sobre los soldados, y el hijo mayor hizo lo mismo. Pero ¿qué podían hacer hombres inermes contra cuatro armas? Los enemigos ataron a Ling Tan y al primogénito con cuerdas que arrancaron del telar, los pusieron de forma que viesan lo que sucedía y cuando ellos cerraban los ojos les pinchaban para obligarles a abrirlos. Así quedó consumado el hecho, y el muchacho yació en el suelo como muerto, mientras los soldados, riendo, se alejaban.

Ling Tan y sus hijos no dijeron nada. Lentamente y con gran esfuerzo, Ling Tan y su primogénito se desataron, royendo el hijo las cuerdas con sus dientes, más fuertes y enteros que los de su padre. Ling Tan lavó a su hijo menor con el agua que tenía dispuesta para el arroz y luego le vistió, le consoló y le ayudó a levantarse, con el auxilio del otro hijo. El muchacho no estaba muerto, ni siquiera lesionado de gravedad, pero se diría que le habían apuñalado el corazón. Su padre temió que hubiera perdido el juicio.

—Hijo mío —dijo—, has salido vivo.

—Preferida estar muerto —contestó el muchacho—.

—No debes preferirlo así, porque ello sería ingratitud para con tus antecesores. No, hijo; puesto que vives, es que el cielo lo ha dispuesto así.

El joven parecía no oírle. Tenía lívida la faz y sus ojos parecían los de un cadáver.

—No puedo quedarme aquí—jadeó—.

—No es menester que te quedes —le calmó Ling Tan—. Tengo escondido algún dinero en un hueco de la pared y podrás tomarlo e ir adonde quieras. ¡Ah, si supiéramos dónde están tu otro hermano y Jade!

Asustado por las sombrías miradas de su hijo, temió que cometiese algún dislate, como unirse a los bandidos, por ejemplo, y le encareció:

—Si te echas al monte, no te unas a los malvados que roban a sus compatriotas. Júntate a los buenos hombres de las montañas que sólo hacen la guerra al enemigo.

El muchacho no contestó. Dejó que Ling Tan le pusiera la blusa y se esforzó en comer un poco de pan. Pero no le fue posible y entonces lo ató en un trapo, se guardó en la faja el dinero que le daba su padre y se incorporó tambaleándose.

—No podrás andar —dijo Ling Tan, atemorizado—.

—Sí, podré —repuso el muchacho, mirando a su padre con ojos turbios y siniestros—.

—Avísame desde el sitio a donde vayas —le pidió Ling Tan, conmovido por la juventud y por el abatimiento del infeliz—.

—Te avisaré —dijo él, volviendo a tambalearse y apoyándose en el hombro de Ling Tan—. ¡Ah, padre, padre...!

Le tembló la boca. Ling Tan advirtió que su hijo hacia esfuerzos para no llorar. Le ciñó amorosamente con los brazos.

—No te vayas hasta mañana —le rogó—. Descansa esta noche. Te haré un arroz claro para que lo bebas, y...

—No puedo descansar, padre —respondió el muchacho—. He de irme.

Se irguió y se fue hacia la puerta. Ya había oscurecido y no había más claridad que la débil de la luna y las estrellas. En la noche serena y fría el muchacho se alejó hacia los montes sin volver la vista atrás. Ling Tan y el primogénito le miraron hasta que se perdió de vista.

—¿Es posible que aún nos ocurra algo peor...? —cuchicheó Ling Tan—.

Su hijo no contestó. Brillaba sobre ellos un cielo hermoso, como si en la tierra perdurara la paz.

—¿Es posible que el cielo permanezca inmutable ante estas cosas? —dijo Ling Tan—.

Miró hacia arriba. Lao Ta se asustó, temiendo que la pena hubiera enloquecido a su padre. Le indicó suavemente:

—Vamos dentro, padre. La noche es fría.

Le empujó hacia la casa. Ling Tan se dejó llevar. Lao Ta cerró la puerta.

—Si cocino el arroz, ¿lo comerás? —preguntó—.

—Esta noche no podré comer nada.

—Tampoco yo —dijo Lao Ta—.

Cada uno se retiró a su alcoba, pero a poco Ling Tan se levantó y entró en la habitación de su hijo.

—No puedo estar solo —declaró—. En cuanto cierro los ojos vuelvo a ver aquello.

—Acuéstate a mi lado —le exhortó Lao Ta—.

El padre se tendió junto a su hijo. Ninguno se había quitado la ropa, porque en tales tiempos nadie sabía lo que podía pasar durante las largas horas nocturnas.

Allí yacieron, solos, los dos hombres en aquella casa que tan colmada estuviera, y ninguno habló, porque los dos sabían lo que pensaba el otro. Mas no dormían. En sus mentes estaba grabada la figura del muchacho solitario avanzando, tambaleante,

hacia los montes.

CAPÍTULO NUEVE

Era obvio para Wu Lien que, si quería procurarse protección contra sus enemigos privados, había de buscarla en los vencedores que tenían la ciudad en su poder. Así, tras un par de días de terror y de no salir de casa, resolvió una noche ir en busca del oficial que fuera tan cortés con él y explicarle todas las dificultades, diciéndole que no era un mal patriota, sino un hombre de negocios que necesitaba alimentar a su familia.

Esperó a la noche siguiente y, vistiendo sus ropas más viejas y sin llevar farol alguno, se dirigió a la calle y número que el oficial le anotara en un papel, y allí llamó a la puerta cerrada que le parecía, por ciertas señales, conocer. Al cabo de un rato, un soldado abrió la puerta y Wu Lien sintió que le flaqueaban las piernas, porque el hombre tenía un rostro muy torvo. Se calmó recordando la frecuencia con que se veía aquella expresión en los enemigos. Extendió su papel y el soldado le mandó entrar y le hizo signo de que esperara mientras él se alejaba hacia el interior de la casa.

La cual, como Wu Lien advirtió en seguida, había pertenecido a un rico de la ciudad, huido a causa de la guerra. Hacía dos primaveras, las damas de la mansión habían llamado a Wu Lien para que les mostrase algunos de sus juguetes y chucherías de manufactura extranjera, a fin de ver si algo les complacía. Era aquel, entonces, un hermoso y alegre lugar, lleno de mujeres y niños, y en el jardín mismo donde ahora se hallaba Wu Lien funcionaba aquel lejano día un espectáculo ambulante de marionetas. Todos habían salido a mirar, incluso niñeras y sirvientes, y todos habían reído y Wu Lien también, porque las marionetas eran mejores que las usuales y el que las manejaba parecía muy ingenioso.

Hoy, en cambio, el jardín estaba gris bajo el invierno y negro bajo la noche, y reinaba el silencio en la casa. El soldado de antes, regresando, hizo señal al visitante de que pasara y tras él entró Wu Lien en la sala principal, donde tres o cuatro jefes enemigos bebían y mostraban tan adusto semblante que por un momento el mercader se arrepintió de haber ido. Incluso el oficial cortés le miró con frialdad y Wu Lien pensó que, si aquellos sujetos eran de los que se tornan adustos cuando beben, más le valía haberse quedado en su casa. Empero, ya estaba allí, y tenía a su modo un valor obstinado cuando trabajaba en su propio beneficio. Dijo, pues:

—Señor, vengo para hablarle de asuntos míos, y si me autorizan a explicarme claramente, menos tiempo les entretendré.

—Hable —repuso el oficial, sin invitarle a sentarse—.

No le gustó a Wu Lien ser tratado como un criado; en su sensatez, reconoció que el momento no permitía orgullos, y procuró disimular su resentimiento.

—Soy, señor, ciudadano de esta capital, tengo la tienda que usted vio, y hace mucho que comercio en mercancías extranjeras, procedentes en su mayor parte del

océano oriental al que pertenecen ustedes. Por mi parte, no deseo más que paz y poder seguir adelante con mi negocio. Gobierna quien gobierne, nada diré contra él mientras me autorice mi comercio. Pero hay en la ciudad quienes me acusan de traidor porque opino así y es su propósito matarme. Ése es el motivo de que venga a preguntarle si hay algún modo de que yo pueda vivir seguro.

El oficial, que entendía el chino, tradujo a los demás las palabras de Wu Lien. Hablaron todos un rato sin que el mercader comprendiera nada. El intérprete, al fin, hizo un ademán.

—Usted puede sernos útil, si quiere —dijo—.

—¿Cómo no he de querer? —repuso Wu Lien—.

—Vamos a nombrar aquí un Gobierno que rija el país en nuestro nombre —explicó el oficial— ¿Qué sabe usted hacer?

—Mis capacidades son pocas —protestó Wu Lien—.

El otro fue directo al grano.

—¿Sabe usted leer y escribir?

—Cierto que sí—dijo Wu Lien, con orgullo—. También estoy práctico en el manejo del ábaco y la dirección de un negocio. Y soy docto en los clásicos confucianos, como mi padre lo fue.

—Eso no nos será útil. ¿Conoce usted el inglés?

—El inglés, no. Nuestro pueblo es tan numeroso, que aunque cualquiera de nosotros habla con otro diferente cada hora, nunca llegará a hablar a todos los de la nación.

—¿Y es rápido escribiendo en su idioma?

—Puedo decir, sin jactancia, que lo soy —manifestó Wu Lien con modestia—.

Los oficiales hablaron entre sí y al cabo el conocido de Wu Lien le dijo:

—Venga a instalarse en esta casa. Ganará usted según la capacidad que acredite. Le daremos un cargo apropiado a su inteligencia. Venga mañana.

El cerebro de Wu Lien comenzó a girar como si dentro de él volasen veloces aves.

—Pero yo tengo mi mujer..., y mi anciana madre, y dos hijos...

—Pueden venir —respondió el militar—. Aquí estarán a salvo. Dispondrá usted de habitaciones para ellos y para usted.

Semejante buena fortuna como era vivir seguro en una ciudad donde no estaba seguro nadie, recibir un sueldo donde nadie sabía cómo poder comer, tener consigo a los suyos, y, sobre todo, poder moverse con la certeza de no ser tiroteado o apuñalado por la espalda, era cosa tan extraordinaria que Wu Lien se sintió como el sediento viajero que en el rigor del verano halla una fresca fuente desconocida en la abrupta ladera de una montaña.

—¿No podría traer conmigo lo poco que tengo? —inquirió—. La mayor parte de

mis géneros están echados a perder y los útiles ocuparán poco espacio.

Los extranjeros hablaron y el intérprete volvió a asentir.

—Puede usted traer lo que quiera.

—¿Y mañana me será posible hacer venir a mis hijos y a su madre?

—Puede usted —repuso el oficial, con una sonrisa. Y alzó la mano para que Wu Lien pusiese atención a lo que iba a añadir— A quienes no nos resisten —siguió, con la voz campanuda de un sacerdote dirigiéndose a los fieles durante una fiesta ritual—, nos gusta mostrarles clemencia. Ya lo ve usted. Nada queremos sino paz y el bien de todos, y quienes nos ayuden tendrán plena recompensa.

—Cierto, ilustre jefe —dijo Wu Lien—.

Sin darse cuenta, hizo tres reverencias como si el oficial fuera un magistrado, y, atónito ante su buena fortuna, salió rápidamente, no deteniéndose más que para dar una moneda al soldado de la puerta.

Pasó la noche reuniendo sus efectos y, casi al alba, salió y pudo encontrar un *rickshaw*, donde apiló sus géneros, sentándose él encima. De esta forma cruzó la puerta de la morada del enemigo.

Al día siguiente, vistiéndose su mejor ropa, fue, muy alborozado, en busca de su familia a la mansión de la mujer extranjera. Hubiera deseado poder ir en automóvil, pero sólo encontró un viejo coche de caballos. Aun así se sintió muy a sus anchas cuando el cochero detuvo el proyectado penco ante la verja. Wu Lien iba escoltado por dos soldados enemigos.

—Bájate —dijo al cochero desde su asiento—, llama y di que Wu Lien viene a buscar a su familia.

Y siguió sentado, cual un funcionario después de hablar a un subalterno.

Mas el cochero repuso a voces:

—No puedo soltar las riendas de este caballo. En cuanto nota que no las empuño se sienta sobre los cuartos traseros como un perro y luego no consigo levantarlo si no me ayudan lo menos cuatro hombres.

Wu Lien, poco confiado aún en sus escoltadores, no osó pedirles que le ayudaran a levantarlo en un caso dado. Así, pues, hubo de apearse y llamar él mismo a la puerta. Cuando se abrió el ventanillo que en ella existía, Wu Lien habló al anciano portero que asomaba, diciéndole como a un criado suyo:

—Soy Wu Lien y vengo a recoger a mi familia.

El portero, mirando fijamente a los dos soldados, abrió lo suficiente para dejar pasar al mercader, y cerró la puerta en las narices de la escolta. Los soldados empezaron a vociferar y a dar culatazos para que les dejasen entrar también.

—¿Cómo es que le acompañan esos hombres? —inquirió el portero, volviéndose a Wu Lien—.

—Soy un comerciante —repuso el interpelado— y esos jóvenes vienen para protegerme.

—¡Para protegerle! —rió el portero—.

—Lo aseguro —dijo Wu Lien, digno—.

—Pero no puedo hacerlos pasar sin consultar primero a la mujer blanca —se obstinó el portero—.

Wu Lien, pues, hubo de esperar a que saliese la extranjera, ante quien explicó la situación lo mejor que pudo. Los soldados proseguían dando golpes y gritos y Wu Lien, sudando copiosamente, renegaba de haber sido escoltado.

La mujer blanca no parecía oír ruido alguno. Impasible como una imagen de un templo extranjero, dijo con su extranjera voz que hacía parecer siempre extranjero lo que hablaba:

—Así, ¿es usted un traidor a su país?

Wu Lien, más sudoroso cada vez, repuso, malhumorado:

—Señora, ¿qué se yo lo que usted entiende por traidor? A mi juicio soy un hombre que procura ocuparse de lo que importa, lo mejor que puede; y además he de dar de comer a mi familia y no tengo nadie que lo haga por mí.

—¿No ha visto usted lo que ha ocurrido en la ciudad? —preguntó ella, con la misma voz fría—.

Él respondió, más mohíno aún:

—Ha ocurrido lo que ha ocurrido, y no va esperarse cosa mejor de unos vencedores extranjeros. Cuanto antes lo olvidemos todo, antes vendrá la paz.

—Ya veo que es usted un traidor —manifestó la mujer con idéntica serenidad—, y cuanto antes saque de aquí a su familia será mejor.

Se volvió al portero, le mandó que hiciese entrar a los soldados. Abrió el hombre, a regañadientes, y los extranjeros empezaron a protestar de la demora, pero les contuvo la presencia de aquella mujer alta y blanca, de cabello rubio.

—Cállense —mandó ella, como si hablase a chiquillos—. Pórtense con decoro y esténse quietos—.

Wu Lien tembló oyéndola y agradeció a los cielos que los dos hombres no comprendiesen más idioma que el suyo. Pero comprendieron el tono y los ademanes y permanecieron entre humillados y furiosos. La mujer se volvió a Wu Lien.

—Con esa compañía no puedo permitirle pasar de aquí. Aguarde y le traeré a los suyos.

Se alejó sobre la hierba, que rozaba con sus largas sayas negras de corte extranjero. Y Wu Lien quedó con los sombríos guardianes, temeroso de que le acusasen de la dilación en entrar y sintiéndose como un hombre a quien contra su voluntad le dan dos lobos a guisa de mascotas sin que pueda ni rehusarlos ni vencer su temor de ser devorado por ellos. El portero, sonriendo y escarbándose los dientes

con su palillo, miraba a los tres.

A los pocos instantes, Wu Lien vio llegar a su mujer y a Ling Sao. Orquídea les hubiera acompañado con gusto, pero la mujer blanca lo había prohibido, porque Orquídea era aún joven y no convenía que los soldados la viesen.

—Espero que te encuentres bien, madre —dijo Wu Lien—.

—Lo mismo te deseo —repuso ella, sorprendida al ver a su yerno en tal compañía y refrenando por ello cuanto hubiera deseado expresarle—.

Se limitó a inquirir:

—¿Tienes noticias de mi marido?

—No —repuso Wu Lien—. No sé nada desde que la madre de mis hijos vino aquí y ni siquiera sabía que tú estuvieras también.

—Vine la noche que...

Ling Sao se interrumpió, acordándose de que aquel hombre ignoraba la muerte de su madre. Además, había resuelto no contarle todo, sino sólo lo que debía saber.

—Puesto que no has visto al padre de mis hijos, prepárate, yerno, a oír malas noticias que tengo para ti. Tu anciana madre no existe. Murió aplastada bajo una viga cuando el enemigo vino a casa, y mi hombre la ha enterrado en el ataúd que hizo él mismo. Ha levantado un montículo sobre la tumba, en el campo, según me han dicho otras que han venido aquí después que yo.

La mujer de Wu Lien estaba enterada de todo, pero se pasó una mano por los ojos, como prueba de que volvía a llorar aquella pérdida. Wu Lien, con ademán rápido, se secó los ojos también.

Los soldados empezaron a impacientarse y, por tanto, tocaron a Wu Lien en las posaderas con las culatas de sus armas, para darle a entender que valía más aplazar los llantos e irse. Así, Wu Lien no pudo ni siquiera dar las gracias a Ling Sao por sus noticias acerca de la muerta. Ling Sao no debía, correctamente, mostrar temor, pero aún así, clamó a través de la puerta:

—¿No habrá peligro en que vaya mi hija contigo?

Wu Lien, que ya estaba acomodando a los suyos en el carruaje, aunque los centinelas se reservaron los mejores asientos, contestó a voces:

—¡No! Yo y cuanto me pertenece gozamos de protección.

Y se alejó apresuradamente. Ling Sao quedó con la mujer blanca, ante quien sentía un intenso sobrecogimiento. Y más lo sintió ahora cuando la mujer la miró con sus ojos amarillentos y dijo:

—Lo deploro por ti, pobre mujer.

Y se alejó. Ling Sao, viéndola sola con el portero le preguntó:

—¿Por qué me compadece la extranjera cuando hay otras personas que han sufrido mucho más?

—Porque el marido de tu hija se ha convertido en un sabueso del enemigo —

respondió el portero—.

—¡Entonces —exclamó ella—, por eso venía él con sus mejores prendas color vino y con un sobretodo de terciopelo!

—Seguramente por eso —sonrió el portero, persistiendo en escarbarse los dientes—.

Ling Sao volvió al local donde estaban Pansiao, Orquídea y sus nietos. Hacía excesivo frío para andar al aire libre. La lluvia que cayera se había transformado en nevada y Ling Sao agradeció el calor del edificio al entrar en él. El que su hija mayor estuviese fuera la desasosegaba mucho. Lo contó todo a su hija menor y a Orquídea, y cuanto más hablaban más anhelaban las mujeres estar fuera y libres a su vez.

"Yo comería con más agrado si viese a mi viejo", pensaba Ling Sao. Y, reflexionando en su esposo y sus hijos, se sentía segura de que no vivían bien sin ella, porque como toda buena ama de casa, les había acostumbrado a no valer para nada sin su presencia. Se notó sombría. Imaginaba la casa sucia, las cosas sin hacer, los hombres comiendo vituallas frías, crudas y como podían. Ni siquiera sabía si alguno de ellos se había fijado nunca en cómo ella cocía el arroz, o preparaba las berzas, el pescado y la carne.

"Puede que todavía no haya carne a la venta —se dijo—. Pero pueden coger pescado en la alberca si rompen el hielo, suponiendo que lo haya. Mas, ¿sabrán limpiarlo y hacer lo demás? "

Por todo el local circuló cierta desazón cuando se supo que habían salido e ido a su casa algunas de las refugiadas. "Se ve que las cosas han mejorado —pensaban todas—. La próxima vez, si mi marido tiene caletre, me tocará a mí." Y así todas ansiaban marcharse, y las madres, perdiendo la paciencia, azotaban a los chiquillos por menudencias que otras veces les perdonaban. A la noche, la mitad de los niños estaban llorando, y Ling Sao maldecía para sí y ansiaba volverse a su casa.

No puso las cosas mejor una carta que a los pocos días envió su hija mayor a Ling Sao. En la carta se alardeaba de los hermosos cuartos que ocupaba la familia en una casa que había pertenecido a un hombre muy rico, y se hablaba de los muchos honores que recibía Wu Lien y de que la familia vivía mejor que viviera en la paz. Ling Sao dijo:

—Me parece que el enemigo es mejor de lo que nos figurábamos y desde luego ha tratado bien a mi hija mayor y a su marido. Además, la ciudad ahora está en calma.

A Ling Sao le constaba bien que su hija no sabía escribir, como ella misma no sabía leer. Había tenido que apelar a una profesora de aquel colegio para que le leyese el mensaje. Esta profesora, una solterona vieja, era la única verdadera virgen que Ling Sao hubiera conocido nunca, porque ¿quién sabe lo que hacen las monjas en sus conventos? Presumía, pues, Ling Sao que la carta había sido escrita por Wu Lien y no

se le ocurrió dudar de su contenido, porque era de esas personas que siempre creen una cosa en cuanto la ven escrita.

Pero la solterona declaró:

—Yo no creería esta carta a pie juntillas. Tenemos noticias de que en la calle hay muchas muertes y se viola a muchas mujeres.

Habló así alzando la nariz, y Ling Sao sonrió: "¿Qué podría saber aquella solterona de violaciones?", pensó Ling Sao.

—¿Eres monja, señora? —preguntó, curiosa—.

—No lo soy —repuso la otra, enojada—, y las casamenteras me han buscado innumerables veces; pero he preferido la cultura y los libros y todo lo inherente a ellos.

—Una nuera mía es como tú —declaró Ling Sao— y ahora va a tener un hijo.

—Ya —repuso la mujer, sin darle importancia—.

Y así era. Ling Sao se apartó después de darle las gracias por la lectura.

Contó a Orquídea y a su hija menor las buenas noticias de la carta, y Orquídea, hablando de ello con las otras mujeres, hizo aumentar la general excitación. Nadie estaba tan harta del refugio como Orquídea, porque le parecía muy tedioso aquel edificio pardo, con su hierba seca por el invierno y con su silencio, sólo interrumpido dos veces al día por himnos que sonaban en el pequeño templo contiguo, a donde se podían ir si se quería saber cómo era la religión de los extranjeros. Orquídea entró una vez allí, pero no entendió nada. Los cantos le parecían quejas. En consecuencia, no retornó más.

Para colmo, la comida era siempre igual, y al cabo de algún tiempo empezó a parecerle insípida. Estaba ansiosa de encontrar alguna golosina. En la aldea, Orquídea salía siempre corriendo cuando oía la campana con que los vendedores de confituras anuncian su mercancía. Solía comprarles tallos de cebada envueltos en ajonjolí, o bien ajonjolí con azúcar moreno, formando cuadros. Pero le gustaba más que todo el dulce llamado "piel de vaca", tan duro que se puede estar mascándolo la mitad del día. También los niños estaban inquietos porque no tenían juguetes, y clamaban pidiendo las frágiles chucherías que antes compraban a los vendedores ambulantes, como perros y muñecas de barro, molinos, monigotes de azúcar, cometas y faroles en forma de conejos, peces y mariposas... Y aquí no poseían nada.

Por lo tanto, cuando Orquídea supo lo bien que vivía su cuñada, reflexionó:

"La ciudad ahora está tranquila y no hay razón para que yo salga una mañana sin que lo noten. Iré a ver lo que venden en las tiendas. También puedo visitar a mi cuñada y, si todo marcha bien, mandaré aviso por alguien al padre de mis hijos y nos volveremos a casa."

Pero no contó nada a nadie, porque era una de esas mujeres blandas y obstinadas que, pareciendo siempre ceder en todo, realizan al fin lo que quieren a causa de que

nunca dicen a nadie lo que van a hacer. De manera que, a los pocos días, mientras su hijo menor dormía y el otro jugaba, Orquídea, bostezando ante Ling Sao, le mintió así:

—He dormido mal anoche y voy a tumbarme un rato si no te molesta darme una ojeada a los niños.

—Duerme si no tienes nada que hacer —repuso Ling Sao, algo adusta—.

Se había arreglado para encontrar una rueca y un poco de algodón y estaba hilando hilo blanco. Ling Sao era la clase de mujer que siempre encuentra algo que hacer y, si no, lo inventa. A la sazón empezó a trabajar con cierta ostentación, para dar a entender a Orquídea que las dos no eran iguales.

Orquídea, sonriendo, penetró en la sala y, cruzando la puerta opuesta y siguiendo luego por detrás por una tapia, llegó a la salida. Sabía de antemano que ésta era la hora en que el portero cerraba la puerta e iba a comer. Nadie podía verla. Orquídea descorrió con sigilo la barra del portón, sin que nadie la oyese, y, pasando a la calle, cerró la puerta tras ella. Si el portero se asomaba a la ventanilla creería que nadie había tocado la puerta. Fuera, Orquídea se sintió como un pájaro en libertad. Llevaba en el pecho algún dinero —el que tenía encima cuando Ling Tan les hizo huir— y podían gastarlo. Bajó, satisfecha, por la calle. Había poca gente, porque era casi mediodía. Hacía una mañana despejada y fría, el aire era penetrante y todo en torno parecía estar en paz.

"¡Cómo se sorprenderá la madre de mi marido cuando yo vuelva y le cuente lo tranquila que está la ciudad! —se dijo—. No hay razón para que no volvamos a casa. De todos modos, no haré más que llegar a la primera tienda y me volveré."

Y prosiguió, ignorando que los enemigos la habían divisado desde que atravesó la puerta. Se habían emitido órdenes superiores para que no se cometieran desmanes en las calles, pero nadie sabía lo que pasaba detrás de los muros, y cuando Orquídea cruzó ante uno de los evacuatorios públicos que suele haber en las arterias importantes, se dio súbitamente de manos a boca con cinco soldados enemigos que acechaban el momento de ver pasar a una mujer sola. Semejantes mujeres escaseaban, porque ¿qué mujer osaba salir sola en tales tiempos? Viendo a Orquídea imaginaron que era una cortesana, notándola tan alegre. Además, tenía la cara suave y redonda, el cuerpo lleno y mórbido, la boca carnosa y encarnada. Los soldados, aferrando con fuerza a la joven, disputaron sobre quien había de usar de ella primero.

Era Orquídea una de esas mujeres que viven largo tiempo si son mimadas y atendidas, pero que resisten mal la adversidad. Cuando vio las oscuras caras, contraídas por la lujuria, de aquellos hombres, se sintió desmayar. Uno tras otro los hombres la atropellaron sin que los viandantes que circulaban por allí osasen entrar en aquel lugar público cuando veían en él a cinco soldados con los fusiles apoyados en la pared. Orquídea se hallaba indefensa como un conejo en poder de perros lobos.

Gritó y la golpearon. Luego uno le cubrió con una mano la boca y la nariz y ella, tras un breve forcejeo, expiró como un conejillo. El último hombre hubo de poseerla cuando ya estaba muerta. Después los cinco la dejaron y se marcharon.

Sólo entonces unos cuantos transeúntes compasivos se atrevieron a entrar y a cubrir a la pobre víctima, preguntándose quién era y de dónde vendría.

—Es una campesina —comentaron—. Se le nota en el aspecto y en que lleva un alfiler de plata como el que usaban nuestras madres. Además, gasta una chaquetilla corta y una anticuada falda de seda negra. Era una aldeana e ignoraba las cosas que ocurren ahora en la ciudad.

Todos los transeúntes eran hombres. En las calles no se vela una sola mujer. No sabían qué hacer con aquel cadáver. Nadie osaba conducirlo a su casa, por temor a ser acusado de la muerte. Al fin, uno, más avisado que los otros, dijo:

—Llémosla a la casa de la mujer blanca, a la que nadie culpará. Ella podrá sepultarla si nadie reclama el cadáver.

Llamaron a un *rickshaw*, y aunque el conductor no gustaba de semejante carga, accedió cuando le hablaron de transportarla a la casa de la mujer blanca. Era posible obtener una propina... Así, Orquídea fue llevada a la puerta de donde poco antes saliera viva. Ahora el portón estaba cerrado y el portero, acabada su colación, se sentaba dentro, en su banqueta, escarbándose los dientes con el palillo. Se levantó al oír arañar la puerta, abrió y al ver a Orquídea exclamó:

—¡Pero si esta mujer estaba refugiada aquí!

—¿Por qué la dejaste salir? —gruñeron los hombres—.

—No la dejé. No dejo salir a ninguna.

Pronto alboreó en su mente la explicación de lo sucedido. Comprendió por qué la puerta estaba desatracada cuando él salió de su cuarto. Había creído en un olvido propio y, reflexionando que iba haciéndose viejo y celebrando que nadie hubiera reparado en el descuido, se había apresurado a cerrar.

—Ha debido escaparse mientras yo comía —dijo—.

Y corrió en busca de la mujer blanca, no sin asegurar la puerta bien.

La extranjera estaba en oración. Acudió a ver el cadáver, con la cara más severa que nunca.

—Habéis hecho bien en traerla aquí —dijo a los hombres—, porque aquí ha pasado muchos días y aquí están sus hijos y su suegra. Así podré avisar a su marido.

Todos se alejaron, satisfechos de haber obviado el peligro, y el conductor del vehículo se sintió más contento que ninguno, merced a la propina recibida.

Luego la mujer blanca mandó al portero que llamase a otros sirvientes y entre todos transportaron a la muerta hasta el zaguán del templo, donde la dejaron encima de una mesa larga y baja. Entonces, pausada y pensativa, la extranjera fue en busca de Ling Sao y con pocas y amables palabras le relató lo sucedido.

Primero Ling Sao creyó que la extranjera confundía a Orquídea con alguna de las muchachas refugiadas.

—Estás engañada, mujer blanca —dijo—. La esposa de mi hijo duerme ahora en su cama y yo estaba pensando llamarla ya, porque su niño pequeño se ha despertado y ella lleva durmiendo la mitad del día.

Sin mover un músculo de su rostro triste, la extranjera repuso:

—Ven conmigo.

Y, tomando a Ling Sao por la manga, la llevó hasta el pórtico del templo. Viendo en la mesa baja a Orquídea, Ling Sao prorrumpió en alaridos. No podía imaginar cómo había sucedido aquello. Y clamaba:

—¡No hace dos horas que la vi, bien gorda y de bien vida!

La mujer blanca explicó concisamente lo que sospechaba que había sucedido, y Ling Sao atendió.

—Así tiene que haber sido —se lamentó luego—. Es una cosa tal como sólo a esta pobre sandía podía ocurrírsele. Siempre ha sido reservada y terca a pesar de sus sonrisas y su suavidad, y ello le ha costado la vida. Haz el favor de avisar a mi marido y a mi hijo, porque yo sola no sé lo que se debe hacer.

—Esta noche, cuando oscurezca, enviaré un emisario por la puerta del Agua —dijo la extranjera—. Puesto que tu nuera está muerta, es inútil arriesgar una vida enviando aviso de día.

Sin una lágrima en su faz inmutable, ordenó a un sirviente del templo que cubriese a Orquídea con una sábana y que vigilara el cadáver mientras se resolvía lo que iba a hacerse con él. La extranjera no concedió más atención a los llantos de Ling Sao que a los de un chiquillo. Ling Sao hipó:

—¡Es horrible! Ahora me encuentro sola con sus dos pequeños... ¿Cómo voy a buscar otra mujer para mi hijo en estos tiempos que corren? Y tú, en cambio, mujer blanca, tienes los ojos secos.

La extranjera contestó con su voz clara y sin inflexiones:

—Tantas cosas he visto que ninguna logrará hacerme reír o llorar de nuevo.

Sus ojos se elevaron al cielo, como contemplando algo que Ling Sao no conseguía ver. Añadió:

—Creo que mi corazón no volverá a conmoverse hasta que se halle en presencia de mi amado Señor.

Ling Sao, dejando de llorar, la miró, atónita.

—¿Tu Señor? Me han dicho que eres soltera.

—Lo soy en ese sentido terreno, pero me he consagrado a Dios, al único y verdadero Dios y algún día Él me llamará a su lado.

Ling Sao estupefacta sintió secarse sus lágrimas y sólo acertó a murmurar: "O-mi-to-fu", para librarse de las hechicerías extranjeras.

La mujer blanca fijó sus ojos pálidos en Ling Sao y pareció penetrarla con la luz que los encendía.

—También Dios desea que vayas a Él, buena mujer. Acaso te haya traído esta congoja para que tu corazón se ablande y te vuelvas a Él.

Ling Sao, más amedrentada cada vez, empezó a retroceder ante la extranjera.

—No puedo ir con él —dijo, presurosa—. Tengo mi marido a quien atender... y además esos dos niños. Soy una mujer llena de ocupaciones y hasta ahora nunca había salido de mi casa.

—También en tu casa puedes servir a Dios —repuso la mujer blanca, acercándose a ella—.

A la aterrada Ling Sao le pareció que aquella extranjera se tornaba más alta cada vez, por arte de brujería. Exhalando un agudo grito, huyó del templo, atravesó el césped, penetró en el local donde estaban las mujeres con los niños y les contó, jadeante y llorosa, lo que le había pasado a Orquídea y cómo el dios de la mujer blanca había dispuesto su muerte.

En los pocos instantes que su plática le invirtió, dejó espantadas a todas las mujeres. El pánico fue tal que las sirvientas acudieron oyendo el alboroto, y la profesora soltera hubo de acudir y explicarles el significado de las expresiones de la mujer blanca. Pero ninguna de las refugiadas lo creyó, y de no ser porque aquella tragedia le había ocurrido a Orquídea por escaparse, todas se hubieran desbandado y huido del refugio en aquel mismo momento. De todos modos, ansiaron ahincadamente que la mujer blanca no se les acercase, al menos hasta que fuesen a volver a sus casas.

En el intermedio se aproximaba el anochecer, y Ling Sao acostó a los niños, que eran aún harto pequeños para comprender lo que significaba haber perdido a su madre. Junto a ellos se sentaba Ling Sao, abatida por las emociones del día, sin haber comido nada entretanto y anhelosa de ver si llegaban su hijo y su esposo. Mucho después del oscurecer, pero también mucho antes de medianoche, oyó pisadas y, alzando la vista, vio al portero que le hacía señas. Levantándose, Ling Sao se abrió camino entre los durmientes. Fuera, en las frías tinieblas, estaban ambos hombres. Nunca había sentido ella consuelo semejante. Comenzó a llorar, volviéndose alternativamente a uno y a otro.

—¡Oh, esposo mío! ¡Lo que nos ha ocurrido! ¡Oh, hijo mío! ¿Qué podré hacer por ti?

La mujer blanca, que había contado ya a los hombres lo sucedido, se acercaba de nuevo. Viéndola, se secaron las lágrimas de Ling Sao. Pero ya no sentía temor, puesto que tenía a su lado a su esposo.

—Venid —dijo la mujer blanca, conduciéndoles al lugar en que oraba y en que

leía sus libros sacros—.

Les hizo sentarse y les dijo que temporalmente ella se podía encargar, si querían, de buscar un ataúd para Orquídea y de sepultarla allí mismo.

—Cuando vengan mejores tiempos —añadió—, podéis llevarla a vuestros campos, si ello os agrada.

Los tres se miraron. Ling Tan habló:

—No hay miedo ahora de que podamos sacar de la ciudad un ataúd y un cadáver y, por tanto, haremos eso y quedaremos muy agradecidos. La bondad de usted nos parece increíble y no es fácil de encontrar, ni siquiera circuyendo los cuatro mares.

—No tengo mérito alguno. Lo hago en nombre del verdadero Dios, a quien sirvo —dijo la mujer blanca—.

Los hombres nada contestaron, porque nadie entendía lo que ella quería hacerles entender. Ling Sao, en cambio, se asustó de nuevo y resolvió volverse aquella misma noche con Ling Tan. Cuando él se levantó, ella se levantó también.

—Me iré contigo —dijo—.

—No te irás. Los tiempos no están tranquilos aún, y no sabemos lo que será de nuestras vidas con estas gentes que nos mandan.

—Iré contigo —dijo—.

Ling Tan conocía a su mujer y le bastaba ver su rostro resuelto y ensombrecido para saber que nada le impediría marcharse si había decidido hacerlo.

—Maldita seas, ¡oh, hija de terca de una no menos terca madre! Y si algún mal te adviene, ¿habré yo de tener la culpa?

—Nadie la tendrá sino yo —repuso ella—.

Ling Tan no estaba pronto a ceder.

—¿Y nuestra hija? ¿Vas a dejarla sola?

Ling Sao quedó desconcertada un momento. La extranjera intervino.

—Si su mujer se va, yo me ocuparé de esa muchacha. En los tiempos de paz yo tenía aquí una escuela de niñas, pero ahora las alumnas están a mil millas río arriba, en país libre. Mañana parten otras en un barco extranjero, vigiladas por dos compatriotas míos y sus mujeres. La hija de ustedes, si se va, estará a seguro, y cuando quieran que regrese pueden decirlo.

Los tres de la familia se miraron y reflexionaron. Ling Tan volvió a hablar por todos:

—En tiempos corrientes no consentiríamos en eso, porque nos correspondería velar por nuestra hija y buscarle un buen marido, pero ¿quién piensa ahora en matrimonios ni en aceptar en su casa una joven aunque sea como esposa de un hijo? Sea como usted dice, señora. Únicamente le pedimos que nos diga de vez en cuando si nuestra hija vive.

—Aprenderá a escribir y ella misma lo dirá —replicó con bastante afabilidad la

mujer blanca—.

Nadie adujo nada. En los antiguos días de Ling Tan se hubiera burlado de la idea de que su hija aprendiese a leer y escribir, pero al presente, divididas las familias, era clara la utilidad de tal conocimiento.

El hijo mayor no había hablado una sola palabra. Casi le habían olvidado, pues, cuando dijo:

—Quiero ver por última vez a la que fue madre de mis hijos.

Nadie le había dicho de un modo completo cómo había muerto Orquídea, ni él lo había preguntado. Ling Sao sintió la necesidad de seguir sin decírselo.

—Yo iré primero, hijo —repuso, venciendo su temor para recordar que era madre—.

—Pueden ustedes verla —manifestó la mujer blanca. Y añadió, como si adivinase el pensamiento de Ling Sao—: La he lavado y puesto ropas limpias y ahora descansa en paz.

Les precedió, aún mientras hablaba, llevando en la mano la lámpara que había tomado de la mesa. Ling Sao la seguía, avergonzada de haber temido a aquella mujer tan buena. Mientras Ling Sao había estado transmitiendo sus temores a las demás, la extranjera se ocupaba de lavar a Orquídea. Ling Sao se sentía humillada y callaba... Llegaron al zaguán del templo. La mujer blanca alzó la sábana y el marido de Orquídea pudo ver el rostro de su mujer. No había herida alguna en aquella cara dormida y los labios carnosos parecían sonreír. El aspecto de Orquídea era el mismo que solía tener por las noches en la cama conyugal. Las lágrimas acudieron a los ojos del joven, llenaron su garganta, surcaron sus mejillas... Lo mismo les sucedió a todos menos a la extranjera. Ésta permanecía inmóvil, sosteniendo en alto un pico de la sábana. Al cabo Lao Ta se volvió, diciendo:

—Tápela.

La mujer la cubrió.

Se alejaron. Mientras Ling Sao iba a despertar a los niños. Ling Tan y su hijo aguardaron fuera, en la noche. Ling Tan comprendía el disgusto de su hijo y oía su llanto reprimido. Separándose un tanto de donde esperaba también la mujer blanca, el padre dijo:

—Llora todo lo que te pida tu corazón, pero piensa que todo lloro tiene su fin. Eres joven y algún día encontrarás otra madre para tus hijos.

—No me hables de eso todavía —respondió Lao Ta—.

—No lo haré, pero recuérdalo —insistió el padre—.

El joven no contestó. Ling Tan sabía que le había dado algún consuelo, no tratando de disminuir el dolor de su pérdida, sino haciéndole comprender que debía seguir su vida por el bien de la familia.

Dentro, Ling Sao vestía a los niños y hablaba a Pansiao de lo que habían

acordado para ella.

—No temas —decía—. Mis miedos de esta tarde eran estúpidos, porque mientras yo hablaba aquellas cosas la mujer blanca estaba lavando y amortajando a Orquídea. Ahora nos ofrece sacarte de aquí y llevarte a una escuela en un sitio seguro. Allí aprenderás a leer y escribir.

Y la mujer se preguntó por qué la jovencita no se asustaría. Ignoraba que Pansiao, aquella muchacha que trabajaba en su casa en silencio y sin quejas, anhelaba desde que tenía uso de razón ir a una escuela así.

—No temo, madre —repuso—.

—Y escríbenos en cuanto aprendas —le recordó Ling Sao—. Nuestro primo tercero leerá tu carta.

—Lo haré, madre —contestó Pansiao—.

Y les acompañó a la puerta, llevando en brazos al niño pequeño en tanto que Ling Sao llevaba al mayor. Hablaba en voz baja, para no despertar a la gente.

Viendo a su hija, Ling Tan le dio instrucciones respecto a la obediencia y buena conducta y luego se volvió a la extranjera y le confió a su hija con estas palabras:

—A su merced entrego esta indigna hija mía. Pequeño es el don y, sin embargo, ella es de mi carne y mi sangre. En nuestra casa apreciamos a nuestras hijas más que algunas otras, y ella es la menor de todos los nuestros. Si no es obediente, envíela a nuestra casa y perdónenos.

La mujer blanca sonrió por primera vez. Extendiendo la mano, cogió la de Pansiao.

—Creo que será obediente —dijo—.

Se despidieron con muchas reverencias y expresiones de gracias. Ling Tan cargó con el menor de sus nietos y Lao Ta con el mayor de sus hijos y todos se dirigieron hacia la puerta. El corazón de Ling Sao voló hacia su hija menor por un momento. Volviéndose para verla una vez más a la luz de la lámpara de la extranjera, Ling Sao advirtió que la jovencita alzaba la cabeza, murmurando a la mujer blanca. Ésta preguntaba:

—¿Te sentirás contenta con nosotras?

Ling Sao vio el rostro de su hija colmado de sincera alegría al contestar:

—Me sentiré contentísima.

Mientras caminaban en la noche, en medio de la oscuridad, sobre el duro camino, sin luz alguna para impedir que el enemigo, viéndolos, les preguntase adónde iban y por qué, Ling Sao, a pesar de todo, se sentía confortada con el pensamiento de retornar a su casa. No ignoraba la ruina de su hogar, porque la había visto, pero esperaba que su marido hubiera reparado más cosas de lo que había hecho, y casi contaba ver su casa tal como estaba antes de que llegara el enemigo. Ling Tan no

había tenido tiempo de explicarse al respecto porque se sentía abrumado por la muerte de Orquídea y por la necesidad de decir a su mujer lo que no había hecho aún: que el hijo menor se había echado al monte.

Durante todo el largo camino fue pensando lo que debía hablar de la marcha del muchacho y de sus motivos. En su duda entre la voluntad de ocultar alguna cosa y su certeza de que Ling Sao poseía un olfato infalible para averiguar primero que él le escondía algo y luego lo que era, el trayecto resultó tan breve, que cuando Ling Tan se vio ante su casa, creyó no haber hecho nunca más de prisa el viaje desde la ciudad, a pesar de ser de noche y de llevar un niño en brazos.

Ling Sao cruzó el umbral y el patio y penetró en el edificio. Encendió la lámpara de aceite vegetal que estaba en su sitio ordinario de la mesa. Mesa la había, pero era una tabla sostenida en dos postes que Ling Tan había hincado en el suelo de tierra. Viendo aquello y todo lo demás que la luz le mostró Ling Sao estalló en un gran clamor, mientras miraba en torno:

—¿Dónde está todo lo que yo tenía? ¿Dónde las sillas, y la mesa grande? ¿Y no habéis podido encontrar nuestros candeleros de peltre? ¡Yo que creía que lo habíais arreglado todo!

Sus ojos buscaban con rapidez las cosas conocidas, registrando una pérdida tras otra.

—¿Dónde está el par de mesitas que traje de casa de mi padre? ¿Tampoco existen? ¿Ni habéis reparado nuestro par de taburetes iguales?

Los dos hombres se habían acostumbrado a la casa tal como estaba y habían olvidado la mitad de lo que antes poseyeran, porque, como hombres, no tenían la diaria faena de limpiar y quitar el polvo y usar las cosas que Ling Sao lloraba ahora y antes se había enorgullecido en poseer. Los dos permanecían como idiotas, con los niños en brazos, mientras ella andaba de cuarto en cuarto llorando por cada objeto que faltaba. Al fin, se sentó, lloró por todas juntas. Los hombres, dejando a los niños, hubieron de inclinarse para consolarla, olvidando entrambos su propio disgusto.

—¡Ay! —gemía Ling Sao—. ¡Ya no tengo casa! ¿Cómo podré llevar la cabeza alta entre las otras mujeres? ¡Yo que poseía la mejor casa de todo el pueblo! Ahora no tengo nada...

Sin saberlo, Ling Sao lloraba por otras cosas también. Lloraba porque estaba exhausta y porque sus hijos estaban muertos o dispersos, y porque presentía que el mundo no volvería a ser el mundo antiguo y bueno en que viviera siempre. Una vez iniciado el llanto, parecía imposible hacerlo cesar. Los dos hombres, comprendiéndolo así, desistieron de intentarlo. El hijo se retiró a su alcoba y Ling Tan maldijo primero a las mujeres que daban tanto valor a objetos de peltre, madera y arcilla; y luego a la guerra y a cuanto a ella se refería.

—¡Malditos los hombres que vienen al mundo para trastornarlo con guerras! —

exclamó—. ¡Malditos sean los que arruinan nuestras casas y atropellan a nuestras mujeres y llenan nuestras vidas de terror y de vacío! ¡Malditos los que, sin hartarse con las pependencias y golpes de la niñez, quieren seguir siendo chiquillos cuando son mayores y con sus guerras y luchas destrozan las vidas de las gentes honradas como nosotros! ¡Malditas todas las mujeres que dan el ser a hombres amantes de la guerra, y malditas sean sus abuelas y todas las de su especie!

Así maldijo, bronco y con la faz ensombrecida, y luego de repente rompió a llorar al acordarse de que su mujer, más pronto o más tarde, había de preguntarle dónde estaba su hijo menor. Viendo el llanto de su marido, Ling Sao vino a razones, recordó su misión de mujer, se enjugó los ojos con la punta de la chaquetilla, y, acercándose a él, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Cálmate, hombre. Ya sé que he sido una mujer muy rezongona contigo, pero no volveré a serlo. Ya estoy en mi casa otra vez y no saldré de ella pase lo que pase. ¡Maldito sea el enemigo! Tú y yo no volveremos a marchar de aquí.

Cesó, pues, de llorar y se puso en actitud atenta. Luego, alzando la cabeza, preguntó lo que esperaba Ling Tan.

—¿Tan profundamente duerme nuestro tercer hijo que no ha oído llegar a su madre?

Ling Tan comprendió que no lograría ocultar nada y que era mejor decir toda la verdad. Si su mujer quería quedarse allí y si los dos iban a soportar juntos lo que pudiera esperarles y que no siempre sería bueno, debían repartirse la carga entre ambos. Así, entre muchos suspiros e interrupciones, Ling Tan explicó lo sucedido el día en que su hijo menor huyó al monte, y Ling Sao escuchó sin decir palabra hasta que su esposo acabó de hablar. Sin preguntarle más, la mujer dijo:

—Por lo menos nuestro hijo vive.

—Sí, por lo menos vive —repuso Ling Tan—.

Se fueron a su dormitorio y se acostaron vestidos. A Ling Tan le asombró advertir que, tras tantas noches de soledad, no tenía deseo alguno de aquella mujer a quien amaba.

"Estoy muy cansado, pero no debe de ser eso solo —pensó—. Me parece como si el trato del hombre con la mujer hubiera de ser purificado de alguna manera antes de que un hombre decente vuelva a pensar en ello."

Y en voz alta manifestó:

—Comparadas con la cama grande que teníamos, estas tablas son duras, pero los enemigos destrozaron todo el tejido del fondo y no he encontrado cañas para recomponerlo.

—¿Qué me importan —dijo ella— las camas, ni las mesas, ni las sillas, ni los taburetes, ni nada?

Y él comprendió que su mujer estaba, al fin, afectada hasta el fondo, con un

disgusto irrebasable ya.

A pesar de tantos sinsabores los cielos permanecían inmutables, el sol brillaba como antes, la luna salía y se ponía, lucían las estrellas, había nubes y lluvia y la estación, como siempre, pasaba de invierno a primavera. La vida continuaba, incluso la de aquella familia.

Bastante después de la muerte de Orquídea, de la partida de la hija menor y del regreso de Ling Sao a su casa, un hombre que cruzó por la aldea sin detenerse dejó una carta en manos de Ling Tan. Éste la abrió y, aunque necesitaba llevársela a su primo tercero para que la leyese, ya antes de la lectura conocía lo principal del mensaje. Porque al rasgar el sobre le cayó en la mano un cordoncillo de seda escarlata. Dando una gran voz, Ling Tan corrió en busca de su mujer, la cual estaba en la cocina, tras su fogón, que ella misma había reparado con barro. El hombre alzó el cordón. Ling Sao empezó a vociferar. Acudió el hijo mayor, que había estado en su cuarto haciendo comer, pacientemente, a su hijo menor aquella papilla de arroz y agua que preparaba Ling Sao. E incluso Lao Ta, a pesar de la pena que ponía perenne lividez en su rostro, exhaló gritos de alegría.

En la casa arruinada, en la aldea medio destruida, bajo un enemigo tan implacable como siempre, aquellos tres seres se reanimaban al saber que, en un sitio ignorado, Lao Er y Jade habían tenido un hijo.

CAPÍTULO DIEZ

Aquella era una alegría en medio de sus congojas. Al día siguiente, después de comer y lavarse, fueron a casa del primo tercero, y Ling Tan, sacando del pecho la carta de su hijo segundo, pidió a su pariente que se la leyera.

En aquella aldea siempre el recibir una carta tenía importancia, y más ahora en que no había llegado ninguna desde que viniese el enemigo. De modo que no procedía leerla al descuido. Ante todo el primo se lavó la cara y manos y se enjuago la boca, y su esposa, separándose del lecho de su hijo, acudió a escuchar, y anduvo dando la noticia a los vecinos. Cuando el primo hubo leído la carta para sí y reflexionado para cerciorarse de que la había entendido bien, se dispuso a leerla en voz alta, y ya entonces había en torno diez hombres reunidos para oír las noticias.

Ling Tan y su mujer, tras esperar con paciencia, pudieron al fin informarse del texto de la carta. La espera no había sido grata, porque el joven herido empezaba a pudrirse y había un hedor tremendo, mas todo lo soportaba el matrimonio con tal de tener noticias de su hijo, su nieto e incluso de Jade. El primo carraspeó, escupió, tomó un sorbo de té, alzó la carta y, mirando severamente a los circunstantes (consciente de su importancia y de que, siendo el único que sabia leer, todo dependía de él), levantó la voz y empezó:

—"Muy honrados padres: Esperamos que os halléis bien y que todo en casa marche como de costumbre. A nuestro hermano mayor y los suyos presentadles nuestros respetos, y a los demás nuestros buenos deseos y nuestra esperanza de que todo ande como de costumbre."

Ling Sao, secándose los ojos, exclamó:

—¡De qué poco valen los buenos deseos ahora!

Ling Tan le hizo signo de que callase y el primo continuó:

—"Desde que dejamos nuestra buena casa y os vimos por última vez, hemos viajado por lo menos mil millas y ahora estamos en un sitio donde nos hemos parado para que nazca nuestro hijo, pero no contamos estar mucho tiempo, porque se dice que el enemigo se acerca. Sin embargo, si tú, honrado padre, puedes decirnos cómo se vive bajo el enemigo, acaso nos quedemos si el enemigo no es demasiado malo, porque aquí hay trabajo y yo, tu segundo hijo, puedo muy bien tirar de un *rickshaw* y ganar con ello dos veces lo que suele ganar un maestro de escuela, porque ahora los trabajadores gozan de salarios altos."

A esto la mujer del primo aulló a su esposo:

—¿No te he dicho siempre que el saber no vale de nada? Ya ves, viejo, cómo podríamos estar si tuvieses fuerza para llevar un *rickshaw*. Pero no eres capaz de eso, porque tienes el estómago lleno de tinta. Siempre he dicho que por eso te huele el aliento tanto.

El primo, viéndose lesionado en su dignidad, replicó:

—¿Y quién leería esta carta con las noticias que contiene si no estuviera yo aquí?

Miró a los presentes y todos hicieron gestos confirmatorios de que él era quien más valía de todos, y entonces continuó:

—"Vuestro nieto ha nacido el último día del mes decimotercero, algo antes de tiempo por lo mucho que su madre ha andado. Tranquilizaos por el niño, porque está sano y fuerte. Cuando los tiempos mejoren iremos y os lo enseñaremos."

—¿Cuándo vendrán esos tiempos? —dijo Ling Sao—.

El primo prosiguió:

—"Si las cosas empeoran iremos a las partes altas del río y os escribiremos desde allí. Si nos escribís, confiad la carta a Liu, el octavo hermano, el de la tienda que está en la esquina de las calles de la Aguja y del Mercado de Pescado."

—¿No hay más? —preguntó Ling Tan—.

—Sólo el adiós y la firma —repuso el primo—.

Ahora que la carta había terminado y dejaban de ocuparse de ella, todos repararon de nuevo en el hedor, y Ling Sao preguntó a la mujer de su primo cómo estaba su hijo. La mujer, suspirando, repuso que ya estaba lleno de gusanos y que tenía mala traza. Pidió a los reunidos que fuesen a ver al herido y le diesen consejos. Todos, levantándose, pasaron a la habitación del joven, mas el olor era intolerable, y los visitantes hubieron de llevarse las manos a las narices.

Ninguno se acercó al muchacho, que estaba pálido y flaco como si se hubiese pasado la vida fumando opio. Todos suspiraban cuando el joven volvió su apagada vista hacia ellos, y se apresuraron a salir. La madre comprendió que juzgaban el caso desesperado y así apoyando la cara en la pared, lloró. Ling Tan y su mujer le exhortaron a que no llorara, al menos hasta que su hijo estuviese muerto en realidad, mas ella, sollozando, repuso:

—Si tengo ganas de llorar, lloraré. El muchacho está ya casi muerto, porque tiene el vientre lleno de gusanos. Luego empezarán a roerle el corazón. ¿Qué haré yo entonces?

Viendo que no aceptaba consuelos, la dejaron.

La poca voluntad de vivir que le quedaba al joven le vino abajo oyendo aquellas palabras de su madre, y antes de que transcurriera una hora volvió la cara a la pared y abandonó todo deseo de seguir resistiendo. Cuando la madre volvió a su lado, en el lecho de su hijo no había cosa viviente, fuera de gusanos.

Ling Tan, al saberlo, suspiró y dijo a su esposa:

—Estoy seguro de que ese muchacho no hubiera sido cosa de provecho y que hubiese acabado haciéndose bandido y robándonos como ellos nos roban; pero, sin embargo, ¿por qué ha de haber muerto mientras otros, que son peores, viven? Tenía derecho a vivir y el enemigo le ha quitado la vida, y por eso cada día siento más odio

contra los enemigos que han traído la guerra a gente buena como nosotros. Tanto odio tengo que juro que no podré soportarlo si no lo quito de encima de alguna manera.

Ling Sao, temerosa al oírle, respondió:

—No dejes que el odio te llene la sangre, porque te la envenenará, y si te pones enfermo, ¿qué podré yo hacer?

Ling Tan comprendió que su mujer tenía razón y le prometió no pensar en aquellas cosas, sino en otras distintas, como en arar la tierra ahora que llegaba la primavera. Y así lo hizo, congratulándose de que la tierra siguiese allí y de que le brindara las labores que el suelo exige en todas las estaciones.

No sabía que, desde que el hijo del primo tercero murió, la mujer de aquel primo no odiaba ya al enemigo, sino a Ling Tan, porque creía verdaderamente que si el joven se hubiera casado con Jade estaría vivo todavía. Por las noches no paraba de decir a su esposo:

—Si Jade hubiera sido mujer de nuestro hijo, no le hubiera dejado ir a la ciudad aquel día, ni él hubiese tenido ganas de marchar de casa. Sólo se fue por el disgusto que sentía. Y, aunque no fuera así, ahora yo tendría un nieto y el hijo de Jade sería nuestro y no de Ling Tan. En buen derecho y ante los dioses es nieto nuestro y no de Ling Tan, y éste nos ha robado con el peor de los robos, porque nos ha quitado nuestra casa y nuestra sangre, y ahora no tendremos quien adore nuestros restos cuando muramos. De manera que Ling Tan nos ha hecho malditos para siempre.

Su marido se agitaba en el lecho oyendo tales palabras, porque le constaba que en el fondo no tenían ni asomo de razón. A la par era hombre pacífico y no quería provocar las iras de su mujer. Suspiraba, pues, diciendo que le dolía la cabeza y que quería dormir tranquilo, y ella le respondía dándole puntapiés en la espalda. Ya exasperado, él respondió con otros puntapiés, aunque menos fuertes, y preguntó:

—¿No era yo también padre del muchacho y no siento su pérdida? Mi disgusto es mayor que el tuyo, porque el mozo era el único hijo que tú me has dado, mientras en estos años yo hubiera podido tener cien hijos con toda la simiente que no he aprovechado.

Más furiosa aún, ella le pateó con ambos pies, porque su marido decía verdad. La mujer había quedado estéril a consecuencia de una fiebre contraída después del nacimiento de su hijo, y además tenía tan mal carácter que no hubiera permitido la presencia de una concubina en casa de su marido, incluso si él hubiera poseído dinero para comprarla, caso que no se daba ciertamente. Él respondió a la agresión con otros dos o tres puntapiés, pero su mujer tenía mucha fuerza, y por lo tanto el pobre hombre acabó levantándose y yendo a acostarse sobre un banco en el otro cuarto de la casa, sin dejar de interrogarse por qué las mujeres serían como eran. Y envidiaba a los monjes y eremitas y demás hombres que no necesitaban mujer y soñaba algo que venía soñando hacía tiempo: huir de allí y tornarse monje.

Mas ahora incluso ello ofrecía peligros. De muchos templos habían sido arrojados los sacerdotes, a los que sustituían los soldados. Y él temía a los soldados tanto como a su mujer. Yació, pues, en el banco, pensando en lo infeliz que era su vida, a pesar de que él fuese un buen hombre que sólo buscaba paz y tranquilidad. Pero no había paz en sitio alguno, ni siquiera para él y su minúscula vida.

Ling Sao hallaba su casa muy sola. Estaba acostumbrada a ver todos los cuartos llenos de hijos y nietos; a encontrar por la noche durmientes en todas partes, y la mesa abarrotada a las comidas; a estar continuamente atareada... Y ahora sólo quedaban dos hombres y dos niños. Incluso estos últimos vivían llenos de silencio y de temor de lo que no conocían, y en vez de alborotar y jugar se sentaban juntos, cogidos de la mano. El mayor parecía ya un hombrecito. Ambos estaban amarillos y flacos, y a cualquier ruido se estremecían.

El padre de ambos, antes tan alegre y animado, rara vez hablaba ahora una palabra. En verdad aquel joven no servía para malos tiempos. En la buena vida de antes hubiese cumplido su misión y héchose lentamente un hombre respetable y maduro, estimado en la aldea por su prudencia y padre de muchos hijos que le hubiesen amado por su amabilidad. Pero en estos tiempos en que todo andaba trastornado, el joven no sabía qué hacer y caía en silencios tan intensos que a veces parecía haber perdido el juicio. No había esperanza de que encontrase quien ocupara el lugar de Orquídea, y si en ocasiones él lo deploraba, en otras se sentía contento de ello, por miedo a más hijos y más complicaciones. Ejecutaba, pues, los menesteres que se le mandaban tan hurañamente como el búfalo, labrando y no ocupándose de más.

Ling Tan, mirándole, pensaba a menudo: "He aquí uno a quien la guerra ha echado a perder." Y sentía frecuentes accesos de ira contra los hombres amantes de la guerra. Mientras araba enfurecíase mirando las casas semiarruinadas de la aldea, entre ellas la suya propia, que no osaba reparar por temor a tentar al enemigo a nuevas destrucciones. En todos los lugares del valle pasaba lo mismo. Según se decía, más allá de la ciudad hasta la misma tierra había sido arruinada, tornándose calcinada y estéril. Y era aquélla la misma tierra fértil que durante siglos había dado abundancia de mantenimientos. Nunca las propias y pequeñas guerras locales habían dañado a la tierra, no siendo a través de impuestos excesivos que forzaban a obtener más producción del suelo. Y aun en este caso la tierra no perdía su riqueza, puesto que se le daban más abonos que a la postre la alimentaban.

Toda aquella primavera, mientras Ling Sao trajinaba en la casa, Ling Tan airábase más en su corazón contra quienes hacían guerras. Sabía, de oídas, que había también en otros países hombres de aquéllos, y, pensando en los extranjeros que moraban al extremo opuesto del mundo, se preguntaba si sufrirían lo que él.

"Nosotros, los hombres de paz de todo el mundo, ya vivamos en la parte superior

de él, ya nos movamos con la cabeza hacia abajo, en la parte inferior, debiéramos unirnos para impedir la vida a los amantes de guerras —reflexionaba—. Sí: cuando viéramos que a un niño le gustaba pelear, debíamos encerrarle si no conseguíamos educarlo de otro modo."

Cuanto más meditaba en ello más se convencía de que sólo una cierta clase de hombres gustan de la guerra. Y si se invalidaba a esos hombres reinaría la paz en el mundo. Tales eran sus pensamientos, mas ¿qué podía hacer una persona sola como él? Empero, se preguntaba: "¿Es que no hay otros lo mismo que yo?"

Aquella primavera fue triste. Pasaban una fiesta tras otra sin que se celebrase ninguna, porque ¿cómo puede un pueblo regocijarse cuando lo domina el enemigo? Tan silente estaba la casa que Ling Sao sentía un intenso desasosiego, y aquello le producía comezón en la piel al punto de hacerla rascarse. Ling Tan concluyó notándolo y una noche, en el tercer mes de aquel año aciago, preguntó a su esposa:

—¿Por qué te rascas y frotas la nariz de ese modo?

Ella prorrumpió en tantas palabras que parecía una cazuela hirviente cuando se le levanta la tapa.

—Nuestra casa parece una tumba ¡Nunca debimos dejar marchar a nuestro segundo hijo y a Jade! Nuestro hijo mayor no vale para nada. ¿Qué será de los dos pobres niños si nos ocurre algo a ti y a mí. Porque ya somos viejos...

Escuchando, Ling Tan se asombraba de que, después de vivir tantos años juntos, nunca él supiera a punto fijo lo que podía ocurrírsele a su mujer.

—¿Serías capaz de pedir a tu hijo segundo y a Jade que vinieran, con nuestro nieto, de la tierra libre a ésta que es del enemigo? —inquirió el marido con gravedad—.

—No es del enemigo mientras vivamos en ella —respondió la mujer—. En eso te engañas, hombre. Sólo dejará de ser nuestra si la abandonamos. Pero no lo haremos, ni nuestros hijos tampoco, porque, si muriéramos, ¿quién se ocuparía de la tierra?

Había cierta sensatez en aquellas palabras y Ling Tan era hartamente justo para negar la razón a quien la tenía, aunque fuese una mujer, y por tanto dijo:

—Sigue hablando, vieja —y encendió su pipa para mantenerse sereno, aunque el tabaco estaba muy escaso aquellos días y seguiría estándolo hasta que él recogiese el poco que cultivaba.

—Digo que nuestro hijo debe volver y vivir aquí como vivía, porque no debemos ceder al enemigo —declaró Ling Sao—. Es ceder dejar que los jóvenes se vayan y sólo queden los viejos, pues el enemigo pensará que tenemos miedo.

También en esto había alguna verdad. Ling Tan fumó un rato más y expuso:

—Las cosas se presentan mal. Cierto que las mujeres no corren tanto peligro como a últimos del año pasado. No, no corren tanto riesgo, gracias a que hay abundancia de cortesanas, según se dice. Además, los peores de los soldados

enemigos se han ido de la ciudad. Pero nos esperan otros males.

—¿Qué males? —preguntó ella—.

Nunca había vuelto a decir que no temía a ningún hombre, ni lo diría más. Mas ¿qué males habrá peores que los hombres?

—Se rumorea que van a aplicarnos leyes muy duras a los labradores. ¿Y cómo vamos a desacatarlas si no tenemos fusiles?

—Pues si vienen esos males, nuestros hijos deben estar aquí para ayudarnos. Cuando contestes la carta de tu segundo hijo dile que yo lo creo así.

—Ya... —repuso él—.

Y no dijo otra cosa, pero pasó largo rato aquella noche meditando en las opiniones de su mujer. Ella, de ese modo antojadizo y pueril propio de las mujeres, había arrojado en el cerebro de su marido una semilla, exponiendo una verdad, no por la verdad misma, sino por su mero deseo de conocer a su nieto. Mas la semilla, en el cerebro del hombre, arraigó y fructificó.

"Si es verdad que el enemigo se ha extendido por estas comarcas como una peste —reflexionaba Ling Tan—, ¿hemos de huir ante él y abandonarle la tierra? Hay quienes huyen por temor, pero otros son fuertes y se quedan, ¿y no soy uno de éstos? Mi mujer se engaña cuando dice que todos nuestros hijos deben estar aquí, mas acierta creyendo que mi hijo mayor no podrá vivir solo. Mi hijo menor no debe estar aquí, puesto que hará mejores cosas en otra parte; pero ¿y mi hijo segundo? Si es como yo, debe estar en casa y trabajar la tierra conmigo. Él y yo, y otros como nosotros, hemos de estar en nuestras aldeas, manteniendo lo que es nuestro y hostigando al enemigo como las pulgas hostigan la cola de un perro, de manera que el animal no puede avanzar por tener que ocuparse en rascarse el rabo."

Sonrióse de su propia comparación, y Ling Sao exclamó:

—¿Por qué te ríes para ti como un viejo tonto cuando atravesamos días como éstos?

—No te lo pienso decir todavía —respondió él—.

Mas la semilla empezaba a florecer en su mente.

Empero, aquella primavera fue tan mala que a Ling Tan pudiera haberle faltado valor para llamar a su segundo hijo, de no abatirse sobre su casa un nuevo desastre, que fue peor que las nuevas contribuciones impuestas por el enemigo, y que sus leyes sobre el precio del arroz y sobre lo que cada uno deba y no debía plantar, lo que era una tiranía como Ling Tan no soñara jamás. Y el desastre fue éste: había habido aquel año tantos muertos, que no se pudo enterrarlos a todos, y para desembarazar las calles de cadáveres se arrojaban éstos a canales y ríos. Cuando hicieron su aparición las crecidas de primavera, las aguas empezaron a dejar cuerpos podridos en las orillas, y aquellos cuerpos propagaron infecciones. La gente pobre enfermaba por comer

cangrejos que se habían alimentado con tal carne, y al llegar el calor estival se difundieron por doquier fiebres y flujos.

¿Y habían de faltar en casa de Ling Tan? No, y cayeron sobre los pequeños y débiles. Toda la familia enfermó durante más de diez días, pero los dos taciturnos niños fueron los primeros. Las otras tres personas de la familia les atendían, a pesar de que tenían tales vómitos y descomposición que la propia Ling Sao hubo de volverse a un lado para vomitar mientras ayudaba al pequeño a expirar tranquilo. Finalmente, los dos rapaces murieron, y con ellos se extinguieron las esperanzas que Ling Tan no había creído nunca tener. Ling Sao lloró como no había llorado jamás.

—¿Qué nos queda ahora? —sollozaba—. ¿Qué es una casa sin niños?

El padre de las víctimas no lloró ni gimió. Erraba por la casa como una sombra, y cuando los pequeños fueron enterrados y los abuelos hubieron mejorado un tanto, les dijo que le perdonasen si se iba por algún tiempo.

—¿Adónde? —inquirió su madre—.

—No lo sé. Se que tengo que irme.

Ling Tan reflexionó acerca del lugar a que podía ir su hijo, a fin de tener esperanzas de poder tornar a verle, y, tras una febril meditación, le dijo:

—Puesto que quieres marcharte, debieras ir a los montes, ver qué ha sido de tu hermano y traernos noticias tuyas. Temo que se haya ido con los ladrones y no con la gente buena de las montañas. Si está con los malos, llévalo a los buenos.

Esto serviría para dar a Lao Ta una tarea, impidiéndole entregarse a la desesperación que nace de no tener un fin en la vida, y por otra parte podría sacarles de dudas sobre la suerte del último hijo.

—¿Me ordenas eso? —preguntó el hijo mayor—.

—Sí—repuso Ling Tan—.

—Entonces tengo que obedecerte.

Así, a los pocos días, luego de que Ling Sao hubo lavado las ropas del joven y cosido en los dobleces algún dinero, los padres le vieron marchar, con una manta al hombro, con provisiones para un par de días y unas sandalias nuevas.

—¿Cómo podrás trabajar la tierra tú solo? —dijo Ling Sao a su marido—.

—No sé, pero no he tenido valor para retener al muchacho.

—Solo queda un remedio. El cielo te ha mostrado su voluntad. Llama a tu segundo hijo.

Ling Tan se volvió, con ligera sonrisa.

—¿Solo la voluntad del cielo, vieja? No he oído que tratases de retener a tu hijo mayor.

—¿Acaso ha sido mi voluntad que muriesen mis nietos? —respondió ella, con el rostro grave—.

—Ya sé—dijo Ling Tan, con tristeza, mientras su sonrisa se desvanecía— que eso

no se debió a tu voluntad.

Siguieron con la mirada a su hijo hasta que se perdió camino de las montañas, dejándolos solos. Nunca habían estado solos en la casa, porque antes de que les nacieran hijos habían vivido con el matrimonio los ancianos padres de Ling Tan. Ling Sao no podía vivir en aquella soledad, y de continuo decía:

—¿Cuándo vas a escribir la carta? ¿Por qué no escribes hoy? Puede que tarde en llegar un mes o más aún.

—Espera —contestaba él, invariablemente—.

Y la espera duró hasta que el pensamiento hubo madurado en la cabeza de Ling Tan y éste se sintió seguro de la prudencia de aquella idea. Cuanto más reflexionaba en la perversidad de la guerra, más cierto se sentía de que sólo podría ser superada por hombres como él, resueltos a seguir viviendo a pesar de la lucha. Puesto que su segundo hijo era el que más se le parecía, a él le correspondía continuar la obra de su padre. La guerra no iba a ser breve. El enemigo no se dejaría privar fácilmente de lo ganado, e hijo tras hijo tendría la familia que continuar subsistiendo a pesar de la contienda.

Siete días llevaba Ling Tan solo en la tierra cuando sus reflexiones maduraron. Al octavo día, dijo a su mujer:

—Hoy escribiré a nuestro segundo hijo.

Ling Sao, muy satisfecha, empezó a ocuparse de la comida, diciendo:

—Te daré un huevo fresco, para reforzarte.

Sacó de la cesta el huevo más reciente, lo cascó en una escudilla y lo hizo beber a su marido antes de que tomase el desayuno. Cuando lo hubo concluido, Ling Tan fue a casa de su primo tercero.

Mientras Ling Tan decía a su pariente lo que deseaba que le escribiese, sabía bien la carga que encima se echaba. Ling Sao sólo pensaba en que iba a tener consigo a su hijo y a su nieto, más precioso éste porque era el único restante. Si sentía alguna íntima inquietud se consolaba pensando que lo más grande del desorden había pasado, que los soldados más perversos habían sido refrenados o expedidos a la conquista de otras ciudades, y que, si bien los tiempos eran malos, quienes humillaban la cabeza ante el enemigo podían vivir.

Pero Ling Tan veía más y con más claridad que su mujer. Conocía su carácter y el de su hijo segundo y le constaba que no siempre obedecerían los dos como esclavos cuanto se ordenaba en aquellos días. Las perspectivas, bien le constaba, no eran nada buenas para gentes libres. Hacía, pues, largas pausas en la carta, pensando y frotándose la rapada cabeza antes de resolver lo que debía decir a su hijo. El primo esperaba, pincel en mano, y el pincel se secaba en ocasiones antes de que Ling Tan se expresase de nuevo. Entonces, el primo humedecía el pincel en la boca, y ésta se le llenaba de tinta.

—Di a mi hijo —indicó Ling Tan al fin— que no encontrará paz cuando vuelva. Que hemos tenido malas cosas, pero que pueden esperarnos otras peores. El y yo hemos de endurecer nuestros corazones y soportar lo insoportable.

El primo escribió y esperó luego, chupando el pincel, a que Ling Tan prosiguiese:

—Dile que su madre y yo estamos solos, que mis otros hijos se han ido a las montañas, que la mujer de mi hijo mayor y mis dos nietos han muerto y que nuestra hija menor se ha ido con la mujer blanca. Que no corra el riesgo de venir únicamente porque nos sepa solos. Dile que su madre quiere que venga porque la casa está vacía, pero que yo sólo quiero que venga si él piensa, como yo, que debemos retener esta tierra mientras vivamos, para librarla del maldito enemigo. Él debe seguir conservándola después que yo, y su hijo después que él, hasta que el enemigo se vaya.

El primo alegó:

—Si esta carta cae en manos del enemigo, ¿no vendrá y destruirá en castigo nuestra aldea?

—No la enviaré por medios usuales, sino por un mensajero hasta la frontera —repuso Ling Tan para animar a su pariente a que la continuase.

Existían, en efecto, hombres que iban y venían trasponiendo la línea divisoria de la tierra libre y el país ocupado. Habían hecho de aquellos viajes su profesión y andaban disfrazados de labradores, mendigos o ciegos, agitando sus campanillas y deteniéndose en los pueblos a narrar cuentos o entonar canciones. Uno de aquéllos había dado a Ling Tan la carta del hijo de éste.

El primo, dubitativo, siguió escribiendo, y cuando concluyó la carta la leyó para que Ling Tan comprobase si estaba incluido todo lo que él quería. Ling Tan, esforzándose en discernir lo esencial entre la floritura de cosas cultas añadidas por su primo, pensó que su hijo entendería el significado de la carta. No dejaría el joven de saber que la misiva estaba escrita por el primo, quien nunca ponía el pincel en el papel sin añadir superfluas palabras elegantes, citas antiguas de los clásicos, versos y otras necedades que jamás usaban las personas sensatas.

"Mi hijo comprenderá lo que es de mi primo y lo que es mío —pensó Ling Tan—. No puedo ofender a este hombre censurándole lo que agrega, porque le gusta expresar lo que sabe." Terminóse, pues, la misiva, y Ling Tan la tomó, luego de que estuvo sellada, no queriendo dejarla a su primo para impedir que éste añadiese otras cosas e hiciese el escrito más confuso de lo que ya lo era. En efecto, el primo, además de las expresiones intelectuales, había dado sus propias noticias e informes de cómo la aldea estaba medio arruinada; y Ling Tan tenía que confiar en la sagacidad de su hijo para que comprendiese el significado real de su carta.

Ling Tan envolvió el escrito en un pañuelo y esperó que llegase uno de los hombres que iban y venían de una zona a otra. Pasaba por la casa de té a diario, en

especial por la noche, porque aquellos hombres solían viajar de noche y dormir de día. Al cuarto día avisó a un joven cuyo aspecto denotaba lo que hacía, y Ling Tan le dijo en voz baja:

—Si vas a la frontera, ¿querrás llevar una carta a mi hijo?

El hombre asintió y Ling Tan le dijo dónde vivía Lao Er. Al anochecer, el emisario se presentó en casa de Ling Tan, donde ya habían preparado una comida que el joven compartió con ellos. Durante la cena el joven les contó muchas cosas, explicándoles que en la frontera de la tierra libre se estaba concentrando un gran ejército que iba a resistir a los enemigos como aquella gran muralla que antaño construyeran los emperadores en el Norte. Mas ésta era una muralla de carne viva, con una milla o dos hasta diez. Añadió que en la tierra libre había escuelas, minas, molinos, fábricas y millones de personas huidas de la zona ocupada, pero resueltas a resistir y no ceder más.

Todo esto animó a Ling Tan, aunque ni él ni su mujer sentían deseos de partir, ya que su tierra estaba aquí y no allá. Dijo:

—Mi corazón cobra alientos oyendo esas cosas, y cuando llegue el día en que ese ejército venga, yo estaré aquí y mi hijo conmigo, si viene, y esta tierra será nuestra porque no la habremos abandonado.

Entrego la carta al joven y empezó a explicarle cómo era Lao Er, para que el emisario le reconociese si le veía, mas Ling Sao le atajó, manifestando:

—Tú no le conoces como yo, que le llevé en mi vientre. Oye, emisario: mi hijo tiene bajo el ojo derecho un lunar, pero tan pequeño que sólo se le ve si se fija uno; y sus ojos son mayores y más negros que los de los demás hombres; y tiene la cara cuadrada, como su padre; y la boca grande como la mía. Es de estatura corriente, con los hombros cuadrados y las pantorrillas llenas. En el pulgar del pie derecho tiene una cortadura que se hizo con un arado, y hubiera perdido ese dedo si yo no me hubiese desgarrado el delantal para hacerle una venda. ¿Cómo no lo iba a romper, si era para mi hijo? En la cabeza tuvo una vez un forúnculo y le ha quedado una calva, que él se esconde bajo el pelo, de manera que tendrás que buscarla para verla.

Ling Tan, riendo, opuso:

—¿Crees que este joven buscará de ese modo a nuestro hijo, mujer? No le hagas caso, joven. Es como todas las demás mujeres y se figura que sus hijos son distintos a los demás hombres. Yo te digo que es un mozo robusto, de buena apariencia, pero no excesivamente buena. Sí, no es como nuestro tercer hijo, que tiene la cara tan bella como una muchacha..., y bien me pesa de ello.

Ling Sao bajó la cabeza. El joven, levantándose, dijo que tenía que ponerse en camino.

—¿Cuánto tiempo podrá tardar mi hijo en recibir la carta? —preguntó Ling Tan

—.

—No sé —repuso el joven—. Si tengo suerte, en menos de un mes. Pero no siempre la tengo.

Se despidieron. Ling Tan dio algún dinero al emisario y Ling Sao le entregó pan con carne de cerdo. Le pidieron que durmiese en su casa si alguna vez volvía al lugar, y él, agradeciéndoselo, se alejó sin haber dicho su nombre, de manera que si el enemigo preguntaba se le pudiera contestar "No conozco ni siquiera el nombre del que dices."

Ya enviada la carta, Ling Tan y su mujer esperaron, sin que el marido tuviese en sus labores de la tierra otra ayuda que la de su mujer. A principios de verano había sido plantado el arroz y medraba bastante, pero no había sido posible quitarle los hierbajos como cuando estaban los hijos. El búfalo había de prescindir de ir a pastar por las laderas, porque no había nadie que lo llevara. No obstante, marido y mujer cultivaban la tierra, y Ling Sao no se ocupaba de la casa y sólo cocinaba una comida cuando los dos volvían por la noche.

Hablaban mucho de lo que pasada cuando Jade y el nieto estuviesen allí, y un día Ling Sao dijo que debían disponer de un sitio donde esconder a la muchacha, para evitar tener que volver a refugiarse al lado de la extranjera de la ciudad. Convenía un escondrijo propio para usarlo si se hacía menester.

—¿Dónde? —preguntó Ling Tan—. Tu pensamiento, vieja, es bueno como un huevo, pero ¿cómo empollarlo?

—Yo lo empollaré—rió ella—.

Reflexionó y a los pocos días dijo:

—Podemos cavar en el suelo de la cocina, y tras el fogón y luego seguir el hueco por debajo del muro y del patio. Como no tenemos tiempo para tejer ni sitio donde vender la tela que tejamos, destinaremos la puerta, postes y vigas del cuarto del telar a una habitación que hagamos debajo del patio. Taparemos la entrada con tablas y esparciremos tierra encima.

Ling Tan alabó tanto aquella idea que Ling Sao se sonrojó.

—No me ha costado muchas reflexiones —dijo, modesta—.

—Pues es cosa importante. Muchas mujeres, mientras trabajaban en el campo, hubieran tenido la mente ociosa, pero tú te diferencias de las demás en que siempre tienes la cabeza trabajando y por eso nunca se sabe lo que se te puede ocurrir. Te aprecio, mujer, y nunca me canso de ti.

Ella sonrió y se tapó la boca con la mano, porque le faltaban desde hacía muchos años los dientes, y aunque usualmente lo olvidaba, acordábase de ello cuando su marido le hacía algún elogio y se tapaba para que él no reparase en las brechas. Y aquella noche iniciaron una excavación. Era una calurosa noche estival. A espaldas del fogón el suelo era de una dureza pétreo, apisonada como estaba por las muchas

mujeres que, generación tras generación, se habían acurrucado allí preparando la comida. Pese a que los esposos trabajaron hasta quedar rendidos, sólo consiguieron hacer un hueco de seis o siete pulgadas.

—Tendrán que ayudarnos los jóvenes a hacer esto —dijo él, exhausto y jadeante—. —

—Pero podemos cavar lo bastante para poder esconder a alguien cuando ellos vengan —repuso Ling Sao—. —

Desde entonces, día tras día, nunca consideraron su jornada completa si no abrían unas cuantas pulgadas más. Aquel hueco se convirtió en el consuelo de sus vidas. No sólo permitiría esconder a personas, sino también, en caso necesario, el arroz que crecía ahora en los campos.

Porque, con gran terror de Ling Tan, un día en que estaba trabajando la tierra, vio llegar una partida enemiga desde la ciudad. Suspendió su trabajo, seguro de perder la vida, ya que entre los enemigos venían soldados con fusiles. Escuchó cuando le hablaron y supo que no quedan matarle. El que le interpelaba llevaba un cuaderno y una pluma y hacía preguntas a Ling Tan inquiriendo cómo se llamaba, cuánto hacía que moraba allí, cuánta tierra le pertenecía y cuánto arroz daría la cosecha de aquel año. En su temor, Ling Tan mintió menos de lo que hubiera querido, si bien disminuyó mucho la probable cosecha, porque estaba acostumbrado con los recaudadores de impuestos. El hombre que apuntaba no sabía nada de aquello y anotó lo que le dijo Ling Tan. Luego le habló en voz fuerte:

—Este país, campesino, nos pertenece a nosotros que lo hemos conquistado, y tú has de cultivar en tu tierra lo que te digamos y venderlo a los precios que señalemos. Se ha acabado el comprar y vender a capricho, porque nosotros establecemos la ley y el orden y todo ha de hacerse según la ley.

Ling Tan era buen labrador y hombre despejado, y sabía que los precios necesariamente han de variar de un año a otro, según el tiempo, la cosecha, el número de compradores y vendedores y la cantidad que se pueda llevar a otras partes o traer de ellas. De manera que nunca puede predecirse cuál ha de ser el precio del arroz o de la carne. Dijo, pues, con voz tranquila y cortés:

—¿Cómo puede decirse de antemano, señores, el precio del arroz? En nuestro país es el cielo el que decide esas cosas.

El diminuto enemigo se estiró, contrajo la boca y gritó a Ling Tan:

—Nosotros somos quienes las decidimos ahora, campesino, y los que nos desobedezcan se quedarán sin tierra.

Ling Tan, sin replicar, bajó la cabeza, fijó los ojos en la tierra oscura y, contestando a las preguntas, declaró que poseía un búfalo, dos cerdos, ocho gallinas, un estanque con peces y algunos patos, y que los habitantes de la casa eran sólo él y su esposa.

—¿No tenéis hijos?

Ling Tan alzó la cabeza y dijo su primera mentira completa:

—No.

—Desde primero de mes queda intervenido el pescado. Pescado sólo comeremos nosotros. Si coges un pez en tus aguas no lo puedes comer, sino que has de traérnoslo.

—El estanque es mío —dijo Ling Tan—.

Desde niño había pescado en aquella alberca y sus peces eran su principal alimento.

—¡Nada es vuestro! —exclamó el hombrecillo—. ¿Cuándo aprenderéis los aldeanos la verdad de que habéis sido vencidos?

Ling Tan levantó la cabeza. Cerró los labios para salvar la vida y miró a los ojos de aquel hombre, "Nunca aprenderemos que hemos sido vencidos... ¡No!", decían sus pupilas. "¡No!", decía su cabeza levantada. "¡No!", decía toda su apariencia. Pero su voz no habló, porque Ling Tan sabía que viviendo podría conservar toda su tierra, mientras que muriendo no tendría más que aquella en que reposase.

El enemigo, apartando la vista, dijo en voz alta:

—Ahora estás registrado, campesino, y tú y tu mujer, y tu búfalo, y tus cerdos, y aves, y peces y tierra, todo ello es tuyo. Haz lo que te mandemos y vivirás en paz.

Ling Tan, sin contestar, prosiguió quieto, con la cabeza alzada. Los enemigos se fueron y él los vio pararse ante cada casa y en cada campo donde había hombres al trabajo. Eran pocos porque los jóvenes se habían ido o habían muerto, y sólo quedaban quienes creían, como Ling Tan, que habían de conservar la tierra a toda costa.

No entró en su casa mientras estuviesen visibles los enemigos. Azada en mano siguió trabajando como antes, cual si nada le importase, pero sentía el corazón entristecido. Cuando el enemigo se alejó del valle, Ling Tan vio que todos los hombres, echándose la azada al hombro, iban hacia la aldea, y él hizo lo mismo. Se reunieron en la semiarruinada casa de té. Eran treinta o cuarenta. Todos hablaban de los propósitos del enemigo. Quedaban obligados a vender a los invasores, y a precios ruinosos, el arroz que recolectasen, y no podían comer pescado, aunque éste saltase a sus propias manos desde sus albercas.

—Jamás hemos conocido tal tiranía —opinaban todos—.

Se habló poco porque nadie sabía lo que les esperaba y era inútil platicar y enfurecerse hasta ver lo que ocurría.

—Si podemos soportarla, la soportaremos —declaró Ling Tan, condensando el criterio de todos—, y si no podemos, tendremos que pensar el modo de no soportarla. Pero la tierra es ante todo.

Los demás convinieron en ello y se separaron, unánimes. No había entre todos un

solo traidor. De regreso a casa, a mediodía, Ling Tan decía que era conveniente que regresara su hijo segundo, porque él solo no hubiera podido tolerar semejantes tiempos. Los demás aldeanos le miraban como su jefe natural, pero ¿cómo dirigirlos si no podía soportar lo que viniese? Era menester un jefe joven y fuerte, capaz de pensar lo mejor en unos tiempos tan diferentes a los que había conocido Ling Tan.

En la mesa del desierto patio, donde su mujer y él comían juntos desde que quedaron solos, él contó lo sucedido. Ella, arremangándose, le dijo que fuese a un pueblo cercano, mayor que el suyo, y que comprara toda la sal que pudiera.

—¿Para qué mujer? —preguntó Ling Tan, sorprendido—.

—Porque vamos a matar los cerdos y la mitad de las aves, y también tendremos que salar pescado, puesto que no nos dejan comerlo fresco.

—Si lo hacemos nos darán muerte —dijo él—.

—Si nuestros animales mueren de enfermedad, ¿tendremos nosotros la culpa? —repuso ella—. Iré a la aldea y contaré a las mujeres que tenemos enfermos los animales, y tú di que vas a comprar sal. Con esto te aseguro que correrá la voz y quienes no hayan tenido la ocurrencia de hacer lo mismo la tendrán entonces si saben discurrir como se debe.

Sonriendo, Ling Tan calló y fue a comprar sal. Pero escaseaba y hubo de adquirirla en varios lugares. Luego, a escondidas y por la noche, los esposos mataron, secaron y salaron los cerdos y las aves. Dejaron viva la cerda, hasta que pariese, y Ling Tan la condujo al antiguo cuarto del telar para que no fuesen vistos los lechones.

"Ésos al menos no están registrados", pensaban con satisfacción.

Pasaron en aquello varios días. Cada vez que Ling Sao veía acercarse a un enemigo, guardaba la carne en el agujero de detrás del fogón, agujero que se ahondaba a diario. Jamás había comido Ling Tan tanta carne como aquel verano, porque existían partes difíciles de poner en salazón. La sangre se destinaba a morcillas. En toda la región se hacía lo mismo y los perros de las aldeas engordaban con tantos despojos. Lo único malo era la escasez de sal. Luego, súbitamente, hubo sal en abundancia. Había grupos que recorrían los pueblos dejándola en las tiendas y nadie se ocupaba de preguntar de dónde procedía. Les constaba que venía de los montes.

Muy largo pareció aquel verano en que Ling Tan y su mujer esperaban a su hijo y su nieto, mientras cavaban el hoyo. Sin cesar miraban los caminos, y por las noches despertaban con frecuencia y atendían. Los días pasaban. Lo que más molestaba a Ling Tan eran los enemigos que, una vez con escolta armada y otras sin ella, venían a decir lo que había que hacer y lo que no, y examinaban las cosechas, y miraban. Aprendió a callar y oírles y pudo advertir que, si bien todos eran malos, no eran, en cambio, iguales en su grado de maldad. "Esperaré que venga mi hijo —pensaba Ling Tan—. Y entretanto guardaré silencio."

En ocasiones el enemigo entraba incluso en la casa, pero Ling Sao había aprendido a ser hábil y tenía sitios donde esconder la carne y el arroz. Cuando el hoyo no bastaba, metía las cosas en los techados de los cuartos oscuros, donde no se notarla el polvo que pudiera caer. Fingía ser una mujer obtusa y silenciosa ocupada en hilar blanco algodón en su rueca, y si le hablaban movía la cabeza, se señalaba a los oídos como si fuese sorda y así la dejaban en paz. Procuraba no peinarse ni lavarse la cara y el sol iba ennegreciendo su piel sin que ella lo impidiese.

"Cuanto más fea esté más seguridad tendré", pensaba, animándose al ver que el orificio de la cocina ya bastaba para esconder por lo menos a Jade y a su hijo.

Transcurrió el verano y cesó el calor. Esperaban a hijo de un momento a otro, y Ling Tan ansiaba que llegase a tiempo para la siega.

—Hemos de esconderle también —decía—, porque el enemigo obliga a los jóvenes a trabajar, y nosotros necesitamos que nuestro hijo nos ayude.

Se proponía pues, que el muchacho se acostumbrase a trabajar de noche y dormir de día, mientras ellos hacían continua vigilancia.

Al fin, cierta vez, se produjo lo que esperaban. A cosa de medianoche, fueron despertados en su sueño y salieron al patio. Había sonado un ligero golpe en la puerta Ling Tan corrió a abrir, pero Ling Sao dijo:

—Espera que yo apague la luz. Así, si no son ellos, tendremos tiempo de escapar, y si lo son, entrarán sin que nadie los vea.

Ling Tan se sintió impresionado una vez más por la viveza mental de su mujer. Esperó a que ella apagase la luz y luego, abriendo, vio en la penumbra dos figuras vagas.

—¡Padre!

Era la voz de su segundo hijo. Ling Tan y su mujer la oyeron y se apresuraron a hacerle entrar, con Jade. Les condujeron a la cocina, porque en la cocina no había ventanas. Cerraron las puertas, encendieron luz y todos pudieron verse. Lao Er y Jade parecían dos hombres, porque Jade llevaba el pelo cortísimo y ropas masculinas y tenía los pies calzados con sandalias de hombre, hechas de paja. Tan bronceada y flaca estaba que incluso quienes la conocían la hubieran juzgado un mozalbete campesino si se cruzaran con ella.

Ling Sao estaba ávida de ver a niño.

—¿Dónde está mi nieto? —exclamaba—. ¿Dónde está mi tortita de carne?

Jade, sonriendo, acercó un fardo que llevaba a la espada. Hábilmente escondido bajo un cesto iba el niño que Ling Sao anhelaba ver. Sin ocuparse ya de los demás, la abuela le tomó en brazos, tembloroso el rostro y deshecha en llanto y, desfajando al pequeño, le miró con minuciosidad.

—Es exactamente como yo esperaba que fuese —murmuró, mientras, apoyándole en su hombro, le mecía—. ¡Oh, qué consuelo es tenerle en mis brazos así!

Los otros la rodeaban, silenciosos, llenos los ojos de lágrimas en el tormento de su alegría. Porque estas alegrías se componen parcialmente de penas y nadie conoce un júbilo profundo si primero no experimenta un sinsabor. Jade, viendo aquello, se regocijó por primera vez de los peligros que había arrastrado haciendo el viaje con el niño. No había querido regresar, sino ir más a Oeste, y había discutido agriamente con Lao Er si debían o no obedecer la carta que llegara a sus manos pasando por otras muchas. El joven a quien Ling Tan confiara la misiva había muerto víctima de un fusil enemigo, pero antes de expirar dio cuanto llevaba a un compañero, incluso la carta de Ling Tan, y otras, además de los mensajes secretos que constituían su verdadera misión. Aquellos mensajes circulaban entre los gobernantes de las tierras libres y los guerrilleros de las montañas. De esta suerte, a través de varios conductos, había llegado a Lao Er la carta de su padre.

Al leerla, Jade había movido la cabeza.

—Los jóvenes debemos seguir adelante y no mirar atrás. Nos fuimos de allí para salvar a nuestro hijo y ¿vamos a volver ahora?

Lao Er había replicado:

—Cuando nos fuimos mi hermano mayor estaba en casa y mi padre tenía dos hijos, aparte de mi. Pero ellos ahora se han ido y los viejos están solos. Si los abandonamos, ¿podremos esperar que nuestro hijo mañana se ocupe de nosotros? Quien haga mal no debe aguardar bien.

Al fin, Jade cedió y ambos comenzaron su viaje. Cada paso de él lo había dado la joven a disgusto, mas ahora se sentía íntimamente unida a la familia de su marido, comprendiendo que los hijos no nacen sólo para sus padres, sino para todos los de la familia. Por eso no echó celosamente los brazos al niño, como otras mujeres hubiesen hecho. Dejó que Ling Sao se saciase de él y permaneció mirando la adoración tributada al ser que ella, por su parte, adoraba.

El niño había visto tantas caras extrañas desde que nació, que no temía a ninguna, y a buen seguro ninguna le había mirado tan cariñosamente como el rostro moreno y arrugado que sobre él se inclinaba a la sazón. Como había dormido casi todo el día sobre las espadas de su madre, y como estaba bien amamantado, se mostraba sonriente y alegre. Jade, previsora le había dado de mamar poco antes de llegar a la casa para que no molestase en los primeros momentos. Ling Sao, al fin, se sentó a niño sobre sus rodillas y dijo a su marido que acercase la luz para que ella pudiera examinar a su nieto. Éste, riendo, aferró el botón de la chaquetilla de la vieja y ella rió también, entre sus lágrimas. Tantas eran las risas y tantos los lloros de la abuela, que Ling Tan temió sinceramente que se ahogase. Asustado, entregó la lámpara a su hijo y dijo a su esposa.

—Sosiégate, mujer, que tu corazón ha perdido sus anclas y si sigues así quedarás fuera de seso. Tan mala es la mucha alegría como la mucha pena.

Y, mientras hablaba, quitó el niño a Ling Sao y mandó a Jade que sirviera té a la madre de su marido. Lo hizo Jade y Ling Tan volvió a darle el niño. En verdad le gustaba a él también sentir a su nieto en los brazos, porque el niño tenía el cuerpo fuerte y recio y los muslos rollizos y sólidos, así como los hombros cuadrados y el pechito ancho.

—Este niño no es de los corrientes —dijo Ling Tan a su hijo—. Tiene la cara cuadrada y la boca muy firme.

Su hijo y Jade exteriorizaron orgullo, y él celebró que lo exteriorizaran.

—¿Qué puede hacernos el enemigo mientras nuestra familia se prolongue así? —exclamó—.

En verdad, aquel niño animaba a todos. La casa parecía renacer a la vida.

Finalmente se sosegaron. Ling Sao, muy satisfecha, hizo cabalgar al niño sobre su cadera, mientras Jade calentaba la comida. Ling Tan, sentándose y encendiendo la pipa, dijo a su hijo que se sentara a su vez y narrase lo que le había sucedido. Comieron y tomaron té. Las mujeres se acomodaron junto a los hombres y Ling Sao, aún con el niño en brazos, reía silenciosamente de cuanto él hacía. En tanto, se hablaba y cada uno decía parte de lo que le había pasado en el tiempo transcurrido sin verse.

Sólo una pequeña nube oscureció por un momento su alegría. Ling Sao, como siempre hiciera con sus hijos, masticó un poco de arroz hasta convertirlo en una masa blanda, y luego lo puso en la boquita del chiquillo. Jade protestó.

—No te enfades conmigo, madre —declaró—, pero no quiero que metas en la boca del niño comida que hayas tenido en la tuya.

Lo dijo dulce y afectuosamente; pero lo dijo, y Ling Sao se asombró de que su nuera hablase así a una persona de más edad y también de que encontrase nocivo dar a un niño pequeño arroz ablandado.

—He alimentado a mis hijos de este modo, y te juro que no les ha causado ningún daño —manifestó, agria—.

—Pues ahora eso no se mira bien —manifestó resueltamente Jade—. En la ciudad de la parte alta del río compré un librito que había del modo de cuidar a los niños, y allí se dice que no debe pasarse comida de una boca a otra.

—¿Acaso apesto? —repuso Ling Sao, más enojada aún—.

—No —dijo Jade—, pero ni yo misma hago eso, y te ruego, madre, que procuremos criar a este niño lo mejor que sepamos.

Ling Sao calló por un instante. Los hombres no intervenían.

—Más vale que cojas tú a tu hijo —dijo luego Ling Sao a Jade—. Por lo visto le contamino teniéndolo en brazos.

—¡Oh, madre! —exclamó Jade—. ¡Si sólo por ti hemos traído al niño a casa!

—Deja tu enojo —mandó Ling Tan a su mujer—. ¿Vamos a disputar esta noche y

a propósito de este pequeñín que es el cariño de nuestros corazones?

Ling Sao se refrenó, pero recordó las palabras de Jade y nunca volvió a alimentar al niño de aquella forma. Mientras los demás departían, ella pensaba en el libro que Jade había comprado y decía con desdén: "¿Es que hacen falta libros para saber criar a los niños? ¿Aprendí yo en libros a hacerlo? No obstante, no se me ha muerto ningún hijo."

Sin embargo, guardó sus reflexiones para sí. El inocente pequeño seguía siendo precioso para ella, y a poco Ling Sao olvidó su enojo escuchando lo que su hijo y su nuera contaban de la tierra libre.

Cuando hubieron acabado sus mutuos relatos, se acercaba el alba. Ling Tan mostró a su hijo y a Jade el hoyo excavado detrás del fogón.

—Si el enemigo viene os esconderéis aquí—explicó—. Tú no estás registrado, ni tienen noticia de que existas.

Y manifestó la mentira que había dicho al asegurar que él y su mujer eran solos y sin hijos.

—Me alegro —repuso Lao Er—, porque hemos venido por las montañas y estamos de acuerdo con los guerrilleros, de manera que más vale que mi nombre no figure en ningún sitio.

Ling Tan no comprendió lo que su hijo le indicaba. Tenía la mente fatigada con tantas cosas como había oído, y pensaba: "Mañana le preguntaré qué quiere decir." Se acostaron al fin y Ling Sao hubiera querido tener al niño toda la noche en sus brazos, pero Ling Tan se opuso.

—También tú necesitas dormir, vieja, y si tú no duermes yo no descansaré.

Se separaron, pues, en la hora oscura que precede al alba y Ling Tan, aunque muy cansado, encontraba grato aquel cansancio, porque las cosas que le contara su hijo habían despertado sus esperanzas. Por primera vez desde la llegada del enemigo se volvió a su mujer como antes, porque la esperanza parecía haberle purificado. Se renovó, pues, al contacto de ella, y luego se durmió.

Lao Er y Jade, tendidos juntos en su cuarto, estaban harto rendidos para dormirse. El retorno había sido doblemente fatigoso que el viaje de partida, porque entonces habían marchado hacia la libertad y ahora regresaban a lo contrario que la libertad. ¿Quién podía asegurar si volverían alguna vez a ser libres?

—Hemos de aprender a vivir libres en nuestro interior —dijo Lao Er—.

Pero tenía pocas ganas de hablar, ni aun con Jade. Había visto harta muerte y harta desolación en la tierra que los dos recorrieran, noche tras noche, escondiéndose por el día. En todas partes les habían dejado partir sin disgusto.

Él les explicaba que tenía que volver a su casa porque sus padres estaban solos. Prometió colaborar con guerrilleros y ayudarlos como pudiese. Pero ahora, ya en su casa, conocía lo hecho por el enemigo en la ciudad y le constaba cuáles eran las leyes

enemigas, peores que cualesquiera que él viese en ninguna parte.

"De manera que tendré que trabajar más —pensaba—. Habré de ser más despojado, habré de estar dispuesto a morir y a la vez tener la certeza de que no moriré."

Loaba la previsión de sus padres al practicar aquel hoyo. Antes de dormirse, dijo a Jade:

—Trabajaremos en ese agujero y lo reforzaremos con pilastras y vigas. Lo convertiremos en una fortaleza secreta. Ha de servir para esconder algo más que nuestras personas y nuestros efectos.

—Yo también trabajaré en el hoyo —repuso Jade—.

—Y yo trabajaré en él antes que en nada —acrecentó Lao Er—. Y, teniéndolo hecho, lo diremos a los hombres de las montañas y veremos lo que puede hacerse entre todos.

Jade se durmió al fin. El niño se había dormido ya entre sus brazos. Pero Lao Er seguía su vela. Pensaba repetidamente en lo que contara su padre acerca de la toma de la ciudad y de todos los pillajes y quemas y atropellos contra las mujeres, y la sangre hervía en sus venas. Tan enojado se sentía que juró consagrar el resto de su vida a la guerra contra el enemigo y enseñar a sus hijos a continuarla. Y sólo entonces pudo conciliar el sueño.

En una noche no puede contarse todo, y al día siguiente Ling Tan relató a su hijo lo que antes se le había olvidado. Lao Er se enfureció aún más, y lo que colmó su ira fue saber que Wu Lien se había pasado al enemigo.

—Tales hombres —dijo— son traidores, y cuando hayamos arrojado al enemigo al mar, los traidores habrán de irse con el enemigo, o los mataremos, si no.

—No me parece Wu Lien un traidor —respondió Ling Tan, reflexionando—.

Es muy propio de su carácter no pensar más que en sí mismo y en su conveniencia. Es de aquellos que huelen su provecho como un perro huele a una liebre, y de los que siguen con el mismo empeño.

—Ahora todo el que piense en sí mismo antes que en los demás es un traidor —dijo su hijo, y así rechazó la excusa—.

Ling Tan no contestó. Razonaba, con más humildad de lo usual, porque no era hombre humilde, que acaso los jóvenes acertasen en estos tiempos, puesto que él, por su parte, no sabía hacer otra cosa que aferrarse a la tierra.

Así, su humildad le llevó a entender a su hijo más que ordenarle, y le oyó proseguir.

—Lo primero que debemos hacer, padre, es concluir el hoyo. Como yo no debo salir al campo hasta que vea cómo están las cosas, trabajaré en esta excavación y la agrandaré, para que nos sirva de refugio o de refugio a otros.

—¿Qué otros? —preguntó Ling Tan, sorprendido—.

—Tenemos que unimos a los de las montañas —repuso Lao Er—, y acaso hayamos de esconderlos aquí algunas veces.

Ling Tan no se opuso. ¿Cómo podría hacerlo si dos de sus hijos estaban también en las montañas?

Cuando hubieron desayunado fue solo a los campos, y Lao Er trabajó en el hoyo, y Jade hizo lo mismo mientras Ling Sao se ocupaba del niño, haciendo cuanto podía sin merma de la leche con que debía nutrir al pequeño.

—Tengo las piernas fuertes —decía, riendo—, porque me he acostumbrado a andar hasta en sueños; y ahora serán mis brazos los que trabajen.

En aquellos duros meses Jade se había hecho casi tan fuerte como un hombre. Su esbelto cuerpo se había endurecido y su antigua suavidad ya no existía. Podía pasar en todas partes por un joven y nadie reparaba en su pequeño pecho, muy bastante, por otra parte, para amamantar bien al niño. Cuanto comía parecía ir a parar a su hijo y no a ella, y Ling Sao, regocijándose en esto, comentó:

—Quisiera que la pobre Orquídea te hubiera visto. A pesar de que estaba tan gorda y de que cuando criaba comía mucho, todo la beneficiaba sólo a ella, y sus pechos, tan grandes y tan redondos, estaban vacíos.

—Si me hubiera visto me hubiera odiado todavía más —repuso Jade, con tristeza—. ¡Cuánto se hubiese enfurecido si me viera leyendo un libro y dando de mamar a la vez!

—¿Estás segura de que es bueno leer mientras das de mamar? —contestó Ling Sao, grave—. A mi me parece que hay peligros para una mujer en hacer cosas tan contrarias.

Jade sonrió.

—Mírame cuando el niño vuelva a mamar —dijo—.

Ling Sao miró y vio que, mientras Jade leía, su leche manaba abundantemente, al punto de que el niño se atragantaba con ella. Ling Sao no objetó más y lo perdonó todo a Jade, viendo lo bien que podía nutrir al pequeño.

¡Qué hermoso le pareció el niño por la mañana y qué dulcemente olía su carne! Ling Sao no acertaba a trabajar ni a hacer nada más que mirarlo, y olerle, y reírle. Tenía los ojos enturbiados por la satisfacción y no se preocupaba de que el suelo estuviese barrido, ni los platos fregados, ni siquiera la comida preparada o no.

—Deja así a tu madre y aconseja a Jade que le permita tener el niño cuanto quiera —dijo Ling Tan a su hijo—. Esto la hará olvidar sus disgustos.

Tal se hizo, y sin cesar miraban todos a Ling Sao, pero ella no lo advertía. No hacía más que hablar al niño, reírse cuando la orinaba, lo que ocurría con frecuencia, llevarlo al patio para que tomase el sol, y frotarle con aceite brazos y piernas. Después entró presurosa, y dijo:

—¡Fijaos qué espalda tan derecha tiene! No he visto ningún niño de un año que pueda estar sentado tan erguido como él. ¡Fijaos qué espalda!

Todos reían y continuaban cavando. En aquel solo día de cavar, Lao Er y Jade profundizaron el hoyo más que Ling Tan y su mujer en siete.

Ling Tan, laborando en los campos, pensaba en la manera de mantener escondido a su hijo. En la aldea averiguarían que estaba allí, ello era indudable. Tras ponderar esto, se dijo que valía más que no esconder nada a los que, al cabo, eran de su propia sangre. Cuando al mediodía fue a comer, habló de ello a su hijo, que estuvo acorde, y por la noche, acabada la jornada, Ling Tan se encaminó abiertamente con el joven a la casa de té. Cuando se hubieran cambiado saludos, Ling Tan, levantándose, dijo:

—Este hijo mío ha visto muchas cosas, que os contará si queréis. No lo hago porque haya tenido mérito de verlas, sino porque el oírlas os alentará.

Todos golpearon la mesa con las manos, oyendo esto, y Lao Er se levantó y con voz clara y tranquila, sin jactancia, dijo a sus compoblanos que había andado mil millas hacia el Oeste y que había vivido en una ciudad de donde regresó a causa de la carta de su padre. Añadió que en aquellas regiones todos opinaban que había de resistirse al enemigo a toda costa, de modo abierto en las regiones libres y clandestinamente en las ocupadas.

—Sólo hay dos clases de hombres que no opinan así —concluyó—, y son los que piensan en su provecho ante todo, y los malos o débiles. A éstos se les compra con opio o drogas y no son temibles más que porque pueden servir de espías.

—¡Muy bien! —gritaron todos, mirándose entre sí y concordando en que el joven tenía razón—.

Lao Er se sintió animado viendo la expresión de aquellas caras bronceadas, tan conocidas para él.

—Tíos y primos —añadió—, debemos unimos a los que pelean en la tierra libre. ¿Y cómo? Trabajando juntos con los nueve mil guerrilleros que hay en las montañas.

Lao Er no ignoraba que, hablando así, hacía correr riesgo de muerte a aquellos hombres de su misma sangre, porque el enemigo, en su ira, quemaba las aldeas que tenían relación con los guerrilleros.

Mas todos alzaron el índice y el pulgar para significar su adhesión a la propuesta de Lao Er. Únicamente el primo tercero de Ling Tan vaciló, aunque al fin levantó también los dedos, por no quedar en lugar vergonzoso. Y no hubo quien no disculpase su irresolución, pues ya es sabido que los cultos se debilitan con el estudio y son menos esforzados que los indoctos. Lao Er esperó a ver levantadas todas las manos, y entonces dijo:

—¿Qué significa nuestra actitud? Significa que hemos de esconder al enemigo nuestras cosechas de arroz y cereales, entregando lo menos que nos sea posible. Significa que dejaremos de plantar algodón. Significa que, de vez en cuando,

haremos que caiga muerto algún enemigo o enemigos bajo el tiro de armas invisibles. Sus oyentes atendían con absoluto silencio.

—Yo sé donde encontrarlas —repuso Lao Er—, y cada uno tendremos la nuestra. Un largo suspiro corrió por los congregados, como una brisa jubilosa.

—Si tenemos armas, ¿qué no podremos hacer? Es el estar desarmados lo que nos ha tenido reprimidos, porque de nada sirve disponer de horquillas de labranza o de espadas viejas cuando el enemigo está armado como hemos visto.

Ling Tan, colmado de orgullo oyendo a Lao Er, pensaba: "Jamás he hecho cosa más discreta que llamar a mi hijo." Y, ya de retorno a su casa, le dijo:

—Sólo lamento que estuvieras fuera de la aldea.

—Yo lo celebro —respondió Lao Er—, porque habiendo visto la tierra y las gentes libres sé lo que son y conozco que rechazaremos al enemigo hasta el mar si luchamos juntos. Pero la manera de luchar en la tierra libre y en ésta ha de ser distinta. Ellos combaten abiertamente y nosotros hemos de combatir clandestinamente. Nuestra lucha es más dura, porque vivimos en medio del enemigo y no tenemos adónde retirarnos.

Los aldeanos esperaban que Lao Er les trajese armas y él esperaba que estuviese concluida la cueva bajo el patio. Pero en esto ya no trabajaba solo. Convencido de la lealtad mutua de sus compoblanos, habló a algunos de lo del subterráneo, y varios fueron a trabajar con él. ¡Cuán pronto quedó entonces terminada la cueva! Cuatro hombres laboraban sacando tierra, empotrando pilastras, vigas y quicios, practicando otra entrada secreta... Lao Er dio a la excavación más profundidad de lo que se había calculado, como viera en la tierra libre hacer con los refugios contra los barcos volantes, refugios que se practicaban tan hondos como pudiera ser, si no se hallaba una corriente de agua. En este caso encontraron una pequeña, que desviaron hacia el pozo mediante una tubería de cañas de bambú encajadas unas en otras.

A veces, cavando, se encontraban extrañas cosas: dos antiguas escudillas, varios jarros llenos de lo que ahora era polvo, los restos de un esqueleto de niño, varios huesos de una pierna de adulto y a cabo, una cajita de bronce muy tomada de verdín, dentro de la cual había algunos alfileres incrustados de gemas y un par de pendientes de oro tan pesados como ellos no vieran jamás.

—Esto ha pertenecido a nuestros antepasados, y no somos dignos de tocarlo —dijo Ling Tan—.

Por lo tanto, volvió a enterrar los objetos en la pared del subterráneo y allí los dejó.

La cueva era más honda, grande y recia que cuanto imaginara Ling Tan. Había vigas protegiendo el techo para que no se desplomase, y sostenían las vigas pilastras construidas con ladrillos que se quitaron del cuarto del telar, porque la casa de Ling Tan era de ladrillo y no de tierra. Si faltaban ladrillos, otros aldeanos echaban abajo

tabiques interiores de sus casas y por las noches llevaban el ladrillamen a casa de Ling Tan. Así, en menos de dos meses desde el regreso de Lao Er, la cueva quedó concluida.

—Ya tenemos dónde esconder las armas —dijo Lao Er—.

A la mañana siguiente salió antes de que amaneciera, con un paquete de vituallas y dos pares de sandalias de repuesto atadas a la faja. Y caminó hacia los montes.

CAPÍTULO ONCE

Aquel año, cuando maduró el arroz de los campos y amarilleó el cereal en los trigales, el enemigo envió inspectores para cerciorarse de la cosecha aproximada que habría y para decir a los labriegos el precio de venta del arroz. Tan bajo era aquel precio que apenas merecía la pena vender. Ling Tan y sus compoblanos recibieron la noticia en silencio, porque indignarse podían costar la vida de alguno de los indignados; pero su odio hacia los hombres diminutos y zambos que componían el enemigo creció hasta hacerles erizar los cabellos. En efecto, el campesino es hombre que suda mucho hasta recoger su cosecha, y ésta constituye su vida. Si le quitan su cosecha, ¿cómo vivirá?

Ling Tan y los demás, baja la cabeza, adustos, oían hablar a los enemigos, y cuando éstos se fueron, los de la aldea empezaron a discurrir el modo de esconder el grano. Todos lo recolectaron a la vez y de prisa, con lo que el enemigo no podía estar en todas partes, y lo trillaban secretamente en las casas, tapando con telas puertas y ventanas para que no se viese la luz. Después escondieron el grano. Algunos lo ponían en cuevas semejantes a la de Ling Tan, y otros, que tenían parientes en aldeas de las montañas, llevaban por las noches a ellas cargamentos de grano. Mas los tiempos eran tan malos que parte de la cosecha que se llevaba a los montes caía en poder de los salteadores que andaban por donde no había enemigos, pues en tal ocasión no faltaba quienes eran capaces de robar a sus propios compatriotas.

Por el día, Ling Tan y los demás trillaban públicamente lo que no habían escondido, y el enemigo se maravillaba de que tanta plantación diera tan poco grano. La cosecha conocida fue aquel año la mitad que el anterior, y los labradores alegaban que sucedía a veces que los tallos fueran muy altos y dieran mucha paja y poco grano. Cuando el cielo mandaba un año así, ¿qué cabía hacer?

El enemigo estaba desconcertado. Si pensaba que los campesinos mentían y los mataban, ¿quién labraría las tierras al año siguiente? Hubo que contentarse con tomar el arroz que quedaba. Lo que revolvía la bilis de Ling Tan era que, después que el enemigo adquiría el arroz al precio que señalaba, retiraba lo necesario para su sustento, y vendía el remanente en la ciudad a un precio muy distinto, tres o cuatro veces más alto que el abonado a los labrantes. De esta forma el enemigo expoliaba la tierra y a las gentes.

Se puso en vigor la ley de que en todo el país sólo el enemigo tenía derecho a comer pescado. Ling Tan dejó de pescar por el día, mas cuando deseaba peces los recogía por la noche con una jábega. Las espinas, escamas y demás desechos de los peces habían de ser enterrados y nunca se comía pescado en el pueblo sino a puerta cerrada y por la noche. No obstante, por salvar las apariencias, de vez en cuando un lugareño iba a la ciudad llevando en la mano, para el enemigo, algún pez diminuto.

En ocasiones el enemigo daba órdenes de pescar, y sólo entonces, y para salvar sus vidas, tenían que pescar y entregar buenos peces.

La volatería de todas clases, los cerdos y las vacas, fueron tomados por el enemigo al precio que quiso, y la carne empezó a escasear tanto que los hombres acabaron olvidando su existencia. Ling Tan se alegró de haber matado sus reses a tiempo, y procuraba mantener flaco y decaído a su búfalo para que, si el enemigo lo veía tan escuálido, no le ordenase matarlo.

A poco de irse Lao Er a los montes, vino el enemigo a recoger los cerdos y aves registrados en casa de Ling Tan. Ya estaba éste acostumbrado a reconocer a lo lejos a aquellos hombres zambos cuando se acercaban. Fingía no reparar en ellos hasta que veía un pie enemigo junto a los suyos. Sabía que era un pie enemigo por la gran separación que mediaba entre el pulgar y los demás dedos.

Viendo el día de marras semejantes pies, se incorporó, con la boca abierta, los ojos embotados y en todo el rostro la expresión más estúpida que pudo.

—Tienes que vendernos los dos cerdos y los patos y gallinas que te hemos registrado —le dijo un enemigo—.

—Yo no tengo cerdos —respondió Ling Tan, poniendo cara de hombre de poco entendimiento.

—¡Los tienes! —aulló el hombre—. Aquí está anotado que tiene dos cerdos.

—Han muerto —dijo Ling Tan—.

—Si los mataste, tú serás muerto a tu vez —anunció el hombre con severidad—.

—Murieron de enfermedad —explicó Ling Tan—, y no me atreví a presentar los cadáveres para que no se creyera que los había matado yo.

—¿Y los huesos?

—Los perros los royeron y después los hicimos harina y abonamos con ellos la tierra.

Ling Tan había criado los once lechoncillos de la cerda en el cuarto del telar antes de dismantelar la habitación. Luego los mató y saló, excepto los que había conservado para que se reprodujesen y los cuales tenía dos, atados a estacas, en los campos del pueblo. Caso de que el enemigo los hallara, ¡mala suerte!

Los enemigos se enojaron mucho, pero, ¿qué podían hacer? Si prendían a Ling Tan, ¿quién se cuidada de labrar sus tierras? Se limitaron, pues, a amenazarle, diciéndole que si alguna vez le hallaban matando una res le había de pesar. Él fingió no entender nada y ellos se alejaron maldiciendo la estupidez de las gentes de aquel país, estupidez que significaba una carga para sus vencedores.

Cuando los vio alejarse, Ling Tan sonrió bajo su sombrero de bambú, se sintió contento de haber causado un daño al enemigo. Los demás lugareños hicieron igual cosa tan diestramente como les fue posible, pero pocos con tanta habilidad como Ling Tan.

El octavo primo de Ling Tan, carnicero del pueblo como lo fuera su padre, no pudo resistir aquellas durezas. Ver arruinado su negocio le colmó de tal disgusto que no podía pasar un bocado. Su mujer había buscado refugio fuera de la aldea y sus dos hijos estaban en el monte. Una mañana los vecinos vieron que las puertas del carnicero seguían cerradas a mediodía y, constándoles que vivía solo, llamaron a Ling Tan. Este abrió y halló a su octavo primo colgado de uno de sus ganchos para la carne, con su propio cinturón, que tenía apretado al cuello. El suicida había limpiado su tienda y lavado los calzones antes de matarse.

—Los diablos enemigos han causado la muerte de este hombre —dijo Ling Tan con infinita tristeza—.

Y descolgó a su primo, y, a la noche siguiente, lo enterró. Su mujer no osó acudir al entierro, más sí sus hijos, merced a que era de noche.

Día a día la vida en casa de Ling Tan se amoldaba a un hecho esencial: el de que vinieran o no por el camino los "diablos zambos", como se les llamaba ahora. Ling Sao, al despertar, miraba siempre desde puertas y ventanas y se sentaba a hilar o hacía otra faena cerca de la casa. Cuando venían los enemigos, entraba a decírselo a Jade y ésta descendía la escalerilla que detrás del fogón llevaba al subterráneo. Cubría Ling Sao el orificio con una tabla sobre la que esparcía tierra y paja, y con esto, en la oscura cocina, nadie hubiera imaginado lo que había allí. Cuando el enemigo se iba, Jade subía, pero no salía nunca de la casa, ni Ling Sao sacaba al niño hasta después del anochecer.

Mas la fama del niño circuló y todas las mujeres de la aldea iban a verlo y alabarlo. También se presentó la mujer del primo tercero y elogió al pequeño algo, pero no mucho, a causa de su envidia. Porque viendo aquel chiquillo tan superior a cuantos conociera, se le hizo un nudo en el estómago y pasó un par de días sin poder comer ni dormir. Quiso la desgracia que le viera en el momento en que Jade lo amamantaba y el divisar los hinchidos pechos de la joven madre y la avidez del hijo envenenó la sangre de la rencorosa mujer. Apenas acertó a murmurar las palabras requeridas por la cortesía y luego añadió otras de mal agüero.

—Los niños tan hermosos suelen morir pronto —dijo—. Mi hijo, a la edad de éste, era igual que él.

—¿Cómo puedes afirmar eso, prima? —estalló, harta ya, Ling Sao—. Yo estaba contigo cuando diste a luz a tu hijo, y salió tan enclenque y tan paliducho que no me atreví a lavarlo en el primer momento, y lo tuve un rato antes de tocarlo. ¿Y no recuerdas las descomposiciones que sufría y la cara de gatito hambriento que tuvo hasta los tres años? Sólo cuando llegó a los diez o los once empecé a respirar viendo que medraba.

—Creo —repuso la prima, acremente— que puedo recordar a mi hijo mejor que tú y como a ti siempre te ha gustado servir de partera, debes confundir el mío con

algún otro.

Y, ya desatada, dijo a Jade:

—Sí, mi hijo era como éste, y él debía haber tenido este niño contigo, de haberse hecho la voluntad de los dioses. Bien castigados estamos por no cumplirla; que si él se hubiera casado contigo viviría aún y este niño sería suyo.

Jade, airada, se cubrió el pecho y repuso con orgullo:

—Estoy contenta de la vida que llevo y lamento que hayas perdido a tu único hijo.

Cuando la mujer se fue, Ling Sao y Jade participaban de la misma irritación y el mismo desagrado hacia la mujer del primo, y entre ambas convinieron que no se le podía dejar al niño en brazos, pues lo envenenada con su aliento.

La mujer del primo, retornando a su casa, maldijo a su marido por haber contribuido a que su hijo no se casara con Jade, y porque aquel chiquillo no fuera su nieto, y porque su único hijo hubiera muerto, y porque no iban a tener más, y porque cuando los dos muriesen morirían de veras, ya que no tenían descendientes. En tal furia y desolación se puso, que el pobre intelectual salió, con la cabeza ofuscada, y comenzó a darse testarazos contra el muro exterior de su casa. Lo vio Ling Tan y corrió a auxiliarle. Cuando supo lo que sucedía rió con la risa del hombre que no tiene dificultades de mujeres en su hogar y, llevando a su primo a la casa de té, le hizo sosegar invitándole a té y a bollitos fritos con arroz. Luego le aconsejó que si su mujer volvía a enfurecerse, la amenazara con tomar una concubina.

—¿Cómo puedo hacer eso —repuso el pobre intelectual— si hace meses que no...?

—¿Es posible que tu mujer se te niegue? —exclamó Ling Tan, auténticamente enojado contra la esposa de su primo—.

—Sí, y no pido más que paz —masculló el hombre entre los pelos de su rala barba—.

—La paz no se pide. Hay que establecerla, a veces por la fuerza, tanto en las casas como en las naciones.

El otro, suspirando, miró a su primo.

—Yo soy hombre de sabiduría, y por lo tanto, ¿cómo voy a ser tan fuerte como una mujer? Una mujer es el ser más fuerte de la tierra, y bien dijo Confucio que a las mujeres debiera prohibírseles, por la ley, tener voluntad propia. Demos gracias al cielo de que nuestros enemigos sean hombres y no mujeres, porque cuando las mujeres vencen, los hombres están perdidos.

Ling Tan, reprimiendo su risa, respondió:

—Sin duda tienes razón, primo, pero yo apaleada a esa mujer hasta que tuviera que apoyarse en la pared para sostenerse derecha.

—¿Lo harías? —exclamó el otro, esperanzado—. ¡Hazlo, hazlo!

—No, no —dijo Ling Tan, con más risa que nunca—. Hay dos cosas que el hombre tiene que hacer por sí mismo: dormir con su mujer y pegarle cuando llega el caso.

Se levantó y el primo se levantó también, abatido. Viéndole encaminarse a su casa, Ling Tan movió la cabeza y pensó que nada de lo que le había dicho a aquel hombre aumentaría su vigor.

Seguía transcurriendo el otoño. Los campos de Ling Tan quedaron limpios de grano y él almacenó bastante víveres para su familia. Ya estaba preguntándose si no le habría ocurrido algún mal a su segundo hijo, cuando una noche oyó llamar a la puerta de la manera que Lao Er conviniera con su padre. Como Ling Sao estaba dormida, se levantó él y entreabrió la puerta pronto a cerrarla si había algo desagradable. Pero oyó cuchichear a su hijo:

—Soy yo, padre.

Le dejó entrar con dos más que le acompañaban. Hablaron uno a uno en la oscuridad y Ling Tan reconoció... las voces de sus otros dos hijos.

Les condujo a la cocina, donde, por no haber ventanas, pudo encender luz sin peligro, y vio que sus hijos estaban sanos y salvos, y que el menor no tenía trazas de salteador.

—¿Qué más puedo pedir que veros a los tres? —dijo—.

El aspecto de sus hijos le enorgullecía. Aquellos meses en los montes habían cambiado mucho a su hijo mayor y al más pequeño. Nunca habían parecido tan fuertes, tan atezados, tan decididos. Lo mejor de todo consistía en que quienes abandonaron la casa abatidos bajo la pena no tenían ahora temor a nada y habían olvidado su disgusto.

—¿Estás con los hombres buenos de las montañas? —preguntó al hijo tercero—.

—Estoy con los que hacen la guerra a los diablos. —Y el hijo añadió— Di a mi madre que me siento hambriento y que necesito una buena comida antes de irme.

—¿Tan pronto vais a iros?

—Antes de que se disipe la oscuridad tenemos que estar al pie de los montes —dijo el mayor—.

—Pero tenemos sitio para esconderte —señaló Ling Tan—.

—Por esta vez habré de irme.

Y el mayor pareció no querer explicarse más. El padre los bajó a la cueva y allí uno sacó doce armas de un fardo que llevaba. Eran armas como Ling Tan no viera nunca, cortas y recias, de aspecto extranjero. Cogiendo una, la examinó.

—¿De dónde las habéis sacado?

—Las quitamos al enemigo —rió el joven—.

Luego de admirar las armas, Ling Tan, recordando el apetito del hijo menor, acudió a Ling Sao. La madre preparó el fuego en unos minutos, y Lao Er despertó

también a Jade, y ésta bajó con el niño a la cueva, y allí todos comieron legumbres y puerco salado que Ling Sao había preparado a toda prisa. En el subterráneo había una mesa y sillas y podían encenderse luz. Todos se contaron sus novedades. Ling Sao no se hartaba de contemplar a sus hijos. Ling Tan le había advertido que no recordase cosas luctuosas. Pero ella madre al fin, tuvo ocasión de cuchichear al mayor, antes de que se fuera:

—Hijo, has encontrado alguien que te dé más niños?

Él, sonriendo, pero sin mover la cabeza, repuso:

—¿Es ésta ocasión de pensar en ello?

—Siempre es ocasión de pensar en hijos —afirmó Ling Sao, tenaz—. ¿Quién hará tu trabajo, cuando faltes, si no tienes hijos?

—Acaso tengas razón, madre. Miraré a ver si encuentro...

El padre, riendo, intervino:

—¿Qué sería de nosotros sin mujeres que nos criaran?

Alentada por aquella risa, la madre alegó:

—Lo que os pasaría sin mujeres es que no habríais nacido ninguno.

—Nadie puede negar eso, vieja —dijo él—.

Ella prosiguió:

—Tampoco estaré satisfecha hasta que mi hijo menor se case, porque antes de morir quiero que todos me deis nietos.

—¡Eres insaciable! —exclamó Ling Tan—.

Todos rieron y los que tenían que irse a los montes partieron ya Ling Tan cerró y atrancó la puerta, contento de sentirse dentro de su casa.

En todas aquellas semanas y meses no había oído nada acerca de su hija mayor y de Wu Lien. Cierta mediodía, mientras acababan de comer y Ling Sao ponía en agua las vajillas para fregarlas, hubo ruido en la puerta. En estas ocasiones, Lao Er, con Jade y el niño, bajaban al sótano, pero la vez presente Ling Sao, oyendo la voz de su hija mayor fuera, exclamó con júbilo:

—¡Esperad, que es mi hija y hermana vuestra!

Iba a desatranca la puerta, mas Lao Er le sujetó el brazo.

—Madre —cuchicheó—, no les digas que estamos aquí.

Y se apresuró hacia el cuarto secreto, quitando al niño de los brazos de Jade. Dijérase que los visitantes eran enemigos... Ling Sao miró a su hijo como se mira a un hombre sin seso.

—Verdaderamente es un extraño día aquel en que los hermanos se ocultan de las hermanas —dijo a Ling Tan—.

—Todos los días son extraños ahora —repuso él—.

Y se dirigió a la puerta. Por encima del muro la hija mayor gritaba:

—¿Están mis padres durmiendo aún? ¡Aquí venimos yo, y mis hijos, y el padre

de mis hijos!

Abriendo la puerta, Ling Tan se halló ante la familia de Wu Lien. Hacía meses que no veía a personas como aquéllas. Sin darse cuenta, sus ojos se habían acostumbrado a mirar sólo gente mísera, hambrienta, temerosa, escondida y fugitiva, y he aquí que Wu Lien estaba más rollizo que nunca, con la carne del mismo color y la misma lisura de los carneros cebados. La hija de Ling Tan estaba también gruesa, y a punto de tener otro hijo, y los dos niños de Wu Lien, muy llenos de carnes, vestían rojas ropas de seda. Todos habían venido en *rickshaws*. Pero Ling Tan se preocupó viendo dos soldados enemigos tras de la familia y resolvió que esos dos hombres no entrarían en el patio. Entornó, pues, la puerta, dejando sólo un resquicio para hablar, y dijo con voz fría:

—Bienvenidos seáis, esposo de mi hija y niños, mas no puedo dejar pasar extraños en mi casa.

—No temas, padre de mi mujer. Esos hombres vienen sólo para guardarme.

—¿Qué necesidad de ser guardado tienes en mi casa? —inquirió Ling Tan, que estaba asustado, aunque lo disimulase, porque el ver a los dos ceñudos enemigos, con sus fusiles, le hacía temblar—.

—Dejarlos fuera de la puerta es descortesía —refutó Wu Lien—.

—¿Y qué necesidad hay de ser corteses con los guardias? —preguntó Ling Tan—.

Viéndole firmemente plantado en la puerta, Wu Lien se volvió a los escoltadores y les dijo, riendo, que aquel hombre era viejo y había que perdonarle que se asustase de ellos.

—¡No me asusto! —exclamó Ling Tan—. Es que no quiero que entren en mi casa.

En resumen, las mujeres pasaron, y Ling Tan, sacando un banco y dos taburetes, ofreció el banco a los soldados y él y Wu Lien ocuparon los taburetes fuera de la casa. El día, bastante caluroso para la estación —finales de otoño—, no hacía incómodo hallarse al aire Libre y así la dignidad de todos quedaba a salvo.

A Ling Tan no le placía el aspecto del esposo de su hija, y cuanto más le miraba más adivinaba cosas malas. Llenó su pipa y la fumó lentamente, sin separar los ojos de aquella redonda cara que tenía ante él.

—¿Cómo estas tan gordo? —preguntó—.

—Mis cosas van bien —dijo Wu Lien, modesto—.

—¿Cómo pueden irte bien cuando a todos les van mal?

Wu Lien, sudando ligeramente, se enjugó la cara y las palmas de sus rollizas manos con un pañuelo de seda, y, sin quitar ojo de los guardias, se inclinó y dijo en voz baja:

—Has de saber que cuanto hago lo hago por bien de todos.

—No sé lo que haces —contestó Ling Tan en voz alta—.

Wu Lien, volviendo a secarse el sudor, rió, tosió, y dijo:

—Los tiempos son los tiempos, y el hombre discreto los toma tal cual vienen y se ciñe a ellos como una vela al viento. En la ciudad va a haber un Gobierno de compatriotas nuestros, formado por hombres como yo, que, viendo que por ahora debemos ceder, preferimos ceder de acuerdo y obedecer a los nuestros mejor que a extraños. ¿Comprendes, padre de mi mujer?

Ling Tan se quitó la pipa de la boca y repuso:

—Soy hombre común y tan estúpido que sólo entiendo cuando se me dicen las cosas claras y las oigo bien.

Miró a Wu Lien con los ojos muy abiertos, y Wu Lien, sonriendo, desistió de detallar a Ling Tan lo que éste se negaba a comprender.

—¿Dónde vives ahora? —interrogó Ling Tan, tras un breve silencio—.

—En el 10 de la calle de la Puerta del Norte.

—Calle de buenas casas es ésa —dijo Ling Tan—. ¿Cómo puedes vivir allí?

—Me dijeron que fuese a esa casa y fui —replicó Wu Lien—.

—¿Y tu tienda?

—Abierta y atendida por dos dependientes que he encontrado.

—¿Qué vendes?

—Telas y mercancías extranjeras de todas clases.

—¿Y qué haces tú?

—Trabajo para el nuevo Gobierno —dijo Wu Lien, con calma—.

—¿Te pagan?

—Muy bien.

—Por eso estás contento —murmuró Ling Tan con acritud—.

Sin responder, Wu Lien se inclinó hacia él y, con voz suave, expuso:

—Padre de mi mujer, he venido a favorecerte. No tengo otro deseo. Te advierto que el horizonte no es bueno y que quienes tienen amigos marcharán mejor que quienes carezcan de ellos. Si haces lo que te digo, vivirás con más desahogo.

Ling Tan tuvo en la punta de la lengua un insulto y le faltó poco para abofetear la faz rolliza que veía ante sí; pero Ling Tan no era un niño. Sabía refrenar lengua y manos cuando convenía y así permaneció quieto, con el aire más estúpido que pudo.

—¿Qué quieres que haga? —dijo—.

—Haz lo que te diga y yo te favoreceré aquí y en la ciudad, porque es cosa que está en mi mano.

—¿Qué es lo que tú haces, yerno?

—Soy interventor de todos los productos que se recogen. Parte de mi tarea consiste en velar porque el arroz y el trigo, el opio, el pescado y la sal se reúnan en ciertos lugares para venderlos o expedirlos a otras partes.

—¡Opio! —exclamó Ling Tan con tremenda voz—.

Wu Lien se demudó. Había dejado que se le escapase la palabra. El opio, que ahora se traía del Norte, era, entre todos los productos, el único que no se exportaba a la tierra de los hombres del océano oriental, sino que se diseminaba por ciudades y poblados y el enemigo procuraba inducir a la gente a que lo usase. Aquel antiguo mal, extirpado en China con grandes trabajos y penas, había resucitado y muchos se entregaban a él.

—Yo no soy dueño de mi mismo —dijo con suavidad Wu Lien, tapándose la boca con la mano carnosa, y tosiendo—.

Ling Tan, harto, escupió dos veces en el suelo y maldijo. Luego gritó a Wu Lien:

— P'ei!

Wu Lien volvió a toser tras de la mano. La tos le congestionaba el rostro. Ansiaba que Ling Tan apartase aquellos ojos negros que le desazonaban, pero Ling Tan no los movía.

En la casa, Ling Sao interrogaba a su hija

—¿Y dónde encontráis toda esa carne y arroz que coméis?

—Hay comida en abundancia —dijo su hija con candidez—. Tenemos grandes arcones con arroz y nos proporcionan muchas vacas, cerdos, pescados, huevos y aves.

—Lo que sé es que nadie tiene carne —afirmó Ling Sao—, y que el enemigo viene saqueando los pueblos y no nos dejan nada. Carga con vacas y cerdos, patos y gallinas, y si conservamos nuestro búfalo es porque lo tenemos tan flaco y consumido que ni siquiera el enemigo lo mira. Tu padre dice que el pobre animal va a morir pronto.

—De saberlo te habría traído carne, y la próxima vez te la traeré —dijo la hija—.

Ling Sao no le dio las gracias. Repuso, torva:

—No me parece bien que una persona de mi familia esté tan gorda mientras que todos los demás andan flacos. En tiempos de carestía, cuando todos se mueren de hambre, nadie debe alardear de gordura.

—Yo no como más que lo que me dan.

—¿Quién te lo da?

—Mi marido.

Ling Sao miró a su hija para ver si hablaba con inocencia o no.

—¿Y cómo puede dártelo?

—¡No sabes lo bueno que es! —sollozó la hija—. Tú, porque finge ceder a los tiempos, le recriminas. Ya le dije yo que le pasaría eso. Pero también él odia al enemigo y dice que tiene cien medios de hacerle mal y beneficiar a los nuestros; y también que no sirve de nada oponerse a lo que existe ya. El enemigo rige y nosotros tenemos que vivir bajo él.

—¡Pero no engordar bajo él! —atajó Ling Sao—.

—Más vale que engordemos nosotros que el enemigo —repuso la hija, con enojo

—. ¿Haremos algún daño al enemigo negándonos a comer?

—Si podéis comer... —murmuró Ling Sao con acritud—.

Y, contemplando a los dos rollizos niños, la vieja advirtió con sorpresa que no le complacía mirarlos. Ella, que nunca podía ver a un niño sin acariciarlo y olerlo, no deseaba tocar a aquellos dos. Su carne no era de ella, pensaba. Comían alimentos extranjeros. Pero su hija, no notando sino que Ling Sao miraba a los chiquillos, dijo con orgullo:

—¿Verdad que han crecido?

—Han crecido —repuso, grave, Ling Sao—.

Y, mirando a su hija a los ojos, añadió:

—¿Qué pensarán cuando sean hombres y sepan que su padre fue un traidor?

La hija, llorando otra vez, empezó a arrepentirse de haber ido a aquella casa.

—Hemos tenido muchas molestias para venir, madre —hipaba—, y sólo vinimos para ver si podíamos favoreceros... Pensad de nosotros lo que queráis, que siempre seremos los mismos y acaso algún día podamos salvaros la vida...

—Si algo hubiera en la casa para darlo a tus hijos y a ti por cortesía, te lo daría —dijo Ling Sao, levantándose—, pero verdaderamente no tenemos nada. No recibimos abundancia de carne y arroz. Sólo tenemos lo bastante para no morir de hambre. Y por eso no puedo hacerte agasajos.

Con esto significaba que no queda hablar más y su hija lo comprendió.

—¿Cómo puedes ser tan dura cuando sólo estáis los dos en la casa y nosotros somos tu única familia? —preguntó—.

—Solos o no, nos arreglaremos —dijo Ling Sao con orgullo—.

Ling Tan vio abrirse la puerta y salir a su hija y su esposa. Ling Sao hizo una pequeña muestra de cortesía, y luego Wu Lien se fue con los suyos, sin que se hablase de volver.

Atrancóse la puerta de la casa y desde el agujero de acceso Ling Sao dio voces de que subieran a los que estaban abajo. Se habló de la visita y cuanto más oía Lao Er más se enojaba. Determinó en su interior ir a la ciudad y averiguar lo que pasaba allí, y si todos, en efecto, se habían doblegado al enemigo.

Jade, siguiendo cosas que leyera en los libros, preparó para su esposo un disfraz de mendigo y con arcilla encarnada le fingió en el rostro una cicatriz que le contraía la boca y le alcanzaba hasta un ojo.

Y a los pocos días, so capa de pordiosero, Lao Er se llegó a la ciudad. Anduvo eludiendo las calles principales, hablando poco y escuchando mucho. De las casas ruinosas y las gentes hambrientas no se cuidó apenas, porque él sabía que ésas son cosas inherentes a las guerras, pero le irritó mucho ver cómo se vendía opio en todas partes. De cualquier modo, ya las ruinas y la desolación eran suficientes para

impresionar, porque en aquella ciudad, que había sido tan rica y alegre, las calles estaban ahora silenciosas. Miles de sus moradores habían muerto y muchas casas aparecían quemadas y desiertas. Hallábanse cerradas las tiendas, salvo las que, como la de Wu Lien, florecían a favor de las circunstancias. Y prosperaban nuevos y malignos establecimientos, chozas unos, alegres barracas de pintura y papel otros, burdeles descarados unos cuantos, y todos abiertamente consagrados a la venta de opio. Se detuvo Lao Er ante un local de aquéllos y fingió vacilar entre si entraría o no. En esto salió un cojo, al que le faltaba la pierna derecha, que con una muleta suplía. Por lo enteco y amarillo, dedujo Lao Er que aquel hombre llevaba mucho tiempo frecuentando el fumadero, y le habló:

—¿Venden aquí... eso? —y señalaba al signo con el dedo—.

El hombre asintió.

—Y siendo el enemigo el que lo vende, ¿está bien para nosotros entrar?

—¿Qué nos importa eso a personas como nosotros? —repuso el cojo—. ¿Me devolverá alguien lo que he perdido? En el mejor caso, ni aun la marcha del enemigo me devolverá mi pierna, ni mi mujer e hijos, ni la taberna que tenía. No me preocupa ni siquiera la victoria. ¿De qué me serviría?

Lao Er pensó que hombres como aquél eran los verdaderos vencidos. Volvió a su casa renqueando, y contó lo que había visto, añadiendo que había andado por los mercados, donde los vendedores le dijeron que los precios estaban por las nubes y la gente se moría de necesidad sin que el enemigo se ocupase de ello ni de nada, fuera de proporcionar opio barato, para que el pueblo hallase fácil olvido.

Y entonces descendió sobre la casa más tristeza que nunca, porque por el caso de su madre sabía Ling Tan lo que el opio puede hacer y cómo puede trastornar las almas. Se quejó:

—¿Qué defensa tenemos contra eso? Podemos escondernos de los barcos volantes y reconstruir las casas quemadas, pero ¿qué se puede hacer si nuestros compatriotas olvidan lo que nos ha pasado?

Y Ling Tan juzgó que lo del opio era el mal mayor que les había causado el enemigo.

CAPÍTULO DOCE

La guerra clandestina no es como la franca, y entre las dos es la peor la primera. Durante todo el invierno, Ling Tan hubo de mantener la cara tranquila y los ojos permanentemente embobados, y a la par estar atento a toda ocasión de obtener una ventaja grande o pequeña. Mientras sus hijos y otros hombres iban y venían por la noche y usaban la cueva como arsenal, él tenía que fingir ser un labrador ignorante de todo ante los enemigos que viniesen a interrogar Y de fijo habían de venir, porque en la primavera empezaron a encontrarse tantos cadáveres enemigos en los caminos que los jefes de los vencedores se encolerizaron. Dentro de la ciudad, junto a los muros, solían hallarse centinelas muertos, aunque ¿cómo era ello posible con las puertas cerradas y con el muro de ochenta pies de altura?

Pero el hijo menor de Ling Tan y otros como él trepaban aquel muro muchas noches. Fijaban sus desnudos pies en los huecos de los viejos ladrillos, en las hiedras y en las raíces de los arbustos, y así subían a la almenada superficie, donde buscaban y disparaban sobre los centinelas enemigos. Luego se escondían otra vez entre la hiedra y esperaban que cesase el tumulto para volverse a los montes antes de alborar.

En ocasiones, los enemigos que iban a las aldeas a requisar víveres y géneros se hallaban rodeados por grupos de toscos y cándidos campesinos de ambos sexos, de donde salían pronto unos cuantos con pistolas y cuchillos. Eran muertos los enemigos hasta el último, porque si alguno quedase podría delatar el pueblo en que había ocurrido la agresión, y se sabía ya en la ciudad que muchos de los que de ella salían no podrían retornar después. Pero los lugareños no acometían a tontas y a locas sobre cuantos enemigos veían, sino que esperaban un signo de su jefe, y entonces obraban con diligencia.

En la cueva de Ling Tan había ahora ciertas extrañas armas, algunas nuevas y relucientes, con letras señalando su procedencia de países extranjeros, sin que faltasen otras tan antiguas que causaba pasmo pensar cuándo se habían hecho y empezado a usarse. Venían estos armamentos de las montañas; y entre los guerrilleros había muchos que pertenecían a generaciones de bandidos, que iban transmitiéndose sus útiles de combate bajo el mando de sus diferentes señores de la guerra. Ling Tan escogió para sí un arma muy singular, consistente en una especie de grueso garrote de madera que llevaba a su extremo cuatro cañones de hierro como cuatro dedos de una mano de hombre. Cada tubo tenía en la base un agujero por el que se ponía fuego a la pólvora. Era el arma tan sencilla, que cabía utilizar como proyectil cualquier cosa: trozos de hierro, clavos, goznes viejos y objetos semejantes. Un poco de algodón y cuatro minúsculas cargas de pólvora bastaban para hacer cuatro disparos. Las heridas que aquel artefacto producía eran muy nocivas.

Ling Tan estaba encargado en su pueblo de dar la señal de ataque al enemigo, y lo

hacía siempre que era factible, sin engañarse nunca sobre la capacidad de sus compoblanos. Dos veces en el invierno y una en la primavera hubo ocasión de agredir, y en todas no escapó un solo enemigo que huyese y delatara a la aldea. Los jefes enemigos se enfurecían cada vez más, porque las bajas crecían, sobre todo en las aldeas montañosas, lejanas de la ciudad. ¿Cómo podían regir el campo si no osaban salir a él, y cómo iban a enviar una hueste cada vez que necesitasen una requisita? A mediados de verano, el enemigo diose a quemar aldeas donde eran encontrados guerrilleros, mas el pueblo de Ling Tan se salvó porque el enemigo no encontró allí hombre alguno de las guerrillas —aunque había varios escondidos en la cueva de Ling Tan—, y así, aunque se profirieron muchas amenazas, no se aplicó ninguna.

En cambio, varios poblados de los montes fueron quemados por las noches, con sus habitantes dentro de las casas, sin más razón que la de que el enemigo creía que en un pueblo de la sierra debía de haber guerrilleros serranos. Y, sin embargo, según contaban los hijos de Ling Tan, incluso en aquellos pueblos salían unos cuantos hombres y mujeres a cultivar la calcinada tierra, que aún era suya.

Tales crueldades forzosamente habían de cambiar los caracteres de la gente. En los viejos días de la libertad, los rostros de hombres y mujeres habían sido francos y prontos a la risa, y en todas las casas había voces alegres y animado charlar, y recio maldecir, y nadie había pensado en esconder nada a los demás.

Pero ahora las aldeas estaban silenciosas, los rostros adustos, y todo se debía a las privaciones que sufrían bajo el enemigo y al odio reconcentrado, que sólo con matanzas se podía exteriorizar. Tan secreta cólera y la constante búsqueda de modos de matar transformaban los ánimos, y Ling Tan sentía tal cambio en sí mismo.

El enemigo no conocía otro combustible de cocina que la leña, y por lo tanto cortaba los árboles, se llevaba las vigas de las casas y desgoznaba las puertas. Siempre que necesitaba madera, se hacía con ella doquiera que la veía.

Así, en aquella primavera cayó, con otros árboles, el viejo sauce a cuyo pie solían citarse Lao Er y Jade en los primeros años de su matrimonio. Cuando Lao Er lo vio, sintió el alma apenada y, volviendo junto a Jade, le dijo:

—Han talado nuestro árbol, corazón mío.

—¿Acaso han existido alguna vez —repuso ella, triste— aquellos buenos días en que nos citábamos bajo un árbol?

El primer mes de verano Llegó a la aldea una partida enemiga a buscar víveres. Aunque eran ocho o nueve enemigos, el ojo alerta de Ling Tan vio, bajo su aparente estupidez, que sólo cinco de los enemigos llevaban armas. Los aldeanos salieron a la cale, como de costumbre; y todos aquellos viejos y viejas escondían entre las ropas sus armas, en espera de la orden de Ling Tan. Hizo éste el signo, y los labriegos, precipitándose todos a una, exterminaron al enemigo, excepto uno, que quedó herido

por el arma de cuatro cañones de Ling Tan. El herido, arrastrándose entre los bambúes, llegó al sur de la casa del mismo Ling Tan. Éste le seguía y el otro, incorporándose sobre manos y rodillas, como un perro, con cara suplicante y en voz que Ling Tan entendió, le dijo:

—Déjame vivir. Tengo mujer e hijos. Te los voy a enseñar.

Y buscó algo en su pecho. Pero Ling Tan descolgó de la cintura del caído el cuchillo que llevaba y se lo hundió en el vientre, sin preocuparse más que lo hubiera hecho al exterminar una serpiente o un zorro. El hombre le miró con ojos tristes y enturbiados, y expiró.

Ling Tan, que ya había matado enemigos tres veces antes que ésta contempló a hombre y se dijo:

"Este diablo" no tiene cara de malo."

Recordó lo que el hombre le hablara y, antes de que la sangre manchara su pecho, buscó en él y sacó una cajita de seda. Abriéndola, halló dentro unas fotografías de una mujer muy bonita y de cuatro niños, de ocho a catorce años de edad. Ling Tan pensó que nunca más verían al hombre que era su esposo y padre.

Y entonces percibió Ling Tan cuán cambiado estaba pues que podía considerar aquello sin disgusto. No lo sentía, ni alegría tampoco. Lo hecho, hecho, y sin arrepentimientos; y si llegaba ocasión, haría lo mismo mañana.

Tan sensible tenía el corazón, que antes, cuando su mujer retorció el cuello de algún pollo, había de efectuarlo detrás de la casa, para que su marido no lo viera. En cambio, ahora, Ling Tan pensaba "No me gusta matar, ni hallo placer en hacerlo; y, sin embargo, lo hago."

Se volvió a su casa, diciendo antes a los campesinos que estaban enterrando los cadáveres, que había otro entre los bambúes. Puso la cajita de seda en su alcoba. Realmente estaba cambiado... Aquella noche comió con apetito sin dársele nada de que un hombre a quien su mujer y sus hijos esperaban en otro país se hallase ya sepultado. No era el primero, y con frecuencia Ling Tan y los lugareños hacían bromas sobre si aquellos cuerpos enriquecerían la tierra o la echarían a perder. Todos habían cambiado, en verdad. Antes de que viniese el enemigo no se tenía noticia de que nadie matase a nadie en aquella aldea, excepto, si acaso, a alguna niña pequeña cuando en una familia había demasiadas; y esto cuando acababa de nacer y no había recibido aún el hálito de la vida. Mas ahora mataban enemigos como quien mata los parásitos de un gabán, sin preocuparse de ello.

"Cuando se hayan ido los "diablos", ¿volveremos a ser lo que éramos?", se preguntaba Ling Tan. Y no hallaba respuesta. Ling Sao solía salir con su azada, como las demás mujeres del pueblo, y tras enterrar a los enemigos como quien entierra desechos de res, volvía a la colina y tomaba en brazos al niño. Jade empuñaba un arma y tiraba con tanta destreza como su marido. ¿Qué bebería el niño en la leche de

su madre? Pero nadie estaba tan transformado como Ling Tan y sus tres hijos. Porque Ling Tan sabía que las mujeres son más duras que los hombres y más inclinadas a crueldades. Vierten sangre con el mal mensil, y la vierten asimismo cuando dan a luz, y por eso no la temen. En trueque, el hombre que vierte sangre sabe que se le va la vida con ella, y es más escrupuloso en derramarla. Mas si la derrama, esto le transforma y le cambia.

Ello sucedía así con el hijo mayor de Ling Tan. Era hombre de corazón blando y al principio mataba violentando su naturaleza. Pero ya se había modificado. Aquel hombre, que antes reía como un niño incluso siendo padre ya, ahora no reía nunca, sino que iba y venía de los montes, ejecutando su tarea de muerte con tanta naturalidad como antes cultivaba los campos.

Tan bien sabía aquel muchacho preparar una trampa, que nadie averiguaba que a sus pies se abría un pozo cubierto de tierra. Y él atendía día y noche a las trampas que montaba en los caminos. Si un inocente caía en ellas, le daba la mano para ayudarle a salir, pero si era un enemigo, le apuñalaba como a un zorruelo cogido en un cepo. No quería malgastar una bala en un individuo privado de toda arma, sino que le daba una cuchillada y después, tirando el cadáver a un matorral, disponía la trampa de nuevo. Un día en que el joven estaba en casa, comiendo, Ling Tan le vio levantarse súbitamente y salir al camino. En la puerta había un enemigo solo, que iba a anotar cosas, y el hijo mayor le mató y luego volvió a comer.

¿No te lavas las manos? —preguntó Ling Tan—.

¿Para qué, si no le he tocado? —respondió el hijo—. Después de muerto, le he arrastrado con el pie hasta los bambúes.

Y con terrible naturalidad comió de buena gana y luego fue a enterrar el cadáver. Ling Tan, en cambio, apenas pudo comer, no apenado porque hubiese habido una muerte, sino por la transformación ocurrida en su hijo.

"¿Cambiará después? —se preguntaba Ling Tan—. ¿Será dulce como lo era, cuando vuelva la paz?"

Pero nada le parecía tan terrible a Ling Tan como la alegría que mostraba su hijo menor cuando conseguía dar muerte a un enemigo. Aquel hijo, hombre ya, saliendo de su silencio soñador, iba adquiriendo una estatura superior a la de la mayoría y su rostro era tal que no existía mujer ni hombre que no se volviese a mirarle. Había de disfrazarse, excepto entre sus deudos, porque, si no, su cara era inconfundible. Tenía recia la mandíbula, las cejas negras y los ojos brillantes de resolución. Era su nariz levantada y recta, sus labios frescos aún, como los de un niño, y más grandes sus miembros que los del común de los hombres. Todavía no había conocido mujer, y huía de ellas, que le miraban y buscaban. Porque lo que hicieron los enemigos había trastocado su naturaleza, poniendo lo que hubiera sido pasión por las mujeres en pasión por matar y en alegría de satisfacer su pasión.

Ling Tan veía que aquel hijo se había convertido en lo que él más temía y odiaba: el hombre amante de la guerra y de la vida militar. Era imposible disimularse el hecho de que el hijo gozaba con la guerra y con todo lo a ella concerniente. Los guerrilleros, notándolo, le habían hecho jefe de una compañía y él, aunque siempre tenía éxitos que contar, mostrándose risueño y más joven que los otros, trazaba planes y ardidés como quien juega. Se había convertido en maestro de emboscadas y sorpresas y era el más atrevido guerrillero de la región. El enemigo siempre sabía cuándo era él quien atacaba, por la audacia y arrojo de sus planes, si bien desconocía la personalidad del muchacho.

Éste, a la sazón, iba poco a la casa paterna, mas si iba siempre tenía éxitos que contar, mostrándose risueño y orgulloso. Acabó creyendo que el cielo le protegía con especial favor, y se envanecía de sus triunfos, diciendo: "El cielo me escogió para esa tarea", "El cielo me llevó allí" o "El cielo puso poder en mi mano". Ling Tan, al cabo, estalló:

—¡Déjate del cielo esto y el cielo lo otro! Yo te digo que lo que ahora pasa en la tierra no es voluntad del cielo. No es voluntad de los cielos que los hombres se maten unos a otros, porque los cielos nos crearon. Ya que nos matamos, al menos no digamos que el cielo lo quiso.

Había hablado como un padre a su hijo y no le complujo ver que el joven, plegando los labios con desdén y mofa, respondiera:

—Ésa es doctrina vieja, y por ella hemos venido al aprieto en que estamos. Hemos dormido soñando en nuestros antecesores en lugar de vivir en el mundo moderno, y mientras dormíamos otros han preparado armas para atacarnos. Nosotros, los jóvenes, estamos mejor informados.

Jamás había oído Ling Tan tal insolencia y por tanto su mano derecha descargó un bofetón en la encarnada boca de su hijo.

—¡Hablarne a mí así! —tronó Ling Tan—. Gracias a las doctrinas de nuestros antecesores llevamos miles de años de existencia y hemos sobrevivido a todos los pueblos de la tierra. En la paz viven los hombres y en la guerra mueren, y las naciones mueren o viven según mueran o vivan los hombres.

Ling Tan no conocía a aquel hijo suyo. Le vio adelantarse, alzar la mano y responder con acritud:

—Estos tiempos son otros. ¡Cuidado con tocarme, porque te mataré como a cualquiera!

Ling Tan, al oírle hablar así, dejó caer las manos, abatido. Miró aquel rostro airado y hermoso al que él había dado el ser y, apartándose, escondió la cara entre las manos.

—Sí, eres capaz de matarme a mí—murmuró—. Eres capaz de matar ya no sé a quién.

El joven no contestó, ni rectificó su adusto ceño. Se levantó y se fue, y no se le vio en muchos días, en los cuales Ling Tan estuvo inquieto e insomne por las noches. Pensaba: "¿No es verdad que nuestro pueblo concluirá cuando nosotros nos hagamos belicosos como los demás pueblos del mundo?" Y ansiaba que su hijo menor muriese antes que sobrevivir a aquella guerra.

"Quien mata por gusto de matar debe morir en bien del pueblo, aunque sea mi propio hijo —seguía reflexionando—. De esos hombres salen los tiranos que nos someten a los demás."

—Nuestro hijo menor es como si hubiera muerto —dijo una noche a Ling Sao—. ¡Cuánto ha cambiado desde que era tan sensible que vomitaba viendo los cadáveres!

Creía que su mujer no le entendería, y quedó sorprendido oyéndola suspirar y preguntarle:

—¿No hemos cambiado todos?

—¿Has cambiado tú?

—¿No he cambiado? —replicó ella—. ¿Puedo volver a ser la que era? Incluso cuando tengo el niño en las rodillas me acuerdo de lo que hemos hecho y lo que tenemos que hacer.

—¿Podríamos obrar de otro modo?

—No —dijo Ling Sao—.

El, reflexionando, añadió:

—Aun en estos tiempos debemos acordarnos de que la paz es un gran bien. Los jóvenes no lo recuerdan y a nosotros nos corresponde enseñarles que de la paz se nutre el hombre principalmente.

—Eso será suponiendo que quepa enseñarles algo que no sea lo que han aprendido ahora —repuso ella, con tristeza—. Me agradecería que no fuese tan fácil matar. Nuestros hijos van acostumbrándose a ese modo fácil de acabarlo todo. A veces pienso que cuando no tengan otro enemigo nos matarán a nosotros y luego se matarán ellos entre sí.

Ling Tan no contestó. Estuvo largo tiempo despierto. También ella debía de estarlo, porque no se oía el rítmico ronquido delator de su sueño. Y Ling Tan resolvió que, por estrechamente que les oprimiera el enemigo, dedicaría cada día algún tiempo a recordar lo que la paz era y lo que la vida en aquella casa había sido.

Cuanto más recordaba, más advertía que matar a un hombre era cosa mala. Y se dijo: "No mataré de ahora en adelante. Que maten otros."

Y razonó que su persona sería útil al mundo si conservaba vivo en sí el recuerdo de las excelencias de la paz. Desde aquel día no dio más el signo de matar. Si los aldeanos lo comentaban, que lo comentaran como quisieran. En cambio, puso veneno en el estanque para matar sus peces y que el enemigo no los aprovechara, y tanto arroz escondió que entregó menos de la mitad de lo que la otra vez había entregado,

no contestando a la irritación de los requisadores sino con el arma del silencio.

El segundo hijo de Ling Tan no era como los otros dos. Mataba cuando se hacía necesario, pero no porque fuese cosa muy fácil, que era lo que impulsaba al hijo mayor, ni porque hallase en ello placer, como lo hallaba el pequeño. Este hijo segundo hacía planes vastos y si en el curso de ellos se presentaba una muerte, la ejecutaba, mas pensando en lo final y no en lo accidental. En sus planes nadie le ayudaba como Jade. Ésta le dijo un día:

—Deberíamos usar a Wu Lien como puerta para entrar en la fortaleza enemiga. Es tontería odiar a esas personas. No debemos odiarlas ni amarlas, sino utilizarlas. Pero ¿cómo?

—Bien habías —repuso Lao Er—.

Estaban en la cueva, limpiando y engrasando las armas almacenadas. Los guerrilleros habían dado aviso de que de allí a tres días habría asalto a una población próxima y se necesitaba preparar los armamentos.

"¿Cómo reanudaremos la amistad con Wu Lien?", meditaba Jade.

Mientras hablaba miró el luciente cañón de un fusil hacía poco tomado al enemigo. Introdujo en el arma una baqueta, moviéndola despacio. El niño, sentado en el suelo, jugaba con unos cartuchos vacíos. Eran buenos juguetes, limpios y seguros y aptos para morderlos. Le gustaba al pequeño en especial uno que se adaptaba a sus encías y en el que ya había grabado la huella de su primer diente. Jade nunca dejaba de mirar donde el niño ponía aquello, porque era propósito de la mujer guardarlo en una caja donde tenía los primeros recuerdos del chiquillo: los primeros zapatos que ella le hiciera, con cabezas de tigre por adornos; un gorrito de recién nacido con Budas cosidos; y todas las demás menudencias que las madres gustan de guardar.

Era el caso que, aunque Jade y Lao Er no lo sospechaban, Wu Lien conocía que ambos estaban escondidos en casa de Ling Tan. Tenía Wu Lien ojos y oídos en la aldea, y ¿cuáles habían de ser sino los de alguien celoso de Jade y de su hijito? La mujer del tercer primo de Ling Tan sabía, como todo el pueblo, que Wu Lien y su familia habían visitado la casa de Ling Tan y que tenían traza de acomodados y bien comidos. Y un día la mujer tomó algunos peces y, so pretexto de ir a entregarlos al enemigo, se presentó en casa de Wu Lien. Dio su nombre al soldado de la puerta y, con su pez envuelto en hojas secas de loto, llegó con facilidad a presencia del mismo Wu Lien, como pariente que ella era de la esposa del comerciante.

Éste la recibió con cortesía, cual a todos. La hizo sentar y llamó a su mujer. La visitante, fingiendo sólo sentimientos amistosos, habló de Ling Tan y de sus hijos.

—Tus hermanos están buenos —dijo a la esposa de Wu Lien—. Al segundo lo vi hace pocos días.

—¡Al segundo! ¿Está en el pueblo? —preguntó la interpelada—.

—Sí, y a Jade le ha nacido un niño muy lindo. Pero no me gustaría que el pequeño fuese mío, porque tiene señales que me hacen barruntar que morirá pronto. En cuanto le vi las cejas se lo noté.

Suspirando, bajó la vista, mas no dejó de notar la mirada que a hurtadillas cambiaron Wu Lien y su esposa. Y siguió:

—Tus otros dos hermanos están igualmente buenos, prima. A veces los veo, cuando bajan de los montes.

—¿Viven en los montes? —preguntó la hija mayor de Ling Tan—.

—Ahora sí.

Y la esposa del primo reflexionó si debía o no hablar del arsenal subterráneo que había bajo la casa de Ling Tan. Pero decidió callarlo, pensando que le convendría más reservarse algo que contar en el futuro. Sonrió y, suspirando, dijo:

—Ya sabréis que mi hijo ha muerto. El enemigo le hirió, pero él no murió hasta bastante después. No estaba haciendo ningún daño cuando..., y ahora no tengo hijo. Había venido, sin armas, a la ciudad, para ver lo que sucedía. Siempre afirmaré que, si tu padre no le hubiera puesto la idea en la cabeza, el muchacho no habría venido. Y cuando veo a Jade me acuerdo de que todo nuestro mal viene del día en que tu padre compró a Jade para su hijo. Por ser pobres lo hemos perdido todo. Eso tiene el ser pobres.

Se secó los ojos y Wu Lien procuró consolarla.

—¿Está bien el padre de tu hijo? —interrogó—.

—¿Cómo va a estar bien quien no tiene bastantes alimentos? —respondió ella—.

Y entonces aquel mezquino cerebro engendró una idea. La mujer se volvió a Wu Lien, repentinamente enjutos los ojos.

—Eres un hombre bondadoso, Wu Lien —dijo—. Nunca miro tu tersa cara sin advertir tu bondad. No engorda así quien no tiene la conciencia tranquila y quien no está sin pie. ¿No podrías encontrar para mi viejo, aquí, algún trabajo que nos produjera dinero?

Y miraba en torno, pensando lo grato que sería vivir en aquel lugar, lleno de asientos cómodos y sin duda de buenos lechos y de abundante comida. ¿Qué más daba quiénes fuesen los que pagaban?

—¿Le permitida venir mi padre? —inquirió la mujer de Wu Lien—. Ya está enojado con nosotros, y ¿no se enojaría si su primo nos siguiera?

No podía haber hecho sugestión que más vejase a la esposa del primo. En buena razón éste debía tener más autoridad en el pueblo, por ser más anciano que Ling, pero nadie recordaba esto a causa de que el primo era hombre débil, de voz insegura, con una barbilla de chivo que temblaba a cada palabra.

—Tu padre no tiene por qué mandarnos —respondió la mujer—. Mi hombre piensa siempre lo que yo, y yo pienso que ante todo necesitamos comida, porque, si

no nos la buscamos nosotros, ¿quién nos la dará?

Y ya iba a decir que Ling Tan almacenaba en secreto sus cosechas, y mataba sus cerdos y aves, y los salaba, pero se refrenó; pensando que ella había hecho lo mismo. Y, de hacerse averiguaciones, todos saldrían perjudicados.

Wu Lien, que reflexionaba, dijo:

—Más valdría que os ayudemos sin salir de vuestra aldea. Ven de vez en cuando y nosotros te daremos comida y un poco de dinero y todo lo que necesitas. Tú, en cambio, nos traerás las noticias de lo que pase allí. Nos gustará saber cómo estáis vosotros, y el padre de mi mujer, y su madre, y todos sus hermanos.

Lo expuso con candidez, pero era claro lo que insinuaba y la mujer del primo lo comprendió y sonrió. A poco se levantó para irse y Wu Lien sacó dinero del pecho y se lo entregó, agregando:

—Toma esto por tu molestia en traer el pescado, y la próxima vez come tú el pescado. Si te quisieran castigar, yo hablaría por ti a mis superiores.

Ella se inclinó muy profundamente, y Wu Lien, con un ademán, le hizo entender que dejara las cortesías, añadiendo, modesto:

—Algún poder tengo, ¿y cómo usarlo mejor que ayudando a los amigos?

Su mujer le contempló con orgullo, pensando en la majestuosa figura que el hombre hacía con aquella su túnica de seda de color de vino. Y habló a su prima:

—Prima, hazme otro favor. Habla bien del padre de mis hijos a mi padre. Ellos le reprochan porque finge concordar con los que mandan ahora, y...

Alzando la mano, Wu Lien impuso silencio.

—No parezco, sino que concuerdo —dijo—. Creo que lo que el cielo determina que pase es lo mejor, aunque a veces no lo veamos así.

—¡Oh, cuán prudente eres! —gritó la mujer del primo—. Está seguro de que hablaré bien de ti siempre que pueda. Yo digo lo mismo, y también a mi marido: que es locura negar que las cosas no son como son.

Otra vez se inclinó y se fue. Compró en la ciudad algunas cosas que necesitaba, como una aguja y algunas pulgadas de género para zapatos, y un pedazo de carne, si bien para esto tuvo que andar considerablemente y pagar precios que la dejaron sin dinero. Pero lo gastó. Iba pasando, una tras otra, ante muchas tiendas vacías, y en la última el vendedor le dijo con voz lúgubre:

—Compra o no, o como quieras, mujer, pero nada mejor encontrarás, porque todos estamos arruinados.

Ella, que estaba oliendo la carne, respondió:

—¿Es carne de perro? Entonces no la compro porque puedo matar el mío.

—Si no es de perro es de burro —contestó el hombre—. Toda la demás se la guarda el enemigo para sí.

La mujer vaciló un poco, puso la carne en la mesa, y al fin la adquirió. Aun si era

de perro, no queda matar el suyo.

Cruzando las desiertas calles y viendo la general ruina y las gentes hambrientas que de puerta en puerta andaban, así como los pocos *rickshaws* que había a causa de los muchos hombres que murieran y la flojedad de los que quedaban, se asustó y se dijo: "Menester será que nos aprovechemos de Wu Lien. También mi marido y yo debemos poner las manos en la manteca. ¿Por qué vamos a morirnos de hambre?"

Y, de vuelta a su hogar, estaba resuelta a hacer cuanto Wu Lien quisiese, y determinó tener atentos los oídos a la casa de Ling Tan, que era el centro de la aldea.

"Explicaré a mi hombre lo que nos conviene hacer", pensó. Y se dijo que le daría bien de cenar, y acaso hasta le concediera sus favores luego, y entonces, cuando él estuviera bien contento, le contaría cómo podían hacer su fortuna.

Todo pasó así, y el pobre hombre estuvo inocente de aquella sucesión de bienes. Sólo cuando ella se hubo explicado él lo comprendió todo y se quejó:

—Debí haber barruntado que algo tenías que proponerme.

Y se sintió como entre dos piedras de molino: la una su mujer, y la otra su profundo temor por Ling Tan, unido al respeto que aquel su primo le inspiraba. En el fondo creía más poderoso a Ling Tan que a su Wu Lien, que se hallaba entre enemigos, y dijo a su esposa.

—Si Ling Tan y sus hijos supiesen que los traicionábamos, ¿crees que viviríamos mucho después de tal momento? Esos hombres, ahora, matan con tanta facilidad como respiran, y si ven enemigos en la aldea caerán sobre nosotros como sobre los demás.

Alborotándose de nuevo, ella le repuso:

—De todos los hombres de la tierra, tú eres el menos hombre, y, sin embargo, estoy atada a ti. ¿Harás lo que te digo, o no?

—Pero ¿qué dices? —preguntó él, tembloroso—.

—Nosotros somos enemigos de Ling Tan y yo le he aborrecido siempre.

—Yo no —murmuró él—, porque ha sido bueno con nosotros. Nos ha mandado comida a menudo, y piezas sobrantes de lienzo cuando tenía el telar, y, en fin, casi todo lo que no le era necesario en su casa. Una vez el año me daba también a mí para una túnica o una blusa. Es difícil olvidar todo eso.

—Para mí no lo es —repuso la mujer—. ¿Crees que ello tenía importancia para él? Le gustaba darnos sus sobras de comida y tela, porque así se veía más grande a sus propios ojos. ¿Has hallado alguien que cuando da no sea por bien propio? ¿Vamos a agradecerle lo que hacía por orgullo?

—¡Haz lo que quieras, puesto que lo harás de todos modos! Sí; que no soy yo tan fuerte sobre los demás hombres para que me atreva a desafiar a una mujer.

Y de este modo él y su esposa se convirtieron en espías de Wu Lien en la aldea, si bien él lo hacía a regañadientes y procuraba ocultar mucho de lo que sabía. Pero no

podía encubrirlo todo. Aquella mujer tenía medios de torturarlo, y para conservar la paz de su casa y librarse de grandes miserias, él, poco a poco, le contaba parte de las cosas que se decían en las reuniones de hombres que Ling Tan convocaba. Ella las transmitía fielmente a Wu Lien y recibía su recompensa. Sólo que Wu Lien no informaba a nadie de las cosas de que se enteraba así, guardándolas para su propio conocimiento.

Ignorante de esto, Jade resolvió hacer de Wu Lien una puerta de acceso al castillo enemigo. Decidió ir a la ciudad y vender cosas, si podía, a la puerta de Wu Lien. A nadie dijo su propósito, porque aquella joven era determinada y audaz como un salteador. Escogió un día en que su marido estaba en las montañas, y cuando vio dormido a su hijo se puso una peluca de cabellos blancos que les vendiera una compañía de cómicos ambulantes con que se habían topado ella y Lao Er y que Jade usaba para disfrazar su juventud y belleza. Se entintó la cara, se desfiguró los labios con arcilla, se ennegreció los dientes, se puso una falsa corcova y enmascaró sus pies juveniles con unos zapatos viejos. Salió por la puerta trasera mientras Ling Sao dormía, acudió a un campo, entre los bambúes, donde Ling Tan cultivaba hortalizas de invierno, pues por allí no podía ver el enemigo, y llenó de coles un cesto. Ling Tan trabajaba en otro lugar y no vio cómo su nuera, serpenteando entre tierras donde se levantaban algunas tumbas, se encaminaba a la ciudad.

Sabía la calle en que moraba Wu Lien y fue allí. Aunque ella lo ignoraba, sus coles eran la mejor credencial, y no tuvo, pues, necesidad de dar nombre alguno. Al soldado que abría la puerta se le hizo la boca agua viendo las verduras —porque había en los mercados mucha carencia—, y dijo con mal expresadas palabras:

—Vete a la cocina, vieja, que el cocinero te pagará.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó Jade, con voz fingidamente cansada y como de anciana desdentada—.

Porque Jade sabía fingir a maravilla. Si se disfrazaba de vieja obraba en todo, sin notarlo apenas, como una vieja. Al mismo Lao Er le hubiese engañado de no haberla visto disfrazada de este modo y de otros muchos.

—Ven conmigo —repuso el soldado—.

La guió a través de muchos patios. Ella cojeaba tras él y resoplaba sin ver otra cosa que los dos grandes pies que la precedían. Así Llegaron a la cocina.

—¡Aquí está una vieja que vende cosas más valiosas que el oro! —gritó el soldado a cocinero—. Y por habértela traído sólo te pido que me des a probar esas berzas cuando las hagas.

Salió riendo y Jade quedó en la puerta de la cocina. Llegó, adusto, un cocinero gordo, no enemigo, sino procedente de algún figón o fonda arruinada por la guerra.

Alzó el paño que cubría las coles y pronunció algunas palabrotas que ella no entendió.

—Dos monedas de plata —dijo él en voz alta—.

—Ya sabes lo que cuestan las berzas ahora —replicó Jade, moviendo la cabeza—.

—Pues tres —dijo él, indiferente—. No es con mi condenado dinero con el que pago, y no tengo tiempo de discusiones. Va a haber un gran festín, porque siempre abundan aquí estos festines. y ¿de dónde puedo sacar vituallas para un festín? ¿No podrías proporcionarme carne de cerdo, mujer? Pescado ya lo hay. ¡Siempre pescado! Pero ¿qué es un banquete sin cerdo, o al menos sin un pato?

Jade le miró fijamente. ¿Sería aquel hombre un traidor?

—¿Me darás diez piezas de plata si te traigo dos patos? —propuso—.

—Tráelos y veremos —respondió él—.

Mientras sacaba de su faja el valor de las coles, ella le preguntó:

—¿Cuándo es ese banquete?

—De aquí a dos días —contestó el hombre. Y de pronto estalló su amargura—
Entonces hará un año que tuvieron su primera victoria sobre nosotros. Y quieren hacer mucha fiesta, con asistencia de todos los jefes principales.

—Tú eres de los nuestros —le dijo ella al oído—.

El cocinero grueso miró en torno. Patio y cocina estaban vacíos, mas él no respondió.

—¡Oh, cuánto poder tienes en tus manos! —suspiró ella—. Te es fácil echar en la comida algo. ¿Cuántos cocineros sois?

—Tres.

—¿Tres? ¿Y bastan tres cocineros para un banquete? ¿No puedes pedir que para tal ocasión te den algunos más de ayuda? Serán precisos diez cocineros. ¿O interviene en el servicio alguna fonda?

—No confían en nadie de fuera. Son precavidos.

—¡Ah!

—¿Traerás los patos mañana? —preguntó él, cogiendo las coles—.

—Sí; a esta hora.

—Tendrás preparado el dinero.

Y la guió a una puerta lateral por la que ella salió a las calles desiertas.

Jade había sugerido al cocinero lo del veneno como quien echa semilla en un campo, pero no se le ocurría más, o al menos no se le ocurría claramente. Ahora, caminando por las calles, se detenía a veces a conversar con hombres y mujeres que en balbuceos le contaban las horribas condiciones en que vivían. En una tienda de ropa vieja donde ella entró fingiendo interesarse por una blusa, preguntó al vendedor cómo iban sus tratos, y, llorando, repuso:

—¿Cómo me han de ir cuando perdí mi único hijo, y las tres hijas que tengo están peor que si estuvieran muertas?

—¿Y cómo lo perdiste? —inquirió Jade—.

—No me creerás si te lo digo. Pero es la verdad. Tenía catorce años, porque era el menor de la familia. Los dioses no nos habían dado más que hijas hasta entonces, y él valía más que ninguno de todos nosotros. Cuando entraron los enemigos, él, entusiasmado con tantos uniformes y cañones, hizo un saludo, por dar prueba de despejo, y un enemigo, saliendo de las filas, le disparó un tiro. Yo estaba a su lado y le recogí en mis brazos, muerto ya.

—¿Es posible? —preguntó Jade, entristecida—.

—Es posible, puesto que pasó.

Jade salió y se paró junto a una casa medio quemada. Había muchas de éstas en la ciudad y en ellas vivían, como les era dable, algunos de sus antiguos moradores. Se sentó a descansar en el umbral y una vieja de la casa salió y le dijo si quería agua de pozo, porque no tenían té; pero Jade repuso que sólo deseaba reposar. Viendo la otra cómo Jade contemplaba las ruinas, le dijo en voz baja:

—No mires tanto, pues no sabemos quién puede espiarnos. Aún somos afortunados, que hay muchos de cuyas casas sólo quedan cenizas, y otros que murieron en el incendio.

—¿Cayó alguna bomba aquí?

La anciana sacudió la cabeza.

—De eso salimos sin desavío. Pero luego el enemigo alojó soldados en las casas y ellos descuidadamente dejaban prender fuegos y se trasladaban a otras moradas. Un soldado que dormía en el cuarto de aquí al lado dejó incendiársele la habitación, salió sin decirnos nada y fue a buscar posada a otro sitio. Parte de la casa. No nos enteramos del fuego hasta que era tarde. Muchas cosas han ardido así ;Y cómo reían ellos —y la vieja se estremeció— cuando veían quemarse una!

Jade prefirió no contestar, por si decía algo de más y había quien la oyera. Esperó unos cuantos minutos, cabizbaja, y después, levantándose, partió de allí.

Mas su rabia desbordó cuando en las paredes de una calle espaciosa, donde vino a dar, vio falsas fotografías de sonrientes enemigos tendiendo bollos y frutos a grupos de vencidos arrodillados, entre los que había jóvenes y viejos, mujeres y niños que miraban con agradecimiento a los vencedores. En aquel cartel se leía, en gruesos caracteres: "Bien venidos sean los Buenos Vecinos que nos dan Alimento, Paz y Seguridad."

Con una rabia incontenible, Jade, volviendo sobre sus pasos, entró en una tienda frente a la que ya pasara antes y pidió cierta antigua y bien conocida droga. El hombre del mostrador parecía seco como una raíz. Sonrió, melancólico, mientras medía el polvo blanco.

—Muchos hay que compran esta medicina ahora —dijo—, y en particular mujeres.

—¿Para ellas mismas? —aventuró Jade, por engañarle—.

—De seguro —dijo el hombre con calma, mirándola fijamente, pero sin aducir nada—.

Cobró poco por los polvos y ella marchó con ellos en el seno.

Ya en casa de su marido contó lo que planeaba y la necesidad que había de un par de patos. Dos quedaban, en efecto, que guardaba en secreto Ling Tan para hacer cría. Sin una palabra, se levantó y los mató y luego Ling Sao y Jade los desplumaron y limpiaron y les pusieron el veneno en la carne y los menudos. Era lo bueno de aquel tóxico que resultaba insípido como la harina, o poco menos.

A la mañana siguiente, Jade llevó al cocinero grueso los dos patos. Nada dijo hasta que cobró y entonces le aconsejó en voz baja:

—Convendrá que pongas mucha salsa a los patos, con abundancia de vino y aceite. Ahora las aves comen cosas muy raras y a veces toman cierto saborcillo...

El cocinero la miró, abriendo mucho los ojos. Ella correspondió de lleno a su mirada y el hombre, de pronto, descubrió que no se las había con una vieja. Abrió la boca, mas la cerró en seguida e hizo un signo de inteligencia. Condujo a Jade a la puerta posterior y ella, por el camino más breve, volvió a su casa.

No fue fácil saber si el plan había tenido fruto. Las noticias de la ciudad no llegaban fácilmente a la aldea. Jade, esperando, pensaba: "Si esto sale bien, lo repetiré. Será mi modo de pelear contra los diablos." Al fin hubo noticias pasado largo tiempo, y llegaron por la mujer del primo tercero. Dijo cándidamente que su esposo había visto a Wu Lien en la calle, encontrándole delgado como un chivo viejo, porque había estado a la muerte después de un banquete. Varios de los enemigos habían muerto.

Ling Sao ocultó su emoción con dificultad y celebró que nadie lo oyera sino ella. Jade había bajado con el niño a la cueva, como hacía durante las frecuentes visitas de la otra mujer. Ling Sao, fingiendo sorpresa, preguntó:

—¿Cuántos han muerto? ¿Y quienes eran?

La prima, feliz de ser notificadora de tales nuevas, repuso:

—Todos los del banquete eran jefes importantes y todos enfermaron y cinco murieron. Más de veinte enfermos ha habido, por lo que dijo Wu Lien a mi hombre. Wu Lien es el que menos malo ha estado porque fue el que menos carne comió.

Ladeando la cabeza y plegando los labios, dijo en voz baja:

—Acusaban a los cocineros, pero ¿cómo podían saber quiénes eran? Además de los usuales, había otros aquel día, y cuando fueron a buscarlos todos habían huido.

—¿No quedó carne para los cocineros? Porque es raro que ellos no enfermasen también —señaló Ling Sao—.

—Los comensales tenían buen apetito y royeron hasta los huesos.

—¡Ah! —exclamó Ling Sao—. Ya se sabe que al enemigo le gusta mucho la carne.

Y era cierto, porque después de las mujeres y vino siempre andaban los invasores pidiendo carne. Los hijos de Ling Tan habían contado que, viendo el enemigo un búfalo muy gordo que por casualidad pacía en la montaña, cayeron sobre él, arrancáronle la carne sin matarle y la devoraron cruda. Una cosa así era inaudita y los que la atendieron decían: "¿Es posible que éstos sean hombres?" Por tanto, resultaba fácil creer que comieron hasta los huesos del pato.

Por la noche, Ling Sao narró las noticias, añadiendo que Wu Lien se había hallado a punto de muerte, y el hijo segundo afirmó:

—Siento que no haya comido más y reventado.

Ling Sao, comprendiendo que ello estaba mal para dicho —aunque se sintiera orgullosa de haber contribuido con Jade al envenenamiento de los enemigos—, alegó:

—Pues es el marido de tu hermana.

Calló él, por respeto a su madre, mas Jade dijo con calma:

—En estos tiempos, madre, hay un deber más fuerte que el de hermanos. No recrimines a mi marido.

Ni Ling Tan ni Ling Sao respondieron. Ahora se hablaban en la casa muchas cosas que ellos dejaban sin contestación, porque estos tiempos no eran los suyos y el porvenir no les pertenecía a ellos, sino a los que después continuasen la lucha.

Por la noche, en el lecho, Ling Sao lloró y dijo a Ling Tan:

—Dudo de que ninguno volvamos a ser lo mismo, aunque la paz venga.

—Nada puede ser lo mismo, y nosotros, los viejos, hemos de reconocerlo —respondió decididamente Ling Tan—. El signo del gran cambio que hay es que los jóvenes no hacen caso de los viejos. Hasta de nosotros necesitan librarse para hacer su deber de rechazar a los enemigos. ¿No hay muchos, en estos días, que reniegan de sus padres?

—Sí, y es mala cosa —opinó Ling Sao con energía—. Porque, ¿adónde iremos a parar si hasta nuestros hijos niegan lo que nos deben?

—No sabemos si eso es malo o no —replicó Ling Tan—. Los viejos hemos de ver que lo que ellos hacen es declarar libres de sí mismos a quienes les sigan.

Ling Sao no entendió esto. Sólo acertaba a ver que nada iba a quedarle a nadie si los viejos no podían imponer obediencia a los jóvenes. ¿Qué orden habría en la vida si pasaba esto?

Pero Ling Tan veía más allá. Aunque lo veía como en una bruma, por no ser hombre instruido, si podía discernir que si sus hijos no le obedecían no se fundaba ello en que le odiasen. Era que querían librarse de todo el pasado y prepararse a lo que había de venir. Sus hijos marchaban más lejos que él...

Tras su triunfo, Jade se sentía temerosa.

—¿No me aborreces? —preguntó a su marido—.

—¿Cómo puedo aborrecerte? —contestó Lao Er—.

Ella, que acababa de bañarse y estaba sin ropa, se miró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No me veo ninguna belleza —dijo—. Estoy muy delgada y tengo la carne muy áspera. Hoy, mientras lavaba, me miré en el agua y vi mi cara toda ennegrecida y no como la de una mujer.

Y se puso la chaquetilla. Lao Er, sentado a la mesa de su dormitorio, bebía té antes de acostarse.

—Es verdad que no estás como cuando nos casamos —reconoció—.

Ella le miró por encima del hombro mientras se ponía los pantalones.

—¿Te hubieras casado conmigo cuando te casaste si yo hubiera sido como soy ahora?

—Sin duda que no —contestó él, empezando a sonreír—. Pero tampoco era yo entonces el que soy ahora y ahora no me gustaría lo que entonces me gustaba.

Notando su sonrisa, Jade sintió aliviado el corazón. Le miró con malicia y dijo:

—Fijándome bien, veo que no eres lo guapo que antes. ¡Cómo te ha tostado el sol!

—Sí, estoy muy tostado.

—Y el pelo se te ha puesto de color de hierro tomado de orín.

—Sí.

—Pero ¿qué importa que un hombre sea guapo o feo? —añadió Jade, cogiendo un espejo que había sobre la mesa.

—Si a ti no te importa, no importa —rió él—.

Mirándose en el espejo, Jade hizo un mohín.

—¿Volveré alguna vez a llevar pintura y polvos y pendientes?

—¿Quién sabe? —dijo él—.

—No me llegaste a comprar los pendientes.

—Porque preferiste el libro.

—Acaso hice mal —repuso ella mirándose al espejo—.

—Algún día te compraré los pendientes —prometió él, riendo de buena gana—.

Se elevaba entre ellos a la sazón aquella dulce tibieza que nada podría ya enfriar nunca. Tan cerca se sentían el uno del otro, que incluso en los peligros, fatigas y males del presente, bastábales volver a su antiguo amor para encontrarlo.

Aquella noche, él notó a Jade algo retraída.

—¿Qué pasa? —preguntó, acercándose a ella—.

Jade escondió la cabeza bajo el brazo de su marido, como siempre que se sentía medrosa ante él; fue menester que Lao Er le levantase la cara. Ella miraba a todas

partes menos a su esposo.

—¿Estás cierto de seguir considerándome una mujer después de lo que hice?

—¿Qué hiciste?

—Lo del veneno. Cuando despierto y lo pienso, me da horror de mí misma.

—Fue contra los "diablos".

—Ya.. Pero puede venir un día acaso mucho después de la paz, en que me mires y pienses: "Puso veneno en una comida." Y entonces quizá no me creas una mujer de tu gusto.

Le pareció entonces a Lao Er que llegaba en aquel momento al más completo conocimiento de Jade. Ésta era valerosa, fuerte al parecer, y ahora, empero, delataba un corazón tierno y temeroso. Y él la amó más por esto que por su valentía. Mas, por satisfacerla, dijo:

—Lo que hiciste fue valeroso. Parece mentira que haya una mujer tan brava como tú. No obstante — añadió, asumiendo el mando que le correspondía sobre ella—, ya lo has demostrado y basta. Hay muchos que pueden matar a los "diablos" y tú tienes un deber mayor.

¿Qué más podía decir para hacer comprender a Jade que la amaba y la amaría mientras viviese! ¿Qué más podían decir para hacerle saber que él no amaba en ella una mujer, ni la mujer siquiera, sino precisamente la criatura que ella era particularmente?

Sintiendo que su amor crecía y se tomaba asaz grande para expresarlo en palabras, oprimió a Jade con fuerza y contempló todas las líneas del cabello, los ojos, la boca y la nariz de su esposa. Si esta nariz tenía algún defecto era el resultar acaso un tanto ancha, mas a él no le parecía así, porque concordaba con la plenitud de la boca de Jade y con la líquida amplitud de sus ojos, puestos a flor de faz como dos hojas oscuras en el agua.

—Es hora ya de que tengamos otro hijo —dijo Lao Er—. Quiero hijos tuyos, muchos hijos. Si deseas complacerme, dame tú todos mis hijos, todos tú, uno tras otro, y sólo tú.

CAPÍTULO TRECE

Wu Lien escribía lo que el enemigo le dictaba. Empuñaba su pincel de pelo de camello, erecto entre su pulgar y los otros dedos, con el tercero y cuarto encorvados como las patas de un grillo. Cuando él terminaba sus escritos, el enemigo hacía imprimir muchos ejemplares de ellos en grandes caracteres y los fijaba en los muros de casas y templos.

El cuarto donde ahora se sentaba Wu Lien con un enemigo estaba lleno de muebles extranjeros robados en las casas de muchas gentes, sobre todo de gentes blancas. Había tres pianos, entre otras cosas, y en el suelo alfombras doradas y azules. Todo esperaba la ocasión de ser embalado y expedido al país del enemigo. En medio de aquellos lujos, Wu Lien se sentaba en perfecto silencio, mientras el enemigo leía, lenta y cuidadosamente, lo que Wu Lien debía transcribir. A cada momento el extranjero preguntaba:

—¿Ha escrito usted lo que le he dicho?

—Lo he escrito —respondía Wu Lien con suavidad—.

—Escriba entonces.

Y Wu Lien escribía. En lo alto de la página. En descollantes y amplios caracteres, se leía: “¡Faro de Salvación! ¡El Nuevo Orden del Asia Oriental!” Bajo aquellas palabras se veía, en signos más diminutos: “Conciudadanos: Durante más de cien años hemos sufrido la opresión y encadenamiento de los pueblos blancos. En este período de más de un siglo, aunque hemos resistido con energía y hemos buscado oportunidades de librarnos del yugo y esclavitud de la raza blanca, no hemos obtenido resultado”

El enemigo se detuvo y preguntó:

—¿No es cierto, chino?

Era un hombre pequeño y adusto, y como tenía una estatura excepcionalmente baja, procuraba compensarlo con la fuerza de su aspecto. Cuando estaba solo solía volverse las cejas con un cepillo de dientes que llevaba en el bolsillo, y nunca dejaba su uniforme de capitán, aunque su única misión era dictar aquellos escritos que luego se fijaban en las paredes. Tales cartelones se firmaban con estas palabras: “Asociación del Gran Pueblo”. Se fingía que no era el enemigo, sino el Gobierno vasallo que se había formado el que redactaba los manifiestos.

Wu Lien pareció sorprendido y, pincel en mano, inquirió con voz propiciatoria:

—¿Cierto qué, señor?

—¡Lo que acaba usted de escribir, necio! —gritó el enemigo—.

—No me he fijado en lo que era —se excusó Wu Lien—, y debe usted dispensarme, señor, porque desde lo del envenenamiento tengo la cabeza algo ofuscada.

En realidad estaba pálido aún. Pero no deploraba la intoxicación, porque con ella había probado su lealtad a sus señores. De haber salido sano del festín, ¿no hubiese despertado sospechas? Jamás había visto hombres tan suspicaces como aquellos enemigos. Conocían el odio mortal que inspiraban, y así Wu Lien, con ellos, estaba en la situación de quien camina por una cuerda tendida sobre un abismo.

—Escriba —dijo el hombre con voz fuerte, mirando con los ojos Llameantes a Wu Lien—.

"¿Por qué ha sucedido así? —siguió escribiendo Wu Lien—. Porque el país ha sido demasiado débil, deficiente en poder, carente de fuerzas."

El enemigo profería las palabras como truenos, sin que el rostro suave y pálido de Wu Lien se inmutase. Escribía murmurando las palabras para ayudarse, como cuando enumeraba las mercancías de su tienda.

—"Ahora —vociferaba el enemigo—, para gran fortuna nuestra, la marcha de los sucesos nos ofrece la oportunidad de valernos de la fuerza de una nación amiga que nos permitirá alcanzar el tan acariciado deseo y vengarnos de la raza blanca. Después seremos un pueblo libre por completo. Nuestro amigo el Japón, aunque tantos esfuerzos y sacrificios ha hecho en nuestro favor, no pide nada a cambio, sino sólo que nosotros establezcamos el Nuevo Orden en el Asia Oriental."

El diminuto enemigo sacó mucho el pecho, tosió y se atusó el corto y escaso bigote. Wu Lien, mirándole y esperando, pensaba "¿Cómo será que este hombrecillo tiene tan poco pelo? Siempre creí que los salvajes eran peludos."

—Escriba.

—Escribo —repuso con suavidad Wu Lien—.

—"Este Nuevo Orden —dictó el enemigo (y en su satisfacción se incorporó, orgulloso de lo que había compuesto)—, este Nuevo Orden no tiene por objetivo únicamente nuestra salvación temporal, sino también, en verdad, nuestra redención eterna. A partir de ahora alcanzaremos libertad perdurable. ¡Conciudadanos: el Nuevo Orden del Asia Oriental es el Faro de Salvación para los cuatrocientos millones de habitantes que pueblan nuestro país!"

A este punto, el enemigo, admirado de sí mismo, aulló:

—¡*Banzai, banzai!*

—¿Pongo eso también? —investigó Wu Lien—.

Al enemigo no le complujo aquella frialdad.

—Diga *Banzai* a oír esas nobles palabras.

—*Banzai* —repuso Wu Lien con blandura, escribiendo el vocablo—. ¿Acaso así?

El enemigo le contempló con furia. Algo equívoco había en el escribiente, pero no sabía qué.

—¡No ponga *banzai!* —gritó—. ¿No tiene usted cabeza? ¡Éste es un documento para el pueblo!

Wu Lien borró la postrera palabra y, alzando el papel y soplándolo, dijo:

—¿Cómo firmo, señor?

—"Asociación del Gran Pueblo."

Wu Lien escribió el nombre de la inexistente sociedad. Levantándose, papel en mano, preguntó:

—¿Lo fijaremos en los sitios usuales?

—¡En todas partes! —vociferó el enemigo—.

Wu Lien, inclinándose, salió. Sus pantuflas no hacían rumor alguno en los alfombrados corredores. Dio órdenes, con correcta dignidad, a sus subalternos, y luego, sintiéndose algo débil, se encaminó a sus habitaciones. Su mujer le esperaba. Desde el envenenamiento estaba alarmadísima, aunque Wu Lien celebrase el daño sufrido, que alejaba de él toda sospecha. La mujer le había preparado caldo de pollo, con una especie de musgo que era conocido por sus propiedades salutíferas para el intestino. Viendo llegar a su marido, la joven llenó de caldo una escudilla y se la tendió, sosteniéndola entre ambas manos. Como buena esposa que era, no habló más hasta que él hubo bebido.

—¿Crees —dijo luego— que hacemos bien continuando en un lugar donde tu vida corre tales peligros?

—¿Hay algún lugar donde no los corra? —repuso él—. En estos tiempos hay que vivir hasta en la guarida de un tigre o un león. No hay mejores sitios.

Cerró los ojos mientras hablaba, se recostó y su mujer le dejó.

De allí a pocas horas salieron del edificio varios hombres con engrudo y largas brochas. Iban fijando por las paredes carteles con el texto que Wu Lien escribiera. Por doquiera se congregaban pequeños grupos, que parecían leer los manifiestos. Pero pocos los leían. Casi todos los circunstantes eran hambrientos que esperaban la ocasión de poder hundir una escudilla en el engrudo, llenarla y correr a apurar aquella fluida pasta tras de una esquina. La harina escaseaba mucho, porque el enemigo la había requisado, sin dejar nada apenas para el pueblo. Los pegadores de carteles no parecían reparar en cómo se consumía su engrudo, y cuando volvían a buscar más daban la excusa de que habían fijado muchos cartelones. Si ello resultaba inverosímil por el exceso de hojas que les quedaban, tirábanlas y la gente las cogía y las usaba como combustible. No obstante, era menester fijar cierto número de carteles para engañar a enemigo.

Ocurrió aquel día que el primo de Ling Tan vio fijar aquellos carteles en una esquina. Siempre que hallaba algún escrito en los muros iba a leerlo, en parte por complacencia propia y en parte porque le gustaba alardear de cultura leyéndolo en voz alta.

Poniéndose sus antiparras de aros de bronce se adelantó y en su voz más fuerte, con lentitud, principió a leer lo que Wu Lien escribiera. Pasmada de tanta instrucción,

la turba guardó un curioso y respetuoso silencio hasta que se concluyó la lectura. Luego el primo se quitó los lentes.

Toda la multitud quedó aun más silenciosa cuando supo lo que el cartel decía, y el primo también calló. Nadie osaba reír ni decir lo que pensaba. Aquella gente que, libre antes, reía y hablaba en estas mismas calles alabando o censurando a su antojo a dioses y hombres, había aprendido ahora a moverse de un lugar a otro en agrio silencio. Lo mismo hizo el primo, pesaroso de haber leído aquel manifiesto, que sólo podía contribuir a acrecentar los rencores, cuando él no deseaba más que olvidarlo todo.

Aquel hombre, en días recientes, había hallado consuelo a su vida entregándose al opio. Ahora se dirigía a la mísera tenducha donde lo conseguía a poco precio. Dirigiéndose al Sur, cruzó tres calles más y penetró por una puerta baja que no se cerraba de día ni de noche. Una muchacha flaca, bizca y amarillenta, le condujo a un lecho de tablas cubierto de paja. Se tendió allí, apoyó la cabeza en la almohada de madera y esperó que la moza mezclase las drogas, las colocase en la pipa y la encendiese. Le colocó luego el extremo de la pipa entre los labios y él, aspirando profundamente el dulce humo, cerró los ojos. "¡Oh —pensaba—, y qué calma inmensa y honda!" Nada importaba quién gobernase fuera, porque nadie le gobernaba a él allí. Su cuerpo yacía como muerto y su alma erraba, lejos de todos sus males. Era libre.

Aquel hombre, cogido como entre dos piedras de amolar, tenía, sin embargo, a la sazón, algún dinero, más de lo que le conviniera, y por tanto era desgraciado. Por miedo a su mujer, se ocupaba en llevar sus mensajes a Wu Lien. Eran informes menudos y a veces inútiles, como por ejemplo que ella había visto algunos hombres, que sabía eran guerrilleros, camino del Oeste. Pero a veces también se avisaba de la llegada y escondite de los hijos de Ling Tan. Wu Lien pagaba estas noticias, y el primo las llevaba, aunque a veces se le ocurría si no debería omitir lo de los hijos de Ling Tan o decir Norte por Sur, y cosas semejantes. Mas al principio no se sentía con ánimo para nada. Ignoraba de qué vastos asuntos podían ser eslabones aquellas noticias, y temía ser torturado como sabía hacerlo el enemigo, arrancando ojos, sacando los extremos de los intestinos, cortando orejas, narices y manos derechas, con otras crueldades que la gente daba por usual.

—¡El Nuevo Orden! —murmuró el viejo mientras se adormecía—.

La muchacha se inclinó para preguntarle qué decía. Pero él ya había perdido sus sentidos y no contestó. De allí a tres horas la moza le había de despertar, como siempre, y él, dándole una moneda pequeña, partiría. Soñoliento aún, iría a Wu Lien y le diría lo que recordara, y Wu le daría dos monedas, de las cuales él entregaría a su mujer una, escondiendo la otra. En los comienzos, había temido que alguna vez le descubriesen, pero, ya perdido el temor, no deseaba sino dinero bastante par ir al

opio. Sólo ansiaba un poco más de dinero a fin de acudir donde vendiesen opio auténtico y no raeduras y sobras de pipas, que era lo que daban en esta fermentada casa. No era él el único en consolarse con la droga. Siempre había multitud de gentes en las casas de opio, para consolarse de la pérdida de la libertad y los buenos tiempos, que no habían de retornar en toda la vida.

Nadie en la aldea notó lo que le pasaba al primo tercero de Ling Tan, porque nadie se ocupaba de él, teniéndole por un viejo de corto seso. Ling Tan le veía cada vez más flaco y macilento, mas todos iban quedándose así por la escasez de comida, sobre todo en este año en que las inundaciones habían arruinado las cosechas. Empero, Ling Tan no maldecía las inundaciones como otros años hubiera maldecido. Cierto que le costaban sufrir hambre y que había más riesgos en esconder las cosechas al ser poco abundosas, pero los platos rotos los pagaba el enemigo.

—Al fin, el cielo ayuda a la tierra —solía decir Ling Tan—.

Cuanto pasaba en casa de Ling Tan, la mujer del primo lo sabía o lo adivinaba y daba de ello aviso a Wu Lien, mas éste se guardaba los informes para sí. Permanecía en aquel palacio de los enemigos, trabajaba y hablaba poco. El enemigo le tenía por hombre capaz de hacer cualquier cosa que le ordenaran, y le pagaban bien. Wu Lien iba ahorrando aquel dinero como se guardaba sus noticias, sin saber qué hacer con ambas cosas. Ni las daba a nadie, ni las utilizaba, ni gastaba consigo mismo y con su familia más de lo necesario. Sus hijos crecían entre aquellas paredes, jugando con niños enemigos y aprendían su idioma, y Wu Lien lo permitía y no los mandaba a la escuela. Amaba a su mujer moderadamente y a su manera, y la consolaba si la oía quejarse de no ver a sus padres, y le decía que cuando los tiempos fueran mejores habría reconciliación entre todos.

El reservado Wu Lien procuraba que nada en sus actos ni palabras denotase que tenía especial conocimiento de las cosas. Y lo tenía, empero, porque había una docena de hombres y mujeres que eran sus ojos y oídos por doquier y le informaban de todo. Así supo plenamente las atrocidades del enemigo, sus quemas de aldeas y su pillaje iguales a lo que hicieron en la ciudad, sin ignorar las actividades de los guerrilleros, de las que estaba en autos antes de que Ling Tan las conociese por sus hijos. Wu Lien, pues, se hallaba atiborrado de informes que al parecer no iba a usar jamás.

Wu Lien tenía sus propios conceptos de la lealtad. Si alguna vez la ciudad era arrebatada a los vencedores, él tornaría a ser quien había sido. Pero mientras estuviesen allí los enemigos él trabajaría de firme en lo que le parecía el bien de sus compatriotas, y se consolaba pensando que alguna vez haría quién sabe qué gran cosa para acreditar quién era. Entretanto ejecutaba pequeñas cosas de provecho para los suyos. Como el dinero con que pagaba a sus informantes era dinero enemigo y él tenía que justificar su inversión, redactaba largos escritos refiriendo hechos

minúsculos, mas a la aldea de Ling Tan no la mencionaba siquiera, ni hablaba de las actuaciones de los guerrilleros, no siendo en distantes lugares donde sabía que no estaban los hijos de Ling Tan. De este modo procuraba salvar la sangre de la familia de su mujer, no sólo por ella, sino acordándose de que Ling Tan había dado sepulcral refugio a la madre de Wu Lien en días en que el cobijo era inseguro para todos.

La ciudad se hallaba como una isla en medio del mar. No llegaban noticias del mundo exterior. Nadie conocía la actuación de las tropas de la tierra libre y unos se preguntaban a otros si los ejércitos chinos volverían alguna vez. Nadie de los que antaño se habían quejado de sus propios soldados dejaba de añorarlos como buenos porque los comparaban a los crueles combatientes del océano Oriental, que se adueñaban de cuanto querían en los tenduchos, pagando con dinero extranjero carente de todo valor. A veces no daban eso siquiera; y además se apoderaban de mujeres honestas, aunque la ciudad pululase de cortesanas que acudían desde todas partes, sabedoras de que allí estaban los grandes jefes enemigos y muchos soldados.

Wu Lien tenía entre los invasores un amigo. No era militar, sino pintor, y había ido allí a buscar temas para sus cuadros. Esperando encontrar cosas buenas, sólo las encontraba malas. Con sus propios ojos veía cómo sus compatriotas mancillaban a las jóvenes e incluso a las viejas, y cómo evacuaban sus necesidades en presencia de gentes honradas a las que hubieran matado si protestasen, como no había dejado de ocurrir. Harto de tanta perversidad, un día el pintor, estando solo con Wu Lien, habló así.

—No puedo desahogarme con otros, pero a ti al menos quiero decirte que estoy avergonzado de lo que os hemos hecho. Y siento que el emperador no lo sepa, pero no lo puede saber porque nadie se atrevería a decírselo. Mas, ¿qué el emperador? Todos mis compatriotas de las islas se avergonzarían si supiesen lo que sus hijos, padres, hermanos y maridos hacen aquí.

Wu Lien respondió con discreción y desde entonces empezó una sincera amistad entre los dos hombres. Wu Lien decía poco, el otro mucho, y por él averiguó Wu Lien que no sólo allí había guerra, sino en otras naciones y casi en todo el mundo.

—¿Cómo sabes tanto? —pregunto Wu Lien—.

El pintor lo llevó a su habitación y le mostró una cierta cajita negra. Wu Lien había oído hablar de aquellos aparatos, pero no los había visto nunca. El hombre hizo girar dos clavijas, y de la caja salió una voz apagada.

—Escucha —dijo el pintor—.

Wu Lien escuchó y entonces supo directamente por primera vez que existía guerra entre las naciones y que en las ciudades del mundo occidental caían bombas como en esta ciudad habían caído. ¡Cuán poco significaban las menudencias que Wu Lien averiguaba merced a sus confidentes cuando estaban ocurriendo cosas como aquéllas!

—¿Dónde podría yo comprar una de estas cajas? —preguntó a su amigo—.

—Yo te traeré una —contestó él—.

Y luego, hablando los dos, vino Wu Lien a informarse de la magnitud de la guerra. Dijo el japonés que la lucha de China no era más que parte de un todo, y que llegaría tiempo en que no quedaría una sola nación fuera de la contienda. Al afirmarlo, suspiró.

—Mis compatriotas se alegrarán de ello —expuso a Wu Lien—. Ven en ello una probabilidad de hacerse todos poderosos y ricos. Pero yo no quisiera esto. Me gustaría volver a mi población natal, que es un lugar tranquilo, a orillas del mar, y vivir con mi mujer, mis hijos y mis ancianos padres. No pido más.

—Es bastante —dijo Wu Lien—.

—Demasiado para estos días —contestó tristemente el hombre—.

Poco después el pintor dio a Wu Lien una de aquellas cajas. Wu Lien la puso en su habitación y en sus momentos desocupados, durante la noche, escuchaba la voz que de allí salía. Generalmente no había más que frases sin sentido, o música extranjera o palabrería, pero de vez en cuando brotaba de la caja la verdad. Entonces él atendía con avidez y se informaba de que lo mismo que en China pasaba en todas partes, y de que los pueblos extranjeros sufrían, y conocían el enojo de las naciones y la furia de sus jefes. Terminando aquello, se iba al lecho, sintiéndose ofuscado y tembloroso ante la magnitud de los tiempos que corrían.

—Malo es esto, todo muy malo... —balbuceaba—.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó su mujer una noche—. Debe de ser esa sopa que tomaste. Ya me pareció que tenía un olorcillo...

Él se limitó a rezongar. ¿De qué servía decir a una mujer que el mundo estaba siendo destruido? Cada vez se encerraba más en sí mismo. Bien comprendía que, si la paz llegaba alguna vez, los hombres no se acordarían de ella sino como de un sueño lejano, y los jóvenes ni aun así, puesto que no habrían conocido la paz desde que nacieron.

Un día, mientras escuchaba —lo que hacía cada vez con más frecuencia—, llegó el viejo primo de Ling Tan y preguntó a Wu Lien qué era aquella caja. Wu Lien se lo explicó y luego, impelido por lo que acababa de oír, dijo al anciano que todo el mundo estaba en guerra. El primo quiso conocer cómo Wu Lien lo sabía, y Wu Lien le detalló el funcionamiento del aparato y le explicó cómo se manejaban las clavijas. En aquel momento no se oía más que música; pero aún así era un son placentero. Y una mala idea nació en el corazón del primo.

Éste no era lo necio que parecía, sino que había vivido siempre oprimido, primero bajo la tiranía de su madre y luego bajo la de su mujer. Además, su amor a la instrucción le había apartado de la gente inculta, con todo lo cual no pudo nunca probar a nadie su voluntad y su inteligencia. Pero ahora el opio lo llevó a hacer lo que

él solo no hubiera hecho nunca. Desde que empezara a fumar opio y a ocultarlo, se sentía tan desesperado y en tal peligro, que cualquier otro riesgo más o menos no le amedrentaba, con tal de que le permitiera gozar del opio todos los días. Aquel hombre, que escondía la cabeza bajo el cobertor si oía un ratón en su cuarto, no había perdido su benignidad externa, pero en su interior era cada vez más osado. En las tiendas robaba lo que hallaba a mano y lo vendía, cogía y empeñaba las mejores ropas de su mujer y luego, cuando ella se quejaba de haber sido robada, él ponía cara de perfecta sorpresa. Cuanto el viejo reunía lo gastaba en opio. Muchos días mentía a su mujer afirmándole que Wu Lien no le había dado nada, cuando la verdad era que él lo había invertido en la droga. Fumaba antes de visitar a Wu Lien a fin de tener el valor de contarle mentiras si no había noticias, y después, con las dos monedas conseguidas, volvía a fumar. Con su avidez de opio crecía su audacia. Oyendo la caja parlante, se le ocurrió que, si él tuviese una, podría escucharla en un cuarto secreto, y después, en las casas de té, referir a la gente lo que había oído, a cambio, claro, de algún óbolo con que él podría satisfacer su vicio. Aquello que jamás se le hubiera ocurrido de hallarse en estado normal le parecía ahora, por lo llena de peligros que su vida estaba, y por el falso valor que sentía, cosa hacedera y fácil. Aquel día, mientras escuchaba, aprendió todo lo concerniente al aparato con doble celeridad que la usual que ponía en aprender cualquier cosa. En esto llamaron a Wu Lien, quien dijo:

—No me gusta dejarte solo aquí. El enemigo prohíbe que nosotros oigamos estos aparatos, y yo solo estoy seguro gracias a que vivo en esta casa. Pero podríamos los dos tener dificultades si alguien supiese que estás escuchando a solas.

—Déjame acabar de oír lo que hablan ahora y luego me iré —rogó el primo—.

Wu Lien accedió y salió. En el acto el primo desenroscó unos hilos que, enrollados en una barra de metal, iban a dar al techo, ocultó la caja bajo su vasta túnica de intelectual, se rodeó los hilos a la cintura y marchó del cuarto tan secretamente como había entrado. Todos le conocían ya y le dejaron libre acceso y salida del edificio. Bien le constaba al primo que nunca más podría volver, ni a mirar a Wu Lien a la cara, pero no le importaba tampoco. Tenía una manera de ganar el dinero necesario para sus fines.

No obstante, le precisaba un cómplice en la ciudad. ¿Y quién lo podría ser? A casa no podía llevar la caja porque necesitaba engañar incluso a su mujer, haciéndole creer que él continuaba yendo a la ciudad a informar a Wu Lien. No había de decir a su esposa el dinero que él ganara. El viejo no conocía a nadie en la población. ¿Qué hacer? Su excitado cerebro pensó en la muchacha flaca de la tienda de opio. Ella estaba siempre ansiosa de dinero y él podría darle algo de lo que ganara. No le enseñaría a manejar el aparato; se limitaría a pedirle que se lo escondiese.

Fue, pues, al lugar de costumbre y cuando ella se inclinó a prepararle la pipa, el viejo le dijo en voz baja.

—¿Quieres ganar más dinero de lo que ganas?

—¿Cómo? ¿Vas a tomarme por amante? —se sorprendió ella—.

—No, no. Tengo ya una mujer y me sobra —repuso él—.

—¿Pues entonces...?

—Déjame fumar un poco, lo bastante para saciar el ansia que tengo, pero no para dormirme, y luego llévame a un sitio donde nadie nos oiga.

Así lo hizo la joven, y cuando él despertó del todo, se halló en un cuarto que no viera nunca, cuarto muy pobre, con un camastro de tablas, una mesa rota y dos bancos. Mas estaba limpio, y en la ventana, en una jaula de bambú, había un gordo pájaro amarillo. Fue el canto de aquel ave lo primero que el viejo oyó al recobrar el sentido. Creyó por un momento que era su caja, pero se llevó la mano al vientre y halló el aparato, cuadrado y duro, bajo sus ropas. Los picos de madera le lastimaban el estómago.

Reaccionó del todo y vio a la muchacha, que le sacudía.

—Despierta, despierta —le llamaba—. Es mucho más de medianoche.

Él, recobrando el sentido, preguntó dónde estaba, y la joven le dijo que en su propia habitación, situada tras el patio de la tienda de opio donde ella trabajaba. Cuando él tuvo aclaradas las ideas, sacó la caja y expuso su plan. Ella escuchaba, alargaba la cara hasta volverse estrecha como la palma de una mano. Cuanto más oía más se alargaba la cara y más iba persuadiéndose de lo que aquello podía significar.

—Has tenido un buen pensamiento, viejo tonto harto de libros que tú eres —le dijo—. Y no te ha faltado suerte hablándome a mí. Yo guardaré la caja en este cuarto, donde no entra nadie si no lo traigo yo.

Ya el hombre tenía la mente despejada y aún más que de costumbre. Puso la caja bajo el techo, para que no se viese, ajustó el alambre al enchufe de la luz, y buscó una barra de metal, mas no halló ninguna. Tras un rato de desconcierto, vio un agujero en la pared encalada y en él una viga metálica, porque la casa no era antigua, sino nueva y construida de prisa. A aquella viga fijó el hilo. Luego, con cautela, hizo girar las clavijas y la caja comenzó a hablar.

—Noticias que transmite hoy la tierra libre —dijo una voz—.

Y habló de los bombardeos enemigos, y de que la gente se escondía en las cuevas de las montañas y añadió:

—Pero ya no somos los únicos en esto. También en los países occidentales la gente se esconde en cuevas bajo la tierra y el mismo enemigo los oprime. No cederemos...

El primo oyó un ruido extraño. Mirando hacia arriba vio que la joven flaca se había llevado las manos a la garganta, como si se ahogase.

—¿Qué te pasa? —preguntó el primo, cerrando la manija—.

—¿Conque aún resisten los nuestros? —exclamó ella—. Yo creía que ya no

resistiría ninguno.

—Todo lo que esta caja dice es cierto —afirmó el viejo, con orgullo—.

—Entonces tenemos la fortuna en las manos, porque lo que esa caja habla es lo que la gente desea oír —manifestó la joven—.

Durante unos cuantos días el primo contó cien mentiras a su mujer. Primero le explicó que Wu Lien deseaba que en lo sucesivo él acudiese de noche y no de día, y como el viejo llevaba a casa doble dinero que antes, asegurando que era por ir de noche, ella le creyó algún tiempo. Pero el primo cayó en su perdición en cuanto tuvo las manos llenas de dinero. Dejó de saborear los residuos que le servían en aquella mísera tienda, y acudía a lugares que le daban opio puro. Entonces empezó a experimentar sueños que no experimentara antes. Pronto llegó el día en que no regresó a casa, y luego vinieron otro y otro, y después, ya asustado, pensó: "¿Y por qué he de volver?" ¿Por qué he de verme sorprendido y oprimido por una mujer cuando puedo ser libre?"

Se maravilló de que no se le hubiera ocurrido ello antes, y a partir de entonces se quedó en la ciudad, durmiendo todo el día y levantándose por la noche para contar las noticias que oía en la caja. Nadie sabía quién era el viejo, porque él no dijo su nombre a nadie, ni siquiera a la joven delgada, que sólo le conocía como "el viejo fumador de opio, que es dueño de la caja". El primo no veía jamás caras conocidas y se sentía libre al fin.

De este modo el cielo utilizó a aquel hombre, por indigno que pudiera parecer. En la ciudad, donde apenas llegaban voces que hablaban de lo que ocurría en la tierra aún libre, pronto la nueva de las noticias dadas por la caja empezó a circular, y pronto se supo que en las regiones libres se resistía al enemigo. Entre la gente se hizo como una consigna la palabra: "Resistimos." "¿Resistimos?", se preguntaba en secreto unos a otros. "¡Resistimos!", se contestaba Y el valor extinto renació.

Como nada se decía con claridad en la ciudad ni en el campo, como toda noticia estaba prohibida y nada se anunciaba oficialmente, todo había de ser cuchicheado y todo adivinado o conjeturado. Pero ahora se preguntaba en secreto: "¿Siguen los nuestros conservando la tierra libre? ¿Seguiremos teniendo la esperanza?"

Así, antes de un mes se supo por doquier que había noticias en la ciudad, si bien nadie conocía que fuera el primo de Ling Tan el que las daba.

En la aldea, el primero en conocer que había noticias fue el segundo hijo de Ling Tan, quien a la sazón servía de enlace entre los guerrilleros y los que resistían en la ciudad y sus contornos. Empezó a decirse, de modo secreto y recatado —cuchicheantes los labios, atentos los ojos— que ahora se usaba, que medio mundo estaba en guerra y que en todas partes se sufría lo que en China.

Sin saberse por qué, tales informes resultaban consoladores. Sí: consolaba a todos

el conocer que sus tribulaciones eran parte de una general tribulación, y que no las sufrían solos y olvidados. Se citaban los países aliados y se maldecía a los enemigos. Hombres que nunca habían oído nombrar a los alemanes, italianos y franceses, que apenas sabían que existiese el Canadá o el Brasil, que nunca habían visto a un americano ni a un inglés, ahora dividían a todos en amigos y enemigos, según estuviesen a lado de su país o contra él. Era, en todo caso, mejor comer las míseras vituallas que había cuando se tenía por cierto que otros en el mundo estaban sometidos a iguales privaciones.

Lao Er, en cuanto supo aquellas nuevas, las transmitió a su padre. Disfrazándose, el joven había ido aquel día a la ciudad so pretexto de vender legumbres, para oír lo que se contaba. Pronto vendió el joven cuanto tenía, por lo buscados que andaban los cestos de los labriegos, y quedó libre de su carga en cuanto cruzó las puertas, donde la guardia enemiga registraba a cuantos entraban y salían. Luego de vender, el joven fue a una casa de té y se sentó en una mesita en un rincón oscuro, para esconder su disfraz. Menos avisado que Jade, corría riesgo de mostrar sus piernas robustas o de desmentir, con el aspecto de sus brazos, si se arremangaba, su barba cana, sujeta con alambres a su nariz. Pero no osaba ir sin disfraz, porque el enemigo reclutaba a los jóvenes para que trabajasen, y a veces ni siquiera se escapaban los viejos. Pocos días antes un labrador, ya de edad, que fuera a la ciudad a vender raíces, se había cruzado con unos artilleros que arrastraban un gran cañón calle adelante. Le obligaron a que tirase de la parte más pesada del cañón y viéndole lento por el miedo y la edad, le quebraron el brazo derecho de tal modo que le asomó el hueso a través de la carne. Y ellos rieron. Lao Er, recordándolo, andaba con cautela y por eso eligió un asiento apartado. Mientras atendía intensamente, oyó que dos viejos hablaban de noticias. Reunió su valor y acercándose a ellos les dijo:

—Señores, soy un humilde labrador, pero los tiempos son malos y si aquí hay buenas noticias y se me cuentan, siempre podremos resistir mejor, sabiéndolas, en nuestro hogar.

Ellos, aunque remisos, dijeron que acaso llegara un día en que otros luchasen al lado de su país y contra enemigos mayores todavía. Y también añadieron que todos participarían en la paz común, luego de sacudir el yugo presente. Lao Er se enteró de todo y se fue a contarlo a su casa. Mientras cenaban, dijo:

—En la ciudad se rumorea que medio mundo está en guerra y que otros son oprimidos, como lo somos aquí. Algunos débiles han cedido, pero los fuertes resisten como nosotros.

Ling Tan dejó el bocado a mitad de camino de su boca y las dos mujeres dejaron de mirar al niño.

—¿Tienen la culpa los mismos "diablos" de aquí? —preguntó Ling Tan—.

—No son los "diablos" del océano oriental, mas de corazón son iguales.

—¿Y si la gente resiste también?

—Sí, pero no he oído más —repuso el joven—.

—Es bastante —dijo Ling Tan—.

De tal manera se animó el viejo, que le pareció posible continuar resistiendo siempre. Salió a la noche y, sintiendo la tierra bajo sus pies, pensó por vez primera en su vida: "Este valle no es el mundo, sino parte del mundo, y hay otros hombres como yo, cuyos rostros no he visto."

Y se sintió hondamente confortado. Ya no estaba solo. En lejanos países, hombres como él amaban la paz y anhelaban el bien.

"¡Ah, si pudiera verlos! —meditó—. ¡Si los pudiera conocer!"

Pero entonces se acordó de que su idioma sería distinto y no podría hablar con ellos. A continuación reflexionó: "Deseando lo mismo, no hace falta hablar para enterarse."

Y, pensando en quienes vivían al otro lado de la tierra, bajo sus pies, se dijo: "Acaso hay allí una casa como la mía y hombres como yo. Pues aunque no sean iguales lo son si sufren lo que sufrimos." E imaginó a un hombre, al extremo opuesto del mundo, forcejeando con el enemigo como él forcejeaba, y le pareció sentir que un poder enorme abarcaba el mundo, enlazándoles a aquel hombre y a él.

Recordó lo que Jade le dijera de que había sólo un sol y una luna para todos. Al principio había quedado sorprendido e incrédulo, pero ahora opinaba que pudiera ser verdad lo que ella decía, porque a la noche los hombres del otro lado podían tener el sol y de día la luna, y así el cielo estaba compartido por todos.

"Entonces también debemos compartir la tierra", se dijo.

No expuso a nadie tales pensamientos, que casi no lo eran, sino más bien movimientos de su espíritu, pero de todos modos le serenaron porque hacía mucho que no se hacía semejantes reflexiones. Toda su mente había estado ocupada en las miserias con que el enemigo les afligía y en el modo de vivir y salvarse, y esconder los alimentos, y arreglarse de modo que no fuera cogido y muerto. No había existido espacio en él para cosas mayores, y ahora, aunque todo siguiese siendo lo mismo y el mal no hubiera disminuido en nada, no obstante Ling Tan se sentía arrebatado a su pequeño valle y situado en el mundo.

CAPÍTULO CATORCE

Toda la aldea andaba agitada con la desaparición del primo tercero de Ling Tan y todos se preguntaban qué habría sido del pobre hombre. La mujer del viejo, como siempre, acusaba a Ling Tan de aquella ausencia y a diario iba a su casa, llorando, a instarle a que averiguara lo que había sido de su esposo y si estaba vivo o muerto. En el fondo, Ling Tan creía que su primo no volvía a casa por voluntad propia, pero ¿cómo decir eso a una mujer? Se limitaba a escucharla, a rascarse la cabeza y a pensar en los medios de encontrar al viejo en una ciudad donde a diario desaparecía gente sin que nadie se parase a hacer preguntas.

La mujer del primo temía que su marido, en sus idas y venidas a casa de Wu Lien, hubiera caído en manos enemigas. No osaba, por eso, presentarse a Wu, y menos decir a Ling Tan que ella y su esposo se ocupaban en llevar informes a Wu Lien. Pero pidió a Ling Tan que fuese a ver a Wu Lien o enviara a uno de sus hijos, a fin de obtener que Wu Lien intercediera por el viejo, si éste se hallaba preso, ante sus superiores.

—Mi marido tiene más años que tú —alegaba la mujer—, y todas las leyes familiares te obligan a hacer diligencias por el.

Ello era verdad. Ling Tan se aconsejó con su hijo segundo, quien le dijo:

—Yo iré. Hace tiempo que deseo hablar con Wu Lien y ver si le podemos emplear en algo.

—Temo por ti, si vas —señaló el padre—.

Ling Sao quería impedir a su hijo aquella gestión, pero era imposible, porque Lao Er y Jade hacían siempre, aunque con cortesía lo que se les antojaba.

Así, un día del noveno mes, en otoño, el joven, por una vez sin disfraz fue atrevidamente a visitar a Wu Lien. En la puerta de la ciudad se presentó como hermano político de Wu Lien y entonces le llevaron a casa de su cuñado, donde le hicieron esperar en un cuarto. Mirando en tomo suyo se maravillaba y se decía.

"¡Qué rico es todo esto!"

Contemplaba la alfombra, las sillas tapizadas y otros objetos que nunca había visto. Pero aún resultaba más deslumbrante Wu Lien, vestido con una túnica de seda bordada unguados los cabellos con aceites aromáticos y ostentando en la mano un anillo de oro.

—Muy elegante estás, cuñado —dijo Lao Er con sonrisa fría—.

—No marchó mal —respondió Wu Lien, prescindiendo de atender las indirectas, cosa que había aprendido a efectuar hacía mucho—.

Luego pregunto cortésmente por la familia de su mujer y esperó a ver lo que de él se deseaba.

Lao Er dijo que el primo tercero había desaparecido, y que su mujer no hacía más

que hostigarlos, e inquirió si no podían practicarse averiguaciones. Wu Lien sonrió, se levantó, abrió una puerta para ver si alguien escuchaba y, volviendo, contó al oído de Lao Er toda la verdad del caso: que el primo tercero y su mujer habían sido espías de Wu Lien en la aldea, y que un día el primo había robado la caja parlante extranjera.

—También tengo mis espías en la ciudad —sonrió Wu Lien—, y no han tardado en encontrar al viejo.

Y explicó a Lao cómo vivía el primo.

Lao Er admiró la inteligencia de Wu Lien, el cual se había elevado tanto ante el enemigo que éste confiaba en él por entero, no obstante lo cual Wu Lien tenía su espionaje propio.

—Yo te juzgaba enemigo nuestro —repuso Lao Er— y ha habido ocasiones en que deseé tu muerte.

—No soy enemigo de nadie —respondió Wu Lien, con su clásica sonrisa plácida—.

—¿Eres de los nuestros?

—Lo soy hasta donde el buen juicio lo permite en estos tiempos.

Luego dijo a Lao Er el lugar en que podía encontrar al primo, añadiendo:

—A esta hora estará embriagado de opio. Vete más tarde al local interior de "Casa de Té del Sauce", y le encontrarás.

Después mandó esperar a Lao Er mientras él avisaba a la familia, y ésta vino. La hermana de Lao Er había dado a luz su tercer hijo, una niña rolliza, y todos estaban tan gruesos y lucidos que Lao Er se maravilló.

—¿Te encuentras tan bien como lo parece? —interrogó a su hermana—.

Ella, riendo, dijo que sí. Luego se tornó grave y dijo que sólo le faltaba ver a sus padres de vez en cuando para vivir contenta.

—¿Y tú estás contento? —preguntó Lao Er a su cuñado—.

—¿Quién está contento de todo en este mundo? —contestó Wu Lien, con su perpetua sonrisa—.

Los niños hablaban a medias en su lengua y a medias en la enemiga. Lao Er salió, muy extrañado de que aquella gente fuese de su misma sangre.

No se encaminó a la casa de té, sino que, primero, por las calles más desviadas que conocía, retornó a su aldea. Allí dijo a su padre en secreto lo que contara Wu Lien. Ling Tan juzgó no haber oído tan singular caso. Pero el saber que el primo y su esposa habían sido espías de Wu Lien le hizo ponerse serio y pasar buen rato pellizcándose el labio y preguntándose cuánto habría averiguado Wu Lien y qué riesgos entrañaría. Interrogó con ahínco a su hijo, que respondió:

—Si ese hombre es sincero o falso, no puedo decirlo. Acaso sólo sea sincero consigo mismo. Si es así, no contará gran cosa a los enemigos, por si éstos alguna vez

son arrojados al mar. Entonces podrá él justificarse diciendo que fingió traición sin sentirlo y por salvarse.

—¿Conoce lo de nuestra cueva?

—¿Qué se yo? ¿Ni cómo pude preguntárselo?

—Si lo conoce, tenemos nuestras vidas en sus manos —dijo Ling Tan—.

Y maldijo a la mujer de su primo, y hasta pensó ir y asirla por la garganta y obligarla a confesar. Pero la prudencia se sobrepuso.

¿Qué sabía la mujer de lo que había dicho su esposo?

"Más valdrá no hablarle de esto —pensó Ling Tan—. Así, su temor de lo que sepa o no sepa me dará ascendiente sobre ella. Si mi primo está muerto, yo tendré que ocuparme de esta mujer y en tal caso me conviene gozar de poder sobre ella."

Y prescindió de momento de la esposa, aunque, si ya antes la había mirado mal, ahora la miraba mucho peor. Pero, en resumen, no era más que una mujer. La alejó de su pensamiento y dijo a Lao Er,

—Mañana iré contigo a oír a mi primo.

Al atardecer del siguiente día, sin decir a Ling Sao otra cosa sino que necesitaba hacer unas diligencias en la ciudad, Ling Tan y su segundo hijo cruzaron las puertas de la población y buscaron la Casa de Té del Sauce. En todas las calles se advertían cambios. El enemigo anunciaba por doquier sus mercancías consistentes principalmente en medicinas y cortesanas, al punto de que parecía que no tuviesen otra cosa que vender. Las "Píldoras de Salud" y el "Colirio Universitario" curaban, según el enemigo, todos los males. También se velan innúmeras casas de opio y burdeles. Se abrían nuevos establecimientos, servidos por diminutos mercaderes enemigos, y por las calles circulaban mujeres y niños del enemigo. Extrañó a Ling Tan que aquellas fieras tuviesen familia también, y reflexionó que, a su modo, las familias eran más peligrosas que los soldados, porque contra éstos podría mantenerse vivo el odio, pero, ¿cómo mantenerlo cuando el enemigo trajese sus familias y estableciera hogares?

Un grandísimo mal existía entonces en las casas de té de la ciudad, y era que a los decentes camareros masculinos los sustituían audaces jovencuelas. Cuando Ling Tan se sentó, una de ellas acudió a preguntar lo que deseaba. Él, primero, quiso hablarle, porque la presencia de la mujer era desazonante para un hombre honrado. Mas su hijo le cuchicheo que ahora en todas partes pasaba igual, y Ling Tan dijo:

—Mándala, entonces, que nos sirva té.

Ella, sonriendo con desprecio, les trajo dos cuencos y una jarra de té a un precio que escandalizó a Ling Tan, al punto de que apenas quiso beber.

—Con gusto no tomaría nada, si eso fuera posible —indicó a su hijo—.

La mujer encogió sus delgados hombros, hizo un mohín con su boca pintada, y exclamó:

—Pues si esto te asusta viejo, ¿qué te parece esto?

Y sacó de su pecho una cajita de plata con un polvo blanco.

—Vale trescientos dólares de plata la onza —dijo con orgullo—, pero con un dólar diario comprarías bastante para darte placer y olvidar tus cuidados.

Y puso la caja ante ellos, medio a escondidas; mas Ling Tan fingió no ver ni entender nada, y entonces ella recogió la caja. Lao Er cuchicheó, cuando la mujer se fue:

—Es una droga mala. Dicen que peor que el opio.

—No sé. Pero no lo creo —dijo Ling Tan—.

Y miró a su alrededor, como si contemplara todo aquello con pasmo, aunque bien sabía él qué mala droga era aquélla. ¿Quién lo ignoraba? Hasta a los niños de las calles se les ofrecía, escondida en dulces hechos por el enemigo. Quien una vez la probaba no podía apaciguar su ansia de tomarla, porque era como fuego en las venas. Pero Ling Tan no quiso pensar en tal cosa. Se trataba sólo de uno de los males de los tiempos. Bebió su té lo más compuestamente que pudo y súpole muy amargo pensando que no se lo había servido un "diablo" extranjero, sino una mujer, compatriota suya, deshonrada por el enemigo.

La sala en que estaban había sido hermosa en sus tiempos, pero no lo era ya, porque el enemigo había arrancado las pinturas y los zócalos de las paredes, y el artesanado estaba ennegrecido por el fuego. Sólo quedaban suelos y muros, y mesas y bancos asaz ordinarios. Ling Tan y su hijo, desde un rincón de la parte trasera, miraban a su alrededor. En otras épocas, ellos no hubieran ido a un establecimiento tan bueno, al que no habrían concurrido entonces los labradores, pero ahora la general pobreza hacía parecer iguales a todos. Tomaron té, con precaución de no beber más cantidad de la pagada. Vieron que, de repente, se levantaba un hombre tras otro y se metían en un cuarto interior más pequeño. Hicieron lo mismo y, en unión de otros diez, vinieron a encontrarse en una estancia sin ventanas, que debió de ser antaño cocina a juzgar por las ruinas de un fogón de ladrillos. Fuera de ello sólo había unos bancos y una silla.

Ling Tan y su hijo procuraron disimularse entre los demás, porque Ling Tan había advertido:

—Aún no sé si me haré ver de mi primo o no. Decidiré cuando él aparezca.

A poco se abrió una puerta interna y angosta de la cocina, y por ella, a la luz de una vela puesta en un anaquel, vio salir Ling Tan a su primo. ¡Cuánto había cambiado en aquel intervalo! Había adquirido, sin duda en alguna tienda de viejo, una sucia túnica color de cereza y unas grandes gafas de asta. La túnica le quedaba muy ancha y el primo había enflaquecido mucho. Bastó su traza para que Ling Tan comprendiera que se había entregado al opio, ya que la madre del propio Ling Tan había tenido en tiempos aquel mismo aspecto. Ling Tan cuchicheó a su hijo:

—Ya sé dónde ha encontrado valor mi primo.

Hizo signo de fumar opio y Lao Er asintió.

No hablaron más y el primo no les vio. Se movió, haciendo ondular su ropa como gustan de hacer los intelectuales, y se sentó en la silla como un maestro ante sus discípulos. Les saludó, se tiró de la barbita y con voz solemne principió:

—Hoy, oyentes, hay de fuera noticias buenas y malas. Malas, porque nuestra capital del interior está siendo muy atacada por los barcos volantes del enemigo, y nuestros compatriotas se hallan exhaustos y sus casas incendiadas. Pero nuestro gran jefe es indomable, y aunque comparte la pena de todos, dice que hay que resistir hasta el fin.

Un murmullo corrió por los congregados.

—¿Dice cómo resistiremos? ¿Va fortaleciéndose nuestro ejército?

—Sin duda me dirán eso otro día —respondió el primo, alzando a techo los ojos y hablando en un majestuoso murmullo—. Las noticias de allende el mar son también buenas y malas. Aún no recibimos ayuda decidida y nuestros amigos no son todavía en definitiva nuestros amigos. Nos mandan dinero para que compremos alimentos y medicinas a los heridos, pero al enemigo le venden aceite y combustible que usan los barcos volantes que nos despedazan. En el Oeste, el enemigo occidental destruye las grandes ciudades del país Ying. Día tras día los moradores de la tierra Ying han de esconderse bajo tierra, y sus palacios se desploman y los muertos suben hasta el cielo.

Todos escuchaban, maravillándose y preguntándose de dónde podría el viejo sacar tantas cosas, y sintiéndose no obstante convencidos de que eran ciertas y anhelando oír otras. El primo, tosiendo, añadió:

—He reservado para el fin las peores nuevas. Se va a nombrar en la ciudad un jefe que será un testaferro del enemigo, pero que fingirá gobernar en nuestro nombre y al que habremos de obedecer. ¿Sabéis quién es? El que llamamos Tres Gotas de Agua Regia. ¿Tendrá energía para defendernos? Yo sé que es hombre llorón, pero puede llegar día en que todas las piedras de las montañas del Oeste no basten para llenar los mares de su arrepentimiento

Un gran rumor se elevó entre los auditores.

—Sí—convino el primo—, es un grave mal. Mañana, a estas horas, sabré más noticias.

Cuando hubo dicho cuanto sabía, el primo se levantó, sacó un platillo de sus ropas, lo posó en la silla, y se volvió de espaldas a los concurrentes, para evitar la vergüenza. Los oyentes comprendieron que era hora de salir y dejar lugar a otro tumo, y así lo hicieron, depositando en el plato unas monedillas o lo que a cada uno le cuadró. Ling Tan y su hijo efectuaron lo mismo.

De regreso, Ling Tan se maravillaba de lo visto y oído, y reía de la ocurrencia de su primo, denostándole, además, por lo viejo pícaro.

—¡Qué bien se interrumpe, como un narrador de cuentos, en el momento en que tiene más despierta la curiosidad! ¡De todos modos, dejémosle seguir, porque parece más contento que nunca le haya visto yo! No diremos a nadie que lo sabemos. El cielo se vale, para sus fines, de la gente inútil.

Y Ling Tan pasó a pensar en lo que oyera de que iba a nombrarse en la ciudad un jefe testaferro, sacado de la propia gente vencida y bien conocido de ésta. Sintiendo el pecho oprimido de la indignación que le producía saber que aquel hombre, tan apuesto y tan débil, traicionaba a la nación, no pudo hablar en algunos instantes. Por otra parte, ¿sería una traición o se proponía el nuevo jefe alguna añagaza?

"¿Quién puede saber lo que hay en el fondo de un hombre?", reflexionaba Ling Tan.

En torno a ellos se extendía la tierra, tierra buena aún a pesar de las muchas aldeas arruinadas o calcinadas. La gente andaba diseminada y nada se veía en aquel camino, que normalmente debía haber estado lleno de granjeros yendo a vender mercancías a la ciudad, de jumentos con sacos de arroz sobre el lomo, de buhoneros dirigiéndose a traficar a los poblados, de personas conducidas en sillas de manos. Era ahora excepcional ver algún campesino con canastas de productos. Mas, en fin, la tierra seguía allí y con el tiempo volvería a dar lo que diera, si no se la traicionaba también. Mirando el oscuro polvo que hollaban sus sandalias, dijo Ling Tan:

—Los hombres de la tierra no podemos traicionarla. Si los de arriba son malos, que nos traicionen, pero no traicionaremos nosotros a la tierra.

Lao Er no sabía bien en qué pensaba su padre; mas viendo su talante serio, repuso, cordial:

—¡Cierto que no la traicionaremos!

Cuando a la mañana siguiente fue la mujer del primo a preguntar, Ling Tan le mintió, diciéndole, con faz imperturbable:

—Mujer, es verdad lo que temías. Nunca más verás a tu hombre, pues ha muerto. Tente, por consiguiente, por viuda.

—¿Cómo murió y dónde están sus restos? —sollozó ella—.

—No me lo preguntes —respondió Ling Tan—, porque no te lo diré. Y su cuerpo no hay modo de encontrarlo.

Calló la mujer y por primera vez en su vida la vio Ling Tan abrumada de disgusto y temor. Poco después ella se volvió a casa a reflexionar en su brete, porque, ¿hay algo peor que una mujer sola y sin un hombre? Temía que Ling Tan supiera que ella había sido espía de Wu Lien, y su temor crecía viendo que él no hablaba del caso, con lo que tenía la vida de la viuda en la misma palma de la mano. Al cabo de dos días, se sintió humillada hasta el fondo de su corazón y fue a Ling Tan y le dijo, rebajándose mucho:

—No me queda en este mundo más que tú ni puedo recurrir a otro.

—Ten la certeza —dijo él con calma— de que no te faltará de comer mientras yo tenga comida.

Ling Tan y su hijo guardaron el secreto, sin decirlo siquiera a Ling Sao. El encargarse de alimentar a una mujer más era un nuevo trabajo que Ling Tan realizaba contra el enemigo, porque ello dejaba al primo en libertad de desarrollar su propaganda.

Lao Er, empero, le contó a Jade todo, ya que confiaba en ella como en sí mismo. ¿No eran los dos uno solo? Jade rió con las nuevas de lo del primo, pero lo del testafarro la tomó grave. Calló buen rato después de aquellas malas noticias, y dijo al fin:

—Hombres como este testafarro son nuestros verdaderos y peores enemigos, porque se traicionan a sí mismos y con ello a nosotros. El enemigo exterior es como una enfermedad, pero esos testafarros demuestran que estamos débiles nosotros. ¿Y cómo puede luchar con la enfermedad el que está débil?

—Siendo más fuertes los que lo somos —respondió Lao Er—.

—Has dicho verdad —convino ella, alzando la cabeza—.

Y desde aquel día los dos se sintieron más resueltos contra el enemigo.

CAPÍTULO QUINCE

Era difícil saber si todos —los guerrilleros, los viejos y los jóvenes— se hubieran mantenido año tras año firmes contra el enemigo. Pero, en cualquier caso, ahora que sabían que la lucha era mundial, se hallaban dispuestos a no ceder. No podían empeñar grandes batallas, sus actividades eran minúsculas y no cabía comparar el número de los enemigos que mataban con el de los que quedaban vivos. Pero aun así algo hacían, porque se adiestraban a vivir resistiendo, lo que vale más que morir resistiendo.

A menudo el alma de Ling Tan se sentía abrumada bajo la dificultad de los tiempos y bajo la maldad del enemigo, que no cejaba en su codicia y opresión. Tal opresión era la propia de esos hombres malos y ruines que sólo piensan en sí mismos y aplican el diminuto poder que tienen a enriquecerse y a esto sólo. Cuando llegó la cosecha de aquel año, Ling Tan hubo de dar el arroz al precio fijado, mientras el enemigo lo revendía con gran provecho.

De nuevo Ling Tan volvió a hacer matanza y comer su carne en secreto, pero sus cerdos fueron descubiertos dos veces, y en una con la mala fortuna de que la cerda acababa de parir y los enemigos cargaron con todo, sin que Ling Tan osara levantar la voz contra los hombrecillos que se llevaban sus animales. Tenazmente se procuró otro cerdo para sí. Luego había muchas contribuciones: sobre la tierra y el opio, sobre las semillas y la cosecha y sobre todo lo que se vendía. Ling Tan, recordando los impuestos antiguos, se maravillaba de que le hubieran parecido excesivos. Y unido a todo esto se hallaba el sentimiento constante de que quienes tiranizaban el país eran hombres sin derecho a estar en él. Incluso los bandidos parecían menos odiosos que los "diablos", porque al cabo no eran extranjeros.

A todas las calamidades, en efecto, se añadía la de aquellos desalmados que, manteniéndose lejos del enemigo, robaban y saqueaban cuanto podían. En ocasiones bajaban de noche a despojar a quienes se rumoreaba que tenían más que los otros, de modo que todo hombre honrado había de ocultar sus bienes al enemigo y contra los bandoleros.

Jade estaba embarazada por segunda vez, y Lao Er seguía haciendo de enlace entre el monte y la ciudad. Corría el riesgo de la vida, pero no había otro remedio, y todas las noches de aquel año, cuando Jade se despedía de él, no ignoraba que acaso lo veía por vez postrera. Mas ninguno de los dos lo decía.

—Sobre todo, no te expongas —le encarecía ella—.

—No —prometía él—.

Y los dos sabían que era falso. Porque, de no exponerse, no podría haber realizado su misión.

Lo que hacía Lao Er era relacionar los guerrilleros de los montes con quienes lo

eran en la ciudad y contornos, aunque no abandonaran su trabajo de labriegos. De este modo parecían hacer planes de acuerdo. Siempre traía noticias y todo dependía de él. Era hábil en filtrarse entre el enemigo, ya como vendedor, pordiosero o anciano, disfraces que Jade le preparaba en casa. En las montañas veía a sus hermanos con frecuencia y servía de mediador entre ellos y la casa, procurando reconciliarlos.

Porque entre Ling Tan y sus hijos, los de los montes, había surgido una diferencia cuando él resolvió no matar a hombre alguno, aunque fuera enemigo.

—¿Qué pasaría si los demás hiciésemos igual? —dijo el hijo menor a Lao Er—. ¿Vamos a dejar que el enemigo mate y nosotros no? Me parece a mi que el padre se va volviendo viejo e inútil.

Ahora el hijo menor llevaba un uniforme como el de los soldados y no pensaba más que en la guerra y la muerte. En cambio, no sabía leer, y consideraba malos los libros y mala la cultura, y todo malo excepto el vigor de su brazo cuando empuñaba un fusil o una espada. Por entonces vivía en un templo de las montañas, el cual había convertido en fortaleza, y, con doscientos cincuenta jóvenes a los que mandaba hacía salidas contra pequeñas guarniciones enemigas y contra partidas de soldados que patrullaban o forrajeaban. Tal red de espías tenía el joven en toda la comarca que sabía pronto y cuándo se hallaba un grupo enemigo cerca de él, y en sabiéndolo, nada había capaz de hacerle estarse quieto.

Nada quedaba del esbelto muchacho a quien atropellaran los enemigos. Se había hecho aún más ato que entonces, había ganado carnes, huesos y músculos, tenía la piel bronceada y sus ojos brillaban siempre fieros e inquietos como los de un tigre. Si no tenía veinte mujeres era por que no quería. Las que él y los suyos rescataban a veces, y las que le invitaban a comer y estar en sus casas, y en suma, toda mujer de los alrededores, no le dejaban pasar nunca sin hacerle alguna seña. Las mujeres virtuosas lo efectuaban sin saberlo, y las desvergonzadas, a sabiendas.

Lo sufrido por aquel muchacho había retrasado su desarrollo viril, pero era, en fin, un hombre, y ahora, con sus diecinueve años, sentía los naturales deseos. Pero tantas mujeres le invitaban que las miraba con desprecio, y si bien de vez en cuando dormía con alguna, a ninguna consideraba digna de él. En su ánimo había hecho una imagen de cómo debía ser la mujer a la que no tuviese por mera compañera de lecho; pero ¿cómo encontrarla?

Había días en que su necesidad de mujer le tornaba intratable. Entonces, sus soldados le temían, y él sólo se tranquilizaba cuando surgía ocasión de un ataque. Entonces, si tenía suerte y mataba unos cuantos enemigos, recuperaba su jovialidad. Pero ello no siempre ocurría, y cuando pasaban días y días sin combatir, aquel mozo tenía un humor negro.

El undécimo mes de aquel año, Lao Er llegó a los montes a llevar noticias oídas

de fuera, y el joven ayudante de su hermano le hizo seña de que pasase a una estancia del templo. El local estaba consagrado a Kwan-Yin, diosa de la Merced, sólo adorada por las mujeres, y en consecuencia solía hallarse vacío, porque pocas mujeres iban a la sazón a adorar. Al pie de la imagen de la diosa el ayudante dijo a Lao Er que el mal carácter del capitán les hacía sufrir.

—Por mi no me importaría —afirmaba el joven—, porque sé que tu hermano es malo de carácter, y no de corazón, y sé sortear sus arrebatos. Si levanta el pie, doy un salto; y si se inclina a coger una piedra, me encorvo.

—¿Hasta eso llega su mal genio?

—A veces, si, y se lo perdonamos, porque sabemos que lo que necesita es una mujer. Y la compañía me ha comisionado para pedirte que tu padre busque a nuestro jefe una buena mujer, con la que él se hará hombre completo y todos viviremos a gusto.

Lao Er, conteniendo la risa con trabajo, prometió acceder a lo pedido. Pero añadió:

—No tengo idea de qué clase de mujer pueda convenir a mi hermano.

—No es fácil elegir mujer para un hombre así—dijo el joven, con gravedad—. Ha de ser recia de cuerpo, que, sin ser como el suyo, lo soporte. Cuando él se arrebate, ella ha de estar serena, y cuando él se ensombrezca, ella debe estar radiante, y cuando él se ponga caprichoso ella ha de mostrar razón.

—Pocas mujeres hay tan prudentes —dijo Lao Er, acordándose de Jade y reflexionando que ni siquiera ella lo era tanto—.

—Ya lo sé—contestó el otro, contrariado—.

Ambos callaron un momento, ponderando las dificultades del caso, y luego el joven agregó:

—Por raro que parezca, el capitán viene aquí a veces y mira a esta diosa con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Le hemos visto hacerlo y eso es lo que primero nos ha hecho barruntar que necesita una mujer.

—Hablaré con mi padre —dijo Lao Er—, le explicaré lo que me has hablado y veremos lo que nos reserva el porvenir.

El hombre, inclinándose, dejó solo a Lao Er. Éste se acercó a la diosa y la miró con fijeza por primera vez en su vida. No era frecuentador de templos, ni su padre tampoco, porque los hombres deben dejar esas cosas a las mujeres. Ling Sao andaba tan ocupada que no podía ir a los templos más de una vez al año, ni necesitaba ir como otras, puesto que tenía hijos en abundancia. En resumen, Lao Er no había ido a los templos muchas veces, ni siquiera de niño, ni, de ir, había adorado a las diosas que dan hijos, sino al dios que enriquece y fertiliza la tierra.

Se hallaba solo frente a la diosa. Los pies menudos de la imagen se apoyaban en un dragón replegado sobre sí mismo, y la arcilla, los dorados y las pinturas daban a la estatua una belleza que la hacía parecer casi un ser viviente. Aquel antiguo constructor de ídolos, como hombre que era, había puesto en la diosa algo de eso que hace que las mujeres atraigan a los hombres. Ello se advertía en la curva suave de sus labios altivos; en sus ojos alargados y prometedores; en la rotundidad de sus formas, veladas por las ropas, pero no escondidas; en el pecho, cubierto, pero bien perfilado. Cuanto más miraba a la diosa, más creía mirar a una mujer.

En aquel momento sobrevino su hermano menor, que dijo con impaciencia:

—Te he buscado por todas partes y sólo por casualidad me ha dicho mi ayudante que estabas aquí. ¿Qué haces?

Lao Er, con un movimiento de barbilla, señaló a la diosa.

—Nunca la había visto tan de cerca —explicó—.

—¡Arcilla! —exclamó su hermano—. Arcilla pintada como todas las mujeres.

Y miró a la diosa con juvenil desdén.

—Hay algo más en esta imagen —repuso Lao Er, queriendo, astutamente, hacer hablar a su hermano—. El hombre que hizo esta imagen debía de amarla.

El hermano contempló la estatua más de cerca, con el entrecejo arrugado, y dijo:

—No hay mujeres así

—¿Has visto a todas las del mundo? —sonrió Lao Er—.

—Nunca has visto una como ésta.

—Y si la hubiese, ¿te gustaría para esposa? —inquirió Lao Er, riendo—. Hagamos una apuesta: ¿a que si aparece una mujer así te casas con ella?

Examinando a su hermano le vio con una expresión tan conmovida, a pesar del intento del joven de mostrarse despectivo y enojado, que Lao Er rompió en carcajadas.

—No deseo mujer —dijo Lao San—. ¿Qué haría con ella cuando yo tuviese que salir a luchar?

—Dejarla en su casa —repuso Lao Er—.

—Sí, y oírla llorar, y rogarme que no me fuera.

—Esta diosa no lloraría.

—No me gustan las bromas —se aclaró Lao San—.

—Espera y verás si es broma —dijo el hermano mayor—.

Y, comprendiendo que habían hablado bastante de aquello, salió con Lao San del cuarto y ya no trataron más que de la guerra.

A la noche siguiente, en casa, contó a su padre lo que dijera el ayudante de Lao San. Ling Sao y Jade, allí presentes, lo oyeron todo, y Ling Tan respondió:

—Tú lo tomas a broma, pero aquí hay algo grave.

Y les explicó lo conturbado que se sentía viendo que su hijo menor había

aprendido a amar la muerte y la guerra y sabiendo que hombres así nunca dejan que haya paz en el mundo, porque la guerra brota de ellos como brotan las chispas de una mecha escondida.

—Tan afligido me siento —al adió, mirando a su alrededor—, que he reflexionado conmigo mismo y pensado que no me disgustaré si algún día me refieren la muerte de mi hijo menor, porque hombres tales deben morir como ellos hacen morir a prójimo. He visto otros como ése, hijo mío, y ninguno era buen esposo ni buen padre.

Marcó una pausa y acabó:

—No obstante, es mi hijo y no lo olvido.

—¿De qué modo encontraremos una mujer como Kwan-yin, que es una diosa? —dijo Ling Sao, la cual, por estar su hijo menor tan lejos de cuanto ella conocía y comprendía, no se hallaba sorprendida, sino acongojada—. Nunca he hallado mujeres que sean como diosas.

—Sin duda ninguna lo es —intervino Jade—. Pero si encontramos una que a él se lo parezca, servirá igual.

Y rió, mirando a su marido, que correspondió con una sonrisa. La madre no rió, porque era cosa grave la elección de esposa para sus hijos.

—Cualquier mujer escasea bastante ahora —señaló—. Por aquí cerca no conozco jóvenes que no hayan sido atropelladas por el enemigo. Mi hijo no querría una de éstas por barata que costase.

—No —dijo enérgicamente Ling Tan—.

—Pues entonces busquémosle una en la tierra libre —indicó Jade—.

La idea era buena, pero ¿cómo ponerla en práctica?

Hacía muchos meses —cerca de un año— que no tenían noticias de Pansiao. Ling Sao se irritaba viendo que no podía ir a casarla o a traerla al hogar. Una vez había dicho:

—Bien está que viva allí en seguridad, pero ¿y luego? No siempre va a estar metida en una cueva aprendiendo a leer y escribir. Tendrá que comprometerse y hacer su vida de mujer.

—Conténtate por ahora con que esté fuera del alcance del enemigo —repuso Ling Tan, advirtiendo la causa del enojo de su mujer—. ¿Has olvidado a Orquídea?

Con esto Ling Sao calló, pero añoraba a su hija y ansiaba ver el modo de casarla bien, aun a distancia. Incluso estudiaba la forma de escribir una carta a alguien, para ver si Pansiao podía casarse en la tierra libre, porque, si una mujer no se casa, ¿para qué quiere vivir?

A la sazón, siempre con aquel pensamiento de casar a sus hijos —lo cual ella sabía ser su obligación y cosa sin la que no podría vivir tranquila—, Ling Sao se acordó de pronto de su hija y dijo:

—Podríamos escribir a Pansiao y ver lo que puede encontrar para su hermano en la tierra libre. Ella conoce a su hermano y la escuela está llena de mozas. ¿Qué más se puede pedir? Ella pensaría en el matrimonio al hablar de su hermano, y así iría preparándose para cuando pudiéramos arreglar lo suyo.

Los demás, de momento, sólo recordaban a Pansiao como una niña, plácida, sentada al telar. ¿Cabía encargarle cosa de tal enjundia? Además, no sabían adónde enviar la carta. Más de una vez había dicho Ling Sao a su marido que debía ir a preguntar a la mujer blanca cuál era el nombre del colegio de Pansiao y el lugar en que estaba. Él asentía siempre, mas siempre lo dilataba en medio de sus preocupaciones, ya que sabía que la muchacha estaba, el menos, a seguro. Ling Sao, ahora, volviéndose a él, gritó:

—¡Te he dicho y redicho que debías ir a ver a la mujer blanca y averiguar las señas de Pansiao! ¡Es muy doloroso no saber dónde está mi propia hija!

—No te acalores —repuso él—. Iré mañana.

Y lo hizo, encaminándose campo adelante hacia la vieja puerta del Agua, por la que penetró en la ciudad, llegando a los terrenos que rodeaban el edificio de la extranjera. La puerta estaba cerrada y él llamó y esperó largo rato, sin que le contestase más que un intenso silencio. Cogiendo una piedra golpeó la puerta sin parar. Al fin salió el viejo portero, pero muy medroso y abatido, y abrió lo suficiente para asomar la cara

—¿Qué quieres? —preguntó a Ling Tan, a quien reconoció—.

—Hablar con la mujer blanca —respondió Ling Tan, buscando en su faja una moneda que había puesto allí por si le era menester—.

—¿Acaso el dinero puede hacerte llegar a ella? —dijo el portero—. ¿No sabes lo que ha pasado?

—¿Qué?

—La mujer blanca ha muerto —respondió el portero—.

Ling Tan quedó pasmado. El hombre, saliendo, se sentó en la piedra que había junto al umbral, suspiró, se quitó su gorra de fieltro, se rascó la cabeza y volvió a cubrirse. Dijo con tristeza:

—Se mató ella misma. Y yo fui quien la encontré. Entré en la capilla temprano, de mañana, para abrir los ventanales, como siempre que había función religiosa. Ella estaba muerta ante el altar, ensangrentada... Se había cortado las muñecas y la sangre invadía toda la nave. Aún sigue allí la mancha, a pesar de lo que la hemos limpiado...

—¿Por qué hizo eso? —tartamudeó Ling Tan—. Estaba a seguro..., tenía comida...

El portero se secó los ojos con la manga.

—Y es bastante. Pero para ella no. Dejó una carta escrita en su idioma. Yo no sé leer, mas la virgen vieja sí. La muerta escribía a los de su país, al otro lado del mar. Y

decía: "He fracasado."

—¿En qué? —dijo Ling Tan, sin comprender—.

—¿Quién sabe lo que quiso expresar? Pero eso escribí.

Ling Tan permaneció silencioso, sentado en cuclillas para descansar, sintiendo a la vez piedad de la mujer blanca y preocupación por si mismo, porque, ¿cómo hallar ahora a su hija? Explicó su disgusto al portero, que contestó:

—Buscaré a nuestra virgen vieja, que sabe lo que yo ignoro. Ven y pregúntale.

Ling Tan cruzó la puerta y esperó mientras el otro se alejaba. A poco una mujer madura, flaca y con lentes como si fuera una intelectual, compareció allí. Oyendo la pregunta de Ling Tan, manifestó:

—Esa escuela está en las cuevas de una gran montaña en la tierra libre, y todas las alumnas están sanas y buenas, con otra mujer blanca que las dirige. No te preocupes por tu hija.

—Pero quiero enviarle una carta y necesito sus señas —dijo Ling Tan—.

La mujer, arrancando una hoja de un libro que tenía bajo el brazo, escribió, maravillando a Ling Tan al ver que lo hacía tan fácilmente como un hombre. Le entregó el papel y se marchó. Ling Tan, doblando el papel en la faja, preguntó al portero:

—¿No hay en este sitio tan grande más que esa vieja virgen?

—Ella sola y unas pocas criadas —dijo el portero—. Y es cosa de ponerse a llorar al recordar los años que empleó la muerta en levantar esta casa y buscar discípulos en las provincias. Te juro que acudían desde todos los lados del horizonte. Esta escuela era muy famosa.

—Su ruina ha sido cosa de los "diablos" —comentó Ling Tan, mirando los amplios y abandonados jardines y los desiertos pabellones.

Ya en su casa, contó lo sucedido y Ling Sao deploró haber mostrado a la mujer blanca menos gratitud de la que le debía.

—Si hubiera sabido que iba a darse muerte, me hubiera portado mejor —dijo, contrariada—.

Se quitó del cabello el hurgaoídos y se escarbó un rato las orejas, deplorando su poca amabilidad de entonces.

—¡Pobre extranjera! —exclamó al fin—. ¿Por qué vendría de tan lejos a hacer buenas obras? Ni siquiera ha podido ser sepultada en su tierra. No es nada conveniente eso de que las mujeres estudien mucho y no se casen. ¿En qué pueden acabar más que en monjas? Hay que escribir a Pansiao y apresurar el matrimonio de todos.

—Escríbele —mandó Ling Tan a Jade—, y dile lo que pasa y lo que sus padres quieren que haga.

Y añadió algo que nunca antes habría dicho:

—Explícale que su hermano necesita una mujer parecida a una diosa. No una mujer común. Escribe según mejor te parezca, niña, porque sabes decir esas cosas bastante bien, como se ve en lo que lees, y lo que cuentas, y los disfraces que planeas y todo lo demás. A menudo pienso que tú debías haber sido una de esas actrices que veíamos en las películas extranjeras antes de que cayese la ciudad.

Y enrojeció, porque no era natural que un hombre de su edad hablase tanto con su nuera y sobre tales cosas. Salió del cuarto, muy dignamente, y a sus espaldas Jade y Lao Er se miraron conteniendo la risa. ¡Cuánto se amaban el uno al otro cuando se veían reír!

Jade escribió la carta tan bien como supo, por amor a su marido, y como conocía a su joven cuñado, dijo en las hojas: "No escojas una tonta sólo porque tenga la cara bonita. Algún día Lao San sería capaz de matar a una mujer así, enojado con sus necedades. Tiene ahora muy pronta la mano. Ya no es un soñador como antes. Kwan-yin no es una tonta."

Terminada la carta, la leyó a su marido, quien embromó a Jade, diciendo:

—Has escrito tan bien la carta, que casi me siento yo enamorado de la diosa. ¿No tienes celos?

Ella abrió los labios, los movió un par de instantes, y luego, inclinándose hacia él, le hizo burla sacando su roja lengua.

—No hay una mujer así—repuso—.

Y él rió otra vez, encantado de su esposa.

CAPÍTULO DIECISÉIS

En su estancia de la cueva, Pansiao examinaba la carta de Jade.

Leía con dificultad, mas ello le resultaba tan nuevo, que seguía experimentando orgullo en todas sus lecturas. A dos mil millas de allí, Jade había escrito la misiva, que llegaba por aire, mar y tierra, pasando por muchas manos. Y era un milagro que esto ocurriese en medio de fuegos, inundaciones y guerras. Cuando la carta llegó a Pansiao había vuelto el invierno y en las cuevas hacía frío. El agua, filtrándose por las rocas, se hubiera helado de no estar encendida la hoguera en el suelo pedregoso de la gruta. Un agujero en el techo de roca daba salida al humo, pero cuando se abría la puerta el aire desviaba el humo del orificio y, en consecuencia, todo el lugar tenía un olor humoso. Pero Pansiao no lo notaba. En la cocina de su casa, el viento del Noroeste, frecuentemente en invierno, hacía volver hacia abajo los humos de la chimenea. Esto sucedía desde tiempos de los antepasados de la familia y ésta, sabedora de que los vientos los envía el cielo, soportaba el humo.

Pansiao, cuando hubo leído, plegó cuidadosamente la carta. El papel era frágil y delgado, pero escaseaba tanto que nadie hubiera pensado en tirar un solo pliego. Y éste ¡qué obligación tan pesada imponía a la joven!

"¿Cómo puedo encontrar una mujer para un hermano..., y precisamente para ése?", pensaba.

Porque Pansiao era la única de la familia que sabía distinguir las diferencias internas entre los diversos miembros de la casa, y eso lo entendía mejor que su propia madre. Durante largos días pasados ante el telar, ¿en qué iba a pensar sino en su casa, que era el único lugar que conocía? En consecuencia, reflexionaba minuciosamente en todos sus deudos, y en particular en sus hermanos, porque siempre había lamentado nacer hija y no hijo. Desde muy niña había podido observar que las puertas de una casa, incluso las de Ling Tan, estaban abiertas a los hombres, y las paredes cerradas en torno a las mujeres. Ahora se hallaba libre a causa de los azares de la guerra, y era la única de la familia que vivía en tierra no ocupada e incluso lejos del alcance de los barcos voladores enemigos. ¿Alguna de sus compañeras hubiera deseado acaso perder tal libertad?

Puso la carta en su pecho y se volvió. Había en la cueva otras doce muchachas que allí tenían sus lechos. A aquella hora cada una podía hacer lo que gustaba, y unas leían, hablaban otras, feas y bonitas, cuidadosas y descuidadas, altas y bajas, y en ninguna veía Pansiao una adecuada mujer para su hermano. Empero eran ésas las que conocía, y si no podía elegir entre ellas, ¿cómo elegida entre las otras cien a quienes no trataba más que en las horas de clase o cuando comían juntas en la sala central? ¡Pesada tarea le encomendaba su padre! ¡Una diosa! Ella no había visto diosas aquí.

Sonó un tañido entre las rocas y todas las alumnas, en desorden, gritando, riendo

y empujándose fueron a la cueva en que sus profesores las esperaban.

Allí se reunían las ciento doce alumnas. No había asientos y todas se acomodaban en tierra, sobre montones de paja, como los sacerdotes budistas hacen para librar sus piernas de frío de las baldosas en que oran. Pansiao, mirando las caras de las muchachas, no vio ninguna diosa. Y aquel día no atendió las lecciones de la profesora.

Durante varios días, hiciera lo que hiciera, siempre pensaba en el encargo recibido. No se atrevía a escribir negándose a obedecer a su padre, ni a decir que obedecería. Tras mucha perplejidad y duda, acordó que antes de reflexionar sobre la muchacha debía reflexionar sobre su hermano, evocando cuanto conocía de él. Y cuando sus memorias se hubieran concentrado de modo que le pareciese verle ante ella vivo, ella miraba a las alumnas para hallar la que se parecía más a Lao San.

Por tanto, en sus horas libres, y a veces incluso en clase, recordaba el esbelto mocito que fuera su hermano. Sabía de él cosas que desconocían los demás de la casa porque, siendo la única menor que Lao San en la familia, él había descargado en ella pequeñas venganzas y secretas crueldades. Cuando ambos eran niños. Si Ling Tan reprendía a su hijo pequeño y éste, como hijo, no replicaba, Pansiao procuraba alejarse de él para evitar que luego le oprimiese con los dedos la blanca piel de los sobacos, acercándole su hermano el rostro y haciéndola quejarse y preguntarle: "¿Qué te he hecho?" A lo cual no contestaba nunca.

"Claro que entonces era un niño —reflexionó Pansiao, en la bondad de su corazón—. Pero no cabe tener una mujer demasiado modosa, como yo. A mi no me gustaría un marido así".

Otras veces él caía en sombríos silencios, sin que los mayores lo notasen, porque es natural que los pequeños callen. Ella le hablaba entonces, de hermano a hermano, y si él no le contestaba o le escupía y ella preguntaba: "¿Por qué estás enfadado?", él no respondía jamás. Y Pansiao se decía para sus adentros: "Su mujer ha de ser alegre y no como yo, que si veo a alguien triste cerca de mi entristezco en seguida."

Pero otras veces, Lao San era amable y bueno y empleaba medio día en hacer a su hermana una flauta con una rama de sauce, separando delicadamente la corteza y la madera y modelando tan bien la boca del instrumento que a ella no le costaba trabajo tocar una tonada. El muchacho lo hacía sin esperar recompensa, sólo por agradar a su hermana. Estos días los dos hablaban como nunca hablaban con nadie, ya que eran los más próximos en edad. En aquellas pláticas se había informado ella del ansia que tenía su hermano de abandonar la casa paterna e ir a ver los sitios que no conocía.

—¿Qué harías en lugares extraños? —preguntaba ella—. ¿Dónde dormirías por la noche y quién te daría de comer?

—Me es igual dormir en cualquier parte —contestó el muchacho—, y la comida puedo pedirla o robarla.

—¡Robarla! ¿Serías capaz de hacerlo?

—Si quisiera, sí.

Mas aun ahora Pansiao no sabía juzgar si él hablaba así por jactancia o impelido por su naturaleza.

“Su mujer — pensaba la joven— ha de ser tan lista que sepa cuándo él miente o no. Y no lo sabría nunca “

Y había de ser bella también la que escogiese, porque todos saben que es malo que el hombre tenga más hermosura que la mujer, y a más hermosura del marido mayor hermosura ha de tener la esposa.

Reflexionando así, ¿obraba como si amase o como si aborreciera a su hermano? Las dos cosas quizá, porque él era a la vez amable y aborrecible. Quizá cualquier mujer que se buscara se encontrase en el mismo caso, y sería menester que en ella se contrapesasen bien el amor y el odio, para que el uno no matase al otro.

Hasta aquí llegaba Pansiao en sus meditaciones y casi iba alcanzando la conclusión de que la mujer buscada debía ser más fuerte que su hermano, o de lo contrario sobrevendría algún mal.

Pero era obvio que entre las ciento doce alumnas no había ninguna como se necesitaba.

Y, sin embargo, se acercaba entonces a las montañas una mujer de quien Pansiao no había oído hablar nunca. Venía aquella mujer procedente de un país extranjero, sito a muchos miles de millas de distancia, y regresaba a su tierra natal, de la que no se acordaba en lo más mínimo. Años atrás su padre se la había llevado de allí, y sola con él —porque su madre había muerto— alcanzó la pubertad. Ahora contaba diecinueve años y había disputado con su padre, hasta tanto como él podía entregarse a una disputa. Él no deseaba que su hija abandonase el colegio y el hogar del extranjero en que tantos años habían vivido los dos en seguridad, para retomar en momentos difíciles a la patria de que vinieran años antes.

No sentía aquel hombre ningún deseo de volver a su país, porque éste para él se unía al recuerdo de su bella esposa, muerta en su primer parto. Ella descendía de una familia musulmana, y la mezcla de sangre árabe le había dado arqueamiento a las cejas, delicadeza a la nariz, un oscuro brillo a los ojos y una estatura superior a la usual en las mujeres. Él la había amado precisamente por todo aquello, y en un instante la había perdido, quedando solo con una niñita pequeña y llorona. El viudo llamó a la niña Mayli, como su madre, y aceptó en el extranjero un puesto que venia rehusando dos años seguidos a causa de que su mujer se negaba a abandonar su provincia natal. Pero ya nunca dejaría la joven la ciudad en que había nacido, porque yacía enterrada, fuera de los muros, con sus antepasados; y él deseaba huir y no retornar. Llevaba, pues, en el extranjero tanto tiempo que ya esperaba morir allí. Sólo sus huesos serían enviados a la patria, para reposar junto a los de su mujer.

—No puedo vivir contenta aquí, sabiéndome segura, mientras la gente del océano oriental está conquistando nuestro país —había dicho Mayli a su padre—. Hablaba mal su idioma, pero desde hacía poco había resuelto acostumbrarse a hablarlo bien. Su padre comprendió que ello era uno de los muchos signos del propósito que la joven tenía de volver a su patria. También vio que dejaba de usar los vestidos extranjeros a que estaba acostumbrada, para ponerse los trajes estrechos y largos de las chinas modernas. El padre no decía nada ante aquellos cambios, mas no dejaba de verlos.

Una mañana, mientras terminaba el desayuno, en un momento en que no había sirvientes en la estancia, él, antes de contestar a su hija, hundió sus dedos delicados en un recipiente de plata.

—No sé lo que te figuras que vas a hacer si vuelves a China —dijo al fin, en inglés—. Los nuestros necesitan hombres, ingenieros y técnicos militares, pero no una mujer que aún no ha concluido su instrucción.

La joven, pensaba, era como su madre, y, sin embargo, había algo en ella —acaso por su residencia en el extranjero— que le hacía distinta del todo a la que, enterrada tanto tiempo atrás, seguía perviviendo en él al punto de que siempre le había hecho rechazar la idea de casarse y tener hijos. Ello, por otra parte, no era tan necesario en el extranjero como lo hubiese sido en la propia China.

—Ya encontraré algo que hacer —afirmó Mayli—.

Sus grandes ojos negros relampaguearon de un modo que él conocía harto bien para que osase replicar. Discutir con ella habría sido esfuerzo inútil y él había desistido de hacerlo desde que la joven cumplió los catorce años. A partir de entonces ella había hecho literalmente lo que quería. Había veces en que Wei Mingying, primer secretario de la Embajada china en aquella ciudad extranjera, pasaba insomne la mitad de la noche, pensando en la imposibilidad de hacer de su hija una mujer casadera. Hasta cuando él podía observar, no había en ella ninguna condición de esposa. Wei se estremecía al pensar en un futuro yerno dirigiéndole algún día amargos reproches.

"Juro que no he podido evitarlo —imaginaba decir a aquel hombre—. Hice cuanto pude, pero ella, desde muy pronto, lo convirtió en imposible. Y no podía perder mi vida en un forcejeo estéril. Además, necesitaba ganar para ella y para su educación y no me quedaba tiempo para más."

Pero ningún yerno había aparecido aún. Mayli tenía enamorados, mas los rechazaba, y a esto el padre no tenía nada que objetar.

—Ya veo que quieres irte —suspiró Wei, antes de añadir, apelando a su última arma—: ¿Y me dejarás solo en un país extranjero?

Mayli rió harto estrepitosamente para ser una muchacha china. Habló, levantándose.

—Tuya es la culpa, papá. ¿No hay al menos tres señoras anhelosas de consolarte?

No podía recordar a su madre, y no ahorrraba aquellas bromas a su progenitor. Él era un hombre muy apuesto, y su natural cortesía le llevaba a menudo más allá de lo que imaginaba. En la joven, cierta malicia ingénita se alegraba del fracaso de aquellas damas, engañadas tan inocentemente.

—Al menos dime cuándo te vas —se apresuró Wei a añadir. ¡Su hija sabía siempre más cosas de las que fueran menester!—.

Sólo era cuestión de semanas el que ella emprendiese el viaje por mar. No había existido dificultad alguna en encontrar el pasaje cuando la Embajada china supo que la muchacha lo deseaba. El padre sólo había ocultado a Mayli una cosa: que él no había permitido que se ofreciese cargo alguno a su hija en una zona de peligro. A ser posible, deseaba que la nombrasen profesora de una misión, para que viviese rodeada de medios rígidos y a la antigua. Por fortuna existía una escuela de muchachas en las altas sierras interiores del oeste de China, y a Mayli ir allí le había parecido muy romántico. Respecto a capacidad, se juzgaba apta para enseñar lo que fuera.

De este modo llegó una clara mañana a la escuela en que estaba Pansiao. El pequeño y desvencijado avión que la condujera aparecía cubierto de carámbanos de hielo. Merced a los arreglos hechos por su padre en la lejana ciudad extranjera, había sido viable conseguir aquel avión. A ella no le pareció más que muy natural que, al desembarcar del navío, el piloto del aeroplano estuviera esperándola. Mientras la conducía desde el aeródromo a la escuela de las montañas, el aviador indicó a la joven que tenía órdenes de volver a llevarla al punto de desembarco cuando quisiera, y le dio la dirección secreta en que podía buscarle.

—No volveré—rió ella—.

—No obstante, quédese con la dirección y así yo habré cumplido con mi deber —dijo, presuroso, el piloto—.

Le amedrentaba aquella mujer alta y antojadiza, siempre muy segura de lo que quería y de lo que no, y deseaba librarse de ella cuanto antes. Si, por ejemplo, se hubiera encaprichado de guiar el avión, ¿qué podía él haber hecho? Pero Mayli no se lo propuso. Permaneció inmóvil y silenciosa, agitado por el viento del Oeste su corto cabello negro. A mediodía, sacó un paquete y comió pan, carne y frutas en abundancia, sin ofrecer al piloto, que hubo de atenerse a su pescado y su arroz frío.

Sin embargo, al separarse ella abrió un bolso de piel extranjera que llevaba y entregó al hombre una cantidad de dinero tres veces mayor de la que había esperado. El piloto simpatizó, pues, más con la mujer que cuanto simpatizara hasta entonces. Se inclinó y bajó las montañas a pie, como las había subido, si bien Mayli fue transportada en una montañesca silla de bambú. Y el aviador se alejó, creyendo no volver a ver a su pasajera.

Mayli estaba encantada con la estancia que le dieron en las cuevas y que tenía una

ventana al Mediodía. Las aberturas de las cuevas estaban cubiertas de tablas, formando puertas y ventanas. Desde la de Mayli se dominaba una perspectiva agreste sobre toda ponderación. Áridas montañas se sucedían como grandes oleadas de solemne música, grandiosas en su silencio.

Ante la ventana, abierta a pesar del frío mordiente, Mayli, abriendo los brazos, hizo un ademán que parecía falso y no lo era.

—¡Mío! —murmuró—. ¡Todo mío! He vuelto a vosotras, montañas de mi patria.

Luego recordó que sentía hambre y que la criada que la había llevado a la alcoba no olvidó indicarle que las clases acababan dentro de pocos minutos. Mayli debía visitar a la directora extranjera del colegio antes de comer. Se miró en un espejito de metal que había en la mesa. Se peinó el cabello, negro y recio, se pasó por la cara una toalla húmeda y se dio algo de polvos y carmín. Se puso en los labios la sombra de colorete que le convenía. No se tocó el vestido que era de oscura lana extranjera y el de más abrigo que tenía.

Por un tortuoso pasillo fue al lugar donde le manifestara la sirvienta que estaba la dirección. Abrió resueltamente la puerta y entró. A la mesa se sentaba una mujer corpulenta, insólitamente fea, de traza severa, pero no antipática.

—¿Es usted la señorita Freem?

Ésta, creyendo que la interpelaba una extranjera, alzó la vista, atónita. Freem era la única blanca que había en cientos de millas a la redonda, y ninguna de sus alumnas era capaz de hablar más de cuatro palabras en lengua ajena. Pero en cuanto la directora miró, comprendió con quién se las había.

"No me agrada esta mujer", pensó Mayli.

"Si no ando con cuidado, tendré complicaciones con esta moza de aspecto tan atrevido", reflexionó la directora.

Y así comenzaron su vida juntas.

En la estancia donde comían las alumnas, Pansiao, mirando a la nueva profesora, sintió instantáneo cariño hacia ella. La nueva maestra había entrado con la directora (a quien jamás Pansiao osara dirigir la palabra) y le hablaba con toda naturalidad. La muchacha, absorta, la miró.

Corría un cuchicheo entre las discípulas: "Es la profesora nueva." Todas se levantaron, como siempre que entraba la directora, sin sentarse hasta que ella lo hacía. Pero Pansiao, al levantarse, lo hizo pensando sobre todo en la maestra nueva. Todas contemplaban su color, su estatura, su naturalidad, sus rápidos movimientos de extranjera, el extranjero género de su vestido. Sin embargo, era de las suyas, porque tenía el cabello negro y la piel del mismo color que las chinas, aunque más claro. Pansiao quedó deslumbrada por la belleza de aquella mujer. Bajo la mesa de tabla enlazó sus manos, roídas de sabañones. Dentro de su corazón nacía un afecto dulce y cálido hacia la recién llegada.

Pensó con la simplicidad de que sólo era capaz un ser tan sencillo como ella: "El cielo me envía una esposa para mi hermano."

Al levantarse por las mañanas, Mayli miraba desde su ventana el país quebrado y agreste, de montañas que se extendían hasta perderse de vista. No había más huellas de hombres que un poblado en el valle, poblado que la mucha distancia hacía parecer, por lo pequeño, propio para ser contenido en una mano

Tras mirar aquella amplitud, Mayli volvía a pensar en la trama de su vida, tan minuciosamente distribuida, tan huera de trascendencia real, y la miraba como si fuese una telaraña que la envolviera y ella sintiese deseo de desgarrar. Se decía, con ira: "He aquí que, en estos tiempos tan grandes para nuestro país, se enseña a las mujeres, exactamente lo mismo que si vivieran en alguna población provinciana de América." La impaciencia, pues, se había convertido para ella en cosa continua.

Una mañana, al llegar a la clase temprano, halló a Pansiao inclinada sobre un libro. La muchacha, murmurando para sí, tenía contraído el rostro en la tensión del estudio.

—¿Qué estudias, niña? —preguntó Mayli con indiferencia—.

No había aprendido aún a discernir bien los rostros, y juzgó que aquélla debía de ser una de las alumnas más jóvenes.

Pansiao, adrede, había ido temprano a clase. Si llegaba pronto era la primera en ver a la adorada profesora que le enseñaba el misterio de los números. Pero no osaba esperar la fortuna de hallarse sola con ella. Mirando sobre ella aquella faz hermosa, y oyendo la pregunta, Pansiao no acertó a contestar. Se limitó a enseñar el libro en que la directora le hacía aprender inglés.

—¡*El viaje de Paul Revere!* —exclamó Mayli con desdén—. Parece mentira... Pues sí: ¡eso es! ¿Y tienes que aprenderte esto de memoria?

Pansiao asintió.

—Es muy difícil...

Y quedó confusa viendo que su querida maestra arrojaba el tomo al suelo.

—¡Qué locura! ¡Qué necedad! —gritó Mayli—. ¡Libros ñoños mientras nuestros guerrilleros luchan como héroes!

Sin entender las fieras exclamaciones inglesas de su profesora, Pansiao se inclinó a recoger el libro. Pero Mayli se lo impidió, pisoteando el tomo con sus pies no en exceso pequeños. Al fin, alzándolo, salió con él del cuarto, a grandes zancadas.

"La he enfadado —pensó Pansiao, temblorosa, sintiendo el corazón encogido y los ojos a punto de llorar—. La he enfadado, y es la cosa que lamento más que nada...", acabó disgustadísima de su ignorancia.

Mayli irrumpió en la oficina de la directora, sin ocuparse de que ésta leía entonces su pasaje matinal de la Biblia. La joven puso encima de la Biblia el volumen que quitara a Pansiao. El suelo de las cuevas estaba húmedo y la huella del pie de Mayli

se advertía aún sobre la cubierta. La señorita Freem, echándose hacia atrás, miró a la joven. En un mes había discutido diez veces con ella. Ambas eran francas y sostenían con vigor opuestos puntos de vista sobre todas las cosas.

—Mire —dijo Mayli, sin el menor respeto para la autoridad de la otra—. He encontrado a una alumna aprendiéndose esto de memoria.

Afirmándose los lentes, la señorita Freem examinó el libro.

—Es la lección de inglés correspondiente a hoy —contestó—. Llevan ya quince días aprendiéndola y hoy la concluirán.

—¿Y por qué se les dan lecciones tan estúpidas? —preguntó Mayli—. En estos tiempos, con una guerra infinitamente mayor que nunca se haya visto, peleando como estamos por la libertad, ¿de qué sirve a una joven china aprender de memoria *El viaje de Paul Revere*?

La señorita Freem se sintió sorprendida y algo amedrentada. Había veces en que dudaba de que aquella mujer tuviera los sentidos cabales.

—Está en el programa —dijo con firmeza—.

Mayli rompió a reír. Luego pensó que debía mostrarse sensata.

—Señorita —empezó—, ¿cree usted que necesitamos programas de escuela graduada americana en estos momentos? ¡Piense dónde estamos, señorita Freem! Dos mil millas dentro de China y en cuevas para escondernos de los invasores. Tenemos un puñado de muchachas chinas a las que educamos aquí no sé para qué, pero desde luego no para esto.

Rasgó el libro en pedazos y lo arrojó a la papelera.

La señorita Freem no se movió. Su padre le había enseñado desde la niñez a no perder la calma, diciéndole: "Anda con ojo, Elena, porque si te encolerizas con facilidad algún día matarás a alguien. Procura que Dios te libre de pecado."

Desde entonces la señorita Freem había sentido siempre temor, porque le constaba que su padre decía la verdad. A diario, pues, pedía a Dios que la librara de encolerizarse. Por ello tenía siempre en la mesa la misma Biblia que su progenitor le diera. Si sentía que la ira acudía a su cerebro, la directora ponía la mano encima de la Biblia. Lo mismo hizo ahora, aferrándose a las páginas en busca de auxilio. Cuando le pareció estar en condiciones de hablar, dijo con voz ronca y reprimida:

—Soy la directora de esta escuela y yo decido lo que las alumnas deben estudiar.

"Soy una necia", pensó Mayli. Se sentó frente a la directora y acercó mucho a ella su rostro bello e impetuoso. No sabía que nada asustaba y repelía tanto a la señorita Freem como un rostro hermoso cual el de la joven.

—Sólo decía... —empezó—. No pretendo discutirle sus atribuciones. Pero nosotros estamos luchando por la independencia, como su país luchó a su tiempo por la suya. Debemos enseñar a las muchachas los poemas y las canciones chinas y no hacerles cantar siempre himnos. Debemos entonar nuestras canciones, nuestras

nuevas canciones.

Extendió su brazo, largo y fuerte, hacia la ventana, tras la que se veían escarpados montes.

—Comprenda el efecto que me hace venir en medio de esto y cantar..., ¿cantar qué? Cosas como *Ven a mi, Señor, o Desde los glaciales montes groenlandeses...* ¿No me entiende? —y rió—.

La directora se incorporó para apartarse de aquel rostro enérgico, hermoso en demasía, lleno además de pasión, que era lo que más espantaba a la señorita. Freem. Dijo con solemnidad:

—Yo miro este sitio como un refugio que nos ha dado Dios.

—No necesitamos refugios —exclamó Mayli—. Estamos en plena guerra.

Se levantó también. Callaron. Se había elevado entre ambas una barrera. Mayli salió del cuarto y la directora recogió de la papelera el rasgado libro. Los libros eran valiosos ahora y cabía arreglar aquél.

Mayli, furiosa, regresaba, con fuertes pisadas, a la clase. "No puedo quedarme aquí y no me quedaré", murmuraba.

Olvidando que había una muchacha en el aula, entró allí, airada y rezongando. Luego divisó a la alumna sentada exactamente donde la había dejado, con el rostro pálido y medrosos los ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mayli—.

—He hecho que se ofendiese usted —cuchicheó Pansiao, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Yo que hubiera muerto por no verla enfadarse conmigo!

Su adoración brillaba en ella como una luz, a través de sus lágrimas. Alargando una tímida mano, tocó el borde de la ropa de Mayli.

—¿Cómo te han dejado venir de tu casa, si eres una niña? —preguntó Mayli—

—Tengo casi dieciséis años, y eso no es ser una niña —respondió Pansiao—. He pasado tres años trabajando en el telar. Después vino el enemigo y mi padre me envió a este sitio.

Luego, con sencillez, narró a Mayli la historia de su familia de la aldea, sin omitir el caso de su cuñado Wu Lien, que se había pasado al enemigo y vivía en una rica mansión de la ciudad donde cometieron los invasores tantos males. Antes de que concluyese entraron otras muchachas y Mayli dijo:

—Quiero enterarme bien de eso, porque mi madre era de aquella ciudad. Esta noche ven a mi cuarto antes de acostarte, niña.

Pansiao, extática, asintió. Pasó el día como en medio de una niebla. Una o dos veces Mayli le sonrió. Entonces a Pansiao, sin que lo notase, se le cortaba la respiración y faltábale poco para desvanecerse.

"¿Es posible que esa niña haya sufrido tanto?", reflexionaba Mayli.

Todo el día recordó las palabras de Pansiao. Olvidó su pelea con la directora y le habló agradablemente. La directora pensó que Dios había oído sus plegarias y hecho cambiar a Mayli de pensamiento, y, amante como era de la paz, se congratuló. En cuanto Dios le señalase lo que convenía, pondríalo en práctica. "¡Dios, Señor! —rogó por la noche—. ¡Líbrame de esa muchacha!"

Mayli esperaba con interés a su visitante. Leía siempre cuantos periódicos podía, escuchaba por la noche la radio que había traído burlando las prohibiciones merced a su pasaporte diplomático, y aun así parecíale que Pansiao le había contado cosas de que ella no tenía idea.

Oyó una delicada tos en la puerta y dijo: "Pasa." Se abrió la puerta y Mayli, viendo a Pansiao, sonrió y la acogió con cordialidad.

—Siéntate aquí—le mandó acercando un escabel al fuego de carbón vegetal— Hace frío, voy a darte un caramelo que he traído de fuera y que reservaba para alguna ocasión. La ocasión es ésta.

Pansiao se halló sentada en un escabel tapizado, junto a un fuego tal como no viera nunca, y sintió en su mano un caramelo cuadrado, que parecía de azúcar moreno.

—Es bueno —dijo Mayli—. Se hace con el jugo de un árbol extranjero.

Pansiao lo probó, lamiéndolo con la punta de la lengua y Mayli rió.

—Tu lengua es como la de un gatito —dijo—.

Pansiao rió también. La voz de Mayli le sonaba como si viniese de muy lejos. Ofuscada de dicha, ebria de afecto, casi creía ver una aureola en torno a la cabeza de Mayli.

—Parece usted como Kwan-yin —murmuró—.

—¿Yo? No me conoces —exclamó Mayli, abriendo mucho sus grandes ojos—. ¡Lo que se reiría mi padre si te oyera ¿No sabes que tengo muy mal carácter, niña?

—No puedo creerlo —susurró Pansiao—.

Había olvidado el caramelo que tenía en la mano y miraba la hermosa cara de su profesora, enrojecida a la claridad del fuego.

Débilmente, sintiéndose fortalecida por su cariño, murmuró:

—Le suplico..., le suplico que se case con mi hermano.

De cuantas cosas pudiera esperar Mayli oír a la niña, aquélla era la última. Miró, boquiabierta, a Pansiao.

—¿Es posible que sea verdad lo que he entendido? —preguntó—.

Pansiao, soltando el caramelo, cayó de rodillas.

—Con mi tercer hermano —dijo—. Es capitán de guerrilleros. Anda buscando una mujer como usted. Mi padre me ha escrito mandándome que le busque una mujer que le convenga porque en donde está el enemigo no las hay. Pero tampoco encontré

ninguna aquí, porque ninguna es propia para mi hermano..., no siendo usted.

Y, temblorosa ante su propio atrevimiento, sacó del pecho la carta de Jade, que había traído en la esperanza de que las palabras escritas conseguirían lo que las habladas no.

Todavía incrédula, Mayli leyó la carta, mientras Pansiao, levantándose y sacudiéndose el polvo de las rodillas, se aplicaba a su caramelo y miraba a Mayli. En la boca roja y carnosa y en las rectas pestañas negras de la profesora se leyó primero risa, luego sorpresa, más tarde seriedad.

Alzó aquellas pestañas después de concluir la lectura. Plegó la carta y la devolvió, en silencio, a Pansiao.

"¿Es posible que esto suceda? —pensaba—. ¿Sería creíble si no lo hubiera visto? ¿Y qué contestaré a la niña?"

Pansiao, dejando de chupar el caramelo, esperó.

—Es una buena carta —dijo Mayli—, clara de escritura y sencilla de estilo. ¿Escribe lo mismo tu hermano?

—No sabe leer ni escribir.

—Pues ya comprenderás lo difícil que es que yo me case con un hombre que no sabe leer ni escribir, niña.

—Es muy listo —alegó Pansiao—, y no ha aprendido porque no creía que sirviera para nada. En nuestra aldea nadie sabe leer ni escribir, no siendo un primo nuestro, que es un tonto.

Miró con ansiedad el rostro de Mayli.

—Si usted quisiera, él aprendería. Y si usted le enseñara aprendería muy rápidamente.

—¿Cómo voy a casarme con un hombre al que no conozco? —opuso suavemente Mayli—.

—¿Acaso alguna mujer conoce al hombre con quien se casa? —dijo, pasmada, Pansiao—.

"Este mundo es muy distinto —pensó Mayli—, y, sin embargo, es el mío. De vivir yo siempre en él, habría contestado igual."

—Háblame de tu hermano —ordenó en voz alta—.

Lo que la niña le decía era absurdo y risible, pero al cabo éste era su mundo y su país.

Pansiao le contó cuanto recordaba de su tercer hermano desde la niñez y, honradamente, habló también de su mal carácter y sus crueldades. Mayli rió. Luego Pansiao contó las hazañas de su hermano y Mayli atendió con gravedad. Tanto tiempo pasó antes de que Pansiao concluyera, que los rojos carbones se habían troncado ya en blandas y grises cenizas y la mitad de la noche había pasado sin que

las dos jóvenes lo notaran. Estaban muy lejos de allí, viviendo cada una a su modo su propia vida y viendo a un mozo antojadizo y fuerte, ignorante, pero sumamente poderoso.

—Así es mi hermano —dijo Pansiao, al fin—.

—Lo has descrito muy bien —contesto Mayli—.

Advirtiendo que Pansiao la miraba esperando respuesta, movió la cabeza.

—Querida niña —dijo—, todo esto me parece muy extraño y como sacado de un libro. Ahora vete a acostarte. Pudiera verte la señorita Freem y se indignaría mucho si supiera que habías estado aquí.

Rozó la mejilla de la muchacha, la condujo a la puerta y vio que Pansiao seguía pidiéndole con los ojos lo que le habían prohibido decir con palabras.

—Buenas noches —se despidió Mayli—. Hoy soñaré muchas cosas.

Cuando Pansiao salió, todo pareció cambiado para Mayli. Hasta entonces aquel cuarto había sido como una parte del país de donde venía. Tenía aspecto extranjero, con un cojín aquí, una fotografía allá, un cuadrado sin marco acullá. Pero ahora dejaba de ser su cuarto para convertirse en una gruta monstruosa del país no ocupado. Cual potente sombra y fuerte fantasma, estaba allí un joven capitán guerrillero y ella no podía alejarlo. Se sentó junto a las cenizas de la lumbre y pensó en él y en todo lo que la rodeaba.

"Es lastimoso —se dijo— que un hombre así no tenga esperanza alguna de llegar a nada. ¿Sería más valiente si supiera leer? ¿Más audaz contra el enemigo?"

Recordando lo de la mañana rió y se dijo: "Quizá Paul Revere fuera también un hombre ignorante."

Se levantó, pareció sacudirse el encanto de aquel hombre al que no había visto nunca.

"¡Fuera romanticismos!", pensó.

Así decidida, fue a la ventana, la abrió y pasó largo rato ante ella. La luna, muy alta, derramaba luz sobre los estériles picos que, grises y torvos, sin un árbol, proyectaban unos sobre otros sus sombras negras. Era un paisaje incomparable en su grandeza, pero exigía mucho ánimo mirarlo sin sentir pavor. Mayli no temía. Contempló los montes, inmóvil, cerca de una hora.

"No pensemos tonterías", se dijo, yéndose al lecho.

CAPÍTULO DIECISIETE

Durante varios días procuró eludir a Pansiao. Si hallaba sobre sí la mirada atenta de la joven, le sonreía y volvía la cabeza. Aquellos ojos ansiosos pedían un imposible.

Y, sin embargo, había fuerzas actuando en pro de tal imposible. Una de ellas era el agreste poder de las montañas, que Mayli sentía obrar progresivamente sobre ella, exhortándola a abandonar la fácil rutina de los días.

"Jamás imaginé verme hecha maestra de escuela y cantando himnos", meditaba con ira.

Pero ¿qué había aspirado ser? Se lo preguntaba sin cesar. ¿Qué podía hacer una mujer sola? Su mente trabajaba. ¿Y si llamase al piloto que había traído y le dijera que la llevase..., a cualquier otro sitio?

Mas ¿adónde? La familia de su madre estaba dispersa y la ciudad en manos del enemigo. Nada podía hacer ella sola. Debía unirse a alguien. ¿A quién? Quizá a un ejército... En el Noroeste había ejércitos donde luchaban mujeres al lado de los hombres. Pero su orgullo le impedía pelear como una de tantas. Necesitaba un puesto de poder o donde cupiese crear poder. Pensó en cierta mujer, conocida de todo el mundo, una mujer de su raza, educada en el extranjero como ella... Aquella mujer, bella, rica y voluntariosa, se había casado con un señor de la guerra, tal como Mayli imaginaba al hermano de Pansiao. Y la mujer había modelado al hombre fuerte e ignorante, convirtiéndolo en un gobernante afamado en toda la tierra. ¿No podía Mayli hacer lo mismo?

"Tendré que decir algo —pensaba la directora, día tras día, contemplando a Mayli a través de sus lentes—. Esa moza tiene la traza de estar convirtiéndose en una fiera. ¡Dame un modo de librarme de ella, Señor!"

Sola en su cuarto por la noche, Mayli hizo funcionar la radio. Todas las madrugadas, de dos a tres, sonaba la voz que hablaba en el corazón del país, refiriéndose a victorias y a pérdidas animosamente soportadas. En aquellos días, que eran como una jaula para la joven, ella sólo vivía de aguardar la noche. Luego de oír la voz, retornaba a las montañas, abría la ventana por frío que hiciese, y miraba las cumbres que operaban sobre ella

"Tengo que marcharme de aquí, se decía.

Fue la directora misma quien la libertó.

—Dios me dio fuerzas para ello —decía la señorita Freem a las otras profesoras cuando la cosa quedó concluida—. Llevaba semanas orando a Dios para que me librase de esa carga. Pero no veía modo de hacerlo. Al fin un día oí a esa mujer con mis propios oídos. Estaba instigando a mis queridas niñas, confiadas a mi custodia y

cuidado, a que huyesen. Entré en su clase, donde creía que se hallaba explicando Historia americana, y la oí decir "Es vergonzoso estar en estas cuevas estudiando lo que han hecho otras naciones. Debemos irnos todas y pelear en nuestra guerra. Si yo me voy, ¿quiénes de vosotras me acompañarán?" Entonces, Dios me dio fuerzas. Abrí la puerta y dije: "Señorita Wei, doy por anulado su contrato."

Las dóciles maestras murmuraron, horrorizadas. Casi todas eran antiguas discípulas de la señorita Freem y comprendían sus sentimientos.

Mayli, enterada después de que la señorita Freem se había considerado ayudada por Dios, rió y dijo: "¿A que no sabe ella para qué la usó Dios? ¡Para darme libertad!"

Despectivamente, pidió a la directora todo su salario y por un mensajero de las montañas envió un telegrama a la ciudad más cercana. El telegrama llamaba al piloto del avión. Y Mayli partió sin despedirse de Pansiao siquiera.

Cuando Pansiao supo que su diosa había partido, lloró larga y secretamente. ¿Dónde estaría la diosa? ¿La habría alejado ella misma con su insistencia en que se casase con un ser humano como su hermano Lao San? ¡Quien sabía! Y las dudas de la jovencita quedaron sin respuesta.

Mayli se acomodó en el angosto y pequeño asiento del avión.

—Volvamos a la costa —dijo al piloto—.

Le había encontrado un pueblecito a pie de la sierra. Él esperaba ya cuando la silla en que viajaba la joven se detuvo ante la puerta de la posada.

El piloto se había adelantado sonriente, alto temeroso, la gorra en la cabeza, más estropeado su uniforme azul de lo que estuviera la vez anterior. No le había sorprendido, días atrás, recibir aviso de que fuese. Nunca creyó que semejante mujer pasara largo tiempo en las montañas.

—De aquí a media hora estaré lista —anunció ella por todo saludo—.

Entró en la posada, dijo al posadero que aquél era el alojamiento más sucio de los dos hemisferios, comió un cuevo de habichuelas, salió envuelta en su abrigo de piel y subió al aeroplano. Se volvió en el asiento a mirar por última vez las montañas mientras el aparato ascendía. Luego dirigió la cara hacia el lado del mar y acordó lo que haría. Sin decir sus propósitos a Pansiao, se había informado de todo lo concerniente a la casa y padres de la niña, no contestando más que con risas a sus tímidas preguntas. A cualquier otro, Mayli le hubiera dicho que era necedad incluso el pensar en un hombre ignorante y a quien no conocía. Empero, lo que le dijera Pansiao influía en sus pensamientos y su imaginación. Con el mundo ante ella, libre como una nube, con tal independencia como no gozara nunca, Mayli reflexionaba. El piloto que iba a su lado no era nada para ella, sino mera parte del avión. No le habló una sola vez. Si él la miraba, veía el rostro de su pasajera alzado al cielo, inmóvil.

En aquella libertad que tenía, la mente de Mayli iba fraguando un plan. Vería si aquel hermano era tan hermoso como Pansiao había dicho. Con femenil astucia,

Pansiao había insistido una vez y otra en la hermosura del joven. "Es mucho más alto que usted —afirmaba—, y tiene los ojos alargados, las pupilas tan negras y las órbitas tan blancas que parece un dios." Tales habían sido verdaderamente las palabras de la mocita.

Mayli era una de esas mujeres que nunca encuentran un hombre al que juzguen igual suyo. Despreciaba a los hombres, pero era apasionada y desde los trece años venía pensando en hallar un varón que no le inspirara mofa, como se la inspiraban todos, y ahora el analfabetismo de aquel mozo empezaba incluso a darle más mérito ante ella. Si tales cosas hacía sin instrucción, ¿qué no haría si la tuviese? Le imaginaba como una especie de dragón, como una propiedad suya, más fuerte que ella, y, sin embargo, indómito e indomeñable, y no obstante modelado por ella en cierto modo. Sería grato ejercer poder sobre un macho rudo y poderoso, tal como no se hallaban en los palacios, las ciudades y los centros del gobierno, donde se reúnen siempre hombres suaves.

Durante todo el día, mientras volaban altos en el aire, Mayli planeó los medios de aproximarse a aquel hombre y saber si era como los que soñaba y no hallaba nunca.

La cosa no parecía difícil, antes sencilla y clara si ella se lo proponía. Pansiao le había dicho que su cuñado trabajaba para el enemigo y se llamaba Wu Lien. Desde la costa, Mayli escribiría al jefe testafarro nombrado por el enemigo, pidiéndole autorización y salvoconducto para visitar la tumba de la madre de la joven. El testafarro era antiguo amigo de su padre y ella le había conocido cuando el país era libre y sin testafarros. Aquel hombre, siempre un rebelde, y no por fuerza sino por debilidad, ya que nunca estaba contento con lo que recibía, había tenido diferencias con el Gobierno anterior y sido enviado al destierro, si bien a un destierro no carente de ciertos honores, porque la riqueza e influencia de su familia le valían de mucho. Mayli le había visto a veces en casa de su padre, pues el exiliado siempre andaba con quejas secretas de lo que pasaba en China, y nunca dejaba de intrigar en el extranjero cerca de cuantos creía poderosos. El padre de Mayli no le acogía mal, porque ambos habían nacido en la misma ciudad y sido compañeros de colegio. Al vencer el enemigo, ¿qué mejor testafarro podía elegir que aquel descontento perpetuo?

Pero él seguramente estaba deseoso de poder justificar su actitud ante sus amigos, y si Mayli le escribía pidiéndole salvaguardia para visitar la tumba de su madre, él accedería y aun la instaría a alojarse en su hogar, y para hacer ver a los enemigos que tenía buenos conocimientos y que la hija de un hombre respetado iba a ponerse bajo su protección. No ignoraba Mayli lo mucho que se enojaría su padre, mas ¿no estaba acostumbrada a hacer lo que quería, le gustase a él o no?

El plan se tornaba cada vez más claro. Una vez en casa del testafarro, ella encontraría con facilidad a Wu Lien e iría al campo a visitar la tumba de su madre. Sabía por Pansiao cuál era y dónde estaba la aldea de Ling Tan. Vería aquella casa y

acaso al hermano de la niña. Todo era sencillo y todo se haría sin decirlo a nadie. De hallar un hombre como Pansiao le prometiera, ¿quién sabía lo que pudiera ocurrir? Y si el hombre no valía nada, todo quedaba descartado y aquélla había sido una aventura y una satisfacción. Por su parte, Mayli no asumía compromiso alguno.

Pasaron la noche en una pequeña ciudad cercana a la línea divisoria de las dos zonas, durmiendo en una posada sucia como todas y rica en chinches Mayli se enojó por ello y se lo dijo al posadero a la siguiente mañana. El hombre sonrió, pero la posadera, menos amable, maldijo a la alta moza de traza extranjera, y la interpeló:

—No lo siento por usted, sino por las chinches. Si le han picado y bebido su negra sangre, de fijo que se envenenan. ¿Ha oído usted hablar de que haya personas honradas que no tengan chinches y piojos? Cuando esos animalitos salen de una casa, se va la suerte con ellos.

—Es usted una necia ignorante —repuso Mayli—, y donde haya mujeres como usted hace bien en ir el enemigo. ¿De qué le sirve a nuestro país tener estantiguas como usted?

Al fin el piloto la convenció de irse, mientras el posadero tapaba la boca de su esposa, y de este modo los dos hombres separaron a las dos enfurecidas mujeres. El piloto se apresuró aquel día cuanto pudo para desembarazarse pronto de su pasajera, dejándola en la costa.

Mayli, como se propusiera, telegrafió al testafarro. Según esperaba, llegó respuesta a las pocas horas. El testafarro decía que había reservado a Mayli asiento especial en el tren y que enviaría su propio coche a buscarla. Le otorgaba desde luego su protección. Firmaba francamente como jefe supremo del país. Ella sonrió recordando el rostro fofo de aquel hombre.

Pasaron dos días sin que Mayli pareciese, en donde estaba, otra cosa que una joven apuesta y orgullosa, abundante de dinero. Iba y venía sola, compraba ropas y perlas y, si veía algo desagradable en aquella ciudad costera, no decía nada a los extranjeros con quienes hablaba. Había ruinas en muchos sitios, se veían muchos menesterosos y gentes sin hogar, y estos infelices no sólo eran chinos, sino de otros países también. Se hallaban caras de blancos, hambrientos, de desesperados y exiliados judíos que iban a buscar cobijo en aquel triste lugar. Medio mundo estaba arruinado y sin casa. Pero esta grande y rica ciudad había pertenecido a China y no tenía por qué haber sido ocupada. Sola, sin conocer a nadie y negándose a corresponder a las miradas amistosas de quienes parecían deseosos de saber quién era, Mayli meditaba en lo que veía, sintiendo crecer la rabia de su corazón contra el enemigo.

—Me siento muy solo —dijo el testafarro—.

Y Mayli se preguntó si se inclinaría más hacia ella y quizá hasta le tocaría la mano. Desde que él la viera la última vez, Mayli se había convertido en una mujer.

Con una mirada hizo comprender al hombre que debía prescindir de familiaridades. Él se recostó en su asiento y depositó la taza en la mano.

—Naturalmente que está solo —respondió ella con cama—. Lo que ha hecho le ha aislado.

Hablaban en inglés, que los dos conocían igualmente bien.

La faz floja y no fea del hombre buscó la aprobación de Mayli.

—Pero usted me comprende, ¿verdad? No soy un traidor, sino un realista. Si reconocemos la verdad de que el enemigo ha ocupado la mitad de nuestro país veremos que la sola esperanza para el futuro está en colaborar con los vencedores. Además, obro de un modo típicamente chino. A lo largo de toda la historia hemos aparentado ceder, mas al cabo nuestros vencedores han perecido y hemos gobernado nosotros.

—Entonces éramos más fuertes que nuestros vencedores —dijo ella—. ¿Lo somos ahora?

Y no agregó que, cuando había comido con los altos jefes enemigos, había quedado horrorizada por la expresión de sombría y concertada fuerza de sus rostros, expresión harto distinta de la blanca y conciliadora del testafarro.

Éste no contestó. Alguien había entrado en el cuarto y el testafarro se volvió con súbito enojo, porque había ordenado que nadie le interrumpiera mientras departía con su invitada. Pero viendo quién entraba se calmó.

—¡Hola, Wu Lien! —Y dijo a Mayli—: Es mi secretario, un hombre muy fiel y que me comprende.

Todo se facilitaba —pensó Mayli—, puesto que aquel cuñado de Pansiao ocupaba tal cargo entre los enemigos.

Wu Lien se inclinó, sin mirar a la cara de la hermosa joven. Su padre, acostumbrado a vender géneros a las damas ricas, le había enseñado a tratarlas cortésmente. Luego expuso a su jefe:

—Señor, siento molestarle, pero hay malas noticias.

El testafarro salió y Mayli quedó sola. No tardó el hombre en volver, conturbada la faz.

—Excúseme —dijo—, pero ha ocurrido una cosa tremenda. Ha bajado de la sierra una partida de guerrilleros y ha exterminado a la guarnición que había al pie de los montes. No ha quedado ni un soldado.

—¿Y tiene usted que disculparse por ello?

—Es natural. Y sabe que yo no tengo la culpa del salvajismo de mis compatriotas, pero pago las consecuencias.

Se volvió a Wu Lien, que le seguía, y mandó, deseoso de librarse de su invitada:

—Lleve a esta señorita al dormitorio de respeto.

Wu Lien, inclinándose, esperó que Mayli le siguiera.

—Buenas noches —dijo el testaferro a Mayli—. Mañana procuraremos ofrecerle alguna diversión.

Ya sola, Mayli preguntó a Wu Lien:

—¿Me será posible pasear por la ciudad mañana?

—Con escolta, sí.

—¿Y por los alrededores?

—Con escolta, sí—repitió Wu Lien—.

—¿Son necesarios soldados? —dijo ella—.

La faz de Wu aparecía inexpresiva como una piedra. Mayli añadió:

—Comprenda que me es duro que me acompañen soldados enemigos. En esta ciudad nacimos mi madre y yo.

La faz de él seguía inmutable. Mayli insistió:

—Quisiera visitar la tumba de mi madre.

Sin duda el hombre comprendería que ello era cosa necesaria. Wu Lien asintió:

—Procuraré acompañarla yo mismo —dijo— y dejaremos a la escolta a distancia.

Mayli no había mentado. Sabía que su madre estaba enterrada en el lugar reservado a las de su religión, aunque ignoraba dónde. Sin embargo, si oía mencionar la aldea en la que el cementerio musulmán se encontraba, era probable que ella recordase el nombre.

—¿Cómo puedo agradecerle...? —empezó—.

Se separaron, porque estaban a la puerta del aposento de Mayli. Eran estancias ricas y cómodas y a ella le agradaron, aunque fuesen del enemigo. Durmió bien.

Cuando una tiene un plan, ¿no es fácil seguirlo? Mayli salió de su alcoba al siguiente día, y su anfitrión, haciéndose cargo del deseo de la joven respecto a visitar la tumba materna, llamó a Wu Lien para ver de averiguar el lugar de entierro de los musulmanes. Wu Lien repuso:

—Llamemos a mi mujer, que conoce los contornos, en los cuales aún vive su familia. Ella sabe mejor que yo los nombres de las aldeas.

Entró la esposa de Wu Lien y en el acto Mayli la reconoció como hermana de Pansiao, porque ambas se parecían, aunque el rostro de la mayor era más estúpido y menos lindo que el de la jovencita. La mujer de Wu Lien meditó un rato y dijo:

—Ese cementerio debe de estar a occidente de la aldea de mi padre, porque por esa parte no hay otro lugar donde se sepulte a los musulmanes.

Se volvió a su marido, añadiendo:

—¿Por qué no te acompañe con los niños? Así, mientras tu vas con esa mujer, yo podré ir a ver a mis padres.

Con esta sencillez se hicieron las cosas, por designio del cielo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Aquel día, Ling Tan, sentado en el banco de junto a la puerta, recomponía el yugo del búfalo. El animal, a la sazón, habíase convertido poco menos que en el hijo de Ling Tan, por las muchas veces que el viejo lo había salvado. Con frecuencia, el búfalo había sido destinado por el enemigo a matadero, pero siempre Ling Tan lo evitaba señalando la mucha flacura de la bestia, los huesos que le sobresalían de la piel y las heridas de sus lomos. En secreto, Ling Tan ponía cal en las mataduras para que no se cerrasen, y a hacerlo pedía perdón al búfalo, diciendo junto a su peluda oreja: "Es para salvarte la vida." Y el alma gemía, pero no se rebelaba.

Aquella mañana, mientras Ling Tan araba, se le rompió el yugo y por eso lo estaba componiendo. Se sentía rendido, a causa de lo poco que había dormido por la noche. Seis o siete días antes había llegado el hijo mayor con noticias de que se iba a atacar y destruir la guarnición puesta por el enemigo en el poblado próximo, al pie de las montañas. Tres veces se había atacado el lugar; y cada vez el enemigo reforzaba la guarnición, por lo que el éxito ahora era problemático.

Los guerrilleros habían vencido y en aquel momento los hijos de Ling Tan dormían en la casa, muy fatigados. El menor tenía en el brazo una ligera herida que le obligaba a llevarlo en cabestrillo.

Ling Tan, a pesar de su aspecto de pacífico labrador, estaba desazonado y miraba con atención a cuantos se acercaban por el camino. Temía que sus hijos fuesen descubiertos, tanto más cuanto que el testarudo hijo menor descansaba en una de las habitaciones de la casa, no en la cueva, donde se quejaba de falta de aire. Si alguien llegaba, el joven podía ser visto mientras se dirigía a la cocina para ganar la entrada secreta. Mas las palabras de su padre no tenían ahora efecto alguno sobre Lao San.

"¿Qué haré con él si esta guerra concluye alguna vez? —se preguntaba Ling Tan, frunciendo el ceño mientras trabajaba—. ¿De qué puede valer mi hijo menor en casa en tiempos de paz, cuando no haya necesidad de semejantes héroes?" Y no acertaba con la respuesta.

En aquel momento, vio, examinando el camino, a Wu Lien y su mujer, que llegaban con sus hijos. Al divisar a Ling Tan se apearon del coche de caballos en que venían y empezaron a acercarse a pie. Wu Lien ocupaba tal posición ya, que no temía a sus escoltadores, a los que mandó esperarle en el coche. Cuando la familia se aproximó a Ling Tan vio que venía con ellos una joven desconocida, alta y de aspecto tan extranjero que el viejo la tomó por una mujer enemiga. No se sintió nada complacido.

Sin levantarse ni suspender su trabajo, preguntó:

—¿Habéis venido?

—Sí—dijo Wu Lien—, y esperamos que todos estéis bien.

—Lo bien que se puede estar en estos tiempos —gruño Ling Tan, que por un lado no quería mostrarse amistoso con Wu Lien y por otro comprendía la locura de acreditarle hostilidad.

—Aquí estamos nosotros y los niños, padre —habló la hija—. Esta es una mujer que está de visita con nuestros superiores y que quiere ver la tumba de su madre en el cementerio mahometano.

Ling Tan, comprendiendo que no se trataba de una mujer enemiga, se levantó y dijo a Mayli:

—Creí que era usted enemiga, por su apariencia de extranjera, pero si es usted musulmana, ya comprendo su aspecto.

Ella, sonriendo, respondió, cortés:

—Siento molestar.

—Ninguna molestia —repuso él, aunque le preocupaba que sus hijos estuviesen ocultos en la casa. Y reflexionó que entraba muy en el carácter de Wu Lien el presentarse aquel día precisamente. ¿No estaría informado de algo?

Ling Tan meditó en el modo de entrar rápidamente en la casa y advertir a sus hijos. Y lo hubiera hecho, pero había una desconocida, y ¿cómo proceder sin cortesía? Porque obvio era que aquella mujer pertenecía a una clase de gran posición.

Mientras titubeaba y pensaba, se espantó viendo que su hijo tercero salía de la puerta, soltándose los calzones, como todo hombre limpio que no quiere hacer aguas dentro de su casa.

—¡Refrénate! —gritó Ling Tan—. Hay una mujer extranjera aquí.

El hijo estaba fuera ya y su aspecto de vergüenza fue tal y el desconcierto de Ling Tan tan grande, que Mayli rió como ninguna mujer menos libre que ella hubiera osado hacerlo. De manera que cuando el hijo menor de Ling Tan puso los ojos por primera vez en la joven, ella estaba riendo y el sol la iluminaba, haciendo brillar su negro cabello, sus mejillas sonrosadas, sus labios rojos, sus blancos dientes y toda su cabeza, echada hacia atrás en su risa. Lao San se sintió herido como si una espada le hubiese cruzado el corazón. ¡Y qué avergonzado se sentía! Bajó la cabeza, puso gesto de niño enfadado y penetró de nuevo en la casa.

—¿No es ése mi hermano menor? —preguntó la esposa de Wu Lien—.

Y entonces Ling Tan hizo lo que nunca hubiera creído hacer. Cayó de rodillas ante Wu Lien y humilló su frente en el polvo. Y fue así porque conoció que todos tenían sus vidas en manos de su yerno, y Wu Lien comprendió aquella actitud. Se apresuró a levantar a Ling Tan y, mirando a su mujer, dijo:

—Yo no veo a nadie.

Con esto Ling Tan entendió que Wu Lien no les delataría, y en el acto sus sentimientos hacia él se mudaron, y manifestó:

—Jamás volveré a juzgar a nadie. Que juzguen los cielos.

Osó, pues, invitar a los visitantes a entrar en la casa y mandó a su mujer que preparara té.

Mayli vio reunida aquella familia de que Pansiao le hablara y pudo distinguir a cada uno de ellos. Les miraba y escuchaba, sonriente y silenciosa, simpatizando con todos y más que con nadie con Jade, porque ésta no era tímida.

Jade estaba embarazada otra vez. Ninguno de los dos escondidos salió.

Pero Ling Tan, cerrando la puerta, dijo a su hijo segundo:

—Manda a tus hermanos que vengan. Aquí no hay más que amigos.

Salió el hijo mayor, y Mayli vio que era hombre apocado, quieto y feo de rostro. Pero el hijo menor no quiso aparecer. Estaba encerrado en el cuarto donde había dormido y se maldecía por haber sido lo bastante necio y zafio para salir como cualquier hombre vulgar que despierta sintiendo una necesidad urgente. Solía considerarse superior a todos los que conocía y he aquí que aquella mujer le había afrentado riéndose de él. Sentado en su lecho arrugaba las cejas y se mordía los encarnados labios. Cuando su segundo hermano le llamó, Lao San asió la almohada de madera del lecho y se la tiró a la cabeza. El otro se salvó agachándose. Volvió y dijo a su padre, riendo:

—Mi hermano menor se niega a salir.

—¿Cómo que se niega? —exclamó la madre—. ¿De manera que no he tenido a mis hijos juntos hace meses y meses y ahora no quiere aparecer?

Saltó de su asiento, fue en busca de su hijo, lo cogió por una oreja y lo sacó. Él protestaba y se debatía, pero como siempre, obedecía a su madre más que a su padre. No obstante, se cogió con la mano al quicio de la puerta.

—¡Suéltame! —dijo—. No soy un niño.

—¡Anda, cabezota! —rió ella—.

Lao San ya estaba en el patio y por decoro de su sangre no pudo dejar de mirar a Mayli, que le miró a su vez.

"Nunca he visto mujer como ésta", pensó él.

"Es igual que como Pansiao lo describió", pensó ella.

—Debo irme ya —dijo Mayli a Wu Lien—.

Wu Lien se levantó. Mayli y Lao San dejaron de mirarse.

—Espérame aquí, madre de mis hijos, y estáte preparada para cuando vuelva.

Ella se levantó. Mayli hizo lo mismo y con una sonrisa se despidió de todos. Los demás las vieron envolverse en su manto y, por cortesía, se pusieron en pie. Ling Tan y Ling Sao la acompañaron hasta la puerta.

Cuando Ling Tan volvió a su asiento, notó que su hijo menor deseaba hablarle. Lao San, en efecto, hizo un signo en dirección al cuarto interior y penetró en él. Ling Tan, le siguió, con su escudilla de té en la mano. Lao San se sentó en el lecho —pues era allí donde había dormido—, apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia su

padre. Ling Tan se acomodó en una banqueta.

—¿Qué quieres? —inquirió, viendo a su hijo tan encendido, ceñudo y acalorado—.

—Esa mujer —masculló Lao San—.

—¿Qué mujer?

—La del manto —repuso Lao San, señalando con la mano la puerta.

—¿Qué hay de esa mujer? —preguntó Ling Tan, seguro de que su hijo diría que era una espía y no debía haber sido dejada entrar—.

También Ling Tan pensaba esto, pero la bondad de su yerno le había hecho olvidar toda prudencia.

—Quiero que me cases con ella —dijo Lao San—.

Ling Tan era el más ahorrativo y económico de los hombres, y en su casa constituía motivo de desolación el que se rompiese el más pequeño plato. Mas al oír aquello, fue tal su sorpresa que abrió la mano y su buena escudilla de té, que heredara de su padre, se hizo mil pedazos en el suelo.

En su enojo, culpó a su hijo:

—¡Mira! —exclamó, inclinándose a recoger los fragmentos—.

Pero eran tan pequeños y tantos, que ni el mejor componedor hubiera podido pegarlos. Ling Tan gritó:

—¡Cabezota! —gritó—. ¡Calabaza!

Ling Sao acudió oyendo el ruido y se unió a los lamentos de su marido al ver rota la escudilla. Ling Tan gritó:

—¿Ves? ¡Este animal de hijo tuyo!

—¿Qué hay de mi hijo? —preguntó ella, pronta a dar la razón al hijo contra el padre, como siempre había hecho—.

Sólo cuando era una hija la delincuente podía esperar Ling Tan que su mujer se volviese contra ella.

—Él me ha hecho esto —dijo Ling Tan—.

—¿Y qué vale un cacharro? —repuso Ling Sao—.

—No se trata de un cacharro, sino de que este hijo tuyo aspira a coger el sol y la luna. Olvidando que es un hombre y un mozalbete, se imagina el creador del cielo y la tierra.

—Y tú eres un calabacín —replicó ella—. Hasta un pato graznando dice cosas más sensatas que tú. ¿De quiénes el hijo él si no lo es tuyo?

El hijo mayor y la hija entraron a aplacar a sus airados padres. La hija dijo:

—Puesto que sólo tú sabes el motivo de tu cólera, padre, callaremos hasta que nos lo expliques.

Esperaron a que se apaciguase y la hija le llevó té mientras el hijo mayor le

encendía la pipa. El menor permanecía sentado y mudo.

Al fin, Ling Tan se recobró y declaró, expulsando una bocanada de humo:

—Este bestia que es hijo mío y que siempre andaba hablando de no casarse, me ha dicho: "Quiero que me cases con ella."

Ling Sao, pasmada y jubilosa (porque hablar de casamiento era perfume para sus narices y alimento para su estómago, y sobre todo si se trataba de casar a su hijo menor), preguntó:

—¿Con quién?

—¡Con quién! —repitió Ling Tan—. ¡Con esa extranjera del manto!

Todos quedaron atónitos. Nadie habló. Lao San paseó la mirada de un rostro a otro y cuanto más los miraba más enojado se ponía. Se incorporó de un salto y alzó la cabeza.

—Ninguno de vosotros sabéis quién soy —dijo—. Para vosotros sigo siendo un niño. ¡Pues no lo soy! Madre, he olvidado que me has alimentado a tus pechos. Padre, yo no como tu pan. Y los demás, ¿que sois? No tengo hermanos, hermanas, ni parientes. ¡Juro no volver a esta casa!

Se dirigió a grandes pasos hacia la puerta, pero su madre le asió por el chaquetón, sujetándole con sus manos fuertes.

—¿Adónde vas y qué haces? —gritó—.

Él hizo un movimiento para desprenderse, mas tan fuerte era la mano de su madre que la prenda se rasgó y Lao San salió con el chaquetón rajado colgándole del hombro.

—¡Déjame, por lo menos, que te lo cosa! —exclamó Ling Sao—.

Él no se detuvo.

—Cuando me deis lo que he dicho, volveré —declaró, volviendo la cabeza al hablar—.

Cruzó la puerta y dando zancadas se alejó en pleno día, con todos los riesgos inherentes. Los demás de la familia, saliendo, le vieron alejarse velozmente hacia la sierra.

Ling Tan entró, hundió la cabeza entre las manos y dijo:

—¿Es posible que hayas llevado en el vientre una cosa así?

—¿Es posible que tú me hayas engendrado una cosa así? —replicó su mujer.

—No es hijo nuestro —murmuró él, agobiado—. Es hijo de los tiempos. ¿Qué haremos con él cuando estos tiempos pasen?

Quiso tranquilizarse exhalando grandes gemidos, pero no se calmaba, porque bien sabía él que su deber de padre era casar a su hijo, deber que tenía también con las generaciones anteriores y subsiguientes. Mas ¿cómo conseguir semejante casamiento? Mirase a donde mirase no veía modo de efectuar un enlace tal. ¿Cómo él, un labrador, y su hijo, hijo de labrador, podían hacer propuestas a una mujer así?

Ling Tan no tenía cara ni corazón para emprender cosa tan desaforada.

Ling Sao, en cambio, creía que sus hijos merecían cualquier mujer, y tras un rato de reflexión hizo signo a su hija de que fuera a la cocina, y allí le dijo:

—Estás enterada de todo y puedes echarnos una mano. Procura averiguar primero si esa mujer es casada, y si no lo es... Bien, un hombre es un hombre, y mucho tendrá ella que buscar para encontrar otro de la presencia de mi hijo.

—Es una mujer muy instruida —repuso la hija, dudosa—.

—¿De qué sirve la instrucción en la cama —preguntó Ling Sao—, ni para qué hace falta ahí escribir ni leer?

Su hija se ruborizó, porque la larga residencia en la ciudad la había hecho más delicada que su madre. Así es que no respondió con risas ni con palabras.

—Hablaré con el padre de mis hijos —declaró—.

Ling Sao, con gravedad, se inclinó hacia ella, cuchicheando:

—Arregla esto para tu hermano, hija, y olvidaré mis enojos contra tu marido y contra ti. Pase lo que pase el día de mañana, siempre diré que cumpliste tu deber con tus padres, si haces esto.

—Haré lo que pueda —replicó su hija, aún dudosa—.

Así quedó la cosa y Ling Sao explicó a su esposo lo que había hecho. Ling Tan movió la cabeza, muy abatido.

—Haced vosotros lo que podáis, porque esto rebasa la capacidad de un hombre. Yo sé, mujer, que tú, por casar, serías capaz de casar a un águila con una corneja, pero éstos dos son un tigre y un águila, y la una vuela por el cielo y el otro anda por la tierra.

—Deja esto en mis manos —repuso ella, tenaz—.

Él, suspirando, lo hizo así.

Lao San no había andado tan en derechura como fingía. Sabiendo que su familia saldría a verle alejarse, había tomado el camino de las montañas, pero cuando estuvo a distancia torció hacia el Oeste y se dirigió al cementerio mahometano. Ya cerca, se arrastró entre las altas hierbas sin ruido, al modo que los guerrilleros habían aprendido de los tigres de las montañas, y miró entre las marañas de vegetación. Divisó a la mujer a quien amaba tanto y tan de improviso. Ella, envuelta en su manto, con la cabeza inclinada, se hallaba junto a la tumba de su madre, pero no arrodillada, como advirtió el joven con gran placer.

"Es muy alta", pensó, satisfecho. Le agradaban la aquilina belleza del rostro de Mayli, la suavidad ambarina de su piel y aquellas largas manos que sostenían los pliegues del manto.

Permaneció mirándola. Ni una sola vez alzó ella la cabeza ni le vio. Y esto también satisfizo a Lao San. Su extrema juventud le hacía pensar "Prefiero que no me vea hasta que yo tenga mejor traza, y lleve mis ropas nuevas, la espada al cinto y los

cabellos cortados y ungidos."

Y allí estuvo, llenos de la mujer sus ojos y su ánimo, hasta que Mayli volvió con Wu Lien a casa de Ling Tan. El muchacho la contempló hasta perderla de vista y luego se alejó por entre las hierbas, hacia los montes.

Lao Er y Jade no asistieron a lo ocurrido porque cuando Wu Lien partió, Jade, tirando de la manga de su marido, le persuadió de que bajasen a la cueva. Allí le miró con la faz radiante de triunfo.

—¿Ves? —preguntó—.

—¿El qué? —inquirió él, tan ajeno a lo que Jade le indicaba como a la lluvia que cayera hacía cien años—.

—¡Si es ella!

—¿Qué ella?

—¡Oh, calabaza! —exclamó ella—. ¡Oh, barro que pisan mis pies! ¿Por qué el cielo hará que hasta los mejores sean unos tontos? Ella es la diosa, la diosa de tu hermano.

Lao Er quedó boquiabierto, y dijo:

—Esa mujer es muy elevada y no se dignará mirar a los que somos tan bajos. Y además, ¿qué relación tendrá con el enemigo?

—Sí —repuso Jade con gravedad—. No eres lo bobo que yo creía. Eso no se me había ocurrido.

Su mente femenil rastreó el campo de las posibilidades como un sabueso.

—No creo que se preocupe del enemigo. Además, a una mujer no le importa quién mande y gobierne si tiene a su lado al hombre que le gusta.

—Él no está a su lado, sino muy lejos de ella. ¿Y le parecerá bien esa mujer si sabe que vive con el enemigo? En eso los hombres no son como las mujeres.

—Y en eso te engañas tú. Los hombres piensan que las mujeres valen tan poco y ellos tanto, que se les da una higa lo que sus mujeres sean.

—¿Vamos a reñir tú y yo por todo eso de los hombres y las mujeres? —rió él—.

—No, pero es cosa importante —repuso ella, sin herir—.

—¿Es importante que no podamos ponernos de acuerdo sobre una mujer desconocida que se parece a la diosa de un templo?

Subieron de nuevo y él sostuvo con precaución la escalera mientras Jade ascendía, porque esperaban su segundo hijo de un momento a otro. Entretanto, Lao San se había ido, y así supieron que, mientras ellos discutían, arriba había ocurrido lo que ellos juzgaban irrealizable.

—¿Cómo casarlos? —preguntó Jade—.

Nadie podía contestar a eso.

Ya en el palacio del testafarro, Mayli se fue a sus habitaciones, se quitó el manto, lo dobló cuidadosamente, se lavó, se peinó, se sentó a una mesita y se contempló en

un espejo. Su recio corazón sentía una insólita ternura. Había visitado la tumba de su madre y su ánimo rebotaba cosas que no debía rebotar y que, sin embargo, allí estaban presentes. Mientras se hallaba aquella mañana ante la tumba de quien le había dado el ser, entre las hierbas estivales, Mayli había pensado en un rostro hermoso, lo bastante tenaz para no prometer en aquel hombre un buen marido, y a la par tan agradable que ella celebraba sentir lo que sentía.

En su corazón suavizado había impreso el semblante de un hombre joven. Fuese ignorante o no, era valiente, hermoso y lleno de energía. ¿No bastaban estas tres cosas? Nunca había visto ella tantas cualidades en un hombre. Pero ¿cómo podían Mayli convertirse en parte de aquella familia? La casa de Ling Tan era más extraña para ella que la de cualquier extranjero. Jamás había penetrado en su vida en otra semejante, y sin duda le sería imposible vivir en ella.

"Habríamos de irnos —pensaba—. Él tendría que renunciar a todo y consagrarse sólo a mí, y yo también renunciar a todo y consagrarme sólo a él. Entonces seríamos iguales y tendríamos nuestro mundo propio."

"Iremos a la tierra libre o adonde queramos —siguió diciéndose—. ¿Por qué no hemos de unir nuestras respectivas capacidades? Yo le enseñaré lo que sé y él me enseñará lo que sabe. ¡Estoy harta de los hombres suaves y cultos! ¡Y qué fuertes tiene las manos ese mozo! Estaba herido en un combate victorioso... "

Recordaba todos los detalles de su faz, su modo orgulloso de moverse. Sólo le disgustaba a Mayli la familia de que él procedía. Eran gentes demasiado humildes para aquel muchacho.

"Debe abandonarlos —se dijo—. Hombres así nacen por casualidad en familias bajas y no pertenecen a nadie."

Bajó a cenar. Su anfitrión la encontró muy silenciosa.

Él, por su parte, había tenido una muy dura mañana, porque los jefes enemigos le habían hablado con rudeza.

¿La he enojado? —preguntó a la joven—. Le ruego que no se enfade. Necesito consuelo. Me han mandado que aprese al jefe de los que destrozaron esa guarnición ayer. Pero ¿cómo voy a hacerlo?

—No podrá usted —dijo ella con calma, mientras veía dentro de sí la faz atrevida de Lao San—.

El cielo ejecuta sus fines por vías singulares. Mientras Ling Tan y su mujer no conciliaban el sueño; mientras Jade y Lao Er no veían modo de traer su diosa a la tierra; mientras Wu Lien, oyendo lo que le decía su mujer, movía la cabeza, tachándolo de irrealizable y afirmando que Lao San debía estar beodo cuando se le ocurrió aquello, y que sería prudente olvidarlo todo, Mayli, sola y no decidiendo nada por sí, sino impelida por la voluntad del cielo, resolvía volver a casa de Ling Tan.

Al segundo día, por la tarde, salió de la casa del testafarro, con su resolución habitual, y tan fríamente como si no hubiese en torno las ruinas causadas por el enemigo. Aunque no veía en los contornos nada que pudiera amedrentar a una joven, alquiló uno de los coches de caballos que todavía quedaban (y que eran pocos, porque los animales de tiro habían sido llevados al matadero), y dijo al conductor adónde quería ir.

Aquel día Jade no trabajaba, dado que estaba ya muy torpe para poder moverse con facilidad. Asombrábale el tamaño que debía tener el hijo que llevaba en el vientre. Se hallaba en el patio, teniendo en brazos a su primer hijo, de dos años entonces, cuando oyó una fuerte llamada en la puerta. Escuchó y se repitió el ruido. No era el que producían los enemigos cuando golpeaban con las culatas. Ling Sao estaba en el campo con Ling Tan, y Lao Er se había ido a averiguar, por encargo de su padre, si el hermano menor había llegado o no a las montañas; Jade, pues, se encontraba sola con su hijo. Por ello preguntó, fingiendo una voz cascada:

—¿Quién es?

—Yo —dijo Mayli, como si creyera que todos habían de conocerla—.

Pero Jade la conoció en efecto, y abrió.

—¡Oh! —exclamó. Y se apresuró a añadir, por cortesía—: Soy una rústica, ya lo veo... Como no la esperaba...

—¿Por qué había de esperarme? —repuso Mayli—.

Entró y se sentó mientras Jade cerraba y atrancaba la puerta. Mayli parecía tan serena y natural que nadie hubiera adivinado lo mucho que se le agitaba el corazón en el pecho. Jade, desde luego, no lo adivinó. No obstante, dijo a su esposo después:

—Me di cuenta de que aquél no era un día corriente. Tuve la impresión de ir siendo llevada por un camino que debía conducirme hacia algún destino.

Sin embargo, quien hubiese visto a las dos juntas las hubiera creído dos mujeres hablando de cosas sin importancia. Jade sirvió té y tomó en brazos a su tímido hijo, y Mayli elogió al niño, bebió té y explicó tras unas cuantas trivialidades:

—Cuando estuve aquí hace dos días no pude hablar con toda franqueza. Pero he vuelto para decirles que conozco a Pansiao, la hermana del marido de usted, y que he sido profesora suya durante algún tiempo.

Aquellas noticias parecían casi increíbles a Jade. Mayli detalló lo ocurrido y Jade, oyéndolo, vio que las cosas habían pasado por vías naturales, si bien parecían dispuestas por el cielo.

—Al entrar aquí —dijo Mayli, mirando a su alrededor—, me parecía conocerlo y a todo. Pansiao me lo describió muy bien. Me tomó cariño, no sé por qué, y yo me alegraba de oírla hablar, a causa de que he vivido en tierras extranjeras y lejanas y ella me contaba cómo era la mía.

—¿Le habló de todos nosotros? —preguntó Jade, procurando acercarse con

destreza hacia su objetivo, como un gato se acerca a un ratón—.

—De todos, y por eso cuando vine ya les conocía por sus nombres.

Jade empezó a afanarse con su niño, alzándolo en su regazo, alisándole el cabello, fingiendo ver una mota de polvo en el rabillo de sus ojos...

—¿Le enseñó una carta que yo le escribí? —interrogó, al cabo, mirando a la cara de Mayli, que no volvió la cabeza—.

—Vi esa carta —dijo la interpelada con voz clara—.

—Lao San se ha enamorado de usted en cuanto la vio —expuso Jade—.

—Hay hombres así —contestó Mayli, esforzándose en sonreír y asombrándose de lo rígidos que sentía los labios.

—Lao San no es como los otros —afirmó Jade, posando el niño en el suelo—. El cielo me impele a hablar. ¿Qué debo decir a ese cuñado mío?

Y las dos se sintieron cual arrastradas por la cresta de una ola. Mayli examinó los ojos alargados de Jade y pensó que eran muy bellos, y Jade contempló los negros de Mayli, y se dijo que eran muy decididos y muy claros; y ambas se admiraron una a la otra de un modo de que son incapaces las mujeres de poco valer.

—¿Qué alta es usted! —dijo Jade—. Es más alta que yo.

—Sí, soy alta también —sonrió Mayli—.

—A Lao San le gustan las mujeres altas —aseguró Jade, alargando la mano y tocando la mano de Mayli con las puntas de los dedos—. ¿Qué debo decirle? —insistió con mucha suavidad.

Conmovida por aquel contacto recio y blando a la vez, Mayli habló con toda franqueza. Luego se llevó las mano a pecho y sacó una piececilla de doblada seda, que desplegó al viento.

—¡Oh! —murmuró Jade—. ¡La bandera libre! ¡Qué atrevida es usted!

Mayli puso la seda en manos de Jade.

—Diga a Lao San que me voy a Kuming, en la tierra libre —le encomendó—

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuando Mayli se fue, Jade permaneció buen rato inmóvil. Miraba al niño que jugaba a sus pies y sentía el que se agitaba en su seno, y aunque estaba satisfecha de ambos, notábase envidiosa de aquella mujer tan alta y tan independiente. Guardaba en el pecho la bandera doblada.

"Si mi hombre y yo hubiésemos quedado en la tierra libre, ¿acaso no hubiésemos hecho grandes cosas? —pensó—. Pero él prefirió volver a esta esclavitud."

Y reflexionó en la vida de encierro que llevaba entre aquellas paredes, y en el poco tiempo que tenía para nada, fuera de trabajar en la casa y cuidar a su hijo.

"Todo lo que hago es estar aquí y hallarme embarazada", pensó Jade tristemente. Y dijérase que la bandera le abrasaba el pecho.

Cuando los otros vinieron a mediodía, ella les tenía caliente la comida, aprovechando bien las pobres vituallas, el escaso aceite y la no menos escasa sal de que ahora se disponía. A pesar de las grandes noticias comunicadas por Jade, Lao Er notó que una nube escondida ensombrecía el corazón de su esposa, y resolvió preguntarle, cuando estuviesen solos, cuál era aquella nube.

Por lo pronto, lo esencial eran las noticias, que todos, mientras comían, discutieron una vez y otra, procurando esclarecer el futuro. La bandera que Jade tenía fue admirada por la familia y causó gran júbilo, pero no se atrevieron a conservarla allí.

—Guárdala en el subterráneo —dijo Ling Tan a su hijo segundo—. Si la descubren moriremos todos en cualquier caso.

Lao Er bajó a esconderla y, cuando él subió, Ling Sao había dado en una cosa que no le agradaba.

—Al parecer, mi hijo tiene que ir a buscar a esa Mayli —murmuró con cierto enojo—. ¿Es eso propio de una nuera? Nunca he oído que un hombre vaya en busca de una mujer. Ella es quien debe ir en busca suya.

—Ten la certeza de que esa mujer no será nunca tu nuera —repuso Ling Tan, apartándose la escudilla de junto a la cara y masticando al hablar—.

—¿Cómo puede una mujer ser esposa de mi hijo y no ser nuera mía? —replicó Ling Sao, reaccionando en seguida.

—Si se casa, ya lo verás —contestó él, llevándose otra vez a la barbilla la escudilla y comiendo las habichuelas y hierbas silvestres que componían la refacción—.

—Entonces ella no es una mujer —expuso con calma Ling Sao—, y dudo de que dé nietos. Siempre he dicho que si se deja a una mujer correr libre sobre unos pies tan grandes como ésa tiene, y andar instruyéndose y todo eso, se acaba lo que hay en ella de mujer.

—Es lo bastante mujer para hacer que nuestro hijo jure tenerla á ella o a ninguna otra —adujo Ling Tan—.

—¿Hay algún joven que sepa lo que quiere? —siguió, tenaz, Ling Sao—. Preferiría que tal mujer no hubiera venido nunca a nuestra puerta. Algún diablo la envió y retuvo a nuestro hijo aquí, cuando no debía. Nada bueno saldrá de eso.

—Déjate de augurios —repuso Ling Tan—. Estás ofendida porque no tienes a todas las mujeres de tus hijos metidas en un puño. Hay quienes luchan en la tierra libre y quienes resistimos aquí. Nuestro hijo es de los que corresponden a la tierra libre. Déjale ir adonde quiera, con tal de que pelee contra el enemigo.

Muchas palabras eran éstas para dichas de una vez por Ling Tan. Y cuando hablaba con gravedad nadie en su casa osaba replicarle.

—Hijo —dijo Ling Tan a Lao Er—, vete a ver a tu hermano menor y dale el mensaje de esa mujer. Explícale que yo no tengo medios de seguirla. No puedo abandonar la tierra por cosas de amor ni por nada. Pero él tiene pies y manos libres y puede ir adonde quiera. Más si va, que nos avise, y cuando llegue que no se pase años enteros sin darnos noticias suyas.

Lao Er asintió. Concluyeron de comer. El joven hubiera esperado con gusto que su mujer terminase de lavar los platos para preguntarle por qué tenía el aspecto triste, pero bien le constaba que no podía hacer tal cosa en pleno día sin que su madre quisiera averiguar el motivo. Sonrió, pues, a Jade a hurtadillas e inquirió si se sentía bien y si el niño estaba a punto de salir o no. Ella denegó con la cabeza y él dijo:

—No iré a avisar a mi hermano hasta mañana y hoy terminaré con mi padre el campo de trigo.

Ling Tan y su hijo trabajaban juntos en el campo. Los tiempos eran algo mejores para los labriegos en el sentido de que habían muerto muchos de ellos o huido a la tierra libre, y por tanto, el enemigo andaba escaso de vituallas y reclutaba menos gente para hacerla trabajar. No obstante, Ling Tan vigilaba siempre el camino y en cuanto veía enemigos lo decía a Lao Er, quien se iba a toda prisa a la casa, bajando a la cueva con su mujer e hijo hasta que no había peligro en subir. Porque ¿quién podía esperar sino males del enemigo?

La inexorabilidad del régimen de los invasores no disminuía. Sólo le permitían a Ling Tan reservarse menos de un tercio de las cosechas, y los impuestos eran exorbitantes. Y él maldecía en sí y en su ánimo, porque le constaba que aquellas contribuciones ni siquiera iban a parar a los enemigos de gran autoridad, sino que quedaban entre las manos de gentes minúsculas. Todos se decían que jamás había habido gobernantes tan rapaces. El enemigo, por dinero, era capaz de todo. Quien quería comprar, vender o pasar mercancías de contrabando, podía hacerlo siempre que pusiese primero dinero bastante en manos del enemigo. Hasta los mismos fusiles extranjeros que usaban las guerrillas eran pasados de matute por enemigos que

ejercían pequeños cargos y que, pensando sólo en su propia ganancia, eran traidores a los suyos. Si se daba dinero a las manos enemigas tendidas, era viable llevar armamento a las tierras libres, remontando el río.

Ling Tan sabía esto, como todos, y aquéllas eran cosas alentadoras. De momento los vencidos rechinaban los dientes, pero no dudaban de que un enemigo tan corrompido se desplomaría con facilidad algún día y sería arrojado al mar.

—No es nada —dijo Jade, volviendo la cabeza y dando a su marido, antes de que se durmiera, una taza de agua caliente. Porque rara vez había ahora té en la tetera y habían de sustituirlo con algo—.

—Sí—repuso él, cogiéndole las muñecas y quitándole la tetera—. ¿Crees que eres capaz de ocultarme nada, aunque sólo sea que cambies tu modo de respirar?

—No debieras mirarme tanto —contestó Jade, esforzándose inútilmente en librarse.

—No te miro; lo sé sin mirarte —adujo él—. Lo siento en mi interior.

—He empezado a pensar hoy que no vivo mejor que cualquier campesina y que si nos hubiésemos quedado en la tierra libre hubiéramos podido hacer grandes cosas. Allí yo habría sido más útil... No yo: tú y yo.

—Todo eso viene de que has visto a aquella mujer extranjera.

—¿Tenemos ella o yo la culpa de que yo desee hacer algo más importante que estar encerrada entre cuatro paredes y criar niños? —preguntó Jade, acalorada, separándose de Lao Er sin que él se lo estorbase—.

—¿Tan poco es para ti criar a mis hijos? —le replicó su esposo—.

Ella no dijo nada y él calló también un rato, en primer término porque se sentía ofendido, y en segundo porque no sabía qué decir. Siempre tenía que empezar por organizar mentalmente sus sentimientos para expresarlos después en palabras. Y sus sentimientos ahora eran fuertes y tenaces y le contaba que Jade carecía de razón, pero ¿cómo decírselo de modo que lo reconociera? Jade parecía una mixtura de cosas grandes y chicas y a él le era menester cerciorarse de que tocaría con sus palabras el lado mejor de su mujer. Pero luchaba con su propia sencillez.

—¡Si yo fuese un hombre instruido...! —murmuró—.

—Sabes lo suficiente —dijo ella con más gentileza—.

Viendo que había empezado bien, Lao Er prosiguió con voz alta y procurando no apartarse de la verdad:

—Creo que lo que hacemos nosotros es más valeroso que pueda serlo nada. Es muy fácil irse a las tierras libres. ¡Con qué seguridad se vive allí. Resulta fácil reunir armas y hombres y atacar tal guarnición o cual otra. Es la manera más fácil de arriesgar la vida. Y hoy todo el que odie al enemigo tiene que arriesgarla. Después, viene la gloria... Haciendo lo que hace mi hermano menor, la gloria se adquiere con facilidad. Pero a nosotros, ¿quién nos glorifica? No podemos hacer más que resistir y

vivir como hemos vivido siempre. Nuestro modo de guerrear es esto: soportar y no cejar por ningún sufrimiento. En esto no hay gloria.

Reflexionó un momento antes de añadir:

—Puede que algún día también esto se mire como glorioso. Aunque yo no lo sé. Pero ¿qué importa la gloria mientras conservemos la tierra?

—La tierra pertenece al enemigo mientras mande aquí —dijo ella, con tristeza—.

—La tierra pertenece a quienes la cultivan —replicó él—. Si el enemigo enviara gente suya a sembrar y recolectar, entonces..., entonces lucharíamos.

Jade no respondió y él continuó hablando:

—Tú, al dar a luz hijos, agregas manos que retengan la tierra. ¿Hay quién pueda hacer eso no siendo las mujeres, como tú? Los hombres sabemos producir alimentos, pero ¿podemos dar a luz otros que nos sustituyan? No: eso lo hacéis vosotras y gracias a ello logrará nuestro pueblo persistir. ¿Persistiríamos nosotros si las mujeres no tuviesen hijos?

Ella permanecía muy quieta oyendo las palabras que él articulaba con fatiga, como si hubiese de forjarlas una a una.

—Cuando tengas un hijo más —siguió Lao Er—, contribuirás a conservar la tierra a través de él.

Lao Er no dijo más. No podía decir nada más, pues se encontraba tan fatigado como si hubiese librado una dura batalla. Y en realidad batalla había sido y batalla ganada. Porque Jade reconoció que su marido tenía razón.

Y, entretanto, ¿quién se ocupaba para nada del hijo mayor? Éste continuaba en los montes cumpliendo su simple tarea de montar trampas y coger uno o dos enemigos al mes, esto es, menos cantidad que antes. El enemigo se había vuelto ducho en cuestión de trampas y Lao Ta tenía que devanarse los sesos para inventarlas nuevas. A su modo era valiente, porque se acercaba a la ciudad cada vez más, poniendo sus trampas tan próximas que a veces no eran enemigos lo que en ellas caían. Pero si hallaba en el fondo de sus pozos, por la mañana, un honrado y maldiciente labrador, mendigo o buhonero, en seguida lo libraba. Y ellos le concedían su perdón cuando sabían por qué había montado la trampa.

Cuando el hermano segundo llegó con las noticias de lo dicho por la extranjera, el hermano menor empezó, con gran tumulto, a preparar su viaje a la tierra libre. Entre sus hombres todo el que no tenía una carga familiar pesada en exceso estaba pronto a seguirle. Lao San, llamando a su hermano también, le dijo con mucha prosopopeya:

—¿Irás conmigo, hermano, a la tierra libre? En ese caso di a mis padres que yo he dicho que vengas y que me ocuparé de que nada malo te ocurra.

A Lao Ta no le complujo aquella manera de hablarle. Lao San no le había llamado hermano mayor, como debía; y ¿cómo esperaba que él, superior por su edad, fuese a

sus órdenes? Lao Ta no quería tener que ver nada con aquella mujer ni con lo que su hermano hiciera.

—Puesto que mi mayor habilidad está en tender trampas —repuso—, ¿de qué valdría que fuese adonde no hay enemigos?

El hermano menor arrugó, airado, el entrecejo.

—¿Quieres decirme que yo me voy allí porque no hay enemigos?

—He oído —sonrió Lao Ta— que vas porque una mujer te llama. Si es enemiga o no, no lo sé.

—¿Iría allá a la tierra libre si lo fuera? —preguntó Lao San ásperamente—.

Lao Er había hablado de lo de la bandera, si bien Ling Sao no permitió que su hijo segundo se la llevase, por si le registraban en el camino, como podía ser. Pero esa bandera era para Lao San una prueba de amor.

—¿Qué puedo saber sobre una extranjera yo, que soy hombre necio? —respondió Lao Ta—.

Y repeliendo de esta guisa a su hermano, volvió a sus ocupaciones antes que Lao San hablase más.

"Nadie se preocupa de que yo viva o muera", reflexionaba. Y le parecía que la parte buena de su vida había acabado y pensaba en sus hijos muertos y en lo buena esposa que Orquídea fuera para él, mostrándose siempre solícita, amable y cálida. Sin tal mujer se sentía muy infeliz.

Con estas reflexiones, anhelaba un cambio en su vida, pero ¿dónde hallar una mujer como Orquídea?

"De todos modos —se decía—, no pediré a mis padres que me ayuden. Ya que no se ocupan de hacer su deber conmigo, ¿voy a rebajarme yo rogándoles que lo hagan?"

Sin saberlo, estaba ya en realidad buscando una mujer que le diese hijos y con quien pudiera empezar una vida nueva. Mas, ¿dónde hallar en la comarca una mujer? No había más que viejas, enfermas, cortesanas y las atropelladas por el enemigo. Y éstas no las quería.

Empero, un día encontró una mujer. Ciertamente que nunca hubiera pensado antes en una así, pero cuando un hombre está completamente decidido a casarse, carga con cualquiera, con tal de que sea limpia y honrada. Y la encontró del siguiente modo. Había cavado un hoyo de trampa en un camino donde nunca montara celada alguna, colocando encima tablas tan diestramente puestas que podían sostener piedras, y, sin embargo, cedían tan pronto como alguien las pisaba.

Al día siguiente, halló en el hoyo a una mujer llorosa, que llevaba allí toda la noche sin que oyesen sus gritos, puesto que nadie pasaba por el camino. Mirando a la pálida claridad de la aurora, Lao Ta vio que no se trataba de un enemigo.

—Yo te subiré —dijo, saltando al pozo para ayudarla a salir—.

La mujer no era joven ya, pero tenía la cara dulce, la boca infantil y los ojos enrojecidos por el llanto.

—Estoy tan asustada que no puedo ni respirar —se quejó—.

—Ha sido una mala fortuna que pasases por aquí —repuso él—. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—¿Puedes decirme dónde estoy? Soy de otra región, mi esposo fue muerto por el enemigo, y antes de morir me había mandado que, de ocurrirle algo, fuese a su aldea y buscase a sus padres, por si querían mantenerme.

Y nombró una aldea de la que Lao Ta no oyera hablar nunca.

—Creo que andas muy extraviada —repuso Lao Ta—. Nunca he oído mencionar ese nombre.

Ella, llorando de nuevo, exclamó:

—¿Y cómo podré continuar? He gastado mi dinero, y ahora ¿qué haré? ¿Y si caigo en manos de los enemigos? Me han contado que son muy malos con las mujeres.

Le miró, dolorida, y añadió:

—Veo en tu cara que eres hombre bueno.

—¿Tienes algo que comer?

Ella repuso que no y él, llevándola a la posada más próxima después de volver a montar la trampa, compró algunas vituallas para la mujer. Mientras ella comía, Lao Ta reflexionaba. No se sentaba a su lado, porque habría sido humillación para él y descortesía para ella, pero la mirada con el rabillo del ojo, diciéndose: "¿No parece que el cielo me la envía, puesto que cayó en mi trampa?"

Y cuando la mujer acabó de comer, él le dijo que le siguiera. Reuniendo todo su valor —y no hubiera sido capaz de lo que hizo de no oír alabar tanto por la mujer su bondad y de no ver a la infeliz viuda tan apenada—, habló así:

—La casa de mi padre está a una jornada de marcha y mi madre es mujer buena. Déjame que te lleve allí.

—¿Cómo rechazar lo que me dice el hombre en cuyas manos me ha puesto el cielo?

Y, sin más pláticas, él emprendió la marcha, seguido por la mujer, que iba cargada con sus cosas envueltas en un tosco paño.

Durante muchas millas Lao Ta no habló, y ella tampoco, aunque se oían sus pisadas a espaldas del joven. El cual pensaba: "Si hay ocasión volveré a hablar a esta desconocida antes de llegar a casa de mi madre. Necesito dar razón de por qué llevo conmigo a un mujer."

Y así, cuando avistaron la aldea, él, armándose otra vez de todo su valor, dijo a la viuda, sintiendo la boca seca a hablar de sí mismo:

—He perdido a mi mujer y a mis dos hijos. Tú has perdido a tu marido. ¿No

somos dos partes sueltas? Y si nos uniéramos, ¿no seríamos un todo?

A la sazón estaba la mujer tan rendida y tan afanosa de hallar un hogar, que no hubiera rechazado a hombre alguno, y respondió:

—Si tú quieres tomarme...

Lao Ta asintió y siguió, sin otras palabras, hasta que llegaron a casa de su padre.

Entraron en el peor de los momentos. Temprano de mañana había empezado Jade a sentir los dolores del parto, y ello se había prolongado todo el día, sin que el niño naciese. Ling Sao estaba desconcertada, y Lao Er frenético. Todas las mujeres de la aldea, reunidas en la casa, daban su parecer y ayuda. Pero el niño no nacía y Jade comenzaba a desalentarse.

—Es un niño demasiado grande —murmuraba, sintiendo en su alma el temor de no poder ponerlo en el mundo—.

De modo que cuando apareció Lao Ta con una desconocida, Ling Sao tenía poco tiempo para escuchar lo que él le deseaba decir. Ling Sao se sentía muy malhumorada por aquel día de prueba y por lo que podía suceder después; mas Lao Ta, harto ingenuo para pensar más que en sí mismo, dijo tan pronto como vio a su madre:

—Ésta es tu nueva nuera, madre.

—¡No me hables de nueras! —exclamó Ling Sao—.

La recién llegada había vivido lo bastante para saber lo que le convenía y lo que no, y tan pronto como entró en la aldea la halló a su gusto. Luego, vio que las tierras del padre de su salvador eran buenas y buena la casa. ¿Podía ella, a su edad, aspirar a cosa mejor? La suerte la había arrojado en aquella trampa y debía aprovecharla lo mejor posible y agradecer la oportunidad que le brindaba un hombre tan fuerte, aun cuando fuese, por lo menos, diez años más joven que ella; procuraría, pues, no perderlo. Así, aunque estaba rendida, habló, y luego de poner su paquete en el suelo y de alisarse el cabello, dijo con voz suave y placentera:

—Sé que soy demasiado atrevida y conozco lo poco que valgo, pero, no obstante, a veces he ayudado a mujeres a dar a luz y acaso pueda ser útil aquí. ¿Por qué, si no, me envía el cielo a una casa donde no he estado nunca, y por qué me hizo seguir un camino extraviado, alejándome muchas millas de donde creía estar, y por qué, en fin, caí en la trampa de su hijo, de la que no hubiera salido si él no me ayudara?

—Ven conmigo —repuso Ling Sao sin entender nada, excepto lo que le interesaba—.

Cogiendo de la muñeca a la mujer llevóla junto al lecho de Jade y dijo a ésta:

—Aquí te envía el cielo a alguien que te ayudará, hija. Anímate, y animémonos todos.

La mujer se arremangó, sonrió a Jade, le alzó las ropas y empezó a frotar sus riñones y su vientre. Fuera que el ver una cara nueva alentase a Jade, o que el frotamiento la aliviara, en resumen se sintió mejor e hizo nuevos esfuerzos. La mujer,

muy pacientemente, decía a Jade palabras de estímulo, sin dejar de trabajar por su parte. Todos esperaban el desenlace.

—El niño se ha movido un poco —murmuró Jade al fin—.

Y cayó en un nuevo acceso de dolores. La mujer introdujo la mano en el cuerpo de Jade y gritó:

—¡Ya toco la cabeza de un niño! Es varón.

La mujer, mirando a Jade, exclamó:

—¡Hay otro niño más!

Y, volviendo a sus afanes, en pocos minutos salió el segundo niño, a la par que Jade sufría una gran hemorragia.

—¡Cielos clementes! —dijo Ling Sao, corriendo hacia el otro pequeño—.

Eran ambos tan recios que chillaban como si hubieran nacido una semana antes.

¿Quién podía, después de aquello, dudar de que la mujer había sido enviada por el cielo?

—Come, descansa, tranquilízate y estáte segura de que te agradeceré esto como tú quieras —le manifestó Ling Sao—.

Pero, entretanto, pensaba: "Esa mujer desconocida es demasiado vieja para mi hijo. Sin embargo, ¿cómo puedo rechazarla ahora? ¿Y cómo me irá con una nuera de tantos años?"

Lao Er salió con la escudilla de azúcar y agua y Ling Sao llamó a su marido para preguntarle si debía tratar a la desconocida como nuera o como persona ajena. Pero Lao Ta ya había expuesto a su padre sus deseos, y Ling Tan estaba acorde con ellos.

—¡Qué jugadas nos gasta el cielo en estos tiempos! —exclamó Ling Sao, atizando el fuego donde iba a preparar comida para la mujer—. Te juro que nunca pensé que mis hijos se casarían con esposas llovidas del aire. No, estos tiempos no son lo que debieran.

—A pesar de eso, ¿cómo podemos negarnos a lo que quiere nuestro hijo? —contestó Ling Tan—.

Ling Sao comprendió que su esposo accedía y sólo puso un obstáculo más.

—Si es demasiado vieja para tener hijos, el nuestro no debe tomarla por consorte. ¿De qué sirve en una casa una mujer incapaz de tener hijos?

—Hoy nos ha sido muy útil —adujo él—.

—Pero no todos los días serán hoy. Pocos días como éste se presentan en toda la vida.

Y Ling Sao, obstinada, llevó de comer a la mujer, y con cortesía, como a persona ajena, le preguntó su edad. La mujer repuso con cierta tristeza:

—Sé muy bien que soy vieja en demasía. Tengo treinta y seis años.

—¿Tienes hijos?

—Los he tenido, porque para eso me asiste mucha facilidad, pero los perdí a

todos, que eran cinco, en un ataque de los barcos voladores. Sólo quedamos mi marido y yo, y luego él murió en una batalla, cuando le alistaron en el ejército. Era picapedrero, y por su oficio tenía que estar en la calle y no escondido en casa, como hacen algunos. Se dio orden de que nuestro distrito mandara mil hombres al ejército de la tierra libre, que es donde vivíamos, y en seguida escogieron a mi marido, porque era fuerte y recio de piernas, de tanto andar con pesos al hombro. No vino a casa en muchos días y temí que hubiera caído prisionero. Luego me avisó de dónde estaba y fui a un lugar cercano. Pero no pude verle, porque ya antes de llegar tuve noticias de que había muerto.

—¡Qué cosa tan triste! —respondió Ling Sao—.

Y en aquel momento de compasión accedió a la voluntad de su hijo y aceptó lo que el cielo les enviaba.

CAPÍTULO VEINTE

De este modo volvió a llenarse la casa de Ling Tan y la vida en ella prosiguió, aunque el yugo del enemigo era tan implacable como siempre, sin que hubiese asomos de que aminorara. Ling Tan sobrellevaba, como los demás, cruelísimos impuestos e insaciables codicias. Para colmo, había que reñir una batalla más: la del opio. En ésta el enemigo llevaba ventaja. El opio entonces se vendía en la ciudad a veintiún dólares de plata cada onza, y un dólar diario bastaba para adquirir la cantidad necesaria a un hombre. Muchos preferían comprar opio a comprar vituallas. Se expendían abiertamente en las calles pipas y lámparas de opio, cosa no vista desde los tiempos antiguos, y el enemigo ponía contribuciones sobre cada lámpara y cada pipa, y prosperaba con la debilidad de los desesperados. No obstante, el opio estaba vedado a los enemigos. Había pocas tiendas de sedas y telas, porque el enemigo cargaba con todas aquellas mercancías y tenían en su poder las fábricas de seda. Y le pertenecían la harina, la pesca, el cemento y el arroz.

Ling Tan, muchos días, reflexionaba con amargura viendo cómo se robaba a sus compatriotas, y cómo el enemigo se llevaba a su país cuanto había en establecimientos y casas. Se decía: "La tierra es lo único que no pueden llevarse a ese maldito país suyo."

No obstante, como si la misma tierra se rebelara, las cosechas empezaron a ser la mitad de lo que habían sido.

Y Ling Tan pensó: "El enemigo hace la guerra sin declararla. Ahora declara la paz y no puede hacerla."

En ocasiones se le revolvían las entrañas, no podía pasar bocado y no le animaba nada, ni las exhortaciones de su mujer, ni el ver a sus nietos, ni ninguna otra cosa.

—Si un día vuelvo a ver a un enemigo en mi tierra, no podré contenerme más — dijo un día a su mujer—.

Y ella no le consoló, comprendiendo que era inútil todo consuelo. El volvió a decir:

—¡Si hubiese una atisbo de esperanza! ¡Si yo viese una posibilidad de que algún día pudiéramos rechazar al enemigo hasta el mar! Pero no nos cabe hacer más que resistir. ¿Y es posible vencer sólo resistiendo?

A fines de aquel verano vinieron días más tétricos que todos, y empezaron con el cumpleaños de Ling Tan. Antaño tal día era de fiesta en la aldea, porque Ling Tan convidaba a sus amigos y hacía un gran banquete. Año tras año había esperado cumplir los sesenta, ya que el sexagésimo aniversario es el mejor de un hombre, supuesto que sea honrado y tenga hijos. De haber sido favorables los tiempos, toda su familia se hubiera reunido en torno a él, con mucho regocijo. Y él hubiera vestido ropas nuevas y recibido regalos, y hubiera distribuido dinero a todos los de su casa y

no hubiese habido más que alborozo y buena disposición de ánimo.

Mas ¿cómo podía, suceder eso ahora? El hijo menor estaba lejos, en la tierra libre, y el mayor iba y venía de las montañas. Llegaba el cumpleaños y no había un pedazo de carne en la casa ni dinero para adquirirlo.

"Ni siquiera me alegro en mi tierra —pensó un día, viendo medrar el arroz—. Si la cosecha es abundante, malo, porque va a alimentar al enemigo. Y si es escasa, me parece que la tierra está enojada conmigo porque no he trabajado bien. Ningún hombre puede encontrar placer en nada, mientras el enemigo esté sobre él, hincándole las uñas como una fiera maligna."

Una vez dijo a su segundo hijo:

¡Ah, si al menos se columbrara alguna esperanza en el cielo! ¡Si viésemos la posibilidad, siquiera fuera tamaña como la palma de la mano, de que alguien viniera en nuestra ayuda! Pero en todo el mundo cada uno sólo se ocupa de sí mismo.

No había ayuda alguna. La esperanza, poco a poco, se alejó de Ling Tan según se acercaba el otoño del quinto año de guerra.

—Todos los hombres son malos —decía Ling Tan a su hijo—. Ya no hay bajo el cielo quien piense en lo que es bueno o malo. Y cuando esto sucede, todos hemos de perecer.

Perdió el apetito, trabajaba menos y ya no hallaba en la siembra y la recolección el antiguo placer que le había mantenido ágil y joven a pesar de sus años.

Entonces, Ling Sao se asustó, porque Ling Tan era para ella más que todos los otros de la casa. Y, llamando a la cocina a su segundo hijo, le manifestó:

—Has de pensar en un modo de devolver la esperanza a tu padre, que es un hombre que nunca la ha perdido hasta ahora.

—Pides una cosa difícil, madre —respondió Lao Er con tristeza—. ¿Dónde puede encontrarse esperanza hoy? ¿Puedo comprarla en algún sitio o recogerla del suelo como quien recoge una joya caída? La esperanza ha de venir de lo que tenemos en realidad, y, si no, no es esperanza, sino un sueño.

—Entonces, da por acabada la vida de tu padre —dijo Ling Sao, llorando—. Nuestra larga batalla se habrá perdido. Ahora los enemigos nos vencerán.

Y, encerrándose en su aposento, dio rienda suelta a su llanto.

Lao Er ponderó aquello con gravedad y resolvió ver si había manera de hallar algo bueno que decir a su padre. Mas, ¿dónde podía hallarse nada que fuera bueno?

Pensando y pensando, Lao Er se acordó del viejo primo tercero, a quien hacía muchos meses que olvidara. Sabía que estaba vivo porque, de vez en cuando, y a pesar del enemigo, corría de boca en boca a oídos alguna noticia, si bien tan desvirtuada y trastocada que al llegar a las aldeas ya no se parecía en nada a lo que fuera en su origen. Y Lao Er se dijo: "Iré a ver si ese viejo cabezota tiene alguna buena nueva que dar. Y además pediré a mi padre que vaya conmigo, para que, si hay

algo bueno que oír, él lo oiga también y comprenda que no son cosas vacías que le cuento con el fin de confortarle."

Llegó el cumpleaños de Ling Tan y todo el festín se redujo a un pescado cogido a escondidas y guardado hasta que lo comieron a puerta cerrada. Y después Lao Er dijo a su padre:

—¿Por qué no nos tomamos una diversión de unas pocas horas, yendo a la ciudad y a esa casa de té donde nuestro primo da noticias? Así nos enteraremos de lo que haya.

Al principio, Ling Tan no accedía, porque se sentía muy fatigado y seguro de no oír nada bueno, pero, viendo el interés de su hijo, modificó las palabras que iba a pronunciar, y repuso:

—Aunque no tengo ganas de ir, puesto que tú lo deseas ya que éste es mi cumpleaños, iremos.

Y de esta manera Ling Tan y su hijo volvieron a mezclarse una vez más con los oyentes de la casa de té. Todo pasó lo mismo que en la otra ocasión, y también del mismo modo penetraron en el cuarto interior. Al poco rato apareció el viejo primo, más delgado, seco y soñoliento que nunca, al punto de que Ling Tan hubiera hallado difícil reconocer a su pariente en aquel anciano fumador de opio, de no haberle visto allí tiempo atrás. Pero el primo conservaba bastante lucidez para cumplir lo que hacía a diario, porque su opio dependía de ello. En todo caso era obvio que dentro de poco el buen hombre dejaría de necesitar opio y toda otra cosa.

El viejo, al entrar, se acomodó en su asiento y habló, con voz tan baja, que todos habían de esforzarse para oírle.

—Ayer os hablé de la reunión entre los dos grandes hombres blancos. Ya se ha celebrado la reunión, en el mar, y uno de los hombres blancos viene del país de Mei y el otro del país de Ying. Los dos han estado juntos considerable tiempo, y hoy el hombre de Ying ha hablado.

"Duras son las tribulaciones que padecen los vencidos, y hemos de darles esperanza. Hemos de ofrecerles la convicción de que sus sufrimientos y resistencia no serán vanos. Puede el túnel ser largo y tenebroso, pero al final está la luz."

En aquel cuarto antiguo y oscuro, sucio por los años y ahora, además, por la ruina, resonaban, alentadoras, tales palabras, y Ling Tan las oyó. Y las frases caían en su corazón ávido como caen las simientes en una ansiosa tierra en barbecho.

—¿Quién ha dicho eso? —exclamó—. Decidme quién es, porque ayer no estuve aquí.

El primo no tuvo precisión de responder. Todos, ansiosos de explicarse, se apresuraron a contar cuanto sabían. Y llenos de esperanzas y de dudas a causa de la larga dilación, manifestaron a Ling Tan que el hombre que había hablado lo hacía en nombre de los pueblos Mei y Ying. Ling Tan, escuchando a todos, bebía cada una de

sus palabras, y éstas arraigaban como semillas en su corazón.

—Pues si esos pueblos están contra el enemigo —dijo—, ¿acaso no están a nuestro lado?

—¿Acaso no lo están? —corearon otros hombres, alborozados—.

Y entonces el prolongado desánimo y la prolongada fatiga hicieron acudir lágrimas a los ojos de Ling Tan. En todos aquellos años de amargura no había llorado. Había visto la ruina de su casa y de su aldea, y descubierto muerte por doquier, y siempre sin llorar. En cambio, las primeras buenas noticias que oía en todo aquel tiempo le hacían prorrumpir en llanto. Reflexionó en lo extraño que ello era y dijo a Lao Er:

—Vámonos.

Su hijo le siguió. Ambos salieron de la ciudad sin que Ling Tan hablase nada.

Pronto se hallaron a buena distancia. El antiguo camino empedrado corría, angosto y tortuoso, a lo largo del valle. Las montañas se perfilaban, sombrías, sobre el cielo. No había luna aquella noche.

En todo este rato, Lao Er se había sentido incrédulo, y en el fondo ansiaba decir a su padre: "Más vale que no contemos con ayuda segura de ningún sitio. ¿Hay hombres capaces de ayudar por nada?" Pero esperaba que el viejo hablase.

No obstante, persistía el silencio, y el mismo Lao Er continuaba callado. Al fin pensó que debía dejar a su padre alguna esperanza, reflexionando: "Yo soy joven y no necesito esperanzas para poder vivir."

Y así, sintiendo el corazón amargado y frío dentro de su pecho, Lao Er anduvo detrás de su padre hasta que le vio alzar la vista a las estrellas y levantar la mano en la oscuridad, como tanteando el viento.

—¿No parece que hay promesa de lluvia? —preguntó Ling Tan de pronto, aludiendo a la extrema sequía que hacia tiempo reinaba—.

—Sólo una promesa —dijo Lao Er—.